

SILVIA GARCIA RUIZ

*Apuesta
por mí*



¿A QUIÉN
ELEGIRÁ SARAH?

JOHN LOWELL

KENNETH LOWELL

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
EPÍLOGO

BIOGRAFÍA
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Año 1975. Sarah Robinson es una buena chica que siempre obedece a sus padres. Con diecisiete años, intenta adaptarse al modelo que establece su madre sobre lo que es la mujer ideal. Según éste, una agraciada ama de casa de medidas perfectas es lo más adecuado para pescar un buen marido. Pero Sarah no encaja en ese molde y hay una parte dentro de ella que quiere rebelarse. Y comenzará a mostrar su verdadero carácter ese verano, en el que, mientras ella ansía conseguir al chico elegido por sus padres, del que se cree enamorada, un joven agitador se cruzará en su camino y le mostrará de todo lo que es capaz.

John Lowell tiene muy claro lo que no quiere hacer en la vida: parecerse a su padre. Así pues, a sus dieciocho años decide plantarse y, con su desaliñado aspecto, su ruidosa motocicleta y sus atrevidas apuestas, llegará al aburrido pueblo de Whiterlande, donde logrará que todo cambie. Allí conocerá a la «recatada» Sarah Robinson, a la que provocará continuamente para sacar a relucir a la osada mujer que esconde en su interior, la única capaz de seguirlo en su juego. El inconveniente es que, mientras que John se ha fijado en Sarah, ella sólo tiene ojos para el chico perfecto al que nunca ha dejado de perseguir.

¿Conseguirá John ser tan afortunado en el amor como en el juego?
¿Apostará finalmente Sarah por él? Descubre en esta historia cómo las locuras de un amor de verano pueden convertirse en algo más...

APUESTA POR MÍ

Silvia García Ruiz

CAPÍTULO 1

Los consejos que los padres ofrecen a sus hijos son distintos a lo largo de las décadas. Unos pretenden convertirnos en mejores personas; otros tratan de que lleguemos a ese ideal que esperan que alcancemos, algo que casi nunca podemos lograr por más que nos esforcemos.

A mediados de los años setenta, el canon de belleza para la mujer invitaba a que las chicas destacaran por una larga melena y un cuerpo delgado y atlético, aunque mi madre prefería perseguir las llamadas «medidas perfectas», que habían sido puestas de moda por alguna aclamada estrella de cine, y me exigía que alcanzara ese «noventa, sesenta, noventa» que todas las mujeres perseguían, algo inalcanzable para mí por más que se empeñara en ello.

Con tan sólo diecisiete años, mi delantera sobrepasaba el tamaño requerido, por lo que mi madre intentaba reducir mis atributos con un sujetador que aplastaba mis pechos hasta hacerme casi imposible respirar. Por si fuera poca tortura, mi cintura no era de avispa, y mi trasero un poco respingón, por lo que ambos eran comprimidos con una horrible faja que hacía que caminara tan recta como si yo fuera una de esas muñecas de plástico que mi madre adoraba coleccionar y que yo detestaba, ya que sus proporciones eran inalcanzables para cualquier mujer normal. Y como no era bastante castigo ir embutida como una longaniza para cumplir los estándares de mi madre, además tenía que sonreír todo el tiempo y simular que era la perfecta niña buena.

Mientras miraba el gran espejo que tenía frente a mí en el salón en ese

instante, subida a un precario taburete, no reconocía mi artificial imagen. Y, a pesar de ello, me resignaba a seguir siendo así, porque eso era lo que mis padres me habían enseñado desde pequeña, aunque en mi interior albergaba a una niña mala que gritaba por liberarse. Y más aún en días como ése, en los que mi madre, su amiga Meredith y Carol, la modista que habitualmente nos hacía la ropa, hablaban de mí como si yo no estuviera presente, o peor aún, como si fuera una de esas muñecas que tanto les gustaban, pero algo defectuosa, y que por tanto tenían que arreglar.

—Creo, Belinda, que en esta ocasión deberíamos dejar unos cuantos centímetros de anchura en este nuevo vestido, ya que, al parecer, Sarah ha engordado un poco —declaró inocentemente la amable modista, sin saber que con esas palabras sólo había logrado aumentar mi tortura.

—No te preocupes, Carol: he visto unas fajas reductoras nuevas en el mercado que comprimirán los centímetros que necesitamos. Por otra parte, unos cuantos días sin cenar no le irán nada mal para recuperar su figura, ¿verdad, Sarah? —repuso mi madre. Unas palabras que constituían una sutil reprimenda ante la que yo debía dar la debida contestación de niña buena.

—Sí, mamá —respondí, luciendo una sonrisa, cuando en verdad las estaba maldiciendo a todas por querer convertirme en aquello que nunca llegaría a ser.

—Con este precioso vestido seguro que conquistas a Kenneth cuando os volváis a encontrar. Es un muchacho encantador y con un magnífico futuro. Sería maravilloso que se fijara en ti. ¿Te imaginas convertida en Sarah Lowell y viviendo en una idílica casita blanca con tres adorables niños rubios?

Sonreí ante las fantasiosas palabras de mi madre a pesar de que me estuvieran pinchando en el trasero con unas agujas al intentar comprimirlo, ya que ese chico, el que mis padres habían seleccionado para mí, también había sido elegido por mi corazón.

Kenneth era un hombre maravilloso: de metro ochenta y cinco de estatura, poseía un porte atlético y era excepcional en los estudios, por lo que siempre aparecía en el cuadro de honor. Tenía el cabello rubio y unos penetrantes ojos azules acompañados de un hermoso rostro que hacía suspirar

a la mayoría de las chicas. Estaba dotado de los mejores modales y trataba a todos con amabilidad. Kenneth era... era simplemente maravilloso...

La pega es que yo no lo era, según me habían dicho una y otra vez a lo largo de mi vida, y veía muy difícil que él se fijara en mí pese a que mis familiares insistieran continuamente en arrojarme a sus brazos para conseguirlo.

—¿En verdad crees que el chico de los Lowell se interesará en... esto? — declaró despectivamente Meredith, la amiga de mi madre, mientras me señalaba con una de sus huesudas manos, sacándome de mi ensoñación.

Como la niña buena que todos querían que fuera, sonreí estúpidamente mientras fingía no haber oído sus insultantes palabras, cuando realmente lo que más deseaba en ese momento era bajarme de aquel taburete para golpearla con él. Luego me arrancarían la faja y el condenado sujetador y bailarían desnuda alrededor de la casa, mientras comía toneladas de chocolate y escandalizaba a mi madre...

—Sarah es perfectamente capaz de conquistar a ese chico: sus rubios cabellos rizados, sus bonitos ojos azules y su perfecta piel la hacen parecer una encantadora muñequita. —Tras pronunciar estas palabras, mi madre me sonrió orgullosa, y yo le devolví amablemente la sonrisa, mientras en mi interior pensaba, con un leve sentimiento de decepción, que mi madre se enorgullecía de mí por las razones más inadecuadas.

—¡No digas tonterías, Belinda! ¡Esta niña rolliza nunca llegará a parecerse a esas lindas muñequitas por más que te empeñes en ello!

«¡Tal vez porque ellas son fabricadas a medida y son de plástico, no como yo!», tuve ganas de gritarle a aquella bruja de Meredith, aunque lo único que hice fue moverme un poco de mi lugar porque se me estaban durmiendo las piernas.

—¡Sarah! ¡No te muevas! —exclamó mi madre, que, aunque estaba molesta con su amiga, pagaba su mal humor conmigo.

Nuevamente me quedé quieta sobre el taburete, perdiéndome en mis pensamientos mientras intentaba ser como esas muñequitas inmóviles que tanto adoraba mi mamá.

Reflexioné sobre si se daría cuenta alguna vez de que yo tenía un cerebro,

de que mis notas eran excelentes y que sobresalía en todas y cada una de las asignaturas que tan difíciles parecían para otros. Pero por lo visto, ella solamente se enorgullecía de las calificaciones que obtenía en esas estúpidas asignaturas del hogar, en las que destacaba como el ama de casa perfecta.

A mi familia nunca se le pasaría por la cabeza que yo deseara ir a la universidad y estudiara literatura, que quisiera ser algo más aparte de una simple mujer casada o una perfecta madre. Yo, para ellos, no tenía voz: sólo era una marioneta a la que manejaban a su gusto. Y yo, aunque me daba cuenta de todo, siempre me dejaba manipular con docilidad. Tal vez esto se debiera únicamente a que esa parte rebelde mía estaba todavía escondida muy dentro de mí, esperando que alguien me ayudara a hacerla surgir en el momento adecuado.

—Tom y yo hemos decidido aceptar la invitación de los Lowell para ir a su casa del lago en ese pueblo perdido, y en esta ocasión, si vemos que las cosas van bien, nos trasladaremos allí. Hay una posible vacante como administrador en una de las fábricas de Whiterlande que Tom no puede desdeñar. Además, así lo haremos todo más fácil para Sarah.

—¿Piensas arriesgarlo todo por esta niña? ¡Definitivamente, Belinda, estás loca!

—No lo arriesgaré todo, Meredith. El traslado será temporal. Y ya se sabe que el roce hace el cariño: si Sarah está cerca de Kenneth Lowell, tendrá muchas más posibilidades de conquistarlo que si sólo lo ve en las vacaciones de verano. Estoy totalmente segura de que están hechos el uno para el otro.

—Si tú lo dices... —declaró irónica Meredith.

Las ilusiones de mi madre murieron ante mis ojos cuando la modista explicó en voz alta que, definitivamente, habría que dejarle dos centímetros más de anchura al vestido, declarándome de este modo como imperfecta ante las inquisitivas miradas de mi madre y su amiga.

Después de recibir pinchazos durante horas, por fin conseguí que me permitieran bajar de aquel maldito pedestal y, despidiéndome con los impecables modales que me caracterizaban, corrí hacia mi habitación para arrancarme la faja y el puñetero sujetador y vestirme con los ceñidos pantalones que hacían resaltar mi verdadera figura, y con una camiseta

holgada que no imponía restricción alguna a mi cuerpo.

Tras asegurarme de que mi madre se marchaba de casa con su amiga para ir de compras, seguramente para adquirir esa nueva faja con la que me había amenazado antes, bajé hacia el salón. Una vez allí, encendí la radio para ponerme a bailar esas movidas canciones que ella detestaba y me comí una chocolatina que saqué de mi escondite secreto, mientras no dejaba de mover mi trasero y pensaba sobre cómo sería mi futuro a partir de entonces.

Como la niña buena que se suponía que era, debía cazar al hombre que adoraba para convertirlo en mi marido, algo que no estaba demasiado mal. Pero ello también implicaba que debía dejar atrás mis sueños de tener una vida diferente a la que había llevado mi madre: la de una abnegada ama de casa.

Según mis padres, yo no tenía que utilizar demasiado mi cabecita, algo que todos creían que seguía al pie de la letra. Pero realmente aún no sabía lo que quería hacer. Tal vez si nada se interponía en los planes de mi madre, ese fabuloso hombre se fijaría en mí y yo acabaría siendo la respetable mujer casada que todos querían que fuera, algo que mi enamorado corazón veía como un sueño maravilloso, pero que en mi intranquila mente no acababa de encajar. Sin duda, yo quería algo más, necesitaba algo más... pero todavía no sabía qué...

* * *

—¡John Lowell! ¡¿Otra vez te has metido en líos?! ¡Ésta es la última vez que saco tu culo del calabozo! Este verano te irás a vivir con tu tío a Whiterlande, luego te inscribiré en el instituto de allí y, cuando acabes tus estudios, volverás a casa para tomar las riendas del negocio familiar. ¿Tienes algo que decir al respecto? —le preguntó Jerome Lowell a su rebelde hijo, mientras éste no le prestaba la menor atención y se dedicaba a observar con gran interés uno de sus libros.

«Al menos en esta ocasión no se trata de una de esas provocativas revistas», pensaba Jerome, al tiempo que revisaba con gesto reprobador el aspecto de su hijo: unos gastados pantalones vaqueros, una camiseta arrugada

y una chaqueta de cuero marrón, todo ello acompañado por un horrendo peinado, con todo el pelo engominado hacia atrás, que le daba la apariencia de un tipo en continua búsqueda de pelea. Y su escandalosa motocicleta, una Triumph Tiger roja, un modelo de fabricación inglesa creado para las carreras en el desierto de California, no contribuía demasiado a mejorar su apariencia.

John no era de los que les gustara comenzar una trifulca, pero de algún modo siempre se las arreglaba para estar metido en alguna de ellas. Sobre todo, debido a sus atrevidas contestaciones y a su manera de rebelarse contra todo lo que no le parecía bien.

—¿Qué quieres que te diga, papá? Tú ya has planificado mi futuro a la perfección. Ni yo mismo lo habría decidido mejor... —declaró irónicamente John, mientras seguía prestándole suma atención a aquel libro, tal vez más de la aconsejable.

—Quiero que, por una vez en tu vida, hagas lo que te digo, no que afirmes con la cabeza y luego hagas lo que te dé la gana.

—De acuerdo, papá... —respondió John con desidia, concediéndole a su padre el burlón movimiento afirmativo que éste no quería volver a ver, para, a continuación, seguir contemplando su libro.

Jerome, harto de la indiferencia de su hijo, le arrebató el libro que tanto lo distraía, provocando que una de las insultantes revistas que siempre le confiscaba cayera al suelo, mostrándole en qué estaban centrados los pensamientos de John en esa ocasión.

Tras recogerla del suelo, Jerome le dirigió a su hijo una de sus más severas miradas, mientras le confiscaba la revista y le preguntaba:

—¿Qué tienes que decir respecto a esto, John?

—Que en las páginas centrales hay un desplegable de una rubia impresionante, papá.

—¿Es ésta la forma en la que piensas en tu futuro? —lo reprendió Jerome, agitando la revista violentamente delante de sus narices.

—Bueno, me gustaría pensar que una de estas rubias estará ligada a mi futuro de alguna manera.

—¡Estas indecentes mujeres no son lo mejor para tu vida, John! ¡Debes encontrar una chica dulce, amable y cariñosa, que esté dedicada a su hogar y

que sea una obediente ama de casa! ¡Las curvas y las posturas obscenas déjalas para...!

—¿Para las amantes tal vez? —lo interrumpió impertinentemente John, conocedor de muchos aspectos de la vida privada de su padre que su rebelde forma de ser no aprobaba—. Perdona papá, pero prefiero no hacer llorar a ninguna mujer y tenerlo todo en una. Yo no quiero casarme con alguien que solamente sea un bello adorno para mi casa: quiero casarme con una mujer que acelere mi corazón.

—¡Tu vida debe ser respetable, y has de casarte con la mujer adecuada!

—Perdona otra vez, papá... Por un momento llegué a creer que estábamos hablando de *mi* futuro, pero en realidad lo que estamos haciendo es repasando tu vida, ¿verdad? —declaró insultantemente John, ignorando a su padre mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía despreocupado delante de él.

—¡Qué voy a hacer contigo! —exclamó Jerome, molesto, mientras le arrancaba de la boca el cigarrillo a su desobediente hijo y lo arrojaba al suelo para apagarlo con brusquedad con la suela de su zapato—. En serio: ¿qué voy a hacer contigo? —repitió, sin hallar una solución a la rebeldía de su hijo.

—¿No es obvio, papá? Continúa planificando mi vida... —replicó John antes de encerrarse en su habitación para poner la música que tanto molestaba a sus padres. Ya que sus palabras no les llegaban, por lo menos que lo hiciera su descontento.

* * *

Escuchar en mi cuarto la música que me gustaba un poco más alta de lo normal era una buena manera de fastidiar a mi padre. Esas estridentes melodías a las que me había aficionado, en las que los jóvenes rockeros gritaban sus protestas sin tapujo alguno, o las desaliñadas ropas que últimamente vestía, copiando a alguno de los amigos que había hecho en un barrio obrero de Londres, me servían para aumentar más el enfado de mi progenitor, ya que, una vez más, uno de sus imaginativos castigos no le había servido de nada para enderezarme.

En esta ocasión, cuando me expulsaron del instituto a mitad de curso, a mi padre no se le ocurrió otra cosa más que la brillante idea de enviarme muy lejos de casa. Exactamente a unas nueve horas y media de vuelo en avión: a la ciudad de Londres. Allí fue adonde mi querido padre había decidido desterrarme durante un tiempo para hacerme trabajar en una de las viejas fábricas de un conocido suyo.

No tardé demasiado en hacerme amigo de muchos de los hijos de los trabajadores y en copiar sus vestimentas: sus vistosas camisetas, adornadas con rebeldes mensajes, sus raídos pantalones vaqueros y sus chaquetas de cuero. Aunque no me atreví a imitar sus atrevidos peinados, caracterizados por unas crestas de vivos colores: eran demasiado para mí, por lo que preferí simplemente peinarme hacia atrás usando generosas cantidades de gomina.

Cuando retorné a casa, decidí seguir luciendo mi aspecto rebelde, entre otras cosas porque yo no servía para vestir como un buen chico, con pantalones de pinza y ñoños jerséis. Y nunca, pero nunca jamás, llevaría uno de esos pantalones de campana o esas horrendas camisas de flores. Prefería la moda londinense, pero para mi desgracia, mi apariencia parecía hacer pensar a muchos que yo buscaba algún tipo de pelea, y mi irónico sentido del humor cuando me azuzaban no hacía mucho por suavizar esa percepción, la verdad.

Harto de las críticas de mi padre y de las protestas de mi madre, subí el volumen de la radio y saqué de debajo de mi colchón otra de esas revistas que mi padre no dudaría en requisar, seguramente para su disfrute personal. En sus páginas se mostraba a chicas de verdad, nada de plástico o silicona, ni esas posturitas de perfectas amas de casa con las que mi madre estaría tan de acuerdo. Todo en esas imágenes era sensualidad y curvas, demasiadas curvas en opinión de algunos, pero que a mí, decididamente, me encantaban.

Lo que más me gustaba de esas fotos a color, entre las que los despletables eran toda una delicia, era que en ellas se mostraba la verdad al desnudo de una mujer. Tal vez demasiado al desnudo, por lo que parecía pensar el hipócrita de mi padre, quien no se molestaba en ocultar demasiado a su joven amante, pero para el que una simple revista era algo escandaloso.

Mi padre pensaba que yo era un camorrista que se dedicaba a buscar pelea con todo aquel que se cruzara en mi camino, pero no podía estar más

equivocado: nunca buscaba disputas con otras personas, sino que más bien éstas parecían encontrarme siempre a mí.

Por ejemplo, con mis profesores del instituto. Éstos no soportaban saber menos que yo, y el hecho de que no tuvieran nada que enseñarme dejaba en mal lugar su capacidad para el puesto que ocupaban, por lo que, en vez de señalar su incompetencia, me dedicaba a dormir en clase y a sacar la máxima calificación en cada examen que me ponían por delante, entregándolos con una irónica sonrisa que solía molestarles. El resultado siempre era el mismo: para tomarse su revancha, solían inventarse algún que otro injusto castigo para mí por cualquier excusa que se les ocurriera.

Como consecuencia de todo ello las clases me aburrían cada vez más y, dado que pensaba que asistir a ellas era una molesta pérdida de tiempo, decidí comenzar a saltármelas para ir a ciertos lugares donde podía conseguir el dinero que mi padre me escatimaba, unos lugares nada apropiados para un chico de buena familia, pero totalmente adecuados para un chico como yo, al que no le importaba sacar a pasear al diablillo que llevaba dentro a cada momento: bares clandestinos en donde me dedicaba a apostar en el juego.

Todos decían que tenía mucha suerte, porque ganaba con frecuencia, pero en realidad, en la mayoría de ocasiones, era cuestión de cálculo e inteligencia: en el billar estudiaba los ángulos, la inclinación de las mesas y el desgaste de los tacos para mi beneficio; en los juegos de cartas, las contaba y esperaba mi oportunidad para hacer mi apuesta; en las máquinas tragaperras, aprendí a desentrañar los patrones de sus premios... pero siempre procuraba no abusar, era lo más sensato en esos lugares.

Allí mismo tuve mis primeros contactos serios con el sexo femenino. A mis dieciocho años, muchas chicas se aproximaban a mí y yo no podía rechazar sus abiertas invitaciones, pero todas ellas eran mujeres que sabían cómo era el juego del amor, en el que yo nunca permitía que ninguna de ellas se acercara demasiado a mi corazón. Las pocas niñas bien que había conocido solían lograr que yo saliera corriendo rápidamente en dirección contraria, y las que insistían en acercarse a mí acababan espantándose rápidamente ante mi endiablado comportamiento.

Mientras reflexionaba sobre mi vida y representaba mi papel de chico

malo a la perfección, dejando preocupado a mi padre con el origen del dinero que usaba para comprarme esas revistas, cuando él siempre me reducía la asignación, saqué el paquete de cigarrillos de mi escondite y pensé en fumarme uno, pero preferí guardarlos para deleitarme con su amargo sabor cuando pudiera molestar a alguien con ello. Lo que no pude evitar fue beberme a escondidas una de aquellas cervezas a las que me había aficionado durante mis aventuras, al tiempo que pensaba sobre mi nuevo castigo: el viaje a Whiterlande.

Irme a pasar el verano con mi siempre correcto y formal primo Kenneth no me molestaba demasiado, ya que hacía algunos años que no lo veía. Echaba de menos a mi tío Kevin, que con sus rubios cabellos y sus ojos azules era físicamente muy parecido a mi padre, pero totalmente opuesto en cuanto a temperamento, ya que con él se podía hablar. Mi tía Miriam, por su parte, siempre había sido la que ponía paz en las reuniones de los Lowell, y su bonita sonrisa y sus rizos castaños, acompañados de sus bondadosos ojos color caramelo, la convertían en una mujer entrañable, que además era un poco más permisiva que mi madre.

Tal vez ya fuera hora de que conociera la casa del lago de ese pequeño pueblo donde vivían, ya que los encuentros con mis familiares siempre habían consistido en unas breves visitas de una semana de duración como máximo, que tenían lugar en mi estricto hogar, donde todo estaba prohibido.

De lo único que tendría que preocuparme ese verano sería de la legión de mosquitas muertas que perseguían persistentemente al dechado de virtudes que era mi primo para intentar captar su atención. Unas chicas que nos aburrían tanto a Kenneth como a mí, aunque él sabía disimularlo mucho mejor que yo y tenía mucha más paciencia para tratar con esas niñas mimadas que iban a la caza de un marido. Yo, en cuanto veía una, simplemente me escapaba lo más lejos posible de sus garras.

Mientras me preguntaba cómo serían las chicas de ese pueblo, que seguro que se mostrarían como unas perfectas y educadas damiselas ante mis tíos y se dedicarían a exponer todas sus cualidades mientras se vendían descaradamente en el mercado del matrimonio, me juré no caer nunca en la horrible trampa de esas niñas aburridas y mantenerme lo más lejos posible de

ellas. Por lo menos durante lo que durara mi estancia en ese apartado lugar.

Whiterlande era un pueblo tranquilo, en el que no me importaría vivir durante un tiempo hasta que mi padre pensara que ya había aprendido mi supuestamente merecida lección y me trajera de vuelta.

En realidad, mi padre quería deshacerse de mí porque ya no sabía qué hacer conmigo. Él no entendía por qué motivo, pese a ser sumamente inteligente, me negaba a ir a clase y terminar el instituto. Yo sabía que, una vez finalizase mis estudios, tenía mi futuro estrictamente planificado por él, un futuro que me negaba rotundamente a aceptar, sin que mi padre fuese capaz de entenderlo: pudrirme en un aburrido puesto administrativo en la oficina de una vieja fábrica que se caía a pedazos no entraba en mis planes.

Yo prefería tener mi propio negocio y demostrarles a todos de lo que era capaz. Pero como todo adolescente, me sentía perdido en la vida y no sabía cuál sería ese fabuloso negocio en el que podría triunfar ni cómo podría ser el espléndido futuro que me esperaba. Sólo tenía clara una cosa: que el camino a seguir que me había marcado mi padre no era el que yo quería, y estaba más que decidido a tomar mis propias decisiones, ya que se trataba de mi vida. No me importaba en absoluto escandalizar a nadie con mi comportamiento ni equivocarme con mis elecciones, ya que las habría tomado yo.

Tal vez durante ese año de exilio que mi padre me había preparado lejos de su influencia pudiese encontrar lo que me faltaba para equilibrar mi vida, para dar ese paso decisivo hacia lo que quería hacer. Tal vez esas vacaciones en la casa del lago de mis familiares fuesen lo que necesitaba para que todo cambiara de una vez por todas y para que mi vida fuera exactamente como yo quisiera y no como otros habían proyectado, por más buenas intenciones que pudieran tener.

CAPÍTULO 2

En el verano de 1975 llegaron a Whiterlande dos impetuosos jóvenes que cambiarían el aburrido y monótono pueblo con sus travesuras y sus locas aventuras, un lugar que para muchos estaba atrasado en el tiempo, mientras que para otros era más permisivo de lo normal.

En aquella época, en Whiterlande las mujeres podían trabajar fuera de casa, pero todavía se veía con extrañeza que llevaran pantalones. En ese pueblo, las asignaturas escolares más importantes para el sexo femenino eran las enseñanzas del hogar, aunque las mujeres podían acceder a la universidad. Pero lo más normal era que se casaran con el hombre señalado por sus padres y perpetuaran las costumbres tradicionales.

Mientras transcurrían los años, las blancas casas de estilo colonial permanecían inalterables, los pequeños negocios pasaban invariablemente de padres a hijos y los vecinos seguían siendo los mismos de siempre, aunque la sociedad iba avanzando y trayendo sus cambios poco a poco hasta ese recóndito lugar, donde las chicas todavía eran perfectas niñas de papá y los chicos desempeñaban el papel que sus padres les habían señalado. Aunque también aparecían de vez en cuando algunas excepciones a la norma general, que se rebelaban contra todo, despertando de su aburrimiento y letargo a ese entrañable pueblo donde todo era posible y todas las locuras estaban permitidas, especialmente a la hora de buscar el amor.

* * *

El Sullivan's era uno de los pocos locales de reunión de ese pueblo en el que los jóvenes tenían el acceso permitido por parte de sus estrictos padres, ya que, con su ambiente hogareño, sus mesas cubiertas con impolutos manteles blancos y su gran pizarra que anunciaba el menú del día, se trataba del establecimiento idóneo para servir las comidas de las respetables familias que acudían a él.

Zoe, la hija de veintiséis años de Marlon Norton, dueño de este digno lugar, intentaba infructuosamente convencer a su empeinado padre de que sería buena idea introducir algunos cambios en el negocio familiar para atraer a otro tipo de clientela, pero no conseguía ningún resultado en absoluto, ya que era una mujer, y su padre opinaba que las mujeres no estaban hechas para pensar demasiado.

—Pero ¡papá! ¡Si abriéramos por la noche a los jóvenes, dotando a este local de un ambiente un poco más adulto, podríamos conseguir mucho más dinero y pagar las facturas de las que continuamente te quejas! No te estoy pidiendo que sirvas alcohol a los menores, solamente que les proporciones un espacio donde puedan reunirse y divertirse apartados de la constante vigilancia de sus padres.

—¡Ya! ¡Y lo próximo que me pedirás será que les permita fumar o que ensucien mis brillantes suelos con sus pecaminosos bailes o que mantengan relaciones ilícitas en algún oscuro rincón de mi establecimiento!

—Padre, desengáñate: este lugar nunca tendrá suficientes espacios oscuros como para que las parejas intimen, aunque lo del baile...

—¡Basta, Zoe, ni una palabra más! Únicamente te estoy enseñando cómo debes llevar este negocio por el bien de tu futuro marido. En cuanto te cases, tú sólo tendrás que usar tu imaginativa cabecita para dirigir tu casa y nada más. Por cierto, ¿cuándo vas a casarte? —le preguntó Marlon una vez más a su hija, que a su edad ya iba camino de convertirse en una solterona, según su anticuada opinión.

—¿Y tú, padre? ¿Cuándo vas a dejar de fumar? —replicó insolentemente Zoe, cruzando los brazos con enfado.

—Se acabó el descanso. Ayúdame a meter esas cajas de bebidas en el almacén.

—Te recuerdo que, según tú, soy una indefensa mujercita que debería ser mimada en todo momento y alejada de todo trabajo excesivamente duro. No veo que en esta ocasión me estés mimando demasiado, papá...

—Recuerdas mis palabras cuando te conviene —se quejó Marlon, resignado a cargar con la caja que su hija había dejado en el suelo.

—Más o menos como tú, papá —respondió Zoe, que, compadeciéndose finalmente de su padre, cogió la caja de botellas y lo acompañó al almacén.

Mientras Zoe depositaba su carga en su lugar, sus ojos examinaban atentamente el abandonado cobertizo que hacía las veces de almacén, en busca de objetos que pudiera utilizar esa noche durante la siguiente apertura clandestina del local de su padre para todos los jóvenes de Whiterlande. Lo hacía a escondidas de los adultos, convirtiendo ese restaurante familiar en un lugar secreto, donde los jóvenes pudieran ser ellos mismos sin preocuparse de lo que nadie pudiera pensar.

Después de toparse con una antigua mesa de billar que estaba decidida a desempolvar para esa noche, Zoe dio con una vieja y enorme pizarra con ruedas, algo extraño en un establecimiento como aquél, en el que las únicas pizarras que se usaban eran las que anunciaban los menús del día.

—¿Qué es esto, papá?

—¡Vaya! Creía que había tirado este trasto hacía tiempo y resulta que estaba aquí escondida... —dijo Marlon con una sonrisa, mientras desempolvaba aquella reliquia—. Esta pizarra la compró Kevin Lowell hace unos años, cuando le dije que no conseguiría a su mujer. La utilizamos para hacer una serie de apuestas sobre ello. Fue una locura, pero nos reímos de lo lindo con cada una de sus disparatadas ideas en su intento de enamorar a Miriam. Creo que ya es hora de tirarla...

—¡No! ¡Déjala, papá! Tal vez le encuentre algún uso —repuso Zoe, mientras pensaba que la idea de las apuestas no era nada mala para ganar algo de dinero.

Después de llegar a casa, cenó rápidamente junto a sus padres y se encerró en su cuarto, simulando que estaba muy cansada, para luego, simplemente, escapar por la ventana de su habitación con las llaves del restaurante familiar en las manos, llaves que Marlon dejaba siempre tan

despreocupadamente en la cocina.

A continuación, se dirigió hacia su negocio, que todos los jóvenes habían rebautizado como El Bar de Zoe, y observó que en las aceras frente al establecimiento ya había una decena de chicos esperando a que ella abriera las puertas para concederles el respiro que tanto necesitaban en sus perfectas y agobiantes vidas.

Por la noche, la mayoría de las mesas y sillas del Sullivan's quedaban recogidas y plegadas, proporcionando a los jóvenes una apropiada pista de baile en donde disfrutar de la música de moda; los sillones familiares, con sus mesas, constituían perfectos rincones para las parejas cuando las luces de esa zona se atenuaban, y en la barra podían pedir lo que quisieran, aunque, dependiendo de su edad, Zoe les daría o no su bebida. Atrás quedaban los blancos e impolutos manteles, los menús en la pizarra de la entrada o las aburridas comidas familiares. La noche en ese local era sólo para ellos.

En cuanto Zoe abrió el local, sacó la vieja radio de su padre y puso la música que se suponía que no podían escuchar, repartió las cervezas que no debían beber, aunque sólo a los mayores de edad, e hizo la vista gorda con los que fumaban mientras movían sus cuerpos al son de la música, a la vez que hablaban sobre cosas que nunca debían decir delante de sus padres.

Las chicas vestían esos inapropiados pantalones ceñidos que destacaban por sus formas acampanadas. Algunas lucían pantalones cortos con botas altas, o incluso minifaldas muy cortas y atrevidas, dejando en el guardarropa del bar aquellos restrictivos vestidos que tanto gustaban a sus madres, decidiéndose a mostrar sus verdaderas figuras.

Los chicos, por su parte, con sus gastados vaqueros y camisas pegadas y abiertas, con las que intentaban exhibir sus varoniles pechos, no se parecían en nada a los niños de papá que representaban cuando todos los ojos los observaban, y no les importaba decir piropos subidos de tono a las chicas, que los ignoraban.

Todos se divertían en un ambiente liberador que no era bien visto en aquel pueblo, a pesar de los avances que estaba haciendo la sociedad, en la que las voces de los jóvenes comenzaban a alzarse reclamando su sitio y su derecho a pensar y a vivir por sí mismos.

Mientras todos disfrutaban de un momento de paz y diversión, Zoe se unió a ellos moviendo sus caderas, demasiado grandes como para ser comprimidas en uno de aquellos minúsculos vestidos, por lo que prefería llevar unos cómodos pantalones y una bonita y holgada blusa de llamativos colores que hacían destacar sus hermosos cabellos rojos. Su baile fue interrumpido cuando, después de oírse el ensordecedor sonido de una motocicleta, las puertas del local se abrieron. Todos se volvieron hacia el extraño que interrumpía su reunión, un extraño que mostraba un aspecto aún más rebelde que el suyo y que tomó asiento despreocupadamente, mientras se hacía con una cerveza de detrás del mostrador. El forastero brindó por ellos alzando su botellín y luego subió el volumen de la música para que continuaran con su diversión. Sólo cuando se terminó su bebida preguntó con desgana por una dirección que llenó a Zoe de expectativas.

—Oye, pelirroja, ¿sabes dónde queda la casa del lago de los Lowell?

—Esta pelirroja tiene nombre: se llama Zoe —respondió la muchacha, algo ofendida—. Y para llegar a esa casa tienes que ir todo recto hasta la próxima salida y luego, simplemente, seguir los carteles de dirección.

—Intentaré recordarlo... —declaró impertinentemente el rebelde sujeto, sin especificar si lo que intentaría recordar sería su nombre o la dirección indicada.

—¿Has venido a visitar a los Lowell? ¿Eres un amigo de Kenneth? ¿O tal vez un pariente lejano? ¿Durante cuánto tiempo te quedarás? —preguntó con curiosidad Zoe, decidida a saber quién era aquel chico que había irrumpido en su local como si ése fuera su ambiente natural.

—Demasiadas preguntas para esta noche... ¡Uf! Y todavía tengo que acudir a una cena en la que me están esperando desde hace... una hora —repuso el joven con desgana, mientras consultaba su reloj sin inmutarse, como si ése no fuera su problema y sí de las personas que estuvieran esperándole.

—Los Lowell son muy puntillosos respecto de la puntualidad en los horarios de sus reuniones, y muy especialmente cuando tienen invitados, como en estos momentos, ya que los Robinson y los Smith han ido de visita con sus encantadoras hijas —apuntó Zoe.

—¡Mierda! Ahora encima me tocará aguantar a unas mosconas —se quejó el joven, alterándose al fin ante algo y abandonando el lugar sin pagar un céntimo por su bebida ni dar explicación alguna sobre su presencia en Whiterlande.

—¡Ey, no me has pagado! —reclamó Zoe, mientras lo veía alejarse apresuradamente.

—¡Apúntalo en mi cuenta! —replicó atrevidamente el desconocido, despidiéndose con una maliciosa sonrisa.

—¡Tú no tienes cuenta en este local! —insistió Zoe, asombrada ante la desfachatez de ese tipo.

—Pero la tendré, ya que he venido para quedarme bastante tiempo.

—No me fío de los desconocidos que acuden a mi local, y aún menos de los que no me dicen su nombre.

—Pues te diré mi apellido: escribe «Lowell» en mi cuenta. El nombre de pila te lo diré la próxima vez que venga, pero sólo si me gusta tu cerveza —respondió burlón el forastero, antes de desaparecer de su vista y poner rumbo a su reunión.

Finalmente, Zoe se decidió a desempolvar esa misma noche la gran pizarra de su padre, con la que volverían las apuestas sobre un Lowell que, sin duda, era digno de atención y traería bastante revuelo a ese pueblo.

—De una forma u otra, Lowell, me vas a pagar esa cerveza —dijo Zoe, dando a conocer a todos los reunidos quién era el desconocido, mientras especulaban sobre los problemas que podría acarrear a esa familia.

* * *

Normalmente las cenas comenzaban temprano y duraban unas tres horas, más o menos, contando las insulsas conversaciones, los postres y los licores que los hombres solían degustar al acabar de cenar. Sarah siempre intentaba calcular su duración, sobre todo para saber cuánto tiempo tendría que aguantar con el insufrible vestido que le tocara llevar, ya fuera para evitar que éste estallara o para no asfixiarse, ya que le costaba respirar por lo apretados que su madre insistía en que se los hicieran.

Pero ése no era su día. El vestido nuevo había sido una tortura desde el principio. A pesar de tener un bonito color celeste, que resaltaba sus ojos, y un moderno diseño, que dejaba sus hombros al descubierto cubriendo con sus mangas hasta los codos, los innumerables y pequeños botones que tenía en la espalda se le clavaban, y el hermoso corpiño sobre su pecho y su cintura únicamente servía para aprisionarla y dejarla sin respiración. Gracias a Dios que sus anchas caderas habían quedado fuera de tal tortura en esta ocasión, porque el vestido desplegaba desde la cintura una armoniosa falda con mucho vuelo, que le llegaba hasta las rodillas.

Ese endemoniado atavío era demasiado estrecho, demasiado apretado y demasiado rígido hasta para permitirle hablar, pero Sarah, ante las exigencias de su madre, se había presentado finalmente delante de aquel adorable hombre al que hacía todo un año que no veía, con un vestido que la hacía parecer un embutido, hablando con una voz apocada y débil que no era la suya y sintiéndose enferma cada instante que él intentaba entablar una conversación con ella, mientras esperaban a la insufrible visita que llegaba con retraso.

Para empeorar su mala suerte, una chica con las medidas perfectas, la mejor educación y el mejor aspecto posible de «niña buena» había decidido asistir también a esa repentina cena que habían organizado los Lowell. Beverly no tenía que hacer ningún esfuerzo para sentarse o para respirar, ni siquiera para hablar despreocupadamente con Kenneth. Mientras Sarah intentaba recuperar el aliento a duras penas en su apartado sofá, era alentada continuamente por su madre para que se entrometiera en el adorable escenario que rodeaba a esa idílica pareja que se mostraba ante ella.

* * *

—Gracias por haberte fijado en mi vestido, es nuevo. Lo estoy estrenando en esta ocasión —declaró dulcemente Beverly, mientras yo rogaba para que nadie se fijara en mi vestido. Desgraciadamente, ése no era mi día.

—Mi hija también estrena vestido, ¿verdad, Sarah? —intervino mi madre, extrañándose de yo no contestara a sus palabras y aprovechase la oportunidad

para formar parte de la conversación.

Yo me limité a asentir tímidamente con la cabeza, cuando la verdad era que estaba maldiciendo la decisión de mi madre de eliminar esos centímetros de anchura extra que la modista nos había recomendado, mientras intentaba respirar.

Pero al que de verdad maldije con ganas fue al individuo que llegaba una hora tarde, porque como se retrasara un segundo más, iba a hacer el mayor ridículo desmayándome en aquella casa, o, peor aún, haciendo que mi vestido reventara.

Finalmente, viendo lo tarde que era, los Lowell decidieron empezar la cena sin su invitado de honor, así que nos dirigimos al impecable comedor, en donde una larga mesa adornada con espléndidos manteles blancos con bordados de flores nos recibió con unos deliciosos canapés.

La señora Lowell nos mostró amablemente nuestros respectivos lugares, y justo en el instante en el que pensé que todo sería más fácil cuando permaneciéramos sentados, ya que al fin podría conversar con el hombre de mis sueños, deslumbrándolo con mi inteligencia, descubrí, al percatarme de que una de las sillas que había junto a mí permanecía vacía, que yo había sido invitada únicamente para entretener al sujeto que se retrasaba. Al menos tenía a Kenneth frente a mí, aunque fuese acompañado por aquella perfecta mujer que me recordaba a las detestables muñecas que coleccionaba mi madre.

—Bueno, Sarah, me han dicho que te encanta leer... ¿Cuáles son tus autores favoritos? Yo, sin duda, prefiero a los clásicos, aunque hay algunos contemporáneos que comienzan a llamar mi atención y...

Y justo cuando comencé a sonreír para responderle a Kenneth y dejarlo sin habla con mi intelecto, el inesperado invitado apareció, poniendo fin a la única pizca de conversación que habíamos mantenido en toda la velada.

—Siento llegar tarde, pero es que me he perdido —declaró despreocupadamente un joven alto, de alrededor de metro ochenta y cinco, revueltos cabellos rubios y desaliñado aspecto, mientras tomaba asiento a mi lado sin preocuparse de arreglarse un poco antes de sentarse a la mesa.

Ante su justificación, todos comenzaron a darle indicaciones, excusando su demora. El desconocido dedicó a todos falsas sonrisas y encantadores

halagos, pero yo pude percibir un malicioso brillo en sus intensos ojos azules, que expresaban que en realidad su retraso se había debido simple y llanamente a que le había dado la gana llegar tarde.

—Los retrasos como ése no tienen excusa alguna... —murmuré furiosa entre dientes, recordando todo lo que había arruinado ese hombre con su presencia ese día.

—Los vestidos tan horribles como ése tampoco —replicó desvergonzadamente en voz baja, mostrando una amable sonrisa, por lo que los presentes creyeron que me estaba halagando—. ¿Puedes respirar, rubita?

—¡Me llamo Sarah, y eso no es de tu incumbencia! —contesté tan impertinente como él, devolviéndole la más falsa de mis sonrisas, por lo que todos pensaron que estábamos siendo enormemente educados el uno con el otro.

—No es por nada, pero creo que eso está a punto de reventar... y yo, la verdad, no quiero estar cerca cuando explote. Los botones son proyectiles muy peligrosos.

—¡Mi vestido no va a reventar ni a dañar a nadie! —murmuré furiosa. Pero para mi desgracia, ante mis violentos movimientos por las palabras de ese insultante invitado, uno de mis botones saltó por los aires, rebotó contra la pared de mi espalda y cayó directamente en la boca del hombre de mis sueños, dejándolo sin aliento, aunque de una manera que yo nunca habría podido llegar a imaginarme.

—¿Decías? —me preguntó el insultante joven que estaba sentado a mi lado, para, a continuación, levantarse rápidamente para acudir en ayuda de Kenneth.

Fue el primero en reaccionar y, haciéndole la maniobra de Heimlich, consiguió que Kenneth expulsara el botón en cuestión de segundos.

—¿Con qué te has atragantado, Kenneth? —preguntó el señor Lowell, preocupado por su hijo, mientras yo veía avergonzada el botón de mi vestido junto al pie del individuo que me había estado molestando unos momentos antes.

Al percatarme de mi humillante situación, maldije mi suerte ocultando entre las manos mi rostro lleno de vergüenza, ya que dentro de poco sería

puesta en evidencia delante de todos.

—Creo que ha sido un bicho —declaró en ese instante el invitado, pisando el botón con su pie, ocultando así mi bochornoso momento al resto de comensales.

Le sonreí agradecida, y ya pensaba en dirigirle algunas amables palabras a mi salvador, cuando el muy idiota derramó una copa de vino sobre mi vestido nuevo, arruinándolo por completo, mientras pasaba junto a mí para recuperar su lugar.

—¡Oh, perdona! ¡Qué torpeza la mía! —exclamó, tendiéndome una servilleta con la que limpiarme, para luego añadir, en voz lo suficientemente baja como para que sólo yo lo oyera—: Eres un peligro. Tanto tú como tu vestido. Créeme: esto es lo mejor, ya que no queremos herir a más invitados, ¿verdad?

Mientras yo fulminaba a ese hombre con mi mirada llena de odio, sin dejar de sonreírle para que nadie sospechara, la amable anfitriona no tardó en hacerse cargo de mi accidente, evitando así que siguiera pensando en las decenas de formas en las que deseaba acabar con ese sujeto.

—¡Oh, Sarah, querida! ¡Lo siento mucho! Será mejor que te quitemos cuanto antes esas manchas de vino —manifestó con sincera preocupación la señora Lowell, conduciéndome hacia el baño para alejarme de esa lamentable reunión en la que yo solamente había hecho el ridículo desde el principio.

En cuanto llegué al baño, metí barriga y aguanté el aire, mientras la madre de Kenneth me ayudaba a desabrochármelo. Luego me tendió con amabilidad un albornoz para taparme y se puso a mirar qué hacer con el desastroso vestido.

—Espérame aquí, en el baño. Voy a buscar un poco de soda. Con ella quitaremos la mancha para que este hermoso vestido no quede arruinado —anunció alegremente la perfecta ama de casa, dejando entre mis manos mi odiada prenda.

Yo, por mi parte, la despedí con una estúpida sonrisa, decidida a darle el tratamiento adecuado al vestido en cuanto ella saliera por la puerta.

* * *

Había pensado que en ese pueblo dejado de la mano de Dios solamente encontraría el tedio y el aburrimiento con los que mi padre me había amenazado, para enderezarme y llevarme por lo que para él era «el camino correcto». Pero al parecer no me aburriría ni un segundo en ese lugar: el animado local clandestino que había encontrado, sin duda me permitiría huir de la monotonía, mientras que aquella chica que aparentaba ser tan anodina como las demás niñas de papá que perseguían a mi primo había llamado mi atención.

Aunque sus atrevidas palabras sólo habían salido a relucir conmigo, no pude evitar percatarme de la rebeldía que se encontraba oculta en esa chica que quería fingir ante todos ser una más de esas mujeres en serie que la sociedad preparaba para el matrimonio.

La verdad era que su hermoso rostro, enmarcado por sus rubios cabellos, me había atraído desde el principio. Y más aún cuando percibí que iba acompañado por unas sugerentes y sinuosas curvas que ella intentaba ocultar, seguramente porque su trasero no cumplía con los estándares establecidos por la moda, algo que a los hombres no nos preocupaba demasiado.

Pero lo que finalmente la había hecho irresistible para mí, a pesar de que me había prometido que durante mi estancia en Whiterlande no me metería en ningún lío con ninguna niña buena como ella, eran sus impertinentes ojos azules, que no habían dudado en reprenderme, señalándome como inapropiado para estar a su lado.

Yo sabía que esa pequeña rubita nunca se fijaría en mí, porque sus miras estaban puestas en mi primo, pero no pude evitar sentirme atraído por esa desafiante mirada, y me reté a mí mismo a sacar a la luz a la rebelde que llevaba dentro y a mostrarle que el hombre más adecuado para ella, sin ninguna duda, era yo.

Dispuesto a quedar bien con mis tíos y sus invitados, fui a buscarla con la intención de establecer una tregua entre esa chica y yo. Aunque al parecer ella estaba ocupada con otros menesteres, como constaté cuando, tras llamar sutilmente a la entreabierta puerta del cuarto de baño, me la encontré saltando descalza como una loca sobre el vestido que no adoraba tanto como pretendía

aparentar.

—No sé yo si será muy efectivo ese original método tuyo para acabar con las manchas —comenté, mostrando una sonrisa ante su inusual comportamiento.

—¡Tú! —exclamó ella, mientras se dirigía hacia mí esgrimiendo uno de sus amenazantes dedos—. ¡Todo esto es por tu culpa! ¡No vuelvas a cruzarte en mi camino nunca más!

—¡Vaya! Y yo que venía dispuesto a pedirte disculpas y a proponerte un cese en las hostilidades entre nosotros... —respondí, alzando las manos para demostrar que mis intenciones eran de lo más inocentes, aunque tal vez la pícara sonrisa que exhibía mi rostro cada vez que veía su enfado me delataba, señalando que, por más que intentara ocultarlo, siempre sería un sinvergüenza.

—¡Si tú no hubieras llegado tarde, mi vestido no habría estallado y yo tendría la atención de todos esta noche!

—Cariño, esa atención ya la tienes. Sobre todo la de mi primo Kenneth, al que has dejado sin respiración con tus... encantos —anuncié, sin poder evitar recordarle el incidente del botón de su vestido. Algo que me haría reír durante mucho mucho tiempo.

—¡Eres un... un...! —comenzó Sarah, apuñalándome con su dedo sin saber cómo terminar su frase, ya que su perfecta educación no le permitía recordar un buen insulto con el que injuriarme.

Para molestarla un poco más, cogí ese impertinente dedo y, atrayéndola hacia mí, le susurré al oído unos cuantos calificativos malsonantes que alguna vez me habían dedicado algunas de mis amistades menos respetables.

Tras sacarle los colores con cada uno de ellos, la solté para observar perversamente su reacción, que no tardó nada en pasar de un avergonzado sonrojo a una airada furia con la que se enfrentó de nuevo a mí con sus hermosos ojos azules que siempre llamarían mi atención.

—Sí, eres todo eso y mucho más... Espero sinceramente no tener la desgracia de volver a cruzarme contigo nunca más.

—Encontrarte con una persona como yo no entraba en tus planes, ¿verdad, preciosa? —le pregunté, pensando en que el que ella se cruzara en

mi camino tampoco había formado parte de los míos—. Tan sólo tienes que ignorarme y seguir el rumbo que tus papás te han señalado —le dije, mientras encendía impertinentemente un cigarrillo frente a ella, para escandalizarla un poco más.

—¡Sin duda eso es lo que haré! —respondió decidida, adoptando una recta postura de niña buena con la que me pretendía alejar.

Una rígida y falsa fachada que me sentí tentado de deshacer. De modo que, acercándome provocadoramente a ella, le di un impulsivo beso en los labios, tan sólo un leve roce antes de huir de la sonora bofetada que sin duda me daría si me quedaba demasiado cerca.

—El único problema, Sarah, es que yo no soy fácil de ignorar —afirmé impertinente antes de irme, mientras le guiñaba burlón un ojo.

—Sí lo serás, porque ni siquiera sé tu nombre —replicó ella, decidida, mientras daba un indignado portazo delante de mis narices, negándome que tuviera lugar alguno en su vida.

—Eso tiene fácil solución —manifesté, sonriéndole maliciosamente a la puerta que nos separaba, resuelto a lograr que Sarah no pudiera olvidarse jamás de mi nombre si nuestros caminos volvían a cruzarse.

CAPÍTULO 3

¡Aún no me podía creer que mi primer beso me hubiera sido arrebatado por ese impresentable! Y encima, en vez de saber tan dulce como la miel, como relataban continuamente mis amigas, me había resultado tan amargo como el pecado. Sólo fue un leve roce de labios, pero lo suficiente como para que mi boca supiera a nicotina. Como resultado de mi encuentro con ese idiota, tuve que frotarme los labios hasta volverlos rojos para eliminar ese desagradable sabor.

Y, para más irritación, me veía obligada a compartir la plácida habitación que solía ocupar yo sola cuando íbamos a la casa del lago de los Lowell, con la señorita virtuosa, cuyos padres sin duda codiciaban lo mismo que los míos: a Kenneth Lowell.

Beverly era tan artificial como yo: la misma falsa sonrisa, los mismos gestos aprendidos, los mismos vestidos y la misma estúpida personalidad. Ambas seguíamos al pie de la letra las indicaciones de nuestros padres en busca del mismo objetivo. La única diferencia entre nosotras era que ella encajaba perfectamente en el papel que le habían adjudicado, mientras que yo nunca me adaptaría a él.

Como las respetables señoritas que se suponía que éramos, leímos las insulsas revistas de moda y hablamos un poco de nuestros futuros, simulando que ninguno de ellos había sido planificado por otros.

—Éste es el primer verano que los Lowell nos invitan a su casa del lago, mi padre no pudo evitar aceptar el ofrecimiento que el señor Lowell le hizo tan amablemente.

—Yo vengo aquí desde que era niña. Este lugar es muy pacífico y acogedor, y Kenneth siempre es muy agradable conmigo —revelé, intentando mostrarle que, por muy perfecta que ella fuera, yo siempre tendría ventaja.

—¡Ah! Entonces serás como una hermana pequeña para él, ¿no? —apuntó Beverly con dulzura, tan falsa como yo, mientras intentaba romper mis sueños en pedazos. Algo que seguramente ya habría hecho por ella mi horrendo vestido y aquel horrible hombre, que, para mi desgracia, también se había hecho un hueco en ese hogar.

—Más bien como una preciada amiga de la infancia a la que no puede perder —mentí descaradamente, ya que la verdad era que Kenneth apenas me prestaba atención los veranos que nuestras familias decidían reunirse.

—Pues en la cena no parecía eso —manifestó Beverly, alzando despectiva una de sus cejas.

—Es que... es que hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Ya, por eso teníais tanto que contaros... —ironizó la mala pécora, mientras sonreía cada vez que recordaba mi vergonzosa actuación ante Kenneth.

—Sí, no te preocupes por nosotros: tendremos todo el verano para ponernos al día de nuestras vidas. Además, mi padre está pensando en aceptar un nuevo trabajo en este lugar... ¡y quién sabe! Incluso podríamos acabar siendo vecinos, o algo más... —dejé caer, mostrando que a mí nadie me amedrentaba. Y menos aún una muñequita como ella, por muy perfecta que fuera.

—¡Oh, querida! ¿Te gusta Kenneth? Pero yo creía que te decantabas más bien por un hombre como su primo, ese tal John. Después de todo, parecíais íntimos en la cena, ya que no parabais de cuchichearos secretitos. O por lo menos eso es lo que Kenneth me comentó...

Ante las palabras de esa víbora lo único que capté fue el nombre del despreciable sujeto que tanto me había fastidiado esa noche, grabándolo en mi mente para poder maldecirlo en condiciones. Luego me percaté de que Beverly esperaba una nueva contestación ante alguno de sus sutiles insultos, pero como no sabía qué narices me había dicho, simplemente le di la espalda y le mostré mi trasero a ver si tenía ganas de conversar con él mientras yo

simulaba dormir.

A pesar del nefasto día que había pasado, me dormí luciendo una sonrisa en mi rostro, tal vez algo malvada, al tiempo que planeaba cómo torturar lentamente a ese individuo al que desde ese momento sólo tenía que ignorar y fingir que nunca nos habíamos encontrado para que él dejara de prestarme atención. Una tarea que pensé que sería fácil. Pero estaba visto que todavía no conocía a John Lowell ni su persistente forma de ser a la hora de fastidiarme.

* * *

—¿Qué piensas de las *barbies* que ha traído tu padre a casa para que te decidas, Kenneth? —preguntó despreocupadamente John, recostado en la cama del cuarto que compartía con su primo.

—No es adecuado que las llames así, John, los amigos de mi padre son unas preciadas visitas y sus hijas sólo son...

—El lastre que los acompaña para echarte el lazo y atraerte hacia el matrimonio —completó John con sorna—. Dime, Kenneth, ¿tu padre te ha planificado el futuro tan bien como el mío intenta hacer conmigo?

—No, mi padre solamente me aconseja sobre la mejor forma de seguir un digno camino en la vida y...

—Sí, lo que tú digas. Entonces, ¿no te ha recomendado el trabajo al que debes acceder, la casa que debes comprar y la mujer que será la más adecuada para ti?

—John, ¿por qué no te preocupas de arreglar tu desordenada vida antes de intentar arreglar la mía? —replicó Kenneth, cuando las persistentes palabras de su primo al fin consiguieron molestarlo.

—Es justo lo que estoy haciendo: me gusta una de las chicas que han venido esta noche a tu casa y quiero saber si tendré competencia.

—John, no quiero acabar con tus esperanzas, pero no creo que seas el tipo de hombre que llame la atención de Beverly...

—¿Beverly? ¡Ja! —rió John—. La chica de plástico es toda para ti, yo me quedo con la de verdad.

—¿Sarah? ¿Te gusta Sarah? —preguntó Kenneth, sorprendido por la posibilidad de que alguien se fijara en la apocada y tímida niña que él conocía desde la infancia.

—Sí, no sé de qué te extrañas. Esa chica puede ser bastante interesante.

—¿Estamos hablando de la misma Sarah que es tan tímida que no ha dicho más de dos palabras en toda la noche?

—Bueno, por lo que veo, tengo esperanzas —declaró jactancioso John, levantándose alegremente de la cama de su primo mientras se estiraba, decidiendo su próximo movimiento para llamar la atención de esa rebelde damisela que tan bien se escondía de todos.

—John, no creo que sea buena idea que vayas detrás de ninguna de esas chicas: ambas son unas decorosas señoritas a las que sin duda puedes llegar a espantar con tus avances —le advirtió Kenneth, sin creerse de verdad que el rebelde de su primo estuviera decidido a perseguir a la retraída Sarah.

—Pero ¡qué poco conoces a esa chica, Kenneth! Te advierto una cosa, primo: cuando la conozcas de verdad, tal vez comience a interesarte, pero ya será demasiado tarde para ti, porque yo sólo juego para ganar, y en esta ocasión he apostado por ella.

—¡No quiero que juegues con Sarah! —increpó Kenneth a su primo, molesto con la idea de que alguien pudiera dañar a esa tierna chica.

—¿Y eso por qué?

—Porque Sarah y yo nos conocemos desde niños y la aprecio como a una hermana pequeña. No quiero que manches su nombre o que hagas algo indecente con ella que pueda llegar a causarle complicaciones.

—Entonces tenemos un problema, querido primo, porque yo nunca he sido muy decente que digamos y sin duda quiero pervertir a esa rubita en más de un aspecto. Aunque por ahora solamente la agitaré un poco —anunció abiertamente John, mientras abría la ventana del cuarto de su primo, por donde pensaba escapar de los sermones sobre la decencia que podía llegar a dar Kenneth a pesar de su joven edad.

—Te lo advierto: no pienso permitir que te acerques a Sarah —manifestó Kenneth, preocupado por las intenciones que tenía John hacia esa inocente chica de la que se sentía responsable—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—preguntó con irritación cuando vio a su primo ignorándolo descaradamente, mientras se disponía a salir por la ventana.

—Escaparme de casa, por supuesto —replicó despreocupadamente John, descendiendo por la bonita enredadera con la que la señora Lowell había decidido adornar la fachada de su hogar.

—Pero ¡si acabas de llegar!

—Sí, pero tengo muchas cosas que hacer antes de instalarme.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Pues lograr que una chica no pueda olvidar mi nombre.

* * *

Tras mi lamentable comportamiento en la cena de los Lowell, mis padres decidieron actuar lo más rápidamente posible. Esta vez no sólo aceptaron la invitación de sus amigos como hacían todos los años, para quedarse una temporada junto a ellos con la excusa de disfrutar de la tranquilidad de ese aburrido lugar, sino que también decidieron comprar una casa en Whiterlande.

La solución más rápida ante mi fracaso para llamar la atención de Kenneth no fue abandonar y pensar en trazar otro camino para mi futuro, no... Para mis padres resultó ser mucho más lógico dar a mi vida un giro de ciento ochenta grados y tomar la decisión de mudarnos a ese recóndito pueblo, sin preguntarme qué opinaba del asunto. Mis amigos, mis estudios, todo lo que había conocido hasta ese momento... nada les importaba. Nada, excepto todo lo que estuviera relacionado con cazar al hombre adecuado para el matrimonio.

Yo me preguntaba si realmente mis padres me veían como una persona o únicamente como una marioneta que movían a su antojo.

A la mañana siguiente de esa espantosa cena, mi madre comenzó a buscar la casa perfecta, asesorada por la señora Lowell, a lo que se unió la madre de Beverly, mostrando lo competitivas que podían llegar a ser.

La verdad era que no me preocupaba demasiado que mi madre pudiera salir dañada por el enfrentamiento con otra mujer, ya que ella también podía

enseñar las garras cuando quería. Así que a la hora del té, mientras las mujeres hablaban sobre muebles, recetas y demás cosas de escaso interés, yo me perdía en mis pensamientos, dando lugar a que las presentes creyeran que no intervenía en la conversación por timidez, cuando en realidad se debía al tremendo aburrimiento que me embargaba cada vez que las oía hablar.

La tarde habría pasado entera sin ningún contratiempo de no ser porque la señora Lowell puso un programa de radio en el que los oyentes que participaban se dedicaban a dejar sus confesiones de amor hacia sus amadas, acompañadas de alguna delicada canción.

Mientras me deleitaba con el té e intentaba coger una pastita cuando la reprobadora mirada de mi madre no me vigilaba, me atraganté al oír uno de los mensajes de ese programa. Afortunadamente, nadie se dio cuenta de que iba dirigido a mí.

—Y éste es un mensaje de John para Sarah, la mujer cuyo vestido puede dejar a un hombre sin respiración: «Espero que a partir de ahora no te olvides de mi nombre».

—¡Oh, Sarah! ¿Estás bien? —se preocupó la señora Lowell, mientras golpeaba con delicadeza mi espalda—. No sabía que este programa era tan atrevido. Si quieres, lo puedo apagar.

—No, señora Lowell, déjelo. A pesar de los molestos mensajes de los oyentes, la música es agradable —contesté, pensando que la jugada de ese pernicioso sujeto no podía llegar a más.

—Además, no debes preocuparte: sin duda una chica como tú nunca sería esa Sarah. Debe ser muy atrevida para usar un vestido que deje sin respiración a un hombre —declaró la madre de Beverly, más como un insulto que como un halago, descartándome con una de sus despectivas miradas, como si yo nunca pudiera ser capaz de llamar la atención de ningún hombre.

En ese momento tuve unas enormes ganas de señalar lo equivocada que estaba, pero como eso sería un gran error, decidí seguir disfrutando de la velada, algo que fue imposible.

—Y aquí tenemos nuevamente un mensaje del persistente John, para Sarah: «Nunca podré olvidarme de ese peligroso vestido, como tú nunca podrás olvidar mi nombre a partir de ahora».

—Qué te apuestas... —mascullé, tras un nuevo mensaje con el que ese chico consiguió enfadarme.

A lo largo de toda la tarde no dejaron de emitir más dedicatorias, que avivaron mi mal genio, ese carácter que yo estaba decidida a esconder a toda costa, pero que en esos instantes no podía hacer nada por apaciguar por más que lo intentara.

—Y, cómo no, una vez más, de nuestro enamoradizo John, para Sarah: «Por una noche inolvidable, de la que aún conservo el botón de ese vestido...».

—Creo que será mejor cambiar de emisora —dije bruscamente, interrumpiendo el nuevo mensaje, mientras me percataba de que finalmente ese tipo había conseguido lo que se había propuesto: que yo nunca pudiera olvidar su nombre. Aunque fuera para maldecirlo.

—Y de John para Sarah, «Ese vestido...».

Comenzó a sonar un nuevo mensaje, cuando decidí que era el momento adecuado para cortar por lo sano.

—Me duele la cabeza, será mejor que apague la radio —anuncié, y sin esperar indicación alguna por parte de la señora Lowell, apagué groseramente el maldito trasto, para acabar con la principal fuente de mi incipiente dolor de cabeza. Por desgracia, el causante del mismo no tardó en volver a aparecer de nuevo, esta vez en persona.

—¡Oh, querido! ¡Al fin has llegado! Y, por lo que veo, has hecho todos los encargos que te pedí —alabó la señora Lowell a John, mientras veía cómo se adentraba en el salón con unas bolsas de la compra—. Sarah, ya que no te encuentras bien, ¿por qué no le muestras a mi sobrino dónde está la cocina? Entre otras cosas le envié a comprar unas pastillas para el dolor de cabeza que sin duda te servirán para aliviar tu malestar. Luego, si quieres, puedes descansar un rato en tu habitación hasta la cena.

Mientras pensaba cómo declinar el ofrecimiento de la señora Lowell sin ofenderla ni descubrir mi mentira, el aludido me retó, y, apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta, me dedicó una de sus ladinas sonrisas.

—Es cierto: he comprado unas píldoras que pueden ayudarte a aliviar ese

dolor de cabeza. Te pido disculpas por haber tardado un poco en traerlas. Es que me he distraído en la farmacia porque en la radio estaban poniendo unos mensajes muy interesantes y me he entretenido. Eran muy curiosos. El último decía algo así como «Ese vestido siempre será un secreto entre tú y yo, y...».

—Sí, de acuerdo. Te ayudaré con las compras. Mi cabeza necesita descansar de tantos mensajes empalagosos —lo interrumpí rápidamente, arrebatándole a John una de las bolsas. Y, tomando la delantera, anuncié con una provocadora sonrisa igual de impertinente que la de él—: Sígueme y te mostrare dónde está la cocina, Billy —finalicé, haciendo hincapié en ese nombre, equivocado a propósito, mientras lo dejaba atrás.

Aunque creo que a él no le importó demasiado mi tonta venganza, ya que lo pillé mirando mi trasero con una sonrisa llena de satisfacción. Sin duda se creía el ganador del momento, pero nuestro juego sólo acababa de comenzar.

* * *

A lo largo de los días, Sarah se dedicó a maquinarse una manera de vengarse de ese retorcido hombre, ya que cada vez que sus miradas se cruzaban, él sonreía jactancioso hacia ella, recordándole su victoria y que ella nunca sería tan atrevida como él en sus jugarretas. Pero es que la fachada de niña buena que pretendía mantener limitaba mucho su posible represalia, así que, por el momento, Sarah se dedicaba a dirigirse a él usando todos los nombres de chico que recordaba, excepto el suyo. Ése solamente lo murmuraba en voz baja, acompañado de alguna que otra maldición, cuando se encontraba a solas.

Su infantil gesto sólo conseguía que John se riera de ella y de sus estúpidos intentos por ponerse a su nivel en ese enfrentamiento que nunca ganaría. O al menos eso era lo que él pensaba, ya que las buenas chicas no podían comportarse mal. Aunque había muchas otras maneras de tomarse la revancha en las que las delicadas manos de una dama no se ensuciaban demasiado, pensaba Sarah, mientras alzaba su aguja tras la última puntada, observando detenidamente una prenda que se encontraba entre las labores de costura de la tarde.

—Señora Lowell, ¿ésa no es la chaqueta de Tony? —preguntó Sarah, señalando la vestimenta habitual, de la que John no solía desprenderse.

—¡Oh, querida! Aún no te has aprendido el nombre de mi sobrino, se llama John —rio la señora Lowell, deteniendo por unos instantes las perfectas puntadas de su labor de costura.

—Es que soy muy mala para los nombres —respondió Sarah falsamente.

—No te preocupes: a mí en ocasiones me ocurre lo mismo. Y respondiendo a tu pregunta, sí, querida, se trata de su chaqueta. Está tan gastada que me la dejó para que le remendara sus deshilachados puños.

Tras unos segundos de considerar las consecuencias de su posible locura, Sarah se tiró de cabeza sobre la oportunidad que se le presentaba, y ocultando la pícara sonrisa que acudía a su rostro en ese momento en el que al fin había hallado la revancha perfecta, se dirigió hacia la ocupada mujer con toda la falsa inocencia que sólo ella podía aparentar.

—Pero señora Lowell, usted está demasiado ocupada con las responsabilidades de la asociación de mujeres. ¿Está segura de que podrá terminar todo el trabajo a tiempo?

—Lo sé, querida, pero éstos son los imprevistos a los que en ocasiones debe enfrentarse una buena ama de casa.

—Si quiere yo podría ayudarla remendando esta ajada prenda. Después de todo, no carezco de habilidad con la aguja —declaró Sarah, cogiendo entre sus manos la deslucida chaqueta de John, como si en verdad fuera algo tan preciado para ella que nadie más debía tocar.

Belinda, al ver que su hija tenía la oportunidad de mostrar una de sus habilidades ante la señora Lowell, no dudó en alabarla ante todos, hasta que al fin su anfitriona consintió en ceder esa prenda a la, en su opinión, enamoradiza niña que había comenzado a admirar a su sobrino.

Sarah, sin poder resistirse a la oportunidad que se le brindaba, cogió feliz la chaqueta de su némesis entre sus brazos y, sin importarle demasiado lo que otros pudieran pensar, se apresuró con ella y con una pequeña canasta de costura hacia la habitación que ocupaba.

Por el camino se cruzó con Kenneth, que sintiéndose extrañado por el inusual comportamiento que mostraba Sarah al correr alocadamente por la

casa abrazada a una desgastada prenda, decidió detener sus pasos. Al reconocer a quién pertenecía esa chaqueta, Kenneth intentó comportarse como un buen hombre y alejar a Sarah de su primo y de los atrevidos planes que éste seguramente tenía para ella.

—Sarah, ¿quieres que paseemos por el lago? —le propuso a la apresurada muchacha que pasaba junto a él, mientras le sonreía, seguro de su respuesta afirmativa.

—Lo siento, Kenneth, en estos momentos estoy demasiado ocupada —respondió despreocupadamente Sarah, dejándolo atónito con su negativa, ya que ella siempre había corrido detrás de él a la menor oportunidad.

—¡Ah! ¿Y qué es eso tan importante que tienes que hacer? —preguntó Kenneth, molesto porque aquella chica no le prestara la atención que siempre le había dedicado.

—Venganza... —creyó oírla murmurar entre dientes, algo que descartó de inmediato cuando ella declaró con una amable sonrisa, antes de subir apresuradamente la escalera—: Tengo que ayudar a tu madre con las labores del hogar.

Tras ser rechazado por primera vez en su vida, Kenneth llegó preocupado junto a las mujeres que disfrutaban en el salón de una apacible tarde de costura.

—Madre, no sabía que estabas tan ocupada. Acabo de cruzarme con Sarah y ha rechazado mi invitación para que paseáramos junto al lago, alegando que tenía que ayudarte —comunicó Kenneth, dejando a todas las mujeres asombradas ante ese comportamiento. Aunque la señora Lowell tan sólo sonrió serenamente, como si esa extraña reacción de Sarah fuera algo que ella ya se esperase.

—Querido, si tantas ganas tienes de pasear, ¿por qué no invitas a Beverly a acompañarte? —propuso su madre. Y ante la mirada expectante que la chica le dirigió, Kenneth finalmente no pudo negarse.

Beverly salió corriendo junto a su madre hacia su habitación para recomponer su perfecto aspecto, que no necesitaba lucir más esplendoroso, mientras que Belinda se retiró con una vana excusa de esa reunión, seguramente para reprender a su hija por su estúpida decisión de rechazar tal

propuesta.

Después de que Kenneth se desplomase en una silla, sin saber aún lo que había ocurrido, su imperturbable madre se limitó a explicárselo con toda tranquilidad, dedicándole unos segundos de su atareada vida.

—¿Es que acaso creías que ella iba a estar esperándote siempre? —dijo, abriéndole los ojos hacia lo que estaba sucediendo.

Desde que su primo había llegado, todo estaba cambiando. Y, por lo que parecía, alguno de esos cambios afectaría más que otros a su planificada vida, lo que a Kenneth no le gustaba en absoluto.

CAPÍTULO 4

Seguro de que nadie me prestaba la menor atención, salvo la vengativa rubita cuyos ojos me seguían a cada instante, seguramente para intentar fastidiar cualquier idea que tratase de poner en práctica, me escabullí hacia la salida sin olvidarme de coger mi chaqueta de cuero marrón del perchero de la entrada, una prenda que mi tía había tenido la amabilidad de arreglar. Ni siquiera le dediqué una mirada a su espléndida labor, por la que más tarde le daría las gracias, ya que sólo quería escapar lo más rápidamente posible de ese lugar.

Me coloqué con prisas mi chaqueta de la suerte, aunque ésta no pareció acompañarme en esa ocasión, cuando la rebelde rubita se cruzó en mi camino, probablemente con la intención de delatar mi huida.

—¿Te vas? —me preguntó impertinente, señalando la puerta hacia la que yo me dirigía.

—Sí —repuse—, tengo planes para no aburrirme y esta cena familiar me los echaría a perder. ¿Te apuntas a la diversión, rubita? —pregunté, muy seguro de su respuesta.

—No, yo no soy tan rebelde como tú —respondió ella, echándose a un lado mientras me miraba con reproche, indicándome que mi comportamiento no era el adecuado.

—Pero estás aprendiendo, ¿verdad? —susurré atrevidamente a su oído, ya que cada vez que estaba junto a esa chica no podía evitar querer acercarme más a ella y, por supuesto, provocarla.

—Sí, y no sabes cuánto... —murmuró Sarah a mi oído en respuesta, justo

antes de alejarse de mí, dejándome gratamente sorprendido con su afirmación.

—¿Es que no vas a delatarme? —pregunté, sin saber lo que podía esperar de ella en cuanto saliera por la puerta.

—No, ¿por qué iba a hacerlo? —replicó despreocupada, mientras me miraba con malicia, para luego hacerme una última advertencia—. Si vas algún lugar peligroso esta noche, procura guardar bien tus espaldas, Danny... —finalizó, llamándome con otro nombre erróneo de forma consciente, haciéndome reír por su infantil comportamiento con el que pretendía ofenderme. Pero claro... ¿qué otra cosa podría hacer una chica como ella para intentar tomarse la revancha sobre mí?

* * *

Definitivamente, ésa no era mi noche más afortunada, a pesar de llevar puesta mi chaqueta de la suerte.

Tras lograr escapar de mi nuevo hogar, encontré en las afueras del pueblo un lugar adecuado para mis atrevidas apuestas: un sucio garito de moteros con un amplio aparcamiento y un llamativo cartel de neón rojo, donde la atrevida imagen de una chica que levantaba y bajaba una pierna daba la bienvenida al establecimiento, llamado Brutus.

Después de abrir la puerta, pude comprobar que se asemejaba mucho a los demás tugurios que estaba habituado a visitar: deslucidos suelos de madera, una estruendosa música, tenues luces que iluminaban el ambiente y pequeñas mesas redondas de roble con sus desvencijadas sillas. En un rincón se veían algunos juegos, como el billar o los dardos, en los que ya se comenzaban a hacer apuestas, pero la mesa de póquer permanecía vacía, dándome la ocasión perfecta para comenzar una partida.

Al fondo del todo, una gran barra con innumerables taburetes animaba a tomar asiento, algo que pocos aprovechaban, ya que, aunque una atractiva mujer servía las copas, a su lado permanecía un tipo enorme de aspecto amenazador, que, con sus llamativos tatuajes, su poblada barba y su ceño permanentemente fruncido resultaba muy intimidatorio. Los parroquianos

eran los habituales en un lugar como ése: tipos peligrosos atiborrándose de alcohol, chicas explosivas... y yo.

Cuando di mis primeros pasos en ese local, mi recibimiento fue de lo más extraño. Casi siempre solía oír a algún que otro bocazas de ese tipo de garitos riéndose de mí por ser demasiado joven para encontrarme en esos lugares, pero con el ímpetu de mis puños y mi labia siempre los convencía de que era mejor que no se metieran conmigo.

Sin embargo, desde que entré por la puerta de ese establecimiento todos los presentes, sin excepción, comenzaron a dirigirme irónicas sonrisas, y cada vez que pasaba junto a ellos, me saludaban burlonamente llamándome por un nombre que no era el mío. Tal vez si me hubieran llamado Tony, Roy, Dan, Josh o, incluso mi propio nombre, el más que común y corriente John, habría dejado pasar el tema, pero llamarme de esa manera...

—¡Ey, Mary! —gritó en ese momento otro de los individuos que se estaban riendo a mi costa, consiguiendo de mí un nuevo gruñido y unas ganas tremendas de apalear al necio que había comenzado con esa estúpida broma.

Al principio me volvía para determinar si había alguna chica detrás de mí a la que esos tipos estuvieran saludando. Pero tras varias repeticiones de la bromita, me percaté de que «Mary» era yo mismo, por lo que me decidí a mostrarles que nunca debían meterse con un chico tan taimado como yo, que por más inocente que pareciera, podía llegar a ser tremendamente peligroso cuando se lo proponía.

Por el momento decidí resistirme a entrar en su juego, pero los tipos del bar continuaron burlándose un poco más de mí cuando, al llegar a la barra, una sugerente camarera me colocó delante un insultante vaso de leche.

—Esto no es lo que yo iba a pedir —señalé, tomando asiento despreocupadamente en uno de los viejos taburetes de ese lugar.

—¡Ah, perdona! —repuso irónica la mujer, mientras cambiaba mi vaso de leche por un batido de chocolate.

Podría haberme enfadado y marchado de allí, o tal vez haberles dejado claro que lo mío era la cerveza, pero ¿para qué molestarme en demostrarles lo maduro que era para mi edad si, cuanto más inocente me creyeran, más fácil sería para mí desplumarlos?

—Esto ya es otra cosa —dije, riéndome de todos mientras me tomaba el batido, haciendo con mi gesto que ahondaran un poco más en sus bromas.

—¿Y qué te trae por aquí, Mary? —interrogó desde detrás de la barra un hombre de aspecto brusco e intimidante, a pesar del delantal blanco que llevaba atado a su cintura.

—La bebida, la música y el juego, por supuesto... —respondí, señalando cada una de las perversiones que destacaban en ese lugar.

—¿No crees que aún eres un poco joven para las apuestas, chico?

—Tengo dieciocho años —señalé, indicando que era lo suficientemente adulto como para saber en lo que me metía.

—¡Oh, todo un hombre! —se burló de nuevo el tipo de la barra, dueño del establecimiento, mientras limpiaba los vasos con un viejo trapo, para luego añadir una nada sutil amenaza—: Márchate de aquí, chaval, antes de que te saquemos a patadas.

—¿Por qué no hacemos otra cosa? —propuse, viendo que muy pronto sería expulsado de ese local si mi suerte no cambiaba—. Como seguramente a los dos nos gustan las apuestas, propongo que juguemos a cara o cruz si puedo tomar parte de las partidas de esta noche. ¿Dejamos que la suerte sonría al más afortunado? —pregunté, enseñando mi moneda de la suerte mientras la tiraba al aire, tentando a todos a formar parte de mi juego.

—Bueno, ¿por qué no? Elijo cara —anunció el dueño del local, dirigiéndome una mirada a mí y luego a la puerta, para hacerme entender que muy pronto, lo quisiera yo o no, estaría fuera de su garito.

—Cruz para mí, pues —dije, mostrando con una de mis sonrisas que no estaba dispuesto a perder esa noche.

Tras tirar la moneda al aire, tal como tenía previsto, me gané la oportunidad de permanecer en ese local y, con mis encantos, mi suerte y mi habilidad, no tardé en convencerlos a todos de que no era el niño inocente que ellos habían pensado. Al final de la noche, todos se reían en la mesa de póquer, todavía sin llegar a creerse que yo hubiera podido dejar sin blanca a muchos de ellos. Ante mí se apilaban las fichas de póquer, junto a unos cuantos vasos vacíos de varios batidos de chocolate, ya que Brutus, como era conocido el dueño de ese lugar, se había negado a servirme ni una mísera

cerveza.

—¡Y pensar que nos preocupaba quedarnos con todos los ahorros de tu hucha de cerdito, chaval! —se rio Brutus.

—¿No sabéis que no se debe juzgar a alguien por su aspecto? —me reí abiertamente de ellos. Y, tras mirar el reloj, me despedí de todos, sabiendo que, si tardaba un minuto más en llegar a casa, sería severamente reprendido por mis familiares, imposibilitándome volver a escaparme con tanta facilidad.

—¿Quién nos iba a decir que alguna vez nos iba a desplumar un chaval con un nombre tan ridículo como Mary! —declaró uno de los jugadores, golpeándose la cabeza con una mano.

—¿Cómo? Perdona que te saque de tu error, pero yo no me llamo Mary: me llamo John —repuse al equivocado sujeto.

—Entonces, ¿por qué tienes grabado en la espalda de tu chaqueta, con letras rojas bastante llamativas, eso de «Lámame Mary»? —me interpeló ese tipo.

—¿Qué? ¡La madre que la...! —grité, mientras me quitaba la chaqueta lo más rápidamente posible, para comprobar la jugarreta con la que Sarah me había devuelto mi anterior movimiento en ese juego que se había iniciado entre los dos.

Y, en efecto, ante mí, con llamativas letras rojas y perfecta caligrafía se apreciaba muy hábilmente bordado ese insultante mensaje que me manifestaba una vez más lo perfecta que era esa mujer para mí, la única capaz de seguirme el juego.

—Un punto para ti, rubita —murmuré en voz baja, mientras descartaba esa chaqueta como mi prenda favorita—. Nunca hagáis enfadar a una mujer —aconsejé a mis compañeros de juego, haciendo que sus carcajadas resonaran en mitad de la noche.

—¡Chaval, cómo se nota que sólo eres un niño! ¡Eso es algo que ya sabemos todos! —respondió uno de los presentes, alzando uno de sus brazos, en donde se apreciaba el nombre de una mujer grabado en tinta.

Alegrándome por no ser el único incauto que se veía engañado por unos bonitos ojos y una atrayente sonrisa, enfilé hacia mi moto, mientras jugaba con la moneda que siempre me aconsejaba en las decisiones más difíciles de

mi vida.

—Vamos a ver, rubita: cara, te dejo en paz, cruz, te devuelvo la jugada...

Tras lanzarla al aire, la recogí al vuelo. Y posándola en el dorso de mi mano, observé el resultado de mi apuesta, que me animaba a seguir con mi diversión... Pero, ¿a quién pretendía engañar, si yo siempre jugaba para ganar? Sonreí mientras arrojaba nuevamente al aire mi moneda, que poseía cruz en ambos lados...

* * *

Sarah creyó que se había establecido una tregua entre ese rebelde de John Lowell, que siempre la molestaba, y ella. Desde que se tomó su revancha no había vuelto a verlo vistiendo su escandalosa chaqueta de cuero, e iba diciendo ante todos que la había perdido y que se había visto obligado a sustituir su indecorosa indumentaria por uno de los finos jerséis de punto con botones que solía llevar Kenneth. Pero al contrario que a su primo, a John no le quedaba nada bien ese tipo de ropa, especialmente cuando la conjuntaba con sus desgastados vaqueros o la vestía mientras realizaba tareas tan sucias como arreglar su motocicleta.

A pesar de llevar un bonito jersey celeste colgado al cuello tan aristocráticamente como su primo, en John destacaba de una forma particular. Y más aún cuando, cada vez que él creía que nadie lo miraba, limpiaba sus sucias herramientas sobre él, seguramente para deshacerse lo más deprisa posible de esa prenda, que, por lo que parecía, detestaba tanto como Sarah algunos de sus vestidos.

Decidida a que el resto de su estancia en ese lugar fuera tranquila, Sarah se acercó prudentemente a John para comprobar si esa tregua a la que ella pensaba que habían llegado estaba en pie o si sólo eran las vacías esperanzas de una chica que no sabía cómo proceder ante los provocativos juegos que John le proponía.

—¿Qué haces? —preguntó Sarah, intentando iniciar una conversación con ese hombre, que no los llevara a una disputa.

—Estoy arreglando la burra —dijo John, mientras se limpiaba las manos

en el jersey a la vez que sacaba un cigarrillo del paquete de tabaco para colocarlo atrevidamente en su boca.

—¡Eres un grosero! Sólo te he preguntado qué estabas haciendo, no es para que me hables así —exclamó Sarah, molesta por su impertinencia, arrebatándole el cigarrillo, que partió en dos y tiró al suelo.

—Y yo te he contestado, rubita: ésta es mi burra —explicó John, señalando su motocicleta, emitiendo un gran suspiro, resignado a no ser comprendido nunca por esa mujer.

—Ah, lo siento —se disculpó Sarah, avergonzada, mirando el cigarrillo roto que estaba junto a sus pies—. Bueno, de todas formas, el tabaco puede dañar tu salud y ninguna chica te querrá besar si sabes igual que un cenicero.

—Así que esperas que te vuelva a besar, ¿eh? —replicó burlón John, sin poder evitar recordarle a Sarah el beso que le había arrebatado.

—No, para nada. Yo quiero un beso que sepa muy dulce y, definitivamente, tú no eres el chico adecuado para dármelo.

—Tal vez no, pero te podría enseñar otro tipo de beso que puede atraerte tanto que te harías adicta a mí sin ninguna duda —declaró John, mientras repentinamente la colocaba sobre su motocicleta para acorralarla entre sus brazos, que la tentaban a ser tan rebelde como él.

—Prefiero dejar ese tipo de besos para mi futuro marido —repuso Sarah, dispuesta a espantarlo.

—No te preocupes: cuando termine de pervertirte haré una mujer decente de ti —murmuró John, acercándose más a Sarah, mientras se reía de sus intentos de alejarlo.

—Evidentemente, tú nunca serás un hombre adecuado para el matrimonio —opinó Sarah alejándose de él, tapando con una de sus manos los labios que tan peligrosamente se acercaban a ella.

—¡Oh! Por un momento olvidé que vas detrás de mi primo, un hombre que, por supuesto, te brinda toda su atención... —se burló John, mientras señalaba a Kenneth, que paseaba por la otra orilla del lago, embelesado con la conversación de Beverly.

—No te preocupes por mí. Este año pienso lograr que Kenneth se fije en mí, y cuando vea lo perfecta que soy en todos los aspectos, como la cocina, la

costura, la...

—¡Bah! ¡Qué aburrido! —dijo John, interrumpiendo el monótono discurso de Sarah, aprendido de su madre—. Si de verdad quieres llamar la atención del bobo de mi primo, harías mucho mejor mostrándole a la verdadera Sarah, esa que es capaz de dejarme en ridículo y contrarrestar cada una de mis jugarretas. ¿Tienes idea de con cuántos tipos estuve a punto de pelearme gracias a tu magnífica labor de costura?

—Esa maliciosa mujer sólo sale a relucir junto a un sinvergüenza como tú y, definitivamente, ésa es una parte de mí que Kenneth nunca conocerá.

—Pues es una auténtica lástima, porque esa rebelde señorita sería imposible de olvidar para cualquier hombre.

—Aprovechando que sacas el tema, he venido precisamente a hablarte de eso: no pienso contestar a ninguna más de tus provocaciones, porque ése no es un comportamiento digno de una dama.

—Y, claro, no encaja demasiado bien en el papel que pretendes aparentar, ¿verdad? —afirmó John, molesto con la falsa Sarah que se presentaba ante él—. No te preocupes, no volveré a provocarte. De hecho, estoy decidido a apartarme de tu camino y observar cómo ejecutas tu elaborado plan para que mi primo caiga en tus redes. Creo que me divertiré mucho con ello.

—¿Acaso dudas de que conseguiré que Kenneth se fije en mí? —inquirió Sarah, retadora.

—No, puede ser. Pero no estoy seguro de si se fijará en ti de la manera que tú esperas, rubita —declaro ladinamente John, mientras se acercaba a ella para arrebatarse un nuevo beso, un avance que Sarah esquivó echándose hacia atrás... para terminar cayéndose ruidosamente de la moto, acabando en el suelo junto a toda la grasa, la suciedad y las herramientas de John.

Por supuesto John no pudo evitar reírse y, en lugar de ayudarla a levantarse como todo un caballero, simplemente se echó a un lado mientras dejaba que su asombrado primo corriera hacia ella para llevar a cabo esa acción.

—Sí, Sarah: verdaderamente eres única llamando la atención —dijo John entre carcajadas, adentrándose en la casa de su tía para tomar una cerveza con la que poder seguir disfrutando del espectáculo.

* * *

Como todos los veranos que había acudido a la casa del lago de los Lowell, fui ignorada una vez más por Kenneth, que se dedicó a prestar toda su atención a la maravillosa Beverly, una chica que no perdía la menor oportunidad de mostrarles a todos cada una de sus espléndidas cualidades.

Si al menos alguien se hubiera dignado volverse hacia mí, alguien que no fuera el desvergonzado de John Lowell, claro, tal vez habría descubierto todas las virtudes que yo tenía. Pero, al parecer, la única persona que se daba cuenta de que yo existía era justamente aquella a la que yo estaba absolutamente decidida a ignorar.

Cada vez que Kenneth emprendía su paseo junto al lago, Beverly se apresuraba a acompañarlo. Y, por supuesto, antes de que yo pudiera siquiera alzar la voz para decir nada, mi madre me empujaba a esa reunión en la que yo intentaba encajar desesperadamente.

Era frustrante. Siempre que pretendía seguirles el paso, mientras iniciaba una inteligente y amena charla, algo realmente imposible con los asfixiantes vestidos que mi madre me obligaba a llevar, el resultado de esas románticas excursiones era el mismo: acababa siendo dejada de lado, mientras intentaba alcanzar a un hombre que ni siquiera se percataba de que yo estuviera allí.

Una vez más me sentía fuera de lugar viéndolos alejarse de mí, absortos en su conversación, mientras yo tenía que detenerme para recuperar el aliento y contemplar desde lejos cómo todos se olvidaban de mí. «O casi todos», pensé, cuando oí detrás el característico rugido de una motocicleta.

Al volverme, vi a John, que, montado en ella, seguía mi paso lentamente, sin dejar de observarme ni un momento con aquella maliciosa sonrisa llena de satisfacción con la que se burlaba de mí por haber fracasado una vez más en mi intento de llamar la atención de Kenneth, tal como él había predicho.

—¿Te ayudo, rubita?

—No, gracias. Estoy perfectamente. Sólo tengo que.... recuperar un poco.... el aliento y ya... está —dije jadeando, mientras intentaba respirar.

—¡No me digas que estás usando otra vez uno de esos infernales

vestidos! —exclamó John, alzando una de sus cejas reprobadoramente, sin dejar de recorrerme de arriba abajo con la mirada, como si quisiera desnudarme—. En serio, rubita, con lo guapa que estarías sin nada, ¿por qué te empeñas en llevar esas tortuosas prendas?

—Para estar guapa hay que sufrir —citó, repitiendo la frase que mi madre me recitaba cada vez que yo le hacía la misma pregunta.

—Tú ya eres guapa, rubita, lo único que te ocurre es que te ha dado por perseguir a un idiota que todavía no se ha dado cuenta de ello... ¿Por qué no me persigues mejor a mí?

—No, gracias. Prefiero seguir con mi idiota —respondí, reiniciando la marcha detrás del que consideraba el hombre adecuado.

Mientras caminaba lentamente hacia Kenneth y Beverly, no dejé de oír la molesta motocicleta que me seguía con lentitud y que, cada vez que me paraba para respirar, rugía detrás de mí para llamar mi atención. Cuando esto sucedía, yo me volvía hacia John dirigiéndole una de mis furiosas miradas. Pero ese idiota siempre respondía a mi mal humor con una de aquellas ladinas sonrisas que tanto me distraían.

—Si quieres te puedo ayudar a llegar junto a él —propuso tentadoramente, señalando la parte trasera de su asiento.

—No, gracias. Prefiero caminar —respondí, declinando su ofrecimiento, a pesar de que Kenneth se hallara cada vez más lejos de mí.

—También podría ayudarte a conseguir a mi primo. Después de todo, somos familia y conozco sus gustos y preferencias respecto a las mujeres.

Estas palabras me hicieron volverme rápidamente y dedicarle toda mi atención a ese insufrible sujeto que siempre me molestaba.

—Claro que mi ayuda tendría un precio... —añadió John con una sonrisa lobuna.

Tras eliminar todas mis esperanzas, seguí caminando mientras lo ignoraba, ya que sin duda ese atrevido no pediría nada decente de mí.

—¡Venga ya! ¿Ni siquiera vas a preguntarme cuál es el precio? —se quejó John, molesto porque sus tretas para llamar mi atención no hubieran funcionado.

—Está bien, dime —le concedí, volviéndome hacia él cruzando los

brazos y mirándolo con recelo, para a continuación comunicarle—: Pero no pienso hacer nada indecoroso contigo.

—¿Sabes que le quitas toda la gracia al juego, rubita? —preguntó John, suspirando con frustración por cómo había acabado rápidamente con sus maliciosas ideas.

Ante su respuesta, decidí seguir andando hasta que volvió a cruzarse en mi camino. En esta ocasión, incluso tuvo el descaro de bloquearme el paso con su presencia, para que no pudiera continuar ignorándolo.

—¡Está bien! No será nada atrevido ni indecente. Y sólo tendrás que pagar mi precio si finalmente consigues encandilar a mi primo. ¿Te parece bien?

—Aunque me sintiera tentada de aceptar una propuesta del mismísimo diablo para conseguir lo que quiero, dudo mucho que tu ayuda pueda servirme para llamar la atención de Kenneth, ya que él y tú sois del todo distintos.

—Sí, lo sé. Y créeme, me enorgullezco enormemente de ello —declaró John, dirigiéndole una burlona mirada a su primo y a su perfecta compañera.

—Deberías seguir su digno ejemplo —afirmé, mientras lo esquivaba para seguir mi camino.

—¡Uf! No, gracias —contestó John con sorna, dejándome marchar. Pero como solamente él sabía hacer, no dudó en fastidiarme un poco más en cuanto le di la espalda—. No seré igual de espléndido que mi primo, pero olvidas que sigo siendo un hombre y sé lo que puede hacer que otro vuelva sus ojos hacia ti.

—Sí, claro —repliqué irónicamente, volviéndome hacia él mientras pensaba que si todos los buenos consejos de mi amorosa madre y sus entrometidas amigas nunca me habían valido para que Kenneth se fijara en mí, mucho menos lo harían las alocadas ideas de un rebelde engominado—. Demuéstramelo. Haz que Kenneth se fije en mí ahora mismo y tal vez me piense tu proposición —dije atrevida, decidida a deshacerme de él—. No puedes, ¿verdad? Lo que yo piensa... —Pero antes de que terminara de regocijarme en mi victoria, John me cogió de la mano y me subió en la parte de atrás de su motocicleta, me puso su casco y arrancó.

—¡Agárrate, rubita! —exclamó, justo antes de colocar mis brazos alrededor de su cintura. Y yo, que nunca había subido a uno esos inestables vehículos, no pude evitar agarrarme a él con todas mis fuerzas.

No íbamos a demasiada velocidad, pero lo cierto es que me encantó la sensación de correr libre, en lugar de caminar pacíficamente junto al lago. Desde nuestra aventajada posición, tardamos apenas unos segundos en sobrepasar a la pareja que caminaba delante de nosotros, e incluso John se permitió el descaro de hacer sonar el claxon para que se apartaran de nuestro camino.

—¿Los esperamos, rubita? —me preguntó John cuando la sorprendida pareja se detuvo y Kenneth comenzó a reprenderme para que me bajara de ese trasto, ignorando por primera vez a la perfecta chica que tenía a su lado.

Después de pensarlo detenidamente, llegué a la conclusión de que no estaría mal que por una vez fuese Kenneth quien tuviera que correr detrás de mí, como yo había hecho con él durante todo el verano, así que, ocultando en la espalda de John la maliciosa sonrisa que sólo él conocía, di mi respuesta:

—¡No! —exclamé, tras lo que me volví para ver como Kenneth, al igual que siempre me ocurría a mí, se quedaba sin aliento al intentar alcanzarnos.

John se rio a carcajadas ante mi contestación y aumentó la velocidad a la que me alejaba de su primo, mientras yo me dejaba guiar por ese loco al que, al parecer, a una parte de mí no le importaría seguir.

* * *

A pesar de sentirse tentada de aceptar la propuesta de John, Sarah volvió a intentar ser la niña buena que todos le exigían que fuese en cuanto bajó de la motocicleta de ese sinvergüenza, un hombre que se despidió de ella con un provocativo guiño, mientras le gritaba a la vez que se alejaba:

—¡En otra ocasión será, rubita!

Sarah no pudo evitar sonreírle al alocado de John y, cuando se disponía a entrar en la casa, apareció junto a ella Kenneth, que intentaba recuperar el aliento por la carrera que había emprendido para alcanzarla. De inmediato comenzó a reprenderla por su inadecuado comportamiento.

—Mi primo... no es el hombre.... adecuado para ti, Sarah —dijo entrecortadamente, deteniéndose para coger aire y poder proseguir con su sermón.

Sarah tenía muy bien aprendida la adecuada contestación que debía ofrecerle cuando se fijara en ella, sabía qué debía decir y cómo. Pero algo se rebeló en su interior y no pudo evitar preguntarle irónicamente, con una pícaro sonrisa que Kenneth nunca había llegado a contemplar:

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es el hombre adecuado para mí, Kenneth?

Tras sus palabras, la respuesta fue el silencio de un hombre asombrado, que, boquiabierto, no comprendía cómo podía Sarah haberse atrevido a contestarle con unas palabras tan osadas como ésas.

Para dejar más patente a la rebelde mujer que comenzaba a salir de su interior, Sarah le dio la espalda a Kenneth. Y alzando su melena por encima de uno de sus hombros, lo miró retadora, mientras comenzaba a ignorarlo tan desconsideradamente como había hecho él con ella en más de una ocasión.

—¿Sarah? —fue la única palabra que pudo emitir el impresionado chico, que aún no podía creer que la apocada y vergonzosa chica que él siempre había conocido comenzara a ser tan interesante como su primo le había asegurado que era.

Atónito a causa del inusual comportamiento de Sarah, Kenneth no dejó de fijarse cada vez más en su amiga de la infancia, que ante sus ojos se convertía en una extraña para él, una desconocida que sólo su primo había conseguido sacar a la luz. Ahora que Kenneth miraba a Sarah, se preguntaba si esa atrevida mujer que comenzaba a mostrarse siempre había estado ahí o si, simplemente, la mala influencia de John había acabado por afectar a la siempre buena y correcta Sarah.

CAPÍTULO 5

A partir de ese día Kenneth comenzó a prestar más atención a la presencia de Sarah y a ignorar cada vez más a Beverly. Sobre todo, cuando su primo se acercaba a ella más de lo aconsejable.

Con el transcurso de los días Sarah recuperó su comportamiento habitual y su acostumbrada timidez, por lo que Kenneth llegó a la conclusión de que la extraña reacción de su amiga había sido un pronto del momento, ya que John era capaz de sacar de quicio a cualquiera que se cruzara en su camino.

Sus aburridas y monótonas tardes se repartían entre paseos por el lago, reuniones de té de su madre, que Kenneth intentaba evitar a toda costa, y charlas con su padre acerca de su futuro y de lo que todos esperaban de él, lo que se le hacía bastante pesado. Pero al fin y al cabo ése era su deber.

En una de esas aburridas tardes en las que iba a reunirse con su padre junto al lago para hablar de su vida, mientras intentaban infructuosamente pescar algo en ese solitario lugar, la perturbadora presencia de su primo irrumpió una vez más su vida, haciendo de ésta un caos.

—Hola, Kenneth, únete a nosotros —propuso Kevin Lowell, mientras incitaba a su hijo a acompañarlos a John y a él en alguno de los pequeños placeres que disfrutaban en esos momentos: cervezas, algún cigarrillo y los tranquilos momentos de pesca que nunca habían sido tan divertidos hasta que llegó su sobrino.

—Papá, no deberías fumar. Y menos aún beber —reprendió Kenneth a su padre, haciendo reflexionar a Kevin sobre a quién narices se parecía su hijo, si él nunca le había promovido esos rígidos modales. Aunque una mirada a su

rebelde sobrino le bastó para comprobar que los hijos no siempre llegan a parecerse a sus padres o a salir como éstos desean.

—Siéntate con nosotros, Kenneth, y disfruta de unos momentos de paz en este tranquilo lugar —insistió Kevin, tras lo que Kenneth finalmente se decidió a tomar asiento junto a ellos sobre los sucios tablones de madera del embarcadero.

John encendió una radio que llevaba y, seguramente para fastidiar a su primo, eligió poner una estruendosa música, acabando con toda la paz y tranquilidad de su agradable reunión. Ante la travesura de su sobrino, Kevin sólo pudo ocultar su sonrisa detrás de un nuevo trago de su cerveza.

—¿Y bien, padre? ¿De qué querías hablarme en esta ocasión? —solicitó rígidamente Kenneth, haciendo que Kevin suspirara frustrado por el distante comportamiento que su hijo adoptaba hacia él.

—Quería preguntarte qué quieres hacer con tu vida, hijo —apuntó Kevin, esperanzado en que Kenneth, como cualquier joven a su edad, albergara alguna duda sobre su porvenir y necesitara su ayuda para encontrar su camino.

—Lo tengo todo previsto, padre. Tras terminar los estudios, iré a la universidad para estudiar Derecho. Después encontraré un buen bufete donde establecerme, buscaré una buena mujer con la que casarme y tendremos una bonita casa blanca y tres hijos que...

—Me aburro... —interrumpió en ese instante John, cortando en seco el planificado relato de su primo, exponiendo en voz alta lo que el propio Kevin pensaba—. ¿Por qué no intentas, antes de llevar a cabo esos soporíferos proyectos, vivir un poco?

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso? ¿Acaso tengo que comportarme como un inmaduro y rebelde niño como tú, que ni siquiera sabe lo que quiere? ¿Ésa es tu definición de «vivir un poco», primo? —replicó Kenneth, muy molesto, olvidando por unos segundos su imperturbable apariencia de chico prodigio, para enfrentarse a su primo, algo que Kevin observó con gran interés, mientras disfrutaba de su cerveza y se hacía a un lado para contemplar el espectáculo.

—¡Oh! En eso te equivocas, primito, yo sí sé muy bien lo que quiero... —

repuso John, mostrando una perversa sonrisa que delataba en quién estaba pensando en esos momentos.

—Sí, lo que tú digas, John. Pero ten en cuenta que las chicas buenas como ella quieren a hombres como yo en su futuro: estables, sólidos, dignos de confianza... no a rebeldes sin causa que se dejen llevar por el viento.

—Me alegro de que digas eso, porque tu afirmación demuestra que no la conoces en absoluto.

—¿Ah, no? ¿Y tú sí?

—No del todo, pero comienzo a conocerla. Algo que, por lo que veo, a ti no te ha interesado hacer en todos estos años. Pues lo siento, primito, pero si no te has dado cuenta de cuánto vale ella hasta ahora, es tu problema. Lamento decirte que ya es demasiado tarde para ti.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo estoy aquí —manifestó impertinentemente John, mientras se alejaba de su primo, muy dispuesto a ir detrás de lo único que sabía a ciencia cierta que deseaba tener en su futuro.

—¿Es que no piensas decirle nada? —preguntó un alterado Kenneth a su padre, exigiéndole que se posicionara en esa discusión.

—No creo que sea acertado que me meta en cuestiones que os atañen exclusivamente a vosotros. Ni siquiera quiero saber el nombre de la chica a la que os referíais. Para mí esta conversación no ha existido.

—Pero ¡papá!

—Hijo mío, debes aprender a librar tus propias batallas. Yo sólo te daré un consejo: si te enfrentas a tu primo, vas a tener que ensuciarte, ya que no creo que John juegue demasiado limpio —dijo Kevin, esperando con impaciencia el momento de ver como su hijo dejaba atrás su fría fachada para ser un hombre normal como todos los demás.

—Gracias por nada, papá —contestó Kenneth disgustado, mientras se alejaba para ir tras su primo, seguramente para intentar impedir que éste consiguiera lo que más deseaba.

El problema con ello era que, al contrario de lo que pensaban todos, John sí que sabía lo que quería hacer en el futuro y estaba más que decidido a trazar su propio camino en la vida y a apartar a todo aquel que se interpusiera

en él.

—Brindo por ti, John —murmuró Kevin cuando se quedó a solas, cada vez más convencido de que traer a su sobrino a su casa había sido una de las mejores ideas que había tenido. Y otra, indudablemente, fue invitar a la encantadora Sarah a su hogar para que su hijo se fijara en ella. Aunque, por desgracia, su sobrino era mucho más listo que Kenneth y no había tardado nada en detectar lo que su hijo había ignorado durante tanto tiempo: que esa señorita de impecables modales algún día sería una mujer digna de admirar.

* * *

Decidida a que Kenneth se fijara más en mí, pensé que lo mejor que podía hacer era mostrarle algunas de mis mejores facetas. Sin duda, mis habilidades culinarias eran las más destacables. Cocinaba realmente bien, aunque mi madre me tenía prohibido que lo hiciera demasiado a menudo, para evitar que cayese en la tentación de comerme lo que preparaba y acabase engordando, con lo que no podría entrar en esos horrendos vestidos que ella seleccionaba para mí.

Contenta porque era el momento más adecuado para mostrar mi destreza ante todos, ahora que sabía que la impertinente amiga de mi madre se acercaría a casa de los Lowell para hacer una inesperada visita a su querida Belinda, probablemente en busca de cotilleos, me puse manos a la obra con la idea de obtener la admiración de Kenneth y dejar con un palmo de narices a la bruja de Meredith.

Tras buscar por toda la casa, no encontré ni una pizca de chocolate, algo imprescindible para elaborar mi postre, ya que la pequeña cantidad que tenía en mis reservas no era suficiente para otorgarle el exquisito sabor que buscaba. Así que, alarmada por la posibilidad de perder la ocasión de sobresalir por encima de Beverly, intenté hallar a alguien que me ayudara con mi problema y fui en busca de la siempre eficiente señora Lowell.

—Hoy es festivo, Sarah, así que los comercios permanecerán cerrados. No creo que pueda hacer mucho por ayudarte —declaró la señora Lowell, acabando de un plumazo con todas mis esperanzas—. Aunque... creo que...

¿necesitas mucha cantidad de chocolate para ese postre?

—No, apenas un par de cucharadas pequeñas —respondí esperanzada, intuyendo que a la señora Lowell se le había ocurrido algo para ayudarme con mi bizcocho.

—Verás, querida, uno de los defectos de mi hijo es que es muy goloso, así que seguramente pueda tener guardada en su habitación alguna tableta de chocolate que te sirva para preparar ese dulce. Como Kenneth no se encuentra en casa ahora mismo, haré la vista gorda y simularé que no te he visto entrar en su cuarto, mientras rebuscas en sus cajones —dijo la señora Lowell guiñándome un ojo con picardía, a la vez que me conducía a la estancia que ocupaba su hijo y me empujaba a su interior.

Decidida a convencer a todos de mis habilidades en la cocina, rebusqué implacablemente por el cuarto. Esa habitación era muy parecida a la que yo ocupaba, una estancia bastante amplia, con dos camas de madera de roble acompañadas de dos mesillas, adornadas con los mismos intrincados grabados, donde descansaban dos pequeñas lámparas de noche que hacían juego. Unas elaboradas colchas de croché, seguramente realizadas a mano por la propia señora Lowell, cubrían las camas, mientras que un papel a rayas de un color más oscuro y varonil que el rosado de mi habitación decoraba las paredes. Y, al igual que en la habitación de invitados, en ella había un bordado enmarcado conteniendo un mensaje familiar.

Tras descartar la estantería del fondo, repleta de libros, como uno de los escondites de cualquiera de los primos Lowell que dormían allí, revisé los cajones de ambas mesitas, algo inútil, ya que estaban llenos de trastos inservibles, así que pasé a mirar lugares menos obvios donde muchos escondían sus pecadillos, incluida yo cada vez que mi madre intentaba ponerme a dieta.

Tras concluir que las revistas bastante subidas de tono que acababa de encontrar debajo de uno de los colchones no pertenecían a Kenneth, comencé a pensar con desánimo que nunca podría preparar mi delicioso postre, hasta que hallé una caja marrón bastante sospechosa, que guardaba distintos objetos, sin duda pertenecientes al más inmoral de los primos Lowell.

Entre otras cosas, encontré una cerveza, un fajo de billetes, un paquete de

tabaco, alguna que otra ficha de póquer y, para mi sorpresa y alegría, ante mis ojos apareció un pequeño pedazo de chocolate cubierto con un envoltorio de papel plateado característico de una conocida marca de chocolatinas.

Cuando abrí el paquetito, observé que la pieza era minúscula y que tenía un aspecto algo extraño, pero como nunca había probado esa marca de dulces en concreto, porque mi madre me prohibía comer cualquier golosina que me pudiera impedir entrar en mis odiados vestidos, descarté todas mis dudas. Y tras devolverlo todo a su lugar, excepto ese pequeño tesoro que había encontrado, me dirigí hacia la cocina.

El resultado fue sublime. El aroma que despedía mi tentador bizcocho de chocolate cuando acabé de hornearlo cautivó a todos y los atrajo para que sucumbieran ante su pecaminoso sabor, que, sin duda, podría llegar a estar prohibido. No sabía cuán acertados eran mis pensamientos hasta que la amiga de mi madre llegó y comenzó la reunión en la que pondría en valor mis aptitudes culinarias, que me harían destacar delante de todos. Y así fue, en efecto... aunque los acontecimientos no se desarrollaron exactamente de la forma que yo había imaginado.

* * *

Cuando Meredith Brooks entró con su delgado y estirado rostro en la casa del lago de los Lowell, mirando a todos por encima del hombro, no tenía ni idea de hasta qué punto dejaría de lado su fachada de arrogante dama al final de esa apacible reunión.

Aunque Meredith no parara de meterse con Belinda, en realidad la envidiaba por todo lo que había conseguido: pese a su aspecto ligeramente rechoncho, con su bonito y angelical rostro, sus rubios cabellos y los hermosos ojos color caramelo, había pescado a un cariñoso marido que la adoraba y le concedía todos sus caprichos, Tom.

Tom era un hombre serio, de una respetable altura y cuerpo vigoroso, con ojos de un azul profundo y cabellos negros. A sus cuarenta años, mantenía un gran atractivo y parecía que por él no pasara el tiempo. La única pega que tenía Tom, en opinión de Meredith, era que aún seguía enamorado de su

mujer como el primer día, a pesar de los años transcurridos. No como su propio marido, Arnold, que se casó con ella atraído únicamente por el dinero de su familia y que ocupaba la mayor parte de su tiempo con sus amantes. Con el paso de los años, Arnold ni siquiera se molestaba en inventarse vanas excusas para sus deslices o en ocultar que tenía otra familia que para él siempre sería más importante que ella.

La rolliza hija de Belinda, Sarah, que siempre la recibía con una falsa sonrisa, a pesar de los mordaces comentarios que solía dirigirle, le recordaba demasiado a la amante de Arnold. Una mujer cuyas generosas formas, a pesar de no ser las más apropiadas y que distaran mucho de ir acorde con la moda, habían conquistado a su marido.

Con el ceño fruncido, Meredith miró una vez más con enorme desprecio a Sarah cuando ésta le abrió la puerta amablemente, invitándola a unirse a la reunión, un encuentro al que había acudido sólo para regodearse en la estupidez de su amiga, que pretendía conseguir como marido para su hija a un muchacho que estaba muy alejado de sus posibilidades, a Kenneth Lowell ni más ni menos. Meredith encontraba muy divertida esa absurda pretensión de Belinda, ya que los hombres como Kenneth siempre preferirían a estilizadas señoritas junto a ellos, aunque sólo fuera para aparentar.

Miriam Lowell, la incauta amiga de Belinda y anfitriona de esa reunión, la recibió con una amable sonrisa en el espléndido salón de su hogar. En el sofá blanco de estilo francés clásico le habían reservado un lugar de honor. Las demás invitadas a la fiesta se repartían en armoniosas sillas de estilo Luis XV que hacían juego con el mueble central, una pequeña mesa blanca redonda con hermosos grabados dorados, donde esperaba su momento un delicioso festín elaborado sólo para agasajarla. Una agradable música proveniente de una radio cercana que se hallaba apoyada sobre un hermoso aparador, del mismo estilo que los demás muebles de la estancia, acompañaría su conversación durante toda la velada.

Junto a ella, Meredith halló a otra mujer que se presentó amablemente como la señora Smith, y al lado de ésta, su hija Beverly, una jovencita de morenos cabellos, estilizada figura e impecables modales, que, sin duda, encajaba dentro de los estándares que marcaba en esos instantes la sociedad.

La maliciosa sonrisa que siempre asomaba a sus labios cuando las ilusiones de su amiga se rompían en pedazos la acompañó mientras tomaba asiento junto a todas las demás en esa apacible reunión, en la que disfrutarían de una plácida tarde, degustando alguna que otra delicia.

—Muchas gracias por invitarme a esta encantadora reunión, Miriam. Me sentía tan sola sin la compañía de mi querida amiga Belinda, que no he podido evitar desviarme de mi camino para hacerle una visita —anunció Meredith, mientras aceptaba la taza de té que le ofrecía Miriam.

—En cuanto Belinda nos comentó que pasarías por Whiterlande fue un placer para mí invitarte a este pequeño encuentro. ¿Te apetece probar alguno de estos manjares? —ofreció cordialmente Miriam, mostrando el delicioso pastel de chocolate que estaba cortando en pequeños trozos y cuyo olor tentaba a todas las presentes a probar su sabor.

—Sí, gracias... ¿Se puede saber quién ha preparado este maravilloso postre? —preguntó Meredith amable, degustando con sumo placer la pieza de repostería que le ofrecían.

—Yo, señora Brooks —declaró Sarah contenta, enorgulleciéndose de su logro en la cocina, hasta que la reprobadora amiga de su madre dijo ante todos:

—¿No te tenía tu madre prohibido entrar a la cocina porque eras demasiado golosa?

—Sí, Meredith, es cierto. Pero ésta era una ocasión especial, ya que tú nos visitabas, y decidí permitir que Sarah elaborara uno de sus asombrosos dulces para que todas nos deleitáramos con su espléndido sabor —respondió rápidamente Belinda, anotándose un tanto ante la señora del hogar.

«Todas menos la cocinera», pensó Meredith, a la vez que sonreía con maldad cuando vio cómo repartía Miriam una porción de ese bizcocho a cada una de las reunidas, salvo a Sarah, que declinó amablemente el dulce con el que todas se deleitaban, a causa de la censuradora mirada de su madre.

* * *

Se me hacía la boca agua cada vez que miraba cómo disfrutaban todas del

pastel que había tardado horas en hacer, pero ante la ceñuda mirada que me había dirigido mi madre, alentada por los desagradables comentarios de su amiga, no había nada que hacer y me resigné a no probar mi propia creación.

Mientras respondía con una sonrisa a las alabanzas que dirigían hacia mi postre, di un nuevo sorbo de aquel aguado té que tenía entre mis manos y que en verdad me sabía... ¡a nada!

Lo que realmente quería hacer era abalanzarme sobre ese delicioso dulce, reclamándolo como mío mientras lo devoraba de un solo bocado y no dejaba ni las migajas, cosa que impedía otro de mis nuevos y ajustados vestidos, junto con la restrictiva mirada de mi madre, que me había impuesto una nueva dieta a base de agua y poco más...

Intentando hablar lo mínimo imprescindible para no parecer idiota, pero lo justo para poder respirar, me perdí en mis pensamientos cuando las reunidas comenzaron a compartir recetas de cocina o a hablar sobre las múltiples cualidades de mi rival, Beverly. Mientras comenzaba a repasar mentalmente los libros que podía comprarme esa semana con la escasa paga que me daban mis padres, oí unas palabras que me asombraron y que por poco no lograron que me atragantara con mi té.

—Si he venido a verte, Belinda, no es para estar en tu aburrida compañía, sino para burlarme de ti y de esa detestable niña tuya, como siempre hago sin que apenas te des cuenta, mi bobalicona amiga —declaró atrevidamente y entre risitas la arisca amiga de mi madre, descubriendo al fin lo que siempre había sospechado: que esa amargada mujer me tenía manía por alguna razón que sólo ella sabría.

Esperando a que alguien reprendiera adecuadamente su comportamiento y le pidiera que se marchara, seguramente la respetable señora Lowell, ya que era la dueña de ese hogar, no di crédito a lo que oí a continuación, cuando mi siempre apocada madre le contestó a su amiga, con la que nunca se atrevía a levantar la voz, por muy desagradable que ésta fuera. Sus palabras hicieron que, ahora sí, me atragantase con mi bebida, tras lo que comencé a sospechar que algo raro estaba pasando en esa reunión...

—Sí que me doy cuenta, Meredith, lo que pasa es que lo dejo pasar porque me das pena. Todos sabemos que si tu marido corre a la menor

oportunidad hacia los brazos de su amante es porque eres un auténtico coñazo... —declaró mi madre, mientras acababa sentada indecorosamente en el suelo, entre ruidosas carcajadas.

—¡Pues tu hija es una cerdita! —la provocó Meredith señalándome.

—Sí, es una chica rellenita. Pero es una persona agradable y feliz, no como tú, que tienes toda la mala leche concentrada. Por eso no engordas ni un puñetero gramo, no dejas espacio a nada más en tu cuerpo que no sea la amargura.

—¡Retira ahora mismo lo que has dicho! —gritó Meredith muy enfadada, dispuesta a abalanzarse sobre mi madre, que no hacía otra cosa que burlarse de ella desde el suelo.

—¡No me da la gana! —replicó atrevidamente mi madre, dejándome boquiabierto ante su inusual comportamiento.

—¿Mamá? —intervine, pretendiendo poner fin a ese bochornoso espectáculo, hasta que me percaté de que la señora Lowell y la perfecta madre de Beverly parecían manifestar un atrevido e inadecuado proceder similar al de mi madre.

—En serio, Miriam, no sé para qué demonios has invitado este año a esta molesta familia, si ya sabes que mi Beverly es la mujer más adecuada para Kenneth y... —estaba diciendo la señora Smith, mientras la siempre amable señora Lowell se unía a mi madre en el suelo y le hacía los coros a la pegadiza cancioncilla que estaba interpretando ante mi enorme asombro y consternación:

—¡Coñazo! ¡Eres un coñazooooo...!

Abandonando mi taza de té sobre la mesa, intenté hacer algo en esa, en principio, pacífica reunión de amas de casa, que se había convertido en algo totalmente inesperado. Traté de aportar algo de paz y cordura a la situación, así que retuve a mi madre cuando se levantó del suelo para intentar patear el culo de su amiga, después de oír un nuevo insulto dirigido a mí.

—¡Tu mocosa nunca será la adecuada para un Lowell, y menos aún teniendo una rival con unos modales y una figura tan encantadores como los de ella! —declaró Meredith, señalando a Beverly, quien hasta ese momento no había hecho nada extraño que me llevara a pensar que se podía haber visto

afectada por la locura que había trastornado a las demás. Hasta que soltó un inesperado grito que me hizo concluir que me equivocaba.

—¡Ya no puedo más! ¡Voy a por ti! —exclamó Beverly, sin especificar contra quien se alzaba cuando abandonó su impecable postura en el sofá.

Tal vez porque me resistía a soltar a mi sorprendentemente violenta madre, una faceta suya que desconocía, o porque realmente no me lo esperaba, fui incapaz de retener a Beverly y evitar que se abalanzara sobre su objetivo... ¡mi bizcocho de chocolate!

Beverly se lanzó sobre éste como una posesa, para devorarlo a dos manos, exactamente como yo había deseado hacer unos minutos antes.

—¿Qué decías? —se vanaglorió mi madre ante su amiga, mientras contemplaba el poco comedido e inadecuado comportamiento que Beverly estaba manifestando.

Sin saber a quién pedir ayuda o a qué se debían las locuras de esa reunión, corrí de un lado a otro detrás de esas irracionales mujeres, que se mostraban tan indecorosas y poco correctas como siempre me aseguraban que yo no debía ser.

El misterio sobre lo que había ocurrido esa tarde se desveló cuando oí una conversación entre el rebelde de John y su respetable primo Kenneth, que se adentraron en el saloncito de té discutiendo acerca de un asunto que me llevó a dejar de retener a mi madre para dedicar toda mi resentida atención al único culpable de que todo me saliera siempre tan mal.

—¡En serio, John! ¡No me puedo creer que te atrevas a traer drogas a esta casa! ¡Y mucho menos que encima tengas la desfachatez de esconderlas en mi habitación y las pierdas!

—¡Venga, primito! ¡No te pongas así! Si yo no tomo de esas cosas... simplemente gané un poco en una partida de póquer de hace algunas noches. Llevo varios días pensando cómo deshacerme de ella, hasta que me he dado cuenta hace un rato de que el chocolate no estaba en su lugar.

—¿Y si lo ha cogido alguien por error y lo ha ingerido?

—¡Venga ya, Kenneth! Nadie es tan idiota como para no diferenciar entre el chocolate de comer y el hachís... Además, con esa minúscula cantidad que tenía, únicamente alegraría un poco al presunto consumidor y...

—¿Decías? —acusó Kenneth, alzando una de sus reprobadoras cejas hacia su primo, cuando ambos entraron en el saloncito de té de su madre y observaron por unos instantes el alucinante espectáculo que se desarrollaba delante de sus ojos, deduciendo al momento dónde había acabado la droga perdida.

Una absoluta obviedad al observar cómo la señora Lowell no paraba de saltar encima del sofá, mientras bailaba al ritmo de la escandalosa música de la radio que había encendido, y la señora Smith la seguía cantando, al tiempo que la siempre perfecta y adecuada Beverly se hallaba sentada sobre la mesa, devorando con ansia un bizcocho de chocolate. Sarah parecía la única persona cuerda de la estancia, mientras intentaba sujetar a su madre para que no se peleara con la invitada de honor.

Al ver la furiosa mirada que ésta le dirigía, antes de soltar a su madre para dejarla entablar una ridícula pelea de gatas, John no albergó ninguna duda acerca de quién era la responsable de ese lío de mil demonios.

—Rubita, no me digas que has sido tú quien se ha llevado mi chocolate... —comentó con inquietud, mientras pasaba una mano entre sus revueltos cabellos, observando a su primo, que intentaba inútilmente calmar a alguna de las mujeres de la reunión.

—¡Sí! ¡Para cocinar un sabroso bizcocho de chocolate con el que pudiera demostrar mis habilidades culinarias e impresionar a todas las presentes para que siempre recordaran esta reunión! —replicó Sarah, fulminándolo una vez más con la mirada.

—Pues definitivamente, rubita, ellas nunca olvidarán este día —declaró John con sorna, señalando el escandaloso comportamiento de aquellas siempre decorosas damas—. Y bueno... creo que a ti tampoco... ¿Se puede saber por qué no estás cometiendo tú también alguna locura con la que pueda deleitarme?

—Estoy a dieta... —masculló Sarah entre dientes—. ¿Por qué narices guardabas eso en el envoltorio de una chocolatina?

—Porque jamás imaginé que una rubita entrometida y con las manos muy largas entraría en mi habitación para robármelo. O más aún: que lo robaría para hacer un pastel con ello... Definitivamente, tengo que probar tu

repostería. Pero hazme un favor, rubita: no invites a mi primo a degustar esos dulces. Él es demasiado recto para apreciar el sabor de lo prohibido — bromeó John, mientras se acercaba peligrosamente a Sarah y a sus tentadores labios.

—¿Por qué tienes que fastidiar siempre todos mis planes para quedar bien delante de Kenneth o de sus familiares? —preguntó ella, furiosa, alejándose una vez más del salvaje que pretendía llamar su atención.

—Porque no quiero que lo elijas a él —susurró John, solamente cuando Sarah estuvo lo bastante lejos como para no oírlo.

—Como esto no habría ocurrido sin tu inestimable aportación, te toca solucionarlo —dijo Sarah con decisión, corriendo a esconderse en su habitación.

—No te preocupes, rubita, haré todo lo que pueda para solucionar este jaleo —convino John, para luego simplemente sentarse en el sillón más próximo a degustar una de aquellas sosas tazas de té, mientras veía complacido cómo su perfecto primo intentaba arreglar una situación que, sin duda, se escapaba de sus manos.

* * *

Tras la escandalosa reunión de té en la que conocí una faceta de mi tía que nunca había llegado a imaginar que tuviera, y muy especialmente cuando mi tío decidió amonestarla con una palmada en el trasero mientras la cargaba sobre su espalda como un lastre y ella no dejaba de insultar a sus invitadas con escandalosas palabras, algunas de las cuales tendría que añadir a mi repertorio, supe que todo cambiaría y que las inoportunas visitas que habíamos tenido ese verano no tardarían demasiado en abandonar la casa del lago.

A pesar de la severa reprimenda que recibí de mi tío por mi inadecuado comportamiento, no me devolvió a casa deshaciéndose de mí, como pensé que haría. Aunque, eso sí, me encontró trabajo en el taller de un amigo suyo, para que me mantuviera lo bastante ocupado como para evitar que me metiera en más líos durante el resto del verano.

Por supuesto, con esta nueva responsabilidad no tuve tiempo de participar en ninguna más de mis escandalosas apuestas en la mesa de algún indecente garito, ya que el duro trabajo me dejaba exhausto y ni siquiera me apetecía intentar escabullirme de casa.

Las molestas visitas no prolongaron su estancia durante mucho tiempo más y al fin llegó el momento de que se marcharan. Realmente no echaría de menos a ninguna de ellas, excepto a esa impertinente rubita que se había negado a dirigirme la palabra desde que su peculiar postre provocó una fiesta de té que habría sido digna de presenciar.

Después de escuchar de mí tía que, tras terminar el verano, la familia de Sarah pensaba mudarse a Whiterlande, pensé que la suerte estaba de mi lado ya que, al contrario de lo que ella pensaba, mi camino volvería a cruzarse con el de esa rebelde mujer, y todavía estaría a tiempo de hacerle ver que lo que ella necesitaba en su vida para alegrarla un poco era, simplemente, a mí.

—Veo que te vas, rubita, ¿por qué será? —la provoqué, mientras me apoyaba en el coche donde ella permanecía rígidamente sentada a la espera de sus padres.

Por supuesto, con mi comentario lo único que conseguí fue que subiera lo más rápidamente posible la ventanilla del vehículo para poder ignorarme con más facilidad, algo que siempre me molestaba de esa empeñada mujer, porque, por más que se empeñara, yo siempre estaría ahí.

—Y yo que venía con toda mi buena intención a hacerte una proposición, totalmente decente, con la que los dos podríamos beneficiarnos...

—Tus proposiciones nunca son decentes —declaró Sarah, bajando con celeridad un poco la ventanilla del coche, para luego subirla de nuevo con rapidez.

—La vas a romper —le advertí, señalando la manilla, que no dejaba de mover para mostrar su descontento—. Y eso no pienso arreglarlo como todo lo demás... —le dije, recordándole que, quisiera ella reconocerlo o no, había sido yo quien había acabado solucionando todos los líos en los que se había metido desde que llegó al pueblo.

—No necesito tu ayuda para nada —repuso altivamente Sarah, alzando su rubia cabecita con impertinencia.

—¿Ni siquiera para llamar la atención de mi primo?

—Creo que por tu culpa ya he llamado demasiado la atención —respondió, refiriéndose sin duda a ese postre de chocolate que ninguno de los Lowell podríamos olvidar jamás.

—Por lo menos Kenneth sabe ahora que existes, algo de lo que, en mi modesta opinión, antes no llegaba a percatarse, por más que te pusieras en su camino —expuse, señalándole cómo mi primo no apartaba la vista de nosotros, a pesar de que simulaba que prestaba atención a la amable despedida de los Smith.

—¿Cuál es tu proposición? —preguntó Sarah, interesada en mis palabras muy a su pesar.

—Sé mi novia —le solté casualmente, como si no me importara demasiado, cuando en verdad mi acelerado corazón estaba impaciente por que Sarah cayera en mi trampa, para así poder demostrarle lo adecuado que era yo para ella.

—¡Sí, claro! ¿Ves? Ya sabía yo que se trataba de algo indecente... —rechazó Sarah, a la vez que subía con celeridad la ventanilla, decidida más que nunca a ignorarme.

Finalmente, harto de los juegos que se traía con la ventanilla, interpuse mi mano para evitar que la cerrara del todo y la reté a seguir subiéndola, algo que ella probablemente habría hecho si mis siguientes palabras no hubieran sido las acertadas.

—¿Sabes una cosa? Un hombre codicia algo con más intensidad simple y llanamente cuando otro lo posee. Esto lo podemos aplicar tanto a los objetos como a las mujeres. Para compensarte por todo lo ocurrido hasta ahora, me ofrezco a ser tu falso novio por un tiempo. ¿Qué me respondes, rubita? ¿Aceptas mi escandalosa proposición?

—¿Y qué ganarías tú con este trato? —preguntó Sarah con recelo.

—Tu presencia alejaría de mí a las inoportunas mosconas que pudieran pretender tener algo serio conmigo, además de que evitaría que mi familia intentase presentarme a alguna decorosa damita que, sin duda, se escandalizaría con mi actitud y mi forma de ver la vida. También podríamos mantener alguna agradable cita y, por supuesto, si en algún momento te

invadiera la lujuria, estaría más que dispuesto a dejarte experimentar conmigo... —respondí jocoso, revelando por unos instantes mis verdaderas intenciones. Algo que, definitivamente, fue demasiado para Sarah.

—¡Quita la mano! —exigió, alejándose de mí por completo, levantando de nuevo aquella acristalada barrera entre nosotros.

Cuando pensaba que mis esperanzas se habían esfumado por completo por culpa de mi impaciencia, los padres de Sarah subieron al coche apartándome despectivamente de él. Y, tras acomodarse, comenzaron a acosar a Sarah con sus reprimendas una vez más.

Vi desde lejos como mi rebelde rubita se convertía en un manojito de nervios y apretaba sus puños con fuerza, reteniendo las ganas de contestar como sólo ella sabía hacer.

Pensé que ésa sería la despedida para nosotros, hasta que, mientras el coche de su padre se alejaba, ella sacó la cabeza por la ventanilla y me gritó:

—¡John Lowell, acepto tu trato!

Al ver la sonrisa con la que despedía a mi rebelde chica, mi primo no pudo evitar acercarse a mí para preguntarme con curiosidad:

—¿Qué trato?

—Eso, querido primo, es algo entre mi novia y yo.

—¿Qué novia? —preguntó Kenneth, muy interesado, tal como yo había previsto, mientras yo lo ignoraba deleitándome con su impaciente carrera detrás de mí, haciéndome preguntas que no estaba dispuesto a contestar.

«¡Cuánto me voy a divertir en lo que queda de verano!», pensé, viendo al niño bueno de mi primo que no dejaba de perseguirme con sus acosadoras preguntas allá donde fuera.

CAPÍTULO 6

—¿Cómo has podido aceptar ser novia de ese impresentable?! —gritó histérica Belinda ante la espantosa noticia que su hija le dio al llegar a casa.

—¿De qué te quejas, mamá? Al fin he atrapado a un Lowell, como tú querías... —argumentó con sorna Sarah, dejando a su madre asombrada a causa de su descarada contestación.

—¡Ya ha comenzado! ¡Ya te está pegando su rebeldía! ¡Lo siguiente será que fumes, que bebas o que bailes obscenamente sobre la mesa! —exclamó Belinda, escandalizada, mientras señalaba a su hija con un dedo acusador.

—No, mamá. Lo próximo, sin duda, será quemar mi faja. Quiero que, para variar, me escuches: esto sólo es una estrategia para conseguir al chico que quiero. ¿No te has dado cuenta todavía de que Kenneth prácticamente ni se había percatado de que existo hasta este verano?

—Continúa —dijo Belinda, comprendiendo que su hija era más lista de lo que todos creían.

—Desde que su primo comenzó a mostrar interés por mí, Kenneth no ha dejado de estar pendiente de todo lo que hago.

—Hija, creo que eso se debe a que, como todos, teme que ese rebelde te corrompa —aclaró Belinda, intentando que su hija no depositara demasiadas esperanzas en su plan.

—Entonces, si eso es así, ¿qué no hará para alejarme de su primo si piensa que estoy saliendo con él? Además, cuando John se marche al final del verano, nuestra falsa relación continuará a distancia, algo de lo más conveniente para mi propósito.

—Bueno, me quedo mucho más tranquila al saber que todas las locuras que has cometido eran para conseguir que Kenneth se fijara en ti. Por unos instantes me he quedado pasmada al pensar que te estabas dejando influenciar por ese desvergonzado. Aceptaré esa inusual relación para ayudarte, pero no olvides una cosa: que ese chico es alguien de quien nunca debes enamorarte. Y, ya de paso, te recuerdo que estás castigada para el resto del verano — repuso Belinda, dejando a su hija a solas en la inmaculada habitación que usaba para sus horas de ocio, donde las muñecas Barbie del estante no dejaban de sonreír tan estúpidamente como ella misma hacía ante todos.

—¿Y sería tan terrible enamorarme de alguien como él? —se preguntó con un susurro silencioso Sarah, sin poder evitar recordar las locuras de John con una sonrisa, mientras pensaba que el verano que todos consideraban el más inapropiado, también había sido en el que más se había divertido.

* * *

A pesar de llegar bastante cansado del taller donde mi tío se había empeñado que trabajara, estaba más que decidido a ir detrás de Sarah. Y más aún después de escuchar esas palabras con las que se rendía definitivamente a mí.

Usando mis encantos, no tardé demasiado en conseguir la dirección de la casa que los Robinson habían comprado en Whiterlande, pero es que mi tía siempre había sido débil ante los halagos. Al averiguar que los padres de Sarah acompañarían a mis tíos a una aburrida exposición, decidí que ése sería el mejor momento para visitar a la princesita prisionera.

Me puse mis mejores galas, entre las que destacaba mi nueva chaqueta de cuero, y elaboré un plan lo bastante atrevido como para tentar a mi rebelde rubita para que se saltara su castigo.

Sabiendo que nadie impediría mi huida de esa casa, solamente tuve que evitar a mi perro guardián particular, Kenneth, pero como éste no era más rápido que mi motocicleta, no tuve problemas para dejarlo atrás.

Cuando llegué a las proximidades de mi destino, apagué el motor de mi vehículo para que su ruido no me delatara. La casa que los Robinson habían

adquirido era igual que todas las demás de ese monótono pueblo: dos plantas, blancas paredes exteriores, tejas grises, un acogedor porche, un gran jardín rodeado de pequeñas vallas que separaban ese hogar del siguiente, y seguramente un gran árbol en el jardín trasero.

Una vez que me acerqué tuve que mirar un par de veces la dirección que tenía apuntada para comprobar que era la correcta, ya que oí una escandalosa música que provenía del interior de esa casa. Sorprendido y picado en mi curiosidad, miré por la ventana del salón, que estaba abierta y era la única estancia que se hallaba iluminada.

Nunca podría haberme alegrado de convertirme en un mirón más que en ese preciso momento en que asomé la cabeza por la ventana, ya que fui testigo de una faceta de Sarah que seguramente todos desconocerían, incluido yo hasta ese instante: al son de la ruidosa música, mi rubita movía sus caderas, enfundadas en unas mallas de licra que se adaptaban a la perfección a su figura, mostrándome todas las curvas que siempre ocultaba.

Era una auténtica tentación. Decidí prestar atención a sus movimientos para atesorar en mi mente esa pecaminosa imagen. Y no pude evitar emitir un silbido de admiración cuando vi su delantera cubierta solamente por una holgada camiseta. Así descubrí otro más de los encantos que Sarah pretendía esconder.

—¡Dios, son de verdad! —exclamé, más decidido que nunca a hacerme con esa chica.

—¡Grosero! —gritó ella cuando se volvió furiosa para enfrentarse conmigo—. ¡Y encima mirón! —añadió, cerrando bruscamente la ventana delante de mis narices, para luego pasar a correr la cortina.

Como yo ya sabía que estaba en casa y tenía más que decidido llevarla conmigo, pegué mi dedo al timbre totalmente resuelto a que me abriera la puerta de su hogar y me dejara pasar. Pero mi rebelde rubita parecía dispuesta a ignorarme, así que, tomando aire, comencé a cantar la canción más grosera que conocía.

—¡... y nunca se agachaba Arturo, porque si lo hacía le daban por el c...!

Creo que la tercera estrofa de mi canción la impresionó, porque abrió rápidamente la puerta, me agarró de las solapas de la chaqueta y me atrajo

hacia el interior sin dejarme terminar mi cancioncilla.

—¿Se puede saber qué narices haces aquí?

—¿No es obvio? He venido a buscar a mi novia para rescatarla — anuncié, mientras ejecutaba teatralmente una reverencia, ante lo que Sarah alzó una de sus cejas con escepticismo—. Bueno, vale... para pervertirla un poquito, en realidad.

—No puedo salir contigo, estoy castigada.

—Yo también, pero ya que nuestros perros guardianes han salido, ¿por qué no divertirnos un poco?

—No.

—¡Ah, perdona! Olvidaba que eres una niña buena de mamá y papá y que nunca desobedecerías sus decisiones, aunque no sean justas. Ni siquiera aunque mi primo te estuviera esperando.

—Es un truco.

—¿Estás segura de eso, rubita, si ni siquiera sabes a donde te quiero llevar? —pregunté, mostrando una sonrisa llena de satisfacción, mientras me dirigía despreocupadamente a la salida.

Después de montar en mi motocicleta, creí que mi intento de tentar a Sarah había sido infructuoso, hasta que unos minutos después la música cesó y una alocada mujer corrió hacia mí. Y cuando arranqué para indicarle que me marchaba, Sarah no me decepcionó y, de un salto, se subió detrás de mí.

—¿A qué esperas? Vamos a encontrarnos con tu primo —ordenó mientras me señalaba el camino.

¡Qué pena para ella que a mí no me gustara seguir las indicaciones de nadie, y menos aún las que no entraban en mis planes!

—Lo que tú digas, rubita —contesté despreocupadamente.

Cuando me preguntó por el lugar hacia el que nos dirigíamos, aumenté la velocidad para que tuviera que agarrarse fuerte a mi cintura, olvidándose por completo de cualquier cosa que no fuera yo.

* * *

—Tu primo no está aquí —dije molesta por haber caído en otro de los

viles trucos de ese sujeto.

—Tú dale tiempo —respondió John con indiferencia, mientras me conducía hacia la barra del bar. Y tras arrebatarme el taburete a un desconocido, me lo ofreció con amabilidad, intentando aparentar ser un caballero.

—¡Zoe! ¡Dos cervezas! —gritó hacia una chica pelirroja, que, tras dirigirle una furiosa mirada, le respondió con un grosero gesto de su dedo corazón—. Vale, yo también te quiero... ahora ponme dos cervezas, por favor —pidió John, lanzándole desvergonzadamente un beso.

—No sirvo alcohol a menores, tú no tienes cuenta en este establecimiento y aún me debes una cerveza.

—Cielo, no te preocupes. Si quieres, mañana le digo a mi tío que venga a pagarla —contestó John con una maliciosa sonrisa que delataba que estaba cometiendo una de sus maldades.

—Chantajista de mierda... —masculló Zoe, deslizando dos cervezas por la barra, que John se apresuró a coger—. Espero que te atragantes...

—Tranquila, Zoe, esta vez tengo dinero —dijo John. Y tras pagar las bebidas, las abrió y me pasó una botella que no dudé en rechazar.

—Nunca en mi vida he probado el alcohol. No bebo, ni fumo, ni... — interrumpí mi discurso cuando vi que me ignoraba, mientras dejaba las cervezas en la barra y sacaba un cigarrillo para ponerlo en su boca con gesto chulesco.

Molesta por que no me prestara atención cuando había sido él quien me había llevado hasta allí, le arrebaté el cigarrillo antes de que lo encendiera y lo partí por la mitad. Después lo arrojé al suelo y esperé su reacción. Como siempre, ese sinvergüenza solamente me dedicó una de sus pícaras sonrisas antes de provocarme una vez más.

—Ahora tienes toda mi atención, querida, y estoy sumamente interesado en conocer el tercer elemento de esa lista de cosas que nunca has hecho.

—Decía que no bebo, ni fumo, ni hago cosas pervertidas con...

—Entonces harás de tu futuro marido un hombre muy infeliz —me interrumpió John, mientras se aproximaba insinuantemente a mí—, pero no te preocupes, rubita, para eso estoy yo aquí, para enseñarte lo osada que puedes

llegar a ser.

La cercanía de sus labios me tentó por unos instantes, durante los que quise probar cómo sería dejarme llevar por el loco John que tanto me incitaba en más de una ocasión para que cediera al pecado. Pero no tardé en descartarlo cuando recordé que, para él, yo seguramente sólo sería uno más de sus juegos.

—Nunca las haré con el hombre inadecuado —terminé, susurrándole provocativamente al oído, para luego alejarme, mientras me reía de su asombrado rostro.

Riéndome a carcajadas, me dirigí hacia la pequeña pista de baile que habían improvisado en ese local y, abriéndome paso entre la multitud, moví mi cuerpo con tanta desenvoltura como hacía en casa cuando nadie me observaba, para deshacerme de toda la frustración que me invadía por no poder ajustarme nunca al papel que otros querían otorgarme.

Mostrando mi verdadero yo ante todos esos desconocidos que me rodeaban, bailé sin preocuparme por nada, sintiéndome libre al encontrarme alejada de la prisión que mis padres me imponían, hasta que los fuertes brazos de John rodearon mi cintura. Y haciendo que me apoyara en él, susurró a mi oído:

—Esta faceta tuya es la que más me gusta, ¿por qué no la sacas a relucir más a menudo?

—Porque tú eres el único al que le gusta —respondí sinceramente, volviéndome hacia él, asombrada de que alguien prefiriera mi verdadero ser a la impecable muñequita que mi madre había modelado.

—Entonces, rubita, apuesta sólo por mí y olvida todo lo demás —declaró John con seriedad, mientras sus manos cogían fuertemente las mías para que, por una vez, lo mirara de verdad y me diera cuenta de que lo que él sentía por mí no era una broma.

Asustada ante lo que mi acelerado corazón comenzaba a sentir por el hombre inadecuado, intenté apartarme. Pero John no me dejó y, acercándose a él, me arrebató un beso una vez más. Aunque en esta ocasión no fue un simple roce de nuestros labios lo que él reclamó, sino un lujurioso beso que cada vez me resistía menos a experimentar.

Sus labios probaron tentadores los míos, con suavidad, haciéndome gemir quedamente cuando él me atrajo de nuevo al calor de sus brazos. Sus dientes mordieron atrevidamente mi labio inferior y, cuando intenté protestar, su lengua invadió mi boca buscando una respuesta que yo no sabía darle, pero que no tardé en aprender ante sus exigentes avances.

Mi cuerpo ardía y yo me derretía entre sus brazos, perdiéndome en el momento y dejándome llevar hacia donde él quisiera guiarme, hasta que las audaces manos que apretaron mi trasero atrayéndome más hacia él me hicieron notar la evidencia de su deseo, mostrándome lo peligroso que podía llegar a ser un hombre como John.

—¿Qué es eso? —dije escandalizada, poniendo fin a ese beso, mientras intentaba alejarme de él.

—Eso, cariño, se llama «erección», y es la muestra de lo mucho que me gustas. Si no quieres que todos lo noten, será mejor que permanezcas a mi lado para ocultarlo —apuntó, reteniéndome y acercándome nuevamente a él más de lo debido.

—No creo esta proximidad te sirva demasiado para... calmarte —murmuré escéptica, al notar que esa parte de su anatomía parecía avivarse aún más al tenerme más cerca.

—Tú simula que estamos bailando y... ¡y por Dios, no te muevas así! —exclamó entre dientes, cuando intenté bailar junto a él.

—¡Deshazte de eso, pero ya! —grité escandalizada, cuando noté el tamaño que había llegado a alcanzar al rozarse de nuevo conmigo.

—Cariño, lo haría encantado, pero sólo baja con frío o con...

—¿Con qué?

—Pues con tus atenciones, si tú, como un alma caritativa, te apiadas de mí y me dedicas tus cuidados... —respondió atrevidamente, mientras cogía una de mis manos para colocarla con audacia sobre su erección.

Furiosa a causa de su descaró y de su vulgar propuesta, retiré la mano despacio. Y, luciendo la falsa sonrisa que sólo mostraba con ocasión de las visitas de mi madre, declaré con ironía:

—¡Oh, pobrecito! No te preocupes, yo te daré mis más cariñosos cuidados.

Y tras dejarlo boquiabierto con mi respuesta, no dudé en gritar hacia Zoe:
—¡Zoe, pásame una cerveza! ¡La más fría que tengas, por favor!

La pelirroja alzó hacia mí una interrogativa ceja, y después de pensarse durante unos segundos si aceptar mi pedido o no, finalmente deslizó una cerveza helada por la barra, luciendo una sonrisa igual de maliciosa que la mía. Después de coger mi bebida, la coloqué entre John y yo y, ocultándolo de todos, le dediqué los debidos cuidados que él había pedido, con la delicadeza que se merecía esa parte de él que tanto me perseguía.

—¿Ya estás mejor? —le pregunté sonriente cuando lo vi encogerse de frío, mientras me fulminaba con la mirada—. Si quieres, podemos seguir así el tiempo que desees —propuse, tan escandalosamente como él me había pedido con anterioridad.

—No, déjalo —masculló entre dientes, arrebatándome la cerveza.

Cuando intentó alejarse de mí, no pude evitar molestarlo un poco más, como siempre hacía él conmigo. Así que, antes de que diera su primer trago a la helada cerveza, se la quité.

—Ésta es mía. Después de todo, me la he ganado —dije, señalando su entrepierna, mientras daba un gran sorbo de esa bebida que nunca me había tentado hasta ese momento.

John simplemente me sonrió tan audaz como siempre y me recordó al pasar a mi lado:

—Rubita, ya no podrás decir que nunca has bebido alcohol. Y realmente has sido muy pervertida conmigo... —murmuró, señalando su entrepierna con su mirada—. Estoy impaciente por ver cuántas prohibiciones más te saltas esta noche, y más que dispuesto a acompañarte en todas y cada una de ellas...

* * *

Zoe miraba con curiosidad a la extraña pareja que había entrado esa noche a su local: el taimado John Lowell, del que había conocido su nombre gracias a los cuchicheos del pueblo, ya que él no se había dignado regresar a su bar hasta entonces, después de que le quedase a deber el importe de una

cerveza, y la estirada Sarah Robinson, una niña que volvía una y otra vez a ese pueblo, sólo para intentar llamar la atención de uno de sus más prominentes solteros.

El aspecto que presentaba en ese momento distaba mucho del que mostraba habitualmente. Esa noche, la impecable damita no vestía una de sus rígidas indumentarias, sino que se había desmelenado en la pista de baile y ahora estaba bebiendo una de esas cervezas que sus padres, con toda seguridad, le tendrían terminantemente prohibido.

Mientras la observaba, Sarah reía a carcajadas junto a un sinvergüenza cuyas intenciones no debían de ser demasiado honorables, y Zoe se preguntaba si no debería intervenir y prevenir a la inocente Sarah sobre ese perverso hombre. Pero, tras ver como ella le devolvía a John cada una de sus jugadas, y con bastante malicia además, decidió no meterse en esa relación, ya que esa niña mimada parecía saber cómo tratar a un hombre tan rebelde como ése.

Cuando se acercaron a la barra, y tras verlos conversar tan amigablemente, Zoe no pudo evitar sentir curiosidad sobre la relación que tenían esos dos. Sobre todo, para ver si al fin llenaba su vieja pizarra con alguna que otra apuesta que le permitiera ganar algo de dinero extra para invertir en su bar y, de paso, también para cobrarse la cerveza que ese individuo seguía debiéndole tras su primer encuentro.

—Bueno, hola otra vez... ¿Qué te trae de nuevo a mi establecimiento, John Lowell? —se interesó Zoe.

—Nada en particular. Sólo he venido a bailar un poco, a refrescarme con una cerveza y... ¡ah sí! ¡A pervertir a mi novia! —declaró despreocupadamente, haciendo que Sarah se atragantara con su bebida ante tal afirmación.

—¡Yo no soy tu novia! Y nunca caeré en tus perversos juegos.

—Sí eres mi novia, y en lo que respecta a las perversiones, tú dame tiempo que ya te enseñaré yo todo lo que sé sobre ellas.

—¡No soy tu novia!

—Sí lo eres.

—Pero bueno —interrumpió Zoe, cada vez más interesada en el juego de

esa pareja—. ¿Sois o no sois novios?

—Será mi falso novio sólo por un tiempo —declaró despectivamente Sarah, mostrándose de nuevo en su papel de detestable damita.

—Seré tu novio de verdad para cuando acabe el verano —anunció decidido John, como si supiera que en ese juego él sería el único ganador.

—Para nada: ése será Kenneth —replicó Sarah, demostrando que no había abandonado su empeñada idea de perseguir al hombre que sus padres le habían señalado como el indicado.

—¿Qué te apuestas, rubita? —la retó John.

—Yo no juego... —contestó Sarah, mirándolo por encima de su cerveza, mientras lo provocaba con cada una de sus palabras.

—¡Mierda! ¡Eso es algo que tenemos que remediar! —declaró John para, a continuación, y con todo el atrevimiento del mundo, colarse detrás de la barra del bar y sacar la vieja pizarra.

—Pero si lo hiciera, estoy segura de que ganaría —prosiguió Sarah, sin asombrarse por las locuras de las que era capaz ese hombre.

Después de limpiarla con un trapo un poco usado, John dividió la pizarra en dos y arriba escribió con escandalosas letras mayúsculas: «¿A QUIÉN ELEGIRÁ SARAH?». Luego, se tomó la libertad de añadir en cada uno de los lados un nombre, acompañado por una descripción del sujeto. «Al divertido John Lowell» puso a la derecha, «Al soporífero Kenneth Lowell» añadió a la izquierda.

Y, para mayor insolencia, John apostó por sí mismo poniendo su nombre y una cifra en la pizarra debajo de su nombre.

—¡Hala! ¡Apuesta realizada! —anunció, depositando un puñado de billetes sobre la barra—. Zoe guardará este dinero hasta que veamos si gano o no.

—¡No pienso seguirte el juego, John, y por nada del mundo pienso apostar!

—Sí, lo comprendo, temes perder todo tu dinero contra mí, ya que, sin duda, mis encantos te están conquistando y sabes que yo soy el único hombre que puede haber en tu vida.

La respuesta de Sarah fue simplemente poner los ojos en blanco y beber

un nuevo sorbo de su cerveza, mientras intentaba ignorar las provocaciones de ese sujeto.

—Sabes que llegará un momento en el que no podrás resistirte ni a mí ni a mis besos —insistió John, acercándose nuevamente a Sarah más de lo aconsejable, recordándole con la cercanía de sus cuerpos cómo se había dejado llevar por su beso unos minutos antes.

Tal vez para huir de la tentación que él representaba o quizá para intentar evitar darle la razón, o simplemente, porque el alcohol al fin estaba surtiendo efecto en ella, Sarah se levantó de la silla y, alejándose de John, se dirigió hacia la pizarra para seguir su ejemplo y anotar su nombre junto una cifra, debajo del nombre de Kenneth.

—Creo que acabo de demostrar que sí puedo resistirme a ti —dijo, pasando junto a John para depositar en la barra el dinero que apostaba contra él.

—No, cielo. Lo único que me has demostrado es lo divertido que va a ser este juego —repuso John, haciéndole un guiño, como si esa pequeña apuesta fuera una dulce victoria para él.

Cuando el enfrentamiento de la pareja comenzaba a convertirse en un entretenimiento para los clientes de Zoe, el siempre impecable Kenneth entró precipitadamente en el bar casi sin aliento, buscando exaltado por el lugar, hasta dar con la persona tras la que había corrido con tanta desesperación.

—Has sido tú, ¿verdad? —dijo Kenneth, señalando acusador a su primo — ¿Cómo has podido estropear mi coche para evitar que fuera detrás de ti?

—Bueno, verás, es muy sencillo: se introduce una patata bien gorda en el tubo de escape y...

—¡No tienes vergüenza! Además, ¡sabes que estás castigado!

—No me digas —declaró irónicamente John, alzando impertinente una de sus cejas.

—Y tú... ¡tú te vienes conmigo! —exclamó Kenneth, cogiendo bruscamente la mano de Sarah, para arrastrarla hacia el exterior.

—No estés tan seguro de eso, primito —apuntó John, cogiendo la otra mano de Sarah, resistiéndose a dejarla marchar.

—¡Eh, basta los dos! ¡No soy una muñequita que podáis manejar a

vuestro antojo! —se quejó Sarah, deshaciéndose del agarre de ambos sujetos, demasiado ebria como para representar el papel de niña buena en el que apenas articulaba palabra alguna y que solía ser habitual en ella—. ¡No me voy con ninguno! —añadió a viva voz, antes de salir precipitadamente del bar de Zoe.

John y Kenneth no dudaron en salir corriendo detrás de ella. Incluso se pelearon por ver quién pasaba antes por la puerta. Y, claro estaba, los asistentes a ese espectáculo no quisieron perderse detalle de lo que ocurría, así que se apresuraron a reunirse con ellos en el exterior, donde contemplaron la ridícula actuación de los tres.

Por lo visto, al verse sin su automóvil, Kenneth había optado por coger su bicicleta para ir a buscar a su primo, bicicleta que ahora había sido requisada por Sarah para volver sola a casa. La chica iba haciendo eses con ella, mientras cantaba a pleno pulmón una pegadiza cancioncilla del verano.

John, nada convencido de que llegara a su casa de una sola pieza en sus circunstancias, había decidido seguirla lentamente con su motocicleta, mientras que Kenneth se había negado a dejarlos a solas otra vez, de modo que mantenía su estricta vigilancia desde la parte trasera de la motocicleta de John.

—¿Sabes? No es así como imaginé que volvería a casa... —declaró John entre suspiros, cuando se volvió para ver a su primo montado en su moto detrás de él.

—¡Tú calla y síguela! ¡No la pierdas de vista!

—¿En serio crees que podemos a llegar a perderla? —preguntó John con ironía, tras escuchar uno más de los berridos de Sarah.

Después de perderlos de vista, los clientes de Zoe volvieron al interior de su establecimiento y, entre risas, siguieron divirtiéndose. Algún que otro curioso se acercó para echar un vistazo a la atrevida apuesta de la gran pizarra de Zoe.

—¡Se aceptan apuestas! —gritó ésta a pleno pulmón cuando el enésimo cotilla miraba interesado las anotaciones que había en ella.

Y, como había previsto, sus clientes no tardaron en llenar la pizarra con sus nombres y apuestas. E incluso se atrevieron a proponer alguna que otra

opción más sobre los alocados Lowell y su forma de actuar ante el amor.

CAPÍTULO 7

Seguir a la rebelde Sarah en aquel interminable paseo en bici fue bastante difícil. Y más aún cuando iba haciendo esos durante todo el camino, pero al menos el objetivo de que esa damita llegara de una pieza a casa tenía su recompensa, pensaba mientras la veía mover su trasero delante de mi motocicleta, que estaba demostrando su resistencia al ir a paso de tortuga, cuando estaba hecha para correr como el viento.

A pesar de la lentitud de nuestra marcha, me estaba divirtiendo al ver una vez más a Sarah perdiendo esa fachada respetable que tanto se empeñaba en representar. Y habría sido un trayecto mucho más agradable de no ser por un insignificante y molesto problema que se empeñaba en cruzarse últimamente en mi camino...

—¡No le mires tan desvergonzadamente el trasero! —me sermoneó una vez más el siempre virtuoso Kenneth, como si sus ojos no estuvieran fijándose tan descaradamente como los míos en algunas de las cualidades de Sarah.

—Te recuerdo, querido primo, que soy yo el que conduce y que no debo apartar la vista de la carretera. ¡Gracias a Dios que ese lindo culito está en ella, de lo contrario, este viaje sería de lo más aburrido! —repose, mirando con desagrado una vez más hacia el acompañante que se había colado en mi moto sin invitación alguna.

—Espero que tu forma de conducir no sea siempre igual o comenzaré realmente a cuestionarme tus habilidades respecto al manejo de este vehículo.

Con ganas de parar en el arcén sólo para abandonar a mi primo en la

cuneta, meneé un poco la inestable motocicleta a ver si así se callaba un ratito con sus aburridas charlas y me dejaba disfrutar de las vistas, pero el muy zopenco se agarró fuertemente a mí, haciéndome gruñir de disgusto, ya que, si él no se hubiera presentado en el bar, ahora sería Sarah quien estaría abrazándose a mí y no el nenaza de mi primo.

—¿Por qué no la adelantas o te pones a su lado? Así tal vez no tendrías tantos problemas para manejar este cacharro.

—Si fueras tú el que estuviera en esa bicicleta no dudaría en dejarte atrás —repliqué, mientras un escalofrío recorría mi cuerpo al pensar por un segundo en el trasero de mi primo bamboleándose sobre la bicicleta. ¡Puaj!
— Pero siendo Sarah, prefiero seguirla desde esta desventajosa posición. O ventajosa, según se mire —respondí sonriendo ladinamente, mientras veía una vez más cómo las mallas se pegaban a su redondito culito respingón.

—No eres nada caballeroso —musitó reprobador mi primo.

—No, simplemente soy sincero sobre lo que deseo alcanzar, y no me gusta esconderme detrás de ninguna falsa fachada de niño bueno. Eso te lo dejo a ti.

—¿Y crees que vas a conseguir lo que quieres manteniendo siempre esa actitud rebelde? —preguntó Kenneth, recordándome que, si conseguía hacerme con el corazón de Sarah, sin duda muchos más impedimentos se cruzarían en nuestro camino, ya que yo no sería el hombre adecuado en opinión de muchos.

—¿Y tú crees que vas a conseguir siempre lo que quieras sin ensuciarte un poco por el camino? —pregunté a mi vez, dejando un poco de distancia entre Sarah y nosotros para pasar rápidamente sobre un charco de barro con mi motocicleta, ensuciándonos a ambos en el proceso.

—¡Lo has hecho adrede! —exclamó acusador mi primo, sintiéndose tremendamente incómodo con su situación.

—¿Yo? —ironicé, intentando hacerme pasar por el inocente que nunca sería—. Si quieres, paro en el arcén y así podrás ir a cambiarte.

—No, déjalo. Quiero asegurarme de que Sarah llega sana y salva a casa y de que no la obligas a seguirte en una más de tus perversas acciones.

—No te equivoques, primito, yo nunca la obligo a seguirme.

Simplemente le muestro un camino mucho más divertido que el que todos tenían marcado para ella. Sarah siempre podrá elegir lo que quiera hacer. Por lo menos mientras esté a mi lado. ¿Puedes decir tú lo mismo? —apunté, molesto por el papel que me había adjudicado Kenneth, porque, por más que deseara a Sarah, yo jamás la presionaría, como hacían todos, obligándola a adaptarse a un molde en el que no encajaba. Yo solamente quería que fuera ella misma, me eligiera a mí o no.

Consiguiendo con mis palabras que mi primo al fin se callara, pude disfrutar un poco de mi trayecto a pesar del barro, el frío o la molesta presencia que tenía a mi espalda, ya que siempre sería un placer ver cómo Sarah corría libre y remontaba el vuelo con esas alas que todos se habían empeñado en cortarle.

Cuando llegamos a la casa que los Robinson habían alquilado, agradecemos mucho que éstos no hubieran llegado aún. Especialmente cuando una ebria damita, tras darse cuenta de que había olvidado las llaves en el interior, comenzó a emprenderla a patadas con la puerta.

—No te preocupes, rubita, ¡nosotros te ayudaremos! —dije, cogiéndola por los hombros para calmar sus berridos, que comenzaban a ser bastante lamentables.

—¿Cómo? —preguntó Sarah, dirigiendo sus esperanzados ojos, ¡cómo no!, al siempre adecuado Kenneth.

—Podríamos llamar a un cerrajero —propuso Kenneth, ofreciendo una respuesta muy estúpida a nuestro problema.

Al parecer, mi rubita estuvo de acuerdo por una vez conmigo en que mi primo era idiota, porque, descartando rápidamente a Kenneth, no tardó en dirigir sus lastimosos ojitos hacia mí pidiéndome una solución.

—Podría colarme en la casa si alguna de las ventanas está abierta y abriros desde dentro.

Para mi desgracia, la única ventana que se encontraba abierta era la del segundo piso, y cuando me dispuse a trepar por el canalón para mostrar mis habilidades ante todos, Sarah exclamó:

—¡No puedes entrar en mi casa así, y menos en esa blanca e impoluta habitación!

—Tú lo que quieres es que me desnude ante ti, ¿eh, rubita? —dije para escandalizarla, mientras me desprendía de mis sucias ropas, reconociendo para mí que la observación de Sarah era cierta y que cualquier estancia de la casa quedaría manchada por el rastro de mis ropas mojadas y cubiertas de barro.

Al no recibir contestación alguna de su parte, sonreí divertido. Y más aún cuando vi cómo, a pesar de su arrogante postura, con los brazos impacientemente cruzados, recorría mi cuerpo con una osada mirada que nunca antes se había atrevido a dirigirme.

—¿Quieres que me quite algo más antes de adentrarme en tu casa? —le pregunté con sorna, comenzando a bajarme el elástico de los calzoncillos, hasta que intervino mi primo, empujándome hacia la casa cuando las cosas se ponían interesantes, ya que Sarah en ningún momento llegó a contestar negativamente a mi atrevida pregunta.

—¡No pierdas más el tiempo y sube ya por ese canalón! —me ordenó un molesto Kenneth, mientras me alejaba de Sarah.

Tras llegar sin problemas a la ventana seleccionada, la abrí y me introduje a través de ella. A oscuras tanteé la pared hasta dar con el interruptor y encender la luz. Cuando vi lo que había en esa estancia tan blanca e impoluta como Sarah había asegurado que era, alcé las cejas tan reprobador como Kenneth era conmigo en alguna que otra ocasión: decenas de muñecas, perfectamente vestidas, peinadas y con posturas de lo más adecuadas y pudorosas, descansaban en unos estantes de la pared, pareciendo pedir mi aprobación en todo momento.

Me sentí tentado de colocar a cada una de esas condenadas muñecas en una postura obscena tan sólo para fastidiar a la señora Robinson, y más cuando vi que algunas de ellas vestían los modelos que Sarah había lucido en más de una ocasión. Finalmente desistí de mi maldad, sabiendo que si llevaba a cabo alguna de mis rebeldes acciones en esa habitación metería a Sarah en problemas, y bastante tenía ya con poder llegar de una pieza a su habitación.

Tras bajar la escalera, me apresuré a abrir para dejar que Sarah entrara en su casa. Estaba dispuesto a cerrar la puerta ante las narices de Kenneth para concedernos unos instantes de intimidad a mi rubita y a mí, ahora que por fin

había conseguido llamar su atención, cuando Sarah dirigió una pícaro mirada a mi primo, mientras, con un tono de niña buena bastante seductor, le decía:

—Tú tampoco puedes entrar así en mi casa.

Pensé que mi primo se resistiría a la atrevida reclamación de Sarah, o que tal vez se escandalizaría por su comportamiento, alejándose finalmente de nosotros... pero ¿qué hombre se resistiría a esa tentadora y dulce voz? Así que, para mi sorpresa, vi a mi primo jugar tan sucio como yo por primera vez y, tras desnudarse, ocultó sus ropas junto a las mías entre los arbustos para adentrarse en ese hogar con el mismo aspecto que yo.

—Sólo lo hago para conducirla sana y salva a su habitación —declaró Kenneth, hinchando el pecho como si fuera el mejor de los hombres.

—Sí, claro... —respondí irónicamente, mientras cerraba la puerta y ambos comenzábamos a ayudar a la inestable Sarah a subir la escalera hacia su habitación.

* * *

Sin duda estaba soñando, ya que no llevaba puesto ninguno de mis restrictivos vestidos y tenía a dos hombres casi desnudos en mi habitación. Unos hombres que no eran otros que el rebelde John, con el que cada vez me importaría menos pecar, y el maravilloso Kenneth, que parecía ser perfecto en todo. Sin pararme a pensar, dado que ése era mi sueño, decidí ser tan atrevida como nunca podría serlo en la realidad, de modo que saqué una chocolatina de mi escondite y comencé a degustarla lentamente, sin dejar de observar con admiración a mis acompañantes.

Eran tan parecidos, pero a la vez tan distintos... y cada uno me atraía hacia el pecado a su manera: el correcto Kenneth, con su impecable apariencia, sus músculos torneados por los deportes, sus sinceros ojos azules, sus rubios e impecables cabellos y su amigable rostro que aseguraba que siempre sería un hombre en el que confiar; y por otro lado el inadecuado John, con su rebelde postura, su cuerpo curtido por el trabajo duro, sus licenciosos ojos azules que me atraían hacia el pecado, sus revueltos cabellos y su maliciosa sonrisa que siempre me tentaba para cometer alguna locura.

—Es una elección tan difícil —declaré en voz alta, mientras mordía mi chocolatina con frustración—. ¿Con quién debería quedarme: con el perfecto Kenneth... —suspiré, mientras recorría lentamente su torso con un dedo—... o con el pecaminoso John? —terminé, dándome la vuelta y pasando perversamente las uñas por el pecho de John mientras marcaba levemente su piel.

—Creo que deberíamos marcharnos antes de que ocurra algo de lo que podamos llegar a arrepentirnos —apuntó Kenneth, alejándose de mí como siempre.

—¡Tú a callar, que éste es mi sueño! —exigí molesta, gritando lo que nunca me atrevía decir en voz alta en su presencia.

—Vete tú, que yo me quedo. Después de todo, esto se está poniendo interesante —dijo tan osado como siempre John, haciéndome decidir empezar por él.

—¿Sabes lo guapo que estarías si te mantuvieras callado alguna vez?

—¿Ah, sí? Pues cállame —me retó John, como siempre hacía, alzando burlonamente una ceja, señalándome con ello que yo nunca me atrevería a hacer algo tan provocador como para que él se quedara sin habla.

Y como era cierto, decidí taponarle la boca con uno de mis dedos impregnados de chocolate, para impedir que me dedicase alguna más de sus atrevidas palabras, pero como era de esperar, John no pudo ser un chico bueno ni en mis sueños, y en vez de apartarme de él como cualquier hombre decente haría, atrajo mi mano hacia su boca y comenzó a lamer lujuriosamente cada uno de mis dedos.

Supe sin lugar a dudas que todo lo que estaba sucediendo era sólo en mi calenturienta imaginación, cuando Kenneth cogió mi otra mano y mordisqueó atrevido el trozo de chocolatina que sostenía en ella, rozando sensualmente con sus dientes la yema de mis dedos.

En ese momento miré a Kenneth con asombro, hasta que John me mordió un dedo para atraer mi atención, sin dudar ni por un momento en tirar de mí hacia sus brazos, donde con su desnudez nada podía hacer para ocultar su deseo.

—Rubita, no me tortures más y elígeme a mí de una vez —pidió serio,

mirándome con aquellos profundos ojos azules que tanto me atraían.

—¿Por qué debería conformarse contigo, si me tiene a mí? —intervino impertinente Kenneth, haciendo que me volviera hacia sus fuertes brazos.

—Tal vez porque yo la siento demasiado como para poder resistirse —susurró John pecaminosamente junto a mi oído, acercando su cálido cuerpo a mi espalda y la erección que rozaba mi trasero confirmaba que sus palabras eran totalmente ciertas.

—Pero yo también puedo llegar a tentarla... —replicó Kenneth, mostrando una faceta suya desconocida para mí, ya que, mientras decía estas palabras, acercó su cuerpo al mío y me arrebató un beso.

Fue dulce, cálido, apenas un leve roce de nuestros labios, el beso maravilloso con el que todas las chicas sueñan, el beso perfecto que todas mis amigas me habían descrito..., pero para mí no fue suficiente. Eché de menos algo...

—¡Suficiente! Es hora de que experimentes a qué sabe lo prohibido... —anunció gritando John, antes de arrebatarme de entre los brazos de su primo para avasallar mi boca con un apasionante beso que hizo que todo mi cuerpo temblara entre sus brazos. Y supe, sin lugar a dudas, que esa pasión era lo que había faltado en el idílico beso que había recibido de Kenneth. Tal vez si éste hubiera sido el primer hombre en besarme, no habría echado en falta nada y nuestro beso habría sido perfecto. Pero tras probar los pecaminosos labios de John, nada podía atraerme como esa pasión que me demostraba con cada uno de los roces de su lengua.

Dejándome llevar, gemí desvergonzadamente mientras lo atraía hacia mi cuerpo. Y cuando mi sueño comenzaba a ponerse de verdad interesante, oí que se abría la puerta de mi hogar y a mis padres entrando en casa. No me extrañó nada que su presencia en mi sueño acabara con toda mi diversión. Después de todo, eso era algo que acostumbraban a hacer en la vida real, ¿por qué no iban a fastidiar también mis fantasías?

Lo que de verdad me dejó desconcertada fue ver a aquellos dos hombres maravillosos discutiendo cómo escapar de esa situación, porque, después de todo, tan sólo eran una ilusión de mi aturdida y embotada mente.

—¿Se puede saber qué hacemos ahora? —preguntó nerviosamente

Kenneth, paseando inquieto de un lado a otro de la habitación.

—Salir pitando por la ventana, lumbreras —respondió John, justo antes de asomarse y ver que mi padre disfrutaba en el exterior del último cigarrillo, a escondidas de mi madre—. ¡Mierda! —maldijo, al ver que su huida había sido obstaculizada.

—Creo que la señora Robinson viene hacia aquí —señaló Kenneth, tras oír los pasos de mi madre acercándose.

—¡Escóndete debajo de la cama! —le ordenó John a su primo, mientras me conducía hacia allá. Y, tras taparme con las sábanas, me dijo suavemente al oído—: Dulces sueños, princesa. Espero que sueñes conmigo.

Me quedé algo confusa con sus palabras, ya que se suponía que hasta el momento todo había sido un sueño. Luego apagué la luz de mi habitación. Y cuando lo vi ocultarse junto a su primo, pensé que a partir de ese momento ya no les tendría miedo a los monstruos que pudiera haber debajo de mi cama, pero sí a los desvergonzados chicos que podían colarse bajo ella.

Cuando mi madre llegó, abrió la puerta de mi habitación y encendió la luz. Como solía suceder cuando salía con mi padre, se encontraba un poquito bebida, así que no dudó a la hora de sentarse en mi cama y ponerse melancólica.

Gracias a su estado de embriaguez, no oyó los gruñidos de protesta provenientes de debajo de mi cama cuando ésta se hundió un poco bajo su peso. Yo, por mi parte, continué haciéndome la dormida para que mi madre se explayara lo menos posible en su nostálgico discurso.

—Y pensar que hace apenas unos años eras la niña de mamá y ahora te has convertido en toda una mujer... Seguramente, cuando menos me lo espere, estarás casada y con hijos. Ojalá el aburrido de Kenneth Lowell se dé cuenta de que existes. Sin duda es el hombre más adecuado para ti, ya que nunca te meterás en ningún escabroso lío si permaneces a su lado, y tendrás un futuro estable junto a él —dijo mi madre, ignorando los gruñidos del apacible Kenneth, al que no le gustó verse señalado como la opción más segura y aburrida—. Eso sí: ¡por nada del mundo debes acercarte a un hombre como John Lowell! Ese rebelde sin duda te meterá en más de un problema y tu futuro estaría lleno de contrariedades. —Esta vez los gruñidos

de protesta provinieron de un rebelde al que Kenneth tuvo que retener para que no diera alguna osada contestación desde su precario escondite.

—Pero yo sé que mi niña no es una de esas chicas escandalosas que se dejan tentar por los hombres, y sin duda mi Sarah escogerá al mejor... —acabó orgullosamente mi madre, mientras se tumbaba a mi lado en la estrecha cama, hundiendo un poco más el colchón.

—¡Mierda! —exclamaron al unísono los hombres que ocultaba debajo, al verse agobiados por el trasero de mi madre. Y sin importarles demasiado revelar su comprometedor situación, salieron de su escondite para dirigirse precipitadamente hacia la ventana.

—¡Aaaah! ¡¿Se puede saber qué significa esto?! —gritó mi madre muy alterada, al verlos salir con sus escasas vestimentas de debajo de mi cama. Yo, por mi parte, seguí haciéndome la dormida.

Pero no pude evitar sonreír y entreabrir un poco los ojos cuando oí una vez más al rebelde de John dar una de sus contestaciones poco antes de saltar por la ventana.

—¿No es obvio, señora Robinson? Sarah aún no ha decidido a cuál escoger y ha determinado que es mejor explorar antes todas nuestras cualidades.

Tras un airado grito de parte de mi madre antes de desmayarse, los dos hombres salieron de mi estancia con gran celeridad. En mi sueño pude escuchar a mi padre corriendo hacia mi habitación después de oír el alterado chillido de mi madre. Y, tras cogerla entre sus brazos, esperó a que recuperara un poco la conciencia antes de pedirle una explicación.

—¿Se puede saber qué es lo que ha ocurrido, Belinda?

—¡Dos hombres han salido de debajo de la cama de tu hija y se han tirado por la ventana!

—Ya te has vuelto a pasar con la bebida, ¿verdad? —preguntó inalterable mi padre, mientras conducía a mi madre fuera de la habitación—. Mejor vámonos de aquí antes de que despiertes a Sarah y te vea en este lamentable estado.

—Pero ¡Tom! ¡Estoy segura de que he visto a John y a Kenneth Lowell saliendo de debajo de la cama de Sarah y...!

—Sí, por supuesto querida... —respondió mi padre, dándole falsamente la razón a mi confusa madre, mientras la alejaba de mí.

Yo, por mi parte, seguí durmiendo, al tiempo que sonreía ante lo locos y divertidos que se habían vuelto mis sueños desde que John se había cruzado en mi vida desorganizando ese camino que muchos habían creado para mí.

* * *

Kevin pensó seriamente en reprender a su sobrino cuando llegó a su hogar y vio que había desobedecido su severa advertencia de no salir de casa, seguro que para meterse en un nuevo problema. Por lo visto, el extenuante empleo que había elegido para él no era suficiente para eliminar sus ganas de hacer alguna locura. Se extrañó mucho de que su siempre recto hijo tampoco se encontrase allí, así que decidió esperarlos a ambos en el porche, disfrutando de una merecida cerveza.

Mientras pensaba qué reprimenda echarle a cada uno, por poco no se atragantó con su bebida al verlos aparecer prácticamente desnudos sobre la motocicleta de John.

—¿Por qué demonios tenías que ser tan bocazas y decir esa mentira que sólo servirá para manchar el nombre de Sarah ante todos?

—No te preocupes, Kenneth, la señora Robinson estaba demasiado borracha como para recordar mañana que nosotros estábamos allí. Y nadie que conozca a Sarah se creería nunca que es capaz de hacer un trío. Por cierto, al parecer la rubita ya ha hecho su elección, aunque tú te niegues a verlo y ella se niegue a decirlo en voz alta.

—¡No pienso dejar a Sarah en tus desvergonzadas manos, tus intenciones hacia ella nunca serían decentes!

—¿Y las tuyas sí? —preguntó irónicamente John, alzando una ceja, mientras contemplaba la escasa vestimenta de su primo.

—Al menos son algo más decentes que las tuyas.

—Haznos un favor a los dos y desiste de ir contra mí, primo. Cuando hay algo que quiero, no dudo en jugar sucio, y tú nunca has sido de los que les gusta ensuciarse.

—Pero estoy aprendiendo.

—¿Y por qué no lo has hecho antes? ¿Por qué no has corrido tras ella hasta ahora? Me niego a dejar a Sarah en manos de un hombre tan ciego como tú, que sólo se da cuenta de lo que tiene junto a él cuando otro lo reclama. Ya te lo advertí en una ocasión y te lo vuelvo a recordar ahora: es demasiado tarde para ti, primito. Porque a pesar de las veces que ella se cruzó en tu camino, yo la vi antes que tú.

—Que yo sepa, Sarah es la única que tiene la última palabra en todo este asunto.

—Nunca he dicho lo contrario. Sólo te estoy advirtiendo de lo peligroso que es jugar contra mí. Cuando hay un gran premio sobre la mesa, yo siempre gano y, definitivamente, Sarah es algo que no puedo permitirme perder.

—Bien. Pues entonces que gane el mejor —declaró Kenneth, a la vez que alzaba una mano para estrechar la de su primo en un acuerdo entre hombres.

—Tú lo has dicho, primo, no yo —declaró John jactancioso, mientras aceptaba ser el digno rival de su primo—. Por cierto, se me olvidó comentarte que yo ya estoy saliendo con Sarah.

—¿Qué?! ¿Cómo?! ¿Cuándo?! —preguntó Kenneth, preocupado por saber en qué instante había surgido esa relación que él siempre desaprobaba.

—¿No es obvio, primito? Todo ocurrió cuando tú no mirabas —respondió John, riéndose una vez más del necio de su primo, totalmente decidido a quedarse con la mujer que Kenneth no merecería jamás.

En el instante en que ambos jóvenes pasaron por delante del señor Lowell, demasiado sumidos en sus asuntos como para pararse a recibir uno de sus sermones, Kevin se preguntó si debía imponerles un castigo o si el vergonzoso estado en el que se encontraban ya era suficiente para ellos. No obstante, antes de entrar en casa, cada uno de ellos le dedicó unas palabras:

—Ya lo sé, tío: sigo castigado —musitó John, antes de que Kevin abriese la boca.

—Ni una palabra, papá. Solamente estoy haciendo lo que me aconsejaste: jugar igual de sucio que mi primo —le dijo Kenneth a su padre, antes de que éste hiciera algún comentario sobre su situación.

Y al fin, cuando ambos jóvenes desaparecieron por la puerta, Kevin pudo

reírse a gusto de la ridícula situación en la que los había hallado, mientras brindaba por Sarah Robinson, sin duda la responsable de que esos muchachos hubieran recibido una lección.

CAPÍTULO 8

Nunca creí que mi primo pudiera llegar a actuar como yo, pero por lo visto, los niños buenos también sabían ser malos cuando se empeñaban. Y Kenneth estaba más que decidido a que yo no volviera a acercarme a Sarah.

Sus ideas no eran tan pérfidas y maliciosas como algunas de las que yo podía urdir, pero ese niño mimado llegó a fastidiarme bastante con sus intrigas. Por ejemplo, tras nuestro episodio en el hogar de los Robinson, cada vez que llegaba a casa me encontraba con que alguna adorable damita estaba invitada a cenar, y por alguna extraña casualidad, siempre era situada a mi lado, mientras sus familiares no dejaban de mirarme escrutadoramente, como si estuviesen analizando con detalle la próxima adquisición que harían, logrando estremecerme. Y, para acentuar mi incomodidad, mi querido primo me dedicaba elogiosas, y falsas, alabanzas, como si estuviera vendiéndome al mejor postor.

En más de una de esas ocasiones me dieron ganas de levantarme de la mesa y huir de todo, o tal vez soltarle alguna escandalosa proposición a alguna de esas chicas para espantarlas, pero como yo no era de los que corrían y mis maliciosas propuestas solamente las reservaba para una mujer en concreto, preferí acabar con las esporádicas visitas de esas respetables familias que tantas ilusiones se hacían conmigo de una manera tan poco sutil como la que mi primo había utilizado para deshacerse de mí.

Mis pasos me llevaron hacia un aburrido y respetable lugar que pocas veces llegaba a pisar, salvo que fuera por un encargo. Odiaba entrar en ese local en concreto, porque siempre estaba lleno de viejas chismosas que

tardaban horas en adquirir sus productos y que, cuando terminaban con sus recados, se quedaban en medio simplemente para cotillear. Pero en ese momento venía de perlas para mis propósitos que las charlatanas se encontraran en el establecimiento.

Entrando con paso decidido, irrumpí en ese apacible ambiente y esperé mi turno entre las viejecitas y alguna que otra ama de casa. Les llamó bastante la atención la gran caja de cartón vacía que transportaba, ya que no dejaron de dedicarle alguna que otra entrometida mirada para examinarla. Algunas de ellas incluso me invitaron a que pasara delante, para satisfacer su curiosidad, cosa que yo estaba más que encantado de hacer.

Cuando llegó mi turno, no dudé en colocar la caja de cartón encima del mostrador y solicitar mi pedido en voz lo suficientemente alta como para que todos los presentes se enteraran de cuáles eran mis intenciones en ese pueblo y que, por supuesto, no eran para nada decentes.

—Por favor, querría preservativos.

—¿Una caja? —me preguntó entre escandalizada, avergonzada y sorprendida la mujer que trabajaba como ayudante en la farmacia.

Algo que comprendí enseguida, ya que esos artículos en concreto eran difíciles de conseguir para los jóvenes, y más aún si vivían en pueblos pequeños como Whiterlande, donde las noticias, cotilleos y chismes corrían. Pero en esos momentos yo no quería que las habladurías corrieran, sino que volaran, así que no tuve piedad alguna con la sonrojada dependienta cuando le señalé desvergonzadamente:

—Sí, en concreto quiero esta caja. Llena —especifiqué, señalando la caja que había colocado sobre el mostrador.

Los curiosos ojillos que me habían estado observando reprobadoramente hasta ese instante pasaron a contemplarme escandalizados, y los murmullos de todas esas personas acerca de mi libertino y desvergonzado comportamiento comenzaron a sonar a mi espalda, como si yo no me encontrara allí.

—No... no tenemos tantos.... —tartamudeó dubitativa la mujer, mientras llenaba mi caja con un surtido de preservativos de lo más colorido que se podía uno imaginar.

—No se preocupe, me las apañaré como pueda esta semana —suspiré teatralmente, al tiempo que contaba con despreocupación las cajas de condones delante de todas mis alucinadas testigos—. Pero tal vez me hagan falta más para la semana que viene, así que apúnteme otra caja como ésta: mi nombre es John Lowell —dije, lo bastante alto como para que todo aquel que no me conociera lo supiera.

A la hora de pagar no me asusté por el desorbitado importe, ya que esos artículos se vendían a precios bastante poco asequibles para los jóvenes, y aboné la cuenta con parte del gran fajo de billetes que siempre guardaba debajo de mi cama, alarmando con mi gesto un poco más a esas mujeres, que comenzaron a preguntarse cómo podía obtener un chico tan joven como yo tanto dinero, y empezaron a inventarse turbulentas historias sobre ello.

Pensé que mi plan para espantar a todas las jóvenes casaderas y sus familias de las cenas que preparaba mi querido primo con intenciones de cazarme había funcionado, pero mientras me alejaba con mi gran caja llena de preservativos, no pude evitar intentar comprobar si efectivamente había sido así, de modo que cuando vi en la farmacia alguna que otra cara conocida, no dudé en recordar mis buenos modales y saludar tan educadamente como en más de una ocasión mi tía me había señalado que debía hacer.

—¡Señora Philips! Fue una cena estupenda la de ayer noche, ¿verdad? Me preguntaba cuándo podría volver a visitarnos su encantadora Natalie a la casa del lago...

—Está enferma para lo que queda de verano, y.... y... ¡este año irá a un internado sólo para chicas!

—¡Qué pena! —exclamé con fingido pesar, como si la mencionada Natalie fuera un pecaminoso bocado que se me había escapado, cuando en realidad fue lo más soso de toda la cena—. ¿Y usted, señora Wilkins? ¿Cuándo tenía que venir a cenar con su hija? No lo recuerdo demasiado bien, ¿era el miérc...?

—¡Nunca! —exclamó cortante la otra mujer.

Y como si la suerte me sonriera, en el momento en que me dirigía hacia la salida y los rumores más escandalosos corrían imparables sobre mí, mi primo

hizo su aparición. Me vino que ni caído del cielo. No pude evitar fastidiarlos a él y a su impecable reputación tanto como él había hecho últimamente conmigo. Después de todo, ya le había advertido a Kenneth acerca de lo perverso que podía llegar a ser en el juego que nos traíamos, y él mismo me había asegurado que no le importaba ensuciarse, algo que era hora de comprobar.

—Lo siento, Kenneth. Al final no he podido llenar la caja, así que no creo que tenga bastante para prestarte esta semana. Pero no te preocupes, ya he encargado más para la próxima —anuncié teatralmente, mientras ponía una mano sobre su hombro al pasar junto a él hacia la salida.

Mi primo, tal como había supuesto que haría ante mi extraño comportamiento, no dijo palabra alguna. Pero cuando vislumbró el contenido de la caja cuando pasaba junto a él, comenzó a maldecirme, aunque en esos instantes ya era demasiado tarde, porque los rumores comenzaron a rondar a otro de los escandalosos Lowell.

* * *

—¡Marlon! —exclamó Billy, un habitual del Sullivan's, entrando apresurado en el establecimiento—. ¡No te vas a creer lo que acaba de hacer el desvergonzado de John Lowell en la farmacia!

—No creo que en un local tan respetable como ése pueda cometer muchas locuras —respondió despreocupadamente el aludido, mientras limpiaba los vasos.

—¡Se ha llevado una caja de condones!

—Bueno, eso es algo normal en un joven de su edad. Aunque haya sido algo desafortunado que la comprara justo a la hora en que se suelen encontrar reunidas todas las cotillas del pueblo —dijo Marlon, reprobando al curioso que no tenía otra cosa que hacer que ir con ese tipo de chismes a su bar.

—No una caja... ¡sino una caja! —anunció Billy, mostrando con sus manos el tamaño de la gran caja que el joven se había atrevido a llevar consigo, haciendo que más de uno se atragantara con su bebida.

—¡Mierda! Y yo sin mi pizarra... —masculló Zoe, mientras todos los

jóvenes impacientes dirigían sus miradas hacia ella con ganas de realizar más de una apuesta sobre los Lowell.

—No sé cómo ha salido vivo ese chaval de ese nido de arpías sin que alguna de ellas la emprendiera a golpes con él por su descarado comportamiento.

—¡Eso es lo mejor! Después de dejar atrás a todo ese manojito de alteradas, ha salido por la puerta la mar de tranquilo, mientras echaba a su primo a los lobos. Las mujeres han reprendido a Kenneth durante horas con discursos sobre la moral y la castidad.

—No creo que Kenneth Lowell deba recibir más discursos sobre la rectitud. Ya es bastante estirado por sí mismo —se rio Marlon del joven que en ocasiones era demasiado educado para su bien.

—No te creas... —volvió a susurrar Zoe desde lejos, recordando cómo había perdido Kenneth su fachada de niño bueno en su bar.

—Si yo fuera tú, Marlon, comenzaría a hacer apuestas sobre esos dos chavales para ganar algo de dinero extra —propuso uno de los comensales, mientras alzaba su cerveza.

—Harry tiene razón, desde que John Lowell llegó, las cosas se han vuelto cada vez más interesantes en este pueblo. Y no sé por qué, a esos primos ahora les ha dado por fastidiarse mutuamente —intervino otro de los viejos amigos de Marlon.

—Sarah... —murmuró Zoe con una irónica sonrisa en su rostro, orgullosa de saber más que su padre, un hombre que siempre presumía de estar al tanto de todo lo que sucedía en el pueblo.

—No es mala idea, pero no creo que sirviera de mucho. Además, no encuentro esa vieja pizarra que tenía en el trastero.

—Ni lo harás —susurró Zoe, acercándose disimuladamente a cada uno de los jóvenes que se encontraban en el bar, para que comenzaran a apostar a hurtadillas.

—Si tuviera un chico, tal vez pudiera llevar a cabo alguno de esos entretenidos juegos, pero con una chica todo es distinto, ya que debo dar un buen ejemplo —suspiró Marlon, mientras seguía sirviendo a sus clientes—. ¿Verdad, Zoe? —preguntó, a la espera de la debida respuesta.

—Sí, papá. Lo que tú digas —declaró Zoe con una falsa sonrisa, como había aprendido desde hacía tiempo, para luego simplemente hacer lo que le diera la gana en su bar y con su pizarra.

* * *

Por primera vez en mucho tiempo oí discutir a mis padres. Sólo supe que tenía algo que ver con John cuando el apellido Lowell salió en la conversación. Como el recto Kenneth no podía llegar a alterar a nadie a causa de su comportamiento, seguramente todo se debería a algún escandaloso rumor que rondaba al desvergonzado Lowell al que había comenzado a añorar.

Hacia ya varias semanas desde mi último encuentro con John, las clases comenzarían dentro de poco y cuando el verano finalizase, lo más seguro era que no lo volviese a ver. Él regresaría con su familia y yo me quedaría en este pueblo, al que mis padres habían decidido mudarse para que interpretara un papel en el que no encajaba.

Había tantas cosas que quería preguntarle a John desde la última vez que nos vimos, que no tenía ni idea de por dónde empezar. Aún no sabía cómo había llegado a mi habitación después de acompañarlo al bar de Zoe, ni si el escandaloso sueño que había tenido esa noche era todo debido a mi desvergonzada imaginación o si había algo de verdad en él, como tal vez sus besos o algunas de sus palabras, que me hicieron fantasear con que quizá John era el Lowell más adecuado para mí.

Según mi madre, no debía acercarme demasiado a John. Solamente lo necesario para llamar la atención de Kenneth. El problema era que como John me dijo en su momento, él no era fácil de olvidar, y poco a poco se estaba haciendo un hueco en mi corazón, un corazón que cada vez se alteraba menos ante la presencia del maravilloso Kenneth y se aceleraba más por el desvergonzado John.

Cuando la discusión de mis padres finalizó, fui informada de que esa noche mi castigo se pospondría por unas horas y que podría asistir a la feria de verano que se celebraba en Whiterlande, por supuesto, sólo si me

acompañaba más de una persona a ese evento, entre ellos, cómo no, el respetable Kenneth Lowell. Así que, una vez más, me dejé arrastrar por uno de los descabellados planes de mi madre y me encontré esperando a mis acompañantes dentro de uno de esos apretados vestidos que deseaba quemar.

Sonreí a Kenneth tan falsamente como siempre, en especial al verlo acompañado por la impecable Beverly, que, con una sonrisa igual de falsa que la mía, me aseguraba que yo sobraba en esa ecuación. Pensé que esa noche sería como las demás que había vivido a lo largo de mi vida, quedando de lado en todo momento y siendo la sombra de esa pareja, cuando, mientras mi padre le ofrecía el debido sermón al responsable Kenneth, la cabeza de un deslenguado asomó por una de las ventanillas del coche, reclamando mi presencia haciéndome sonreír al saber que, mientras él estuviera a mi lado, nada saldría como mis aburridos padres habían planeado.

—El toque de queda será a las once de la noche, no quiero que Sarah llegue aquí ni un minuto más tarde de lo acordado y...

—No se preocupe, con quince minutos me basta para pervertirla, ¿verdad, Sarah? —bromeó John desvergonzadamente, haciendo que tuviera que esconder mi rebelde sonrisa de mi imperturbable padre, que después de conocer a John ya no lo era tanto.

—Y haznos un favor a todos, mantén a tu primo alejado de Sarah —gruñó mi padre en voz baja, mientras fulminaba a John con la mirada.

—No se preocupe, usted ignórelo, señor Robinson. Por lo pronto, lo he dejado encerrado en el coche y solamente he bajado un poco las ventanillas. Cuando lleguemos a la feria, me pensaré si lo dejo salir a pasear o no —declaró Kenneth, sorprendiendo a todos con ese cínico humor que muchos desconocíamos en él, algo que me hizo pensar que tal vez no todo lo ocurrido en mi habitación aquella noche formase parte de un sueño.

Después de que mi padre diera su consentimiento a mi salida, no dudé en subir a la parte trasera del coche, junto al desvergonzado Lowell al que tanto había añorado.

—¿A que me has echado de menos, rubita? —me preguntó guiñándome un ojo.

Yo simplemente lo ignoré, mientras me disponía a sentarme a su lado, un

sitio al que todos me habían confinado desde que John llegó al pueblo, pero en el que ya no me importaba estar, aunque en esta ocasión, para mi sorpresa, el lugar que yo debía ocupar fue un motivo de discusión entre los Lowell.

—¿No crees que te sentirías mejor si fueras conmigo delante, Sarah? —sugirió Kenneth, tirando de mí hacia el exterior.

—No, primo. Tú eres aburrido hasta cuando conduces, así que seguramente se quedaría dormida. Déjala conmigo y se divertirá —manifestó John, cogiendo mi mano a la vez que se negaba a dejarme marchar.

—Yo creo que tú sólo la molestarías con tu acoso, así que, para librarla de él, lo mejor será que Sarah se siente a mi lado.

—Claro, para que puedas acosarla tú —señaló John, alzando impertinentemente la ceja.

—Yo nunca haría eso —replicó Kenneth, aunque el sonrojo de su rostro delató que mentía.

Asombrada al ser testigo por primera vez de dos hombres peleándose por mí, no supe cómo reaccionar, aunque para eso estaba allí la perfecta Beverly, a la que le molestó bastante verse ignorada, algo que ella no pensaba permitir.

—Yo me sentaré detrás con Sarah —propuso, apartando a Kenneth a un lado e invitando a John a salir del vehículo. A continuación, se sentó junto a mí con una cara de amargada que no me molestó en absoluto, ya que no podía dejar de lucir en mi rostro una sonrisa llena de satisfacción al ver cómo en un instante se habían invertido las tornas, y yo, a pesar de mis imperfecciones, me convertía en esa mujer a la que los Lowell no podían dejar de perseguir.

Mi sonrisa se amplió cuando los dos primos suspiraron desilusionados. Y, ocupando sus respectivos lugares, comenzamos ese viaje que se hizo más interminable para unos que para otros, sobre todo cuando John encendió la radio y comenzó a graznar como una urraca las baladas de amor que sonaban en ella, dedicándomelas a mí, ya que no dejaba de cambiar la letra para incluir descaradamente mi nombre en cada una de ellas. Para mi sorpresa, su primo decidió imitarlo con una voz bastante más melódica que la de John, pero que nada podía hacer frente a los berridos de su primo.

—Creo que éste será un viaje muy largo —suspiró frustrada Beverly,

mientras se masajeaba las doloridas sienes.

Y yo no pude evitar reírme alegremente de esos dos, deseando por una vez haber sido ignorada... «O tal vez no», pensé, cuando mi nombre volvió a salir a relucir en una nueva canción.

* * *

La feria de Whiterlande se celebraba cerca de un pequeño embarcadero. Había miles de luces, fuegos artificiales, decenas de arriesgadas atracciones para los más atrevidos y otras más sosegadas para los menos valientes, entre las que destacaba una enorme y tranquila noria. También podían apreciarse un montón de tenderetes con distintos juegos que atraían a muchos jóvenes a los que les gustaba demostrar sus habilidades delante de las chicas, compitiendo con los demás chicos para atraer su atención. Pero ninguno de los habitantes de ese pueblo había visto jamás una competencia tan reñida como la que se traían entre manos los Lowell.

A cada paso que daban, corrían hacia un nuevo puesto para determinar quién era el mejor. Si en un principio las personas podían dudar de a cuál de las dos chicas que los acompañaban pretendían, tras un simple vistazo a los brazos de una de ellas, que se hallaban abarrotados de obsequios, podían llegar a la obvia conclusión de que Sarah era la elegida.

—Bueno, creo que no hemos venido aquí para veros competir —declaró una enojada Beverly, tras ver cómo Sarah era agasajada con un nuevo osito de peluche, esta vez procedente de Kenneth, gracias a su gran habilidad a la hora de derribar unas viejas latas con una pelota—. Además, creo que, si seguís cargando a Sarah de peluches, no podrá caminar siquiera —añadió amargamente, envidiando la atención que todos le prestaban a esa niña que, según ella, carecía de cualidad alguna.

—¡A mí no me importa! —anunció feliz Sarah, hundiendo la cara en alguno de los tiernos regalos que había recibido.

—Si quieres te puedo dar esto. Después de todo, se parece a ti, Beverly —dijo John, cuando volvió junto a sus compañeros tras haber ganado un minúsculo llavero con una fea muñeca enfadada como premio de consolación

por su mal resultado tirando las latas.

—¡No, gracias! —negó Beverly, furiosa, mirando con asco la pequeña muñequita. Pero cuando Sarah fue a cogerla, Beverly se la arrebató y se marchó muy enfadada.

—Creo que deberíamos ir a buscarla; puede perderse y... después de todo, no nos hemos portado nada bien con ella...

—No des más excusas, primito, y corre detrás de ella tú, que yo me quedaré aquí para cuidar de Sarah —propuso John, sonriéndole maliciosamente a su decoroso primo, que siempre acabaría portándose como un niño bueno, con sus impecables modales, algo que a él no le importaba olvidar cuando perseguía lo que quería.

Kenneth dudó si marcharse o no y en varias ocasiones, mientras se alejaba, dirigió una mirada de advertencia a su primo, algo que John simplemente ignoró. Cuando al fin Kenneth se perdió entre la multitud, John no desaprovechó la oportunidad y, cogiendo la mano de Sarah, la arrastró en dirección contraria, para escapar de la reprobadora mirada de su primo, que siempre lo perseguía cuando intentaba acercarse a Sarah más de lo aconsejable.

—¡Y ahora, rubita, vamos a divertirnos! —gritó John, mientras Sarah se reía, dejándose guiar hacia otra de las locuras de ese hombre con el que nunca se aburriría.

* * *

—Cuando has dicho que nos divertiríamos, creía que haríamos otra cosa diferente a esto —señalé, viendo que John se preparaba para disparar a unos blancos con una de esas escopetas que siempre estaban trucadas y con las que pocas veces se conseguía dar en la diana.

—Y lo habríamos hecho, pero no has querido dar una vuelta conmigo en una de esas barcas de recreo —respondió John, volviéndose hacia mí.

—¡A saber adónde me habrías llevado si hubiera consentido montarme contigo en una de esas barcas!

—¿No es obvio? A algún oscuro rincón donde hacer algo perverso... —

dijo serio, acercando peligrosamente su rostro hacia mí, para luego añadir tan despreocupado como siempre—. No te preocupes, esos viajes no duran el tiempo suficiente como para que lleguemos a hacer algo realmente divertido.

Tras sus palabras, John apuntó con precisión y dio en cada uno de los blancos que se hallaban ante él sin fallar ninguno. Asombrada, le señalé orgullosamente un enorme peluche, a la espera de que me agasajara con él, pero John me sorprendió exigiendo un premio para sí mismo.

—¿Me podría dar esa escopeta de perdigones? —pidió ante todos, dejando mi mano colgando en el aire y congelando mi sonrisa ante su desconsideración.

—¿Qué pasa? Tú ya tienes muchos regalos... aunque si te deshaces de alguno de ellos tal vez me lo piense —dijo John, molesto, señalando con su mirada algunos de los obsequios que me había entregado Kenneth.

—No, déjalo, ¡yo misma me conseguiré ese peluche! —exclamé. Y acercándome a un tenderete mucho más adecuado para mí, cogí una pistola de agua con la que debía llenar la boca de un payaso hasta hacer estallar el globo que tenía en la cabeza.

Para mi desgracia, mi puntería era pésima y la presión del agua de esa pistola demasiado baja para llegar a ningún lado. John no perdió la oportunidad de reírse de mí y, colocándose a mi lado, encendió uno de esos malditos cigarrillos que yo tanto odiaba, mientras me señalaba lo poco habilidosa que era en esos juegos.

—¡Sí, señora! Eso es destreza, pero ¡no sigas! ¡Para, Sarah! ¡Creo que lo estás ahogando! —manifestó teatralmente entre risas, viendo que lo único que conseguía era mojarme los zapatos.

Como siempre lograba hacer John con sus impertinentes comentarios, el rebelde diablillo que tenía dentro no pudo resistirse a salir a jugar y, mostrando una maliciosa sonrisa, me volví hacia él y le disparé en toda la cara un gran chorro de agua, arruinando su cigarro, su engominado peinado y sus jocosas bromas, que ahora estaban algo pasadas por agua.

—Te juro, Sarah, que cuando te suba a esa barca vas a acabar igual de mojada que yo —me advirtió, y cuando vi ese decidido brillo lleno de determinación en su rostro, no pude hacer otra cosa que soltar un juguétón

gritito, alejándome riendo de él.

Mientras corría alocadamente, sin dejar de mirar hacia atrás para ver cuánto tiempo tardaría John en cogerme, me tropecé con Beverly y me caí de bruces al suelo. Ella, desde su altiva situación, me miró con un enorme oso de peluche entre las manos. Y mientras me sonreía con malicia, me recordó cruelmente lo que todos me habían dicho hasta ese momento y que yo tan pronto había olvidado desde que John se cruzó en mi camino:

—Disfruta por ahora. Después de todo, ¿cuánto tiempo crees que podrá una mujer como tú retener la atención de unos hombres como ellos? —dijo despectiva, mirándome de arriba abajo y desaprobándome por completo.

Me apresuré a levantarme de mi vergonzosa posición y a colocarme en la rígida postura que mi madre siempre me había enseñado que debía mantener una señorita, y en un instante se borró mi sonrisa al recordar lo que todos esperaban de mí.

Hasta que el hombre que nunca me exigía nada apareció a mi lado.

Tras observarnos detenidamente a las dos durante unos segundos, el rostro de John se tornó serio. Luego, sus ojos brillaron llenos de malicia cuando cogió mi mano y comenzó a alejarme de Beverly y de su primo, que se encontraba cerca de nosotros.

—¡Ven! Voy a conseguirte el peluche más enorme que haya en esta feria, para que luego la aplastes con él en el coche. Aunque también podríamos viajar mucho más tranquilos si atamos a mi primo y a esa bruja a la baca del coche. Tú decides...

—No confío demasiado en tu forma de conducir.

—Creo que será lo mejor... después de todo, no tengo carnet —declaró, haciéndome reír con una más de sus absurdas bromas.

Cuando finalmente hallamos el lugar que ofrecía el peluche más grande de la feria, se trataba de uno de esos ridículos puestos en los que se probaba la fuerza y potencia del participante con un irrisorio martillo que debía hacer sonar una campanita al golpear sobre un contrapeso: el típico martillo de fuerza que había en toda feria que se preciara.

Después de observar durante un rato cómo hombres mucho más maduros y corpulentos que John apenas conseguían un mísero llavero o algún premio

similar, quise desistir e intenté alejarlo de ese lugar, donde quedaría en ridículo como todos los demás. Pero John no renunció, estaba dispuesto a conseguir lo que quería, y más aún al ver la satisfecha sonrisa de Kenneth, que le aseguraba que nunca lograría ese propósito, al igual que otros que se había impuesto.

Finalmente, con decisión, John se acercó al hombre que vendía los boletos. Y, tras hacerle bajar el premio deseado para verlo mejor, se atrevió a provocarlo, como siempre hacía con todos, sacando del feriante una irónica sonrisa dirigida hacia el mocoso que lo retaba.

—Señor, si consigo que este chisme llegue a todo lo alto y que esa campana suene, ¿me dará ese premio?

—Por supuesto, así son las reglas —se rio abiertamente el feriante, mirando a John de arriba abajo, como si él no fuera lo bastante fuerte para conseguir tal logro.

—¿A pesar de que lo haga sin ayuda del martillo?

—Chaval, si consigues que se mueva tan sólo un milímetro, con o sin martillo, ya serás digno de mi admiración —se jactó el hombre, tendiéndole el pesado mazo que formaba parte de ese juego.

John se concentró y, ante la expectación de todos, se preparó concienzudamente, calentando sus hombros y brazos, haciendo que más de un testigo se carcajeara de él en el proceso. Cuando al fin su martillo se alzó, preparado para dar el golpe, John se volvió y, con una furiosa mirada, se enfrentó al hombre más corpulento de los que había allí.

—¡Eh, tú! Tu risa me molesta y no puedo concentrarme —declaró, soltando el martillo retadoramente, mientras lo alentaba a ir a por él.

El interpelado no se hizo de rogar y, abriéndose paso entre la multitud, se colocó desafiante frente a John, dispuesto a aceptar su provocación. Pero antes de que la pelea comenzara, John ya lo había hecho caer al pillarlo por sorpresa, propinándole un fuerte empujón.

Mientras me preguntaba con preocupación por qué motivo había decidido John comenzar una pelea, si eso era algo impropio de él, casi me pasó desapercibido el timbre de la campana. Tal como John había prometido, la había hecho sonar sin martillo alguno.

Antes de que el hombre consiguiera levantarse de esa estúpida atracción de feria, y también antes de que el feriante tuviera oportunidad de reaccionar para darse cuenta de que había sido engañado, John anunció ante todos:

—¡La campana ha sonado!

Luego, con gran rapidez, cogió el gigantesco mono de peluche que había hecho descolgar antes, para salir corriendo del lugar.

—¡Corre! —me gritó, mientras me arrastraba detrás de él en una más de sus locuras.

Sin dudarlo, nos alejamos de todos lo más rápidamente posible y en esta ocasión cedí a su petición cuando me señaló una de las barcas de paseo. Sobre todo, porque nos perseguía una pequeña multitud furiosa y ésa era nuestra única vía de escape para alejarnos de ella.

* * *

Kenneth intentaba seguir a su primo, algo que le resultaba imposible, porque tenía que abrirse paso entre una multitud que reclamaba su cabeza. Definitivamente, después de ese día, la feria se había acabado para los Lowell y cualquiera de sus acompañantes.

Mientras perseguía a John, Kenneth se dio cuenta del rumbo que tomaban sus pasos y, tirando una vez más de la reticente Beverly, alquiló una de las barcas de paseo para no perder de vista las impúdicas acciones que pudiera llevar a cabo John.

—Tomaría esto como un gesto romántico, si no supiera que sólo te has subido a este trasto para perseguir a esos dos —señaló Beverly, hastiada, mientras intentaba espantar a los mosquitos que se encontraban a su alrededor, a la vez que observaba cómo Kenneth remaba desesperadamente para alcanzar a su primo y a esa chica que, a pesar de no tener demasiadas cualidades, había acabado llamando su atención.

—Si ayudaras un poco, tal vez podríamos alcanzarlos —se quejó Kenneth, pasándole el par de remos de más que había en la barca.

—¿En serio me estás proponiendo que te ayude a alcanzarlos? Pero ¡¿qué te pasa?! ¡Eres idiota! —gritó finalmente Beverly, perdiendo su fachada de

correcta damisela cuando ese Lowell en concreto acabó con su paciencia y ella decidió que ya no valía la pena ir detrás de un hombre tan ciego como él.

Kenneth, asombrado ante el comportamiento de esa chica que únicamente había tenido amables palabras hasta entonces, se quedó boquiabierto y dejó de remar, mientras escuchaba atentamente cada una de sus palabras, que le hicieron abrir los ojos a lo idiota que había sido siempre.

—¡Sinceramente, me alegro de que Sarah haya elegido al otro Lowell! Y no porque sea competencia para mí, ¡sino porque ninguna chica se merece estar al lado de un hombre tan imbécil que no se da cuenta de cuánto vale hasta que otro pone sus ojos en ella! ¿Es que acaso crees que las mujeres no tenemos otra cosa mejor que hacer que perseguirte hasta que tú decidas fijarte en nosotras? Créeme cuando te digo que yo no lo haría si no fuera por la continua insistencia de mis padres. No me explico cómo ha tenido Sarah la bendita paciencia de seguirte todos los veranos, si a mí únicamente con uno me ha bastado para averiguar lo idiota que eres. ¡Así que haznos un favor a todos y desiste de perseguir a tu primo! ¡Él se la ha ganado! —concluyó Beverly, mientras señalaba la barca con la que John y Sarah se alejaban. A continuación, para dar mayor énfasis sus palabras, arrojó todos los remos de su barca al agua, imposibilitándole a Kenneth seguir a la pareja.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo eres así, Beverly? —preguntó él, asombrado con la otra cara de la siempre sonriente Beverly, que lo había aburrido con sus insulsas charlas durante todo el verano.

—¡Desde siempre, idiota! Solamente que sé ocultarlo muy bien. Como tú —declaró Beverly, señalándolo como uno de esos necios que siempre trataban de aparentar ser lo que no eran.

—Yo... ¡yo no soy así! Mi primo... —respondió nerviosamente Kenneth, mesándose frustrado los cabellos con la mano.

—El rebelde de tu primo siempre será una buena excusa para esconder la verdad. Para Sarah, para ti, para todos... pero él no habría conseguido que asomara esa parte rebelde de nosotros si ésta no hubiera existido previamente. Él sólo es un provocador.

—¿Piensas que irá en serio con Sarah? —preguntó Kenneth, renunciando a la mujer que había perdido por no percatarse antes de su presencia, a pesar

de que ella siempre había estado a su lado.

—No concibo que un hombre como John persiga a una chica como Sarah si sus intenciones no fueran serias.

—Yo creo que comenzaba a sentir algo por Sarah cuando él me la arrebató —confesó Kenneth, intentando desnudar sus confusos sentimientos ante la mujer que lo enfrentaba a la realidad.

—No te engañes, Kenneth, tú no amas a Sarah. Solamente la deseas porque tu primo va detrás de ella.

—¿Y por qué dices algo así? ¡¿Por qué crees conocerme tan bien?! —gritó frustrado Kenneth, lleno de una confusión y unas dudas que hasta entonces no habían formado parte de su organizada vida.

—¿No te parece obvio? Porque si Sarah fuera la persona que tú quieres, nada te detendría en tu afán por alcanzarla —respondió Beverly, mientras señalaba el agua, a la vez que se ponía de pie en aquella inestable embarcación.

—¡Beverly, siéntate o... —dijo Kenneth, alarmado por la precaria posición en la que se encontraba su acompañante—... te caerás! —apuntó, justo antes de ver que los infructuosos intentos de Beverly para espantar a uno de aquellos condenados mosquitos acababan con ella en el agua.

No fue para hacerse pasar por el típico niño bueno de siempre, ni tampoco para aparentar, ya que nadie los observaba. Sin tiempo para pensar en nada, Kenneth acabó lanzándose también junto a Beverly, que, con su corrido maquillaje, su estropeado peinado y escupiendo agua, lo miraba declarándolo culpable de todas sus desgracias por haberla subido a esa embarcación.

Kenneth halló ante él a una mujer alejada de su acostumbrada apariencia perfecta y no pudo evitar observarla con más atención. Así que, evitando cometer dos veces el mismo error y ser igual de necio en esta ocasión, nadó hacia ella para apresarla entre sus brazos.

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo? —gritó Beverly con voz chillona, mientras su rostro se sonrojaba por la proximidad de sus cuerpos, mostrando que no era tan indiferente a él como aseguraba.

—¿A ti qué te parece? Fijarme bien en lo que tengo delante —dijo

Kenneth, a la vez que le dedicaba una de las lascivas miradas que su primo solía usar—. Creo que he aprendido la lección que todos queríais darme y ahora no pienso dejar escapar tan fácilmente a la mujer que he comenzado a ver de verdad —declaró, antes de arrebatarle un beso a esa chica que, a pesar de derretirse entre sus brazos, no tardó demasiado en separarse furiosamente de él.

—¡Yo nunca seré el segundo plato de nadie! —exclamó Beverly airada mientras intentaba alejarse de él lo más digna y rápidamente posible.

Para su desgracia, no era demasiado buena en natación y acabó utilizando un espantoso estilo perrito, lo que hizo a Kenneth sonreír mientras nadaba despacio tras ella y pensaba que ya comprendía por qué le gustaba tanto a su primo jugar: definitivamente, con algunas mujeres era algo digno de probar.

CAPÍTULO 9

—En serio, tu forma de remar es pésima, ¡estamos totalmente empapados! — se quejó Sarah, despegando las mojadas ropas de su cuerpo, cuando llegaron a un viejo embarcadero donde nadie los buscaría—. Y, además, no creo que ésta fuera la dirección que te estaba indicando el hombre que tomaras cuando has pagado para alquilar esta embarcación, ya que lo he oído maldecirte mientras nos alejábamos.

—Perdona, rubita, pero no me he parado a pensar demasiado. Cuando esa multitud furiosa ha empezado a perseguirnos, simplemente he decidido correr hacia un lugar más seguro.

—Multitud que no habría comenzado a seguirnos si no fuera por ti. ¿Y se puede saber por qué has tirado al agua todos los peluches que me ha regalado tu primo?

—Teníamos que deshacernos de algo de peso para ir más rápido — respondió John, con una maliciosa sonrisa al recordar lo placentero que había sido librarse de los presentes con los que Kenneth había pretendido agasajar a Sarah. Qué pena que no fuera igual de fácil deshacerse de su molesto familiar.

—¿En serio? —preguntó con escepticismo Sarah, mientras dirigía a John una de sus reprobadoras miradas.

—Bueno, rubita, ahora lo importante es secarnos la ropa y marcharnos de aquí antes de que finalice el severo toque de queda de tu padre y éste decida salir a buscarnos para reclamar mi pellejo —indicó John, adentrándose en el terreno y comenzando a preparar una pequeña fogata.

—¿Y por qué no el de Kenneth? —preguntó Sarah, alzando impertinentemente una ceja mientras se acercaba al calor de la pequeña llama que apenas era suficiente para hacerla entrar en calor.

—Porque Kenneth nunca haría cosas divertidas contigo —bromeó John, para no tardar en musitar en voz baja—, aunque el muy condenado está aprendiendo...

—Entonces, tal vez lo mejor sería volver a la feria y... —propuso Sarah, caminando hacia la embarcación.

—No te preocupes, ¡soy un hombre de recursos! —manifestó John, perdiéndose un instante entre los arbustos, para sacar de entre ellos su motocicleta.

Tras abrir una enorme caja que llevaba atada a la parte trasera, sacó una manta. Cobijándose bajo ella, extendió sus brazos hacia Sarah, tentándola a acudir junto a él. Sarah supo que, como siempre, podía alejarse y poner distancia entre ellos. Que John, a pesar de ser sincero en sus deshonestas intenciones, solamente bromearía para luego dejarla marchar cuando ella tuviera demasiado miedo de dar ese paso hacia él, un paso que haría que su corazón terminara de decidirse.

Sarah tenía muy bien aprendido lo que debía hacer, lo que era más adecuado para llevar esa vida decente con la que sus padres siempre la atosigaban. Pero la tentación de los brazos de John y el miedo a olvidarlo, ya que muy pronto sus caminos se separarían, le impidieron alejarse nuevamente. Y, ante el asombro de ese sinvergüenza, Sarah corrió hacia él, reclamando no sólo un lugar debajo de la manta, sino también en el corazón de ese hombre, para que nunca la olvidara.

—¿Sabes lo que estás haciendo, rubita? —preguntó seriamente John, mirando con sus profundos ojos azules a la mujer a la que nunca podría dejar marchar. Y menos a partir de entonces, que sus brazos habían elegido el calor de su cuerpo.

—No, pero no me importa. Lo único que sé es que dentro de unas semanas finalizará el verano, que tú te alejarás de este pueblo dejándome en él, y que por nada del mundo quiero olvidar al único hombre capaz de valorar a la verdadera Sarah. Y ya que tal vez nuestros caminos no vuelvan a

cruzarse nunca, no quiero preguntarme mañana cómo habría sido estar entre los pecaminosos brazos del único hombre que me conoce de verdad.

Tras estas palabras, John intentó hablar, sacar a Sarah de ese error en el que había caído al pensar que su historia duraría apenas un simple verano, pero los cálidos y seductores brazos que lo atrajeron hacia ella, y los labios que buscaron su boca, fueron demasiado tentadores como para comportarse como el chico bueno que nunca había aprendido a ser, y finalmente se olvidó de todo lo que no fuera grabar su nombre en el cuerpo de la mujer que amaba, para que cuando Sarah descubriera su engaño, éste ya no importara demasiado.

* * *

Decidida a no olvidarme jamás de ese hombre que me volvía loca, me arrojé a sus brazos y silencié sus labios intentando mostrarle la misma pasión que en una ocasión él me había enseñado. Mi mente había dejado atrás todas las excusas y razones por las que no debía ceder a estar con John.

Debajo de la manta, él me atrajo hacia su cuerpo. Y cuando nuestras ropas mojadas se nos pegaron al cuerpo, noté cuán intenso era su deseo. Sus labios me exigieron más de lo que yo en mi inocencia le estaba ofreciendo con mis tímidos besos que apenas llegaban a igualar su pasión.

Su lengua arrolló mi boca y exigió a la mía una respuesta igual de intensa, y yo me dejé llevar mientras me abandonaba a la dulzura de sus besos. Cuando sus dientes mordieron juguetones mis labios, de mi boca escapó un gemido de goce. En ese momento, John sonrió maliciosamente antes de susurrarme al oído una de sus provocadoras proposiciones que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera de placer y anticipación.

—Voy a ayudarte a entrar en calor secando tu mojado cuerpo, y para ello no tendré más remedio que lamer cada una de las gotas de agua que haya sobre tu piel.

John no tardó en cumplir sus palabras y su lengua comenzó a lamer lentamente mi cuello, mientras sus hábiles manos comenzaban a deshacerse de mi ropa mojada. Yo no pude evitar caer en la tentación de tocarlo para

recordar con el tacto de mis manos el cuerpo del hombre al que tal vez mañana ya no volvería a ver.

Recorriendo su fuerte pecho despacio con mis manos, alcé la empapada camiseta que me alejaba de su calor. John, ofreciéndome una más de sus juguetonas sonrisas, no tardó en deshacerse de la mojada prenda para arrojarla despreocupadamente a un lado. La manta que nos envolvía cayó al suelo, pero ya nada me importaba, nada que no fuera rendirme al atrayente hombre que tanto me había perseguido durante todo el verano.

Cuando John me miró con sus intensos ojos azules, mi corazón dio un vuelco entre extasiado por los momentos que estaban por venir, y dolorido, porque ésos fueran los únicos que el destino nos permitiría compartir, ya que muy pronto nuestros caminos se separarían.

Mientras se deshacía de los tirantes de mi vestido para dejarlo caer por mi cuerpo hasta el suelo, temblé llena de deseo e impaciencia. Él acarició lentamente mi rostro con la mano, haciendo que por primera vez viera al verdadero John, al que escondía sus serias intenciones tras las bromas, los juegos y las desvergonzadas insinuaciones.

—No quiero que te olvides de mí después de esta noche, ni que me expulses de tu vida solamente porque todos digan que soy inapropiado, porque yo sé que en realidad soy el único hombre adecuado para ti.

Sus palabras me hicieron recordar todo lo que los demás me exigían ser, convirtiéndome en una mera espectadora de mi propia vida, y lo poco que él me había pedido desde que nos conocimos.

Con un poco de dificultad y algo de vergüenza, me desprendí de mi odiosa ropa interior, desnudándome por completo ante el único hombre que quería que me conociera totalmente.

Las palabras acerca de lo mucho que me gustaba o de lo mucho que le importaba a mi corazón se resistían a salir de mi boca. Y más aún sabiendo que muy pronto nos separaríamos. Y antes de que mis dubitativos labios se atrevieran a decir algo más, John alzó mi rostro hacia él y, tras besarme como únicamente él sabía hacer, me hizo una promesa que yo estuve segura de que cumpliría.

—Ni una palabra más, esta noche es sólo nuestra. Voy a hacer que tu piel

arda con cada una de mis caricias, para que nunca puedas olvidarte de mí en las frías noches en las que estemos separados.

Cogiéndome con sus fuertes brazos, me llevó hasta la manta extendida sobre el suelo. Y dejándome sobre ella, recorrió mi cuerpo con una ávida mirada. Sonrió ante mi avergonzado intento de ocultar con los brazos mis desnudos senos de sus atrayentes ojos azules, y mientras se desvestía despreocupadamente, alzó una ceja retándome a que me atreviera a exponerme de nuevo a él.

Y al igual que con cada uno de los retos que me había lanzado ese verano, no dudé en aceptar.

Cuando nuestros cuerpos se hallaron al fin libres de las barreras de la ropa, él se acercó a mí para cumplir cada una de las maliciosas proposiciones que me había hecho en alguna ocasión cuando yo lo rechazaba.

Sin concederme tiempo siquiera para que pudiera considerar que lo que estábamos haciendo tal vez era una locura, John besó mis labios de nuevo, haciendo que mi cuerpo se encendiera. Sus manos descendieron lentamente por mi espalda, mientras me animaba a tumbarme, acariciándome y despertando en mí un deseo que yo desconocía hasta entonces.

Con una mano mimó mis excitados pezones con leves caricias que me hicieron gemir. Su boca pronto abandonó mis labios para dejar un camino de besos que descendía por todo mi cuerpo y, tal como me susurró al oído, su lengua recorrió cada uno de mis rincones, calentando mi piel.

John se dedicó a mis turgentes pechos, y las caricias de su lengua provocaron que me arqueara casi sin querer hacia él cuando sus dientes jugaron cruelmente con mis pezones, mientras sus manos descendían hacia los lugares más íntimos de mi ser.

En el instante en que uno de sus dedos se hundió en mi interior, no pude evitar gritar su nombre. Sus manos comenzaron a marcar un apasionado ritmo sobre mi insatisfecho cuerpo, que buscaba el deleite de la pasión. Mis caderas se movieron por sí solas cuando otro de sus exigentes dedos se introdujo en mí, mientras no dejaba de acariciar mi clítoris. Pero John estaba dispuesto a torturarme y a cumplir cada una de sus palabras, así que, cesando sus caricias, descendió lentamente por mi cuerpo, haciéndome arder con su

boca.

Cuando llegó a la zona que más reclamaba su atención, yo cerré las piernas, avergonzada, pero él separó mis muslos con delicadeza y, sonriéndome ladinamente, comenzó a utilizar su lengua, haciéndome gritar y gemir desesperada con cada uno de los roces que le dedicaba a mi clítoris. En el momento en que uno de sus atrevidos dedos volvió a hundirse en mi interior, alcé las caderas hacia él y me agarré con fuerza a sus cabellos, mientras cedía al éxtasis.

John se apartó de mí con una sonrisa de satisfacción y, desnudo, corrió hacia la abandonada caja, de donde sacó un preservativo que colocó apresuradamente en su erecto miembro con alguna que otra maldición llena de impaciencia que me hizo sonreír. En el momento en que volvió a mi lado, besó otra vez mis labios, haciendo que dejara a un lado mis miedos y mis dudas, y sólo cuando me retorció de nuevo de deseo entre sus brazos, él se introdujo en mí, haciéndome gritar ante el dolor de la primera vez y el placer que sólo él podía regalarme.

Al principio, John se movió despacio y con cautela, pero muy pronto mis caderas se alzaron reclamando más y mis uñas se clavaron en sus hombros exigiendo el placer que podía darme. El ritmo de sus embestidas aumentó, igual que la ferocidad de éstas cuando le susurré al oído cuán pecaminosa quería ser con él.

Finalmente, ambos nos rendimos al éxtasis, llegando a la vez a la cumbre del placer mientras gritábamos nuestros nombres, dispuestos a no olvidarnos jamás del final de ese verano y tal vez de nuestra historia de amor.

* * *

—Definitivamente, lo de ser un niño bueno no se me da demasiado bien —le susurré a la adormilada Sarah, que descansaba desnuda entre mis brazos, mientras pensaba que antes de que ocurriera nada entre nosotros debería haberle contado la verdad.

Yo sabía que Sarah se había arrojado a mis brazos solamente porque creía que ése sería nuestro último día juntos, que después de ese verano yo me

alejara de Whiterlande para volver a mi hogar, dejándola sola.

Las niñas buenas como Sarah nunca actuaban tan alocadamente como había hecho ella esa noche, nunca se dejaban arrastrar por personas como yo. Tal vez por eso no pude resistirme a tentarla hasta que su fachada desapareció y ella se lanzó de lleno a aquella apasionada locura.

Sarah me había aceptado esa noche únicamente porque creía que no volvería a verme, y yo quería que me eligiera no sólo para una noche, sino para toda la vida, algo difícil de obtener de los labios de una reticente damita como ella, y lo sería más aún cuando descubriera mi engaño y viera que nuestros caminos no se separarían todavía.

Para comprobar si nuestras ropas se habían secado un poco, me alejé y a continuación me vestí para que la inocente Sarah no se avergonzara cuando comprendiera que mi deseo por ella, a pesar de la noche de la que habíamos disfrutado, no había disminuido en absoluto.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —preguntó Sarah, mirando cómo preparaba mi motocicleta para volver a casa.

—¿Escapar del perro guardián de mi primo? ¡Sin duda! Era algo que tenía en mente desde que me subí a su coche —respondí despreocupadamente, dándole la espalda para concederle tiempo para que tapara su desnudez—. Pero lo que ha ocurrido entre nosotros... de ningún modo creí que llegaría a suceder. Y menos aún cuando tú todavía tienes tan presente en tu vida a mi virtuoso primito... —añadí un tanto molesto. Y, esperanzado con que negara mis palabras, me volví hacia ella. Pero Sarah no las negó, sino que, acercándose a mí, tan rígidamente vestida como siempre le imponían sus padres, me preguntó:

—¿Te arrepientes de esta noche?

—No —negué, mientras cubría sus fríos hombros con el calor de mi chaqueta de cuero—. Pero la pregunta aquí es si tú te arrepentirás mañana de lo que ha ocurrido hoy entre nosotros.

—No —contestó tan firmemente como yo, haciéndome sonreír por unos instantes. Hasta que recordé que, tal vez, cuando se enterara de que yo no me marcharía de Whiterlande, su respuesta cambiaría por completo.

—¿Estás seguro de que no tenías planeado lo que ha ocurrido esta noche?

—insistió Sarah, confusa, cuando, tras devolverme la manta, pudo echar un vistazo a lo que había en el interior de mi caja.

—No, no lo tenía planeado. Aunque siempre tuve esperanzas...

—Demasiadas, diría yo... —comentó Sarah, mientras señalaba con un gesto el gran surtido de preservativos que tenía en mi caja.

—¡Oh, Sarah! Si tan sólo tuviéramos tiempo... —manifesté, queriendo mostrarle a mi rubita cuán intenso podía ser mi deseo—. Pero por hoy el tiempo se nos ha acabado. ¿Quizá en la próxima ocasión? —dije atrevidamente, mostrando en mi reloj que el toque de queda impuesto por su padre llegaría a su fin dentro de poco, resistiéndome a que ese ardoroso encuentro fuera el único que hubiera entre Sarah y yo.

—Quizá... —declaró ella apocada, antes de subirse en la moto detrás de mí y apretar con demasiado ímpetu su cuerpo contra el mío, como si no quisiera dejarme ir jamás.

Fue entonces cuando comprendí que, si no le decía que me quedaría junto a ella, tal vez cuando volviéramos a encontrarnos lo que sintiera Sarah hacia mí no fuera enfado por mi silencio, sino dolor por mis mentiras. Pero el ruido de mi motocicleta acalló mis palabras y, cuando llegué a casa de Sarah, éstas fueron silenciadas por otro gran obstáculo que se interponía en mi camino si quería conseguir a la mujer de la que me había enamorado.

* * *

Tom Robinson, como cualquier padre preocupado, recorría el mismo camino una y otra vez frente a la puerta de su casa. A pesar de que su hija nunca incurriría en el pecado de enamorarse de un hombre tan inadecuado como John Lowell, siempre cabía la posibilidad de que su curiosidad adolescente la llevara a sucumbir a los encantos de ese embaucador. Menos mal que la presencia del siempre recto Kenneth limitaba los pasos que ese atrevido joven podía dar hacia su hija.

No obstante, había algo en esa salida que lo preocupaba, ya que por más que su mujer se empeñara en decir que ese supuesto noviazgo solamente era una treta de mujeres, cuando él miraba a ese rebelde de John Lowell veía que

sus ojos no se apartaban de su hija, y que bajo sus absurdas bromas se ocultaba la firme decisión de conseguirla.

El retraso en la hora de llegada de Sarah, junto con lo inapropiado de la compañía en la que podía acabar, eran motivos suficientes para que Tom repitiera sus mismos intranquilos pasos frente a la casa una y otra vez. Pasos que se inquietaron más cuando percibió el sonido del vehículo que se acercaba a su hogar.

Tras oír el espantoso estruendo de una motocicleta, Tom vio que su hija llegaba inapropiadamente subida en ella, sosteniendo un gigantesco peluche y agarrada a un irresponsable muchacho que sólo sabía sonreír como un idiota, mientras retenía las manos de su hija junto a él como si nada en el mundo importara más que ella.

Pero la vida era bien distinta y no todo era alegría y diversión.

Para convertirse en adulto había reglas que cumplir, caminos que seguir y normas que acatar, y si John Lowell no había aprendido aún cómo era la sociedad, a él no le importaría nada mostrarle la realidad. Y más aún si con ello conseguía alejarlo de su preciada hija.

—Sarah, llegas diez minutos tarde, en un vehículo que dista mucho de ser seguro y en la compañía del Lowell más inadecuado. No creo que deba señalarte que estás castigada... —decretó gravemente Tom, mientras veía como su hija bajaba rápidamente de la moto, para, ante sus serias palabras, borrar de su rostro su rebelde sonrisa y sustituirla por el gesto de la recta joven que siempre acataba sus indicaciones.

—Sí, papá —replicó Sarah seriamente, escondiendo su rostro tras un enorme y horrendo peluche de un mono ataviado con una cazadora y unas gafas de sol, que hizo gruñir a Tom ante el parecido que éste guardaba con el chico que pretendía a Sarah.

—A pesar de que seamos amigos de los Lowell, no creo que debas aceptar regalos de jóvenes a los que apenas conoces... —señaló Tom, intentando deshacerse de ese espantoso presente.

—Pero papá...—se quejó Sarah, sin querer desprenderse de su regalo. Y rebelándose por primera vez contra su padre, lo mantuvo fuertemente junto a ella, resistiéndose a dejarlo marchar.

—Creo que mis palabras han sido bastante claras la primera vez, Sarah: ¡deshazte de eso en este mismo instante!

—¡No! —gritó ella reticente haciéndolo enfurecer, porque su rebelde gesto tan sólo podía significar que su hija finalmente se estaba encariñando con ese joven más de lo conveniente.

—Sarah... —la reprendió de nuevo Tom, decidido a hacerla entrar en razón.

Y antes de que ella le diera una nueva y preocupante contestación y de que sus nervios terminaran de crispase, para su asombro ante tanta desvergüenza, John se entrometió en la discusión:

—¡Eh, Sarah! Tienes que devolvérmelo, ¿o acaso creías que lo había ganado para ti? —dijo John, guiñándole un ojo, tras lo que añadió en voz baja, antes de que desapareciera en el interior de su casa—: No te preocupes, cuidaré muy bien de él.

Luego, John abrazó al peluche tan fuerte como nunca le estaría permitido abrazar a Sarah.

—No quiero que te acerques a mi hija. No sé a lo que estarás jugando, pero ella no es para ti —anunció seriamente Tom, una vez que su hija se halló en la seguridad de su hogar.

—¿Y si no es un juego? —interpeló John, luciendo en su rostro una seriedad de la que siempre carecía ante todos.

—Peor me lo pones, porque tú nunca serás adecuado para ella.

—Entiendo. ¿Y qué tengo que hacer para ser el hombre que la merezca?

—¿Quieres que te haga una lista? —preguntó sarcásticamente Tom, mientras le dirigía una despectiva mirada al joven que estaba frente a él.

—Claro, ¿por qué no? —repuso provocativo John, aceptando el reto que le planteaba ese hombre.

—De acuerdo, en ese caso sólo necesitas ser respetable, tener un trabajo prometedor y una casa donde establecer un hogar. Eso es lo mínimo que debería tener cualquier hombre que pretenda formar una familia. Pero tú todavía eres demasiado joven como para pensar en ello, así que mejor olvídate de esta conversación y disfruta de tu vida tan despreocupadamente como hasta ahora. Pero hazme un favor, ¡hazlo lejos de mi hija! —dijo Tom,

dejando atrás a aquel alocado joven.

—Aún no tengo claro lo que quiero hacer en mi vida, pero lo único que sé es que quiero a Sarah en ella, así que conseguiré todo lo que me haría digno de ella, según usted. Sólo le pido que no me aleje de su lado —suplicó John, mientras se mesaba nerviosamente los cabellos.

—Entre Sarah y tú ya hay una gran distancia de la que no parece haberte percatado. Que yo me meta en medio simplemente hará que te des cuenta de ello antes —finalizó Tom, antes de adentrarse en su hogar con gran determinación.

—¡Mierda! ¿Por qué están todos tan empeñados en decidir por mí? —maldijo John, quien, más resuelto que nunca a que aquella mujer no lo olvidara, trepó por uno de los árboles que rodeaban la casa en busca de la habitación de su rebelde Sarah, rezando para que nadie lo viera y para no resbalarse en su escalada, que era bastante dificultosa debido a su carga adicional.

—¡Eh, chaval! ¿No te ha prohibido el señor Robinson que te acerques a su hija? —inquirió una de las vecinas de los Robinson, una mujer próxima a los cuarenta años, que, ataviada con modernas y holgadas ropas, disfrutaba de un cigarrillo desde el porche de su hogar, mientras contemplaba la precaria subida de ese joven hacia la habitación de Sarah como un mero entretenimiento.

—Sí, pero no ha dicho nada de mi mono —bromeó John, alzando su regalo, logrando que la mujer que lo observaba se riera ante sus rebeldes actos y volviera al interior de su casa como si sus ojos no hubieran contemplado las locuras a las que podía llegar un joven enamorado.

Por desgracia, la incursión de John se topó con un padre demasiado celoso, que no tardó demasiado en hacer desaparecer de la casa tanto al joven rebelde que pretendía a su hija como a su estúpido mono de peluche, que fue arrojado violentamente hacia el exterior, en cuanto asomó su enorme cabeza por la ventana. Sin duda, el señor Robinson quería mostrarle a John de lo que era capaz si se atrevía a intentar aparecer en esa habitación en la que su presencia estaba estrictamente prohibida.

Al fin, John volvió a casa con la única compañía de un premio de

consolación que nada haría por calentar su fría y solitaria noche, en la que, una vez más, alguien le había prohibido alcanzar algo que estaba más que dispuesto a obtener.

La pega de ese nuevo juego era que la apuesta subía a cada instante que pasaba en compañía de esa mujer y el precio en esa partida era el más alto que nunca había tenido que poner: su corazón. Si Sarah aceptaba o no quedarse con él era algo que todavía tenía que descubrir, porque, aunque le hubiera entregado su cuerpo, John aún no sentía que su corazón estuviera con él.

Y de este modo transcurrían los días, subiendo las apuestas en ese alocado juego en el que John no se daba por vencido para conseguir a la única chica que le había interesado tanto como para arriesgarlo todo a una única carta, la del amor.

CAPÍTULO 10

Cuando comencé las clases en el instituto de Whiterlande creía que sería una experiencia solitaria y traumática, ya que había dejado atrás a todos mis amigos únicamente para seguir el camino que me señalaban mis padres. Por suerte, en ese lugar volví a coincidir con Penélope, una apreciada amiga de mi infancia. Ella siempre había aparentado ser una niña buena y callada, que me seguía silenciosamente en todas mis trastadas, para luego convertirse en un diablillo tan malicioso como yo cuando hacía falta. Cuando niña, lamenté mucho separarme de ella debido a que sus padres decidieron mudarse a otra ciudad, pero ahora el destino había resuelto que nos reuniéramos de nuevo.

En el instante en que Penélope y yo volvimos a encontrarnos, el tiempo pareció no haber pasado, y los cinco años que habíamos permanecido separadas fueron para nosotras un período lleno de noticias y anécdotas que nos apresuramos a relatarnos.

Penélope me contó cómo su madre, tras quedar viuda, había decidido volver a vivir en ese apacible pueblo, mientras que yo, por mi parte, le relaté la estúpida idea de mi madre de lanzarme una y otra vez en el camino de un joven que apenas se daba cuenta de que existía. Luego le hablé del salvaje chico que había conocido ese verano y al que ya no volvería a ver, y ella me describió, emocionada, cómo era su novio Mayson, del que estaba profundamente enamorada.

A pesar de que Penélope y yo éramos distintas físicamente, ya que ella, con sus hermosos ojos azules, su lacia melena morena y su delicado cuerpo cumpliría sin dudar los estándares impuestos por mi madre, en cuanto a

carácter éramos muy parecidas, en especial cuando el diablillo que llevábamos dentro pugnaba por salir.

En ella encontré una inestimable aliada cuando sus suspicaces ojos hicieron que me percatara de las miradas de Kenneth en el instituto, que de vez en cuando se dirigían hacia mí, obligándome a reconocer que la atrevida proposición que John me había hecho al principio del verano estaba cumpliendo su objetivo y había conseguido lo que yo nunca logré en todos esos años: atraer su atención.

Lo preocupante ahora era que ya no me importaba tanto despertar el interés de Kenneth, y que cada vez que se cruzaban nuestras miradas no podía evitar recordar a otro Lowell, así como su afirmación de que él era el único que me había visto de verdad.

Uno de esos días en los que mis padres me atosigaban para que incordiará a Kenneth con una nueva invitación a cenar, me acerqué a su clase. Y mientras esperaba tranquilamente detrás de mi carpeta a que él me dedicara algo de su tiempo, no pude dejar de fisgonear con curiosidad en la conversación que estaba manteniendo con uno de sus profesores, sobre todo porque el nombre del más rebelde de los Lowell salió a relucir en ella.

—Kenneth, ya llevamos cerca de dos semanas de curso y tu primo John todavía no ha hecho acto de presencia. Me parece bastante cuestionable su inusual enfermedad, así que diles a tus padres que quiero hablar con ellos. Y, de paso, entrégale estas tareas para que se ponga al día con los demás —dijo el profesor de Kenneth, visiblemente molesto por el comportamiento de uno de sus alumnos.

Tras escuchar las palabras del profesor, mis pies se movieron solos, pese al intento de Penélope de retenerme a su lado, y no tardé en colocarme lo más cerca posible de ellos y de su charla privada. Mientras los escuchaba descaradamente, quise creer que Kenneth tenía otro primo llamado John en ese pueblo o que tal vez ese profesor se había equivocado de persona, porque la otra opción era que John había jugado conmigo durante todo el verano y, mientras yo me había torturado al final del mismo con la idea de alejarme para siempre del hombre que comenzaba a gustarme, él, por su parte, solamente se había reído de mí sabiendo que eso no ocurriría.

—Hablaré con mis padres, señor Jenkins, e intentaré cumplir con su encargo, pero no le prometo nada: la última vez, John se fumó sus deberes. Literalmente. Y mejor no le cuento para qué usó los de la semana anterior, cuando el papel higiénico se le terminó en el baño...

Tras escuchar la contestación de Kenneth, no albergué ninguna duda: el individuo al que se referían era ese rebelde que siempre se comportaría de una manera inadecuada ante todos.

—Ese chico no tiene remedio —suspiró frustrado el abnegado maestro—. ¡Y pensar que en la prueba de admisión sacó la mejor nota! Tu primo posee un gran cerebro, pero se niega a utilizarlo. O, al menos, a usarlo para algo de provecho —puntualizó el señor Jenkins, recordando algunas de las hazañas que John había llevado a cabo ese verano, que habían corrido como la pólvora en ese pequeño y curioso pueblo—. Si tan sólo alguno de vosotros pudierais hacerlo entrar en razón, hacer que os escuche y convencerlo de que, por lo menos, finalice sus estudios...

—No creo que yo sea el más adecuado para ello, señor Jenkins. Cada vez que mi primo me ve, huye de mí. Incluso, en más de una ocasión, ha llegado a saltar por la ventana solamente para evitarme, tanto a mí como mis sermones —repuso Kenneth, igual de frustrado que su profesor.

Y, antes de que pudiera evitarlo, unas impulsivas palabras salieron de mi boca cuando esos dos sujetos daban por imposible a John.

—¡Yo lo haré! A mí me escuchará —intervine con decisión, arrebatándole con brusquedad las tareas a Kenneth, mientras pensaba en lo mucho que tenía que decirle a ese canalla que se había atrevido a jugar conmigo.

—¿Y por qué cree que ese chico la escuchará a usted, jovencita? —inquirió el profesor, colocándose las gafas en su lugar y cuestionando mis palabras.

—Porque no hay piedra debajo de la cual esa alimaña pueda esconderse de mí —respondí con una fría y falsa sonrisa, tan perfecta como las que mi madre me había enseñado a mostrar, mientras arrugaba amenazadora las tareas de John en mis manos, antes de alejarme en busca de un gusano al que, definitivamente, iba a aplastar.

—No se preocupe, señor Jenkins, si hay alguien que puede conseguir que John entre en razón, sin ninguna duda, es Sarah —oí a mis espaldas, dándome fuerzas para continuar mi camino.

—¿Y se puede saber quién es Sarah? —preguntó el maestro, confuso ante la rotunda afirmación de Kenneth.

—Es la novia de John —anunció Kenneth, mostrándome que había más de una cuestión que tenía que resolver con ese despreciable sujeto, y la primera de ellas era dejarle bien claro que nuestro acuerdo había terminado.

* * *

Una vez más, esa mañana había recibido una llamada telefónica de mi padre en la que me explicaba lo que esperaba de mí, lo que debía hacer ese año mientras me encontrase lejos de casa y, cómo no, me recordó el planificado futuro que me aguardaba una vez que regresara a mi hogar.

Esa conversación me había animado a huir otra vez de mis responsabilidades y a esconderme detrás de mi rebelde comportamiento, que no me llevaba a nada. Tras salir de casa de mis tíos, me dirigí nuevamente a un garito de apuestas, donde le saqué el mejor partido posible a la mesa de billar.

Aunque ese día no fue todo lo bueno que podía haber sido, ya que mi mente divagaba sobre lo que quería hacer con mi vida, algo que no tenía para nada claro. Pero sí que estaba muy seguro, sin embargo, de lo que no deseaba: por nada del mundo quería seguir los pasos de mi padre y llegar a ser como él. Yo no ambicionaba una vida monótona, con un trabajo en el que no llegaría a nada y casado con una mujer adecuada y perfecta a la que no podría evitar serle infiel, simplemente porque no la deseaba.

Esa pasión que mi padre siempre buscaba fuera, yo anhelaba tenerla también, pero dentro de mi hogar. Y algo que me preguntaba con gran frecuencia era por qué motivo los que me rodeaban no podían dejar que viviera mi vida como me diera la gana, que mis equivocaciones fueran más y no de otros y que, como cualquier persona, aprendiera de mis errores por mí mismo y no por las advertencias que me hacían los demás.

Sin proponérmelo, conduje mi motocicleta hasta la orilla del embarcadero donde había conseguido lo que más ansiaba en este mundo, aunque sólo fuera por unos momentos. Y, tras tumbarme en el césped, recordé cada una de las caricias de Sarah sin poder evitar querer más, algo que me sería muy difícil conseguir cuando mi rebelde rubita se enterara de que yo aún seguía en Whiterlande.

Mientras rememoraba todo lo que había hecho en ese lugar y añadía alguna que otra indecente fantasía en mi imaginación, el sonido de un coche interrumpió mi momento de relax. Al alzar la vista, vi acercarse hacia mí el vehículo de mi persistente primo, un Mercury Cougar, un gran deportivo de cinco puertas y de marcadas líneas europeas, que, junto con el monótono tono marrón oscuro de la carrocería, lo convertían en un coche bastante aburrido, a imagen y semejanza de su propietario. Ese irritante vehículo no había dejado de perseguirme durante todo el verano y, cuando daba conmigo, su dueño no dudaba en reprenderme una y otra vez por mi inadecuado comportamiento.

Me sentí tentado de alejarme de él en mi moto, mientras le mostraba mi trasero, pero cambié de opinión cuando una airada rubita bajó de ese coche y se dirigió furiosa hacia mí.

No tardé en abandonar mi relajada posición y levantarme del suelo. Sobre todo, por si a Sarah se le ocurría darme alguna patada o saltar sobre mí, como hizo en una ocasión encima de uno de sus odiosos vestidos.

—¿Tú también has venido a regañarme? —pregunté molesto, cuando vi más apuntes de ese insistente profesor en sus manos.

—No, yo he venido a llevarte a tu clase. Y, créeme, ¡estaré encantada de hacerlo a patadas! —amenazó Sarah, soltando violentamente los apuntes sobre mi pecho y confirmándome con su afirmación que había hecho bien en levantarme y alejarme de sus furiosos piececillos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué armas vas a utilizar para conseguir semejante propósito? —me burlé, mientras alzaba una ceja para provocarla.

—No lo sé, yo no soy como tú: yo no miento, engaño o chantajeo para conseguir lo que quiero.

—¿Estás segura de eso? —repliqué, señalándole a mi primo, que permanecía alejado de nosotros, admirando nuestra disputa mientras se

apoyaba despreocupadamente en su coche con una sonrisa llena de satisfacción.

A pesar de que su presencia me molestaba, en ese momento me venía de perlas para recordarle a Sarah las veces que ella había mentido pretendiendo ser otra persona, únicamente para llamar la atención de un hombre bastante idiota.

Pero mi perfecta argumentación se derrumbó cuando la escuché susurrar apenada:

—Yo nunca le he hecho daño a nadie con mis mentiras.

Tras oír estas palabras, no pude evitar cerrar los ojos y, frustrado ante lo que ella tal vez nunca comprendería y yo no sabía cómo explicar, intenté abrirle mi corazón. Qué pena que Sarah sólo quisiera pisotearlo...

—Te deseaba, te quería demasiado como para estropear ese hermoso momento en que te rendiste a mis brazos. Algo que únicamente hiciste, por cierto, porque creías que no me volverías a ver jamás —señalé acusador, molesto con ella—. Pero pensaba decirte que no me marcharía de Whiterlande.

—Si no te hubiera vuelto a ver, habrías quedado en mis recuerdos como ese hombre al que nunca podría olvidar. Pero ¿sabes una cosa? Me alegro de que no sea así, ¡ya que a partir de ahora estoy dispuesta a olvidar que alguna vez te cruzaste en mi camino!

—Entonces, ¿qué haces aquí? —exigí, molesto por haber perdido en un instante lo que me había costado todo el verano conseguir.

—¡Reprenderte para que dejes de hacer el idiota y tomes las riendas de tu vida de una maldita vez!

—¡Ah, fabuloso! Y eso me lo dice una mujer que esconde frente a todos su verdadera personalidad y que sólo sigue el camino que sus padres le han dictado.

—Puede que en ocasiones yo me oculté de mis padres y de otros, pero tengo muy claro que no pienso destruir mi vida por ellos, ¡algo que estás haciendo tú al huir de tus estudios! —replicó airada, tras lo que se alejó de mí en dirección hacia donde se encontraba mi perfecto primo.

—Dime una cosa que hayas hecho sin que tus padres te lo hayan dicho...

—le exigí, dispuesto a no dar mi brazo a torcer en esa disputa.

—Acostarme contigo —susurró, tan temerosa como siempre de que otros descubrieran lo atrevida que podía llegar a ser.

Sin poder evitarlo, corrí hacia Sarah y, acorralándola entre mis brazos antes de que se alejara para siempre de mí hacia esa perfecta vida en la que yo no tenía lugar alguno, le hice una nueva y atrevida proposición que sabía que nunca podría aceptar, y menos aún cuando los ojos de mi primo no se apartaban de ella.

—Iré a ese maldito instituto, haré esas estúpidas tareas, incluso entraré en el puñetero cuadro de honor si quieres... pero sólo si me besas ahora — propuse, decidido a hacerle ver que no éramos tan distintos como parecía creer y que ella se escondía tanto como yo, e incluso más.

Sus ojos me miraron escandalizados ante mi atrevimiento, y más cuando la acerqué a mi cuerpo cogiéndola del trasero y le mostré el deseo que despertaba en mí. Ella esquivó mi mirada y examinó los alrededores para ver si mi primo miraba, tras lo que me dio un rápido beso en los labios que apenas fue una caricia, para apartarse rápidamente de mí antes de que Kenneth se diera cuenta de lo que estábamos haciendo.

—No hay trato —declaré enfadado cuando se alejaba de mí.

—¡Eres un tramposo! —respondió enojada, muy decidida a ganarme en mi juego.

—Eso no ha sido un beso, aunque tal vez sí un bonito recuerdo —dije, recordándole que lo que ella había pretendido que yo fuera en su vida nunca sería posible, y que, una vez más, había conseguido una de sus caricias, aunque fuera con engaños.

Dándole la espalda, me dirigí nuevamente hacia mi apacible lugar de descanso, cuando, de repente, la mano de Sarah en mi brazo retuvo mis pasos. Y en el instante en que me volví hacia ella para reclamarle que me dejara marchar, mis palabras quedaron silenciadas en mis labios, ya que ella, atrevida, cogiéndome de la camiseta, me dirigió hacia ella y me besó tan perversamente como yo le había enseñado. Su lengua buscó la mía en la danza del deseo, sus dientes mordisquearon tentadores mis labios y sus manos pasaron de agarrar mi ropa a acariciar mi pecho.

Me hizo gemir de deseo cuando su cuerpo se acercó más al mío y yo quise rendirme a ella, pero en cuanto mis manos acariciaron su trasero, Sarah pareció volver a entrar en razón y, alejándose de mí y de esa parte tan activa de mi persona que reclamaba sus caricias, se declaró vencedora de ese encuentro.

—Ahora no tienes excusa —me susurró, apuntándome amenazadora con un dedo para después pasar dignamente por delante de mi sorprendido primo y subirse como si nada en su coche, como si ese beso nunca hubiera ocurrido.

—Definitivamente, Sarah, tienes que ser mía... —declaré una vez más, mientras grababa en mi recuerdo la imagen de mi boquiabierto primo Kenneth, asombrado por el atrevimiento de esa chica.

Viendo cómo se alejaba de mí la única mujer que siempre haría frente a mis juegos y a mis atrevidas apuestas, dejándonos a mi primo y a mí como unos idiotas, no pude evitar rendirme ante sus encantos y pensar que Sarah era la única que había conseguido que yo me decidiera por algo en mi desordenada vida: estar junto a ella.

* * *

Isaac Jenkins entró una vez más en su aula un tanto apenado, pensando que, a pesar de querer guiar a sus alumnos en el arduo camino hacia su futuro, poco podía hacer por aquellos que no se decidían a asistir a sus clases, por más inteligentes que éstos fueran. Cabizbajo, colocó sus libros sobre la mesa y, tras ignorar el ruido que los chicos hacían, intentando perder un poco más del tiempo dedicado a sus lecciones, carraspeó una y otra vez para llamar su atención, algo que prácticamente nunca funcionaba hasta que comenzaba con sus berridos. Pero en esta ocasión, antes de que alzara la voz, un molesto y potente silbido se hizo notar, logrando que guardaran silencio.

—El maestro ya ha llegado —declaró una desconocida y profunda voz, que hizo que Jenkins mirara con más atención a su nuevo alumno.

Con un aire despreocupado y una vestimenta bastante inapropiada consistente en unos vaqueros rajados, una camiseta desgastada y unas pesadas botas, un chico de unos dieciocho años se sentaba en primera fila.

Por los rubios y rebeldes cabellos que llevaba engominados hacia atrás y por sus retadores ojos azules, tan característicos de los Lowell, el profesor no tuvo dificultad en reconocer que se trataba del esquivo alumno que había evitado asistir a sus clases hasta ese momento.

Jenkins sonrió, satisfecho de que aquella chica hubiera conseguido traer a ese rebelde de vuelta a sus clases. Y, aunque pudiera ser algo complicado, se prometió ser fiel a sus preceptos como profesor y conducir a sus estudiantes por un buen camino en la vida. «Después de todo, no puede ser tan difícil enseñar a ese chaval», pensó Jenkins, mientras veía cómo John intentaba imitar la perfecta postura de buen alumno que otros mostraban y prestaba suma atención a cada una de sus palabras como si estuviera decidido a ser un estudiante ejemplar a partir de entonces...

* * *

—¡Ese chico es el mismísimo diablo! ¡Lo quiero fuera de mis clases, pero ya! —se quejó una vez más Gilbert, el profesor de matemáticas, a Jenkins, el tutor de John Lowell, que, lo quisiera él o no, siempre estaba metido en algún lío. Sobre todo, debido a su insolencia.

—¿Ha hecho algo inadecuado en tus clases por lo que deba amonestarle, Gilbert?

—¡Sí! ¡Me ha dejado en ridículo una vez más, corrigiendo uno de mis problemas! ¡Y de paso ha hecho que todos mis alumnos se rían de mí!

El profesor Jenkins suspiró. Ya estaba acostumbrado a los aires que se daba ese muchacho, dejando a más de un maestro como idiota, incluido él. Lo malo del asunto era que ese joven siempre tenía razón.

—¿Y ese problema estaba equivocado antes de que él lo corrigiera, Gilbert? —preguntó Jenkins, intuyendo la respuesta.

—¡Ésa no es la cuestión! ¡Lo preocupante es que si sigue dejándonos en evidencia delante de los demás alumnos anulará nuestra autoridad!

—No te preocupes, no eres el primero que se me queja hoy por este mismo motivo. Ya he castigado su insolencia haciéndole escribir un mensaje de disculpa apropiado en las pizarras del aula de castigo, o, si lo prefieres,

haremos que dé alguna que otra vuelta de más en clase de gimnasia. Pero Gilbert, óyeme bien: por nada del mundo pienso expulsar a ese muchacho que tanto trabajo me ha costado que asistiera a clase —declaró con rotundidad Jenkins, mientras abandonaba la sala de profesores para asegurarse de que su rebelde alumno hubiera cumplido adecuadamente con su último escarmiento antes de marcharse a casa.

—Sin duda, mi vida sería mucho más fácil si no estuvieras aquí, John Lowell —gruñó Jenkins, dirigiéndose, borrador en mano, hacia la enorme pizarra del aula de castigo que su alumno había rellenado en su totalidad, tal como él le había indicado. Para su desgracia, las palabras que estaban escritas en ella no eran las más adecuadas para calmar los ánimos de más de un docente.

—«No corregiré a ninguno de mis profesores... —comenzó a leer el profesor Jenkins, las palabras que él había exigido a John Lowell que escribiera un centenar de veces—, para no señalar su incompetencia» —finalizó Jenkins con una sonrisa resignada en los labios, mientras borraba el añadido de John, con el que se rebelaba en contra de su injusta reprimenda.

* * *

Llevaba un mes comportándome como un perfecto niño bueno, a pesar de haber querido salir corriendo de esas espantosas clases en las que los profesores me la tenían jurada. Siempre tenía que cumplir algún estúpido castigo que no me merecía y, así como en otra época mis profesores solamente habrían podido observar mi trasero mientras me alejaba, ignorando por completo sus sermones y reprimendas, ahora me resistía a no finalizar mis estudios, porque esa rubita me había retado, y en parte también porque Sarah me había hecho ver lo idiota que era al no enfrentarme a mi futuro tan decididamente como lo hacía con ella para tenerla a mi lado.

Estaba cumpliendo todo lo que había prometido antes de recibir el beso de Sarah, aunque hacerlo fuera mortalmente aburrido. Y lo peor de todo era que, mientras yo intentaba llevar a cabo mi promesa, ella me ignoraba en cada ocasión que podía, acercándose cada vez más a mi primo y a su aburrída

y bien planificada vida, así que pensé que era hora de perturbar una vez más a esa rubita para que se diera cuenta de que yo seguía allí y de que por más que lo intentara nunca podría ignorarme.

Mientras pensaba con qué maliciosa ocurrencia podía escandalizarla, me percaté con sorpresa de que algunos de mis compañeros miraban una de esas revistas de chicas, supongo que con la idea de ver alguna porción de cuerpo femenino desnudo, o al menos en lencería. Qué pervertidos... Tal vez, si no se quedaban tontos después de ver tantos anuncios de fajas reductoras, medias de abuela y pestañas postizas, podría decidirme a pasarles alguna de las revistas que guardaba debajo de mi cama.

—¡Dios! ¿En serio llevan esto debajo de la ropa? —exclamó uno de mis compañeros, llamando mi atención.

No tardé ni un segundo en acercarme a ellos y, tras ver un anuncio de una hermosa modelo con un sugerente sujetador de fina tela transparente y unas pequeñas braguitas de encaje negro con ligeros a juego, no dudé ni un instante sobre a quién le quedaría perfecto ese conjunto.

—¿Dónde consigo esto? —les pregunté a los otros, arrancando la revista de sus manos.

—Si te refieres a la mujer, dudo que te resulte sencillo conseguir una como ella —manifestó uno de esos imbéciles, sin saber que ya había tenido en mi cama a unas cuantas chicas como ésa, cosa que, por otra parte, en esos momentos no era lo que me interesaba.

—No, la mujer ya la tengo, me refiero a esta ropa —aclaré, golpeando la página de la revista donde anunciaban esa nueva lencería que no tardaría en hacerse famosa, sobre todo entre los varones.

—No lo sé, tío. Yo sólo miro esa revista por las modelos.

Suspirando con frustración, me llevé la revista conmigo a pesar de las protestas de mis compañeros y, mientras salía de clase, decidí que el siguiente paso para conquistar a Sarah era lograr que se deshiciera de esas horribles fajas y conseguirle uno de esos escuetos conjuntos.

Pero a quién pretendía engañar... en verdad esa escasa vestimenta era para mi exclusivo disfrute, pensaba maliciosamente, mientras decidía cuál de las escandalosas y cuestionables compañías que en ocasiones rondaba

podrían ayudarme con mi problema.

* * *

—A ver si entiendo lo que me estás diciendo: ¿me estás chantajeando para conseguir unas bragas? —preguntó Zoe, preocupada por las perversiones a las que podían llegar algunos hombres.

—No unas bragas cualesquiera, sino éstas en concreto —indicó John emocionado, tras sacar del bolsillo de su cazadora el recorte del anuncio de una revista.

—No sabía que tenías esos gustos... No obstante, no creo que las hagan de tu talla —señaló Zoe, sin poder evitar burlarse un poco más del muchacho que nunca le pagaba las cervezas.

—Tú y yo sabemos que no son para mí —replicó John, frunciendo reprobadoramente sus cejas ante sus burlas.

—Sí, pero después de ver cómo es tu relación con Sarah, creo que serás tú el que acabe llevándolas.

—No te preocupes, puedo llegar a ser muy convincente; prueba de ello es que tú todavía no me hayas echado a patadas de tu bar.

—No te preocupes, todo llegará —respondió Zoe, molesta con la presunción de ese sujeto.

—Te apuntaré la talla de Sarah en un papel y tú comprarás esa lencería donde narices sea que la adquiráis las mujeres.

—¿Y tú cómo sabes cuál es la talla de Sarah? —indagó Zoe con curiosidad, mientras le tendía a John lápiz y papel. Después de ver cómo éste hacía varios gestos un tanto obscenos con sus manos para recordar las medidas exactas de los pechos y el trasero de una mujer, dejó de insistir en su pregunta.

—Vale, ¿cuándo podrás conseguirme esto? —preguntó John tras darle el papel donde había anotado las medidas, así como el recorte de la revista, para que tuviera en cuenta cuál era el modelo de lencería exacto que deseaba adquirir.

—Estos modelitos son un poco caros y no sé si tendré...

Pero antes de que Zoe terminara sus palabras, éstas fueron acalladas por el fajo de billetes que John colocó encima de la barra.

—En serio, ¿de dónde narices sacas tanta pasta? Y, más importante, ¿por qué nunca me pagas las cervezas? —protestó Zoe, haciéndose con el dinero que debería costar ese conjunto y algo más como propina por su inestimable ayuda—. Lo encargaré hoy mismo, pero como esos osados modelitos aún no han llegado al pueblo, tal vez tu pedido tarde algunas semanas.

—No importa, me pasaré de vez en cuando por el bar para ver si ha llegado. Y lo principal: que nadie más se entere, especialmente Sarah. ¿De acuerdo?

—No te preocupes, yo sé guardar un secreto —aseguró Zoe con semblante serio, para luego esbozar una maliciosa sonrisa cuando John abandonó su local—. Lo que pasa es que no me da la gana... —susurró, justo antes de sacar la pizarra de su escondrijo y comenzar nuevamente con las apuestas sobre ese hombre que, sin él saberlo, siempre le pagaba las cervezas que consumía en su bar.

—¿Sobre qué vamos a apostar hoy, Zoe? —se interesó animadamente uno de los jóvenes que se hallaban en el local.

—¡Señoras y señores, John Lowell ha decidido comprar una lencería escandalosa! —anunció Zoe a gritos, mostrando el anuncio de la revista, y mientras recibía algún que otro desvergonzado silbido, prosiguió con su discurso—. La pregunta del millón es: ¿conseguirá John que Sarah se ponga esas bragas o, por lo contrario, será él quien acabe llevándolas de una u otra manera?

CAPÍTULO 11

Una vez que conseguí esa indecente ropa interior, tuve que esperar al momento adecuado, cuando los Robinson salieran de casa y mi querida rubita se encontrara a solas, porque sólo Dios sabía las maldiciones que me dedicaría Sarah en el instante en que viera mi regalo. Además, si su familia se hallase en la casa no me permitirían acercarme a ella por nada del mundo.

Cuando llegó la hora por fin, comencé a trepar una vez más por el árbol que quedaba junto a la habitación de Sarah, árbol que seguramente el señor Robinson talaría muy pronto, y llegué hasta su ventana. Me adentré silenciosamente en la habitación, esperando encontrarla haciendo algo indecente, pero lo más reprobable que hacía Sarah en esos instantes era comer una chocolatina mientras simulaba que estudiaba.

Alzándome por encima de su hombro, pude ver que no era demasiado buena en matemáticas, así que no pude evitar corregirla cuando cometió un gran error en la ecuación que estaba tratando de resolver.

—Ése no es el resultado de «x» —dije, sobresaltándola.

—¡Por Dios, John! ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Se puede saber qué narices haces aquí? —gritó Sarah indignada, volviéndose hacia mí. La siguiente pregunta que iba a dirigirme seguramente iría dedicada a investigar cómo había entrado en su cuarto, pero se la calló en cuanto vio la ventana de su habitación abierta. Fue entonces cuando mi querida rubita pasó a enfadarse conmigo. Y eso que aún no había visto mi regalo...

—¡Aprende de una puñetera vez a usar la puerta! —exigió, señalándome la ventana, mientras yo tomaba asiento en su cama despreocupadamente.

—Es que si hubiera tocado al timbre seguramente no me habrías abierto. He venido porque tengo un obsequio para ti —dije, llamando su atención cuando paseé frente sus ojos una caja blanca con un llamativo lazo rojo.

—Que quede claro que no pienso perdonarte por tus mentiras —apuntó ella, sin poder evitar arrancarme con rapidez aquel presente que no sabía si nos acercaría más o si, por el contrario, nos alejaría. Pero se trataba de un regalo que tenía que hacerle, porque no podía borrar de mi mente la imagen de su cuerpo luciendo esa lujuriosa prenda.

—Que conste que en cuanto lo vi pensé inmediatamente en ti. No he podido evitar comprarlo porque sé que eres la mujer idónea para lucirlo. Prométeme que me mostrarás cómo te queda —repuse, haciendo que comenzara a abrir mi regalo con gran expectación.

—No te prometo nada, pero si es de mi agrado lo llevaré en la próxima reunión familiar —manifestó Sarah, haciéndome reír ante la idea de una seria cena en la que ella no vistiera uno de sus apretados vestidos, sino ese escandaloso atuendo.

—No sé yo si será lo más adecuado para ese tipo de reuniones —dije, tratando de ocultar mi sonrisa.

Mis ojos no se apartaron de Sarah mientras ella, con sus palabras, intentaba congraciarse conmigo prometiéndome finalmente que me mostraría cómo le quedaba mi regalo.

—Está bien, si es tan importante para ti te enseñaré cómo me queda —suspiró, intentando deshacerse de mí.

—¿Me lo prometes? —pregunté burlonamente, mientras veía cómo su emocionado rostro se torcía en un gesto de desagrado en cuanto examinó lo que había en el interior de la caja.

—¿Qué...? ¿Qué narices es esto? —preguntó confusa, observando reticente las transparentes braguitas, el sujetador de encaje y el liguero.

—Algo que has prometido enseñarme para que vea cómo te queda... —le recordé, antes de que ella guardara el modelito en la caja. Cuando creí que Sarah me devolvería muy dignamente mi presente en señal de rechazo, ella se levantó y comenzó a golpearme con la caja de la lencería.

—¡Te vas a comer estas bragas! —exclamaba furiosa, sin dejar de

apalearme, por lo que no pude evitar caer hacia atrás en su cama.

—Si tú las llevases puestas no me importaría —repliqué gritando, consiguiendo que ella me golpeará con más ímpetu—. Admitámoslo, Sarah, tu ropa interior deja mucho que desear —dije, mientras ocultaba mi rostro para protegerme de su impetuoso ataque, antes de continuar provocándola—: Y, la verdad, como tu novio que soy, creo que eso es algo que tenemos que solucionar.

—Tú no eres mi novio —contestó seria Sarah, desterrándome nuevamente de su vida—. Un hombre que me engaña, que me miente y que sólo consigue que esté a su lado manipulándome nunca tendrá mi corazón.

—Cariño, en el amor y en la guerra todo vale, y tú eres ese premio que no estoy dispuesto a perder. Así que no tengas ninguna duda de que utilizaré todos los medios que tenga al alcance de mi mano para conseguirte, sean honrados o no —afirmé, antes de atraerla hacia mí para probar de nuevo el sabor de la pasión de aquellos dulces labios que tanto había echado de menos.

—Tú ya me has tenido —declaró enfadada, alejándose de mis brazos mientras me recordaba nuestra noche de pasión.

—Sí, pero como ya te dije, yo no persigo el recuerdo de una noche: yo quiero tu corazón —confesé, mostrándole con mi sincera mirada que ninguna de mis palabras era falsa.

Después de decirle una vez más lo que sentía por ella, me alejé por la ventana antes de que decidiera arrojar por ella mi regalo, de la misma despreocupada manera que hacía con mi corazón.

* * *

Maldije a mi necio corazón cuando se aceleró de nuevo ante las palabras de ese mentiroso para el que yo seguramente sólo había sido una aventura de verano. Por más que John me dijera lo contrario, yo estaba más que decidida a no volver a confiar en él. Era un hombre engañoso, taimado y un jugador que nunca estaría contento con una sola apuesta como podía ser yo.

¿Por qué tenía que creer que yo era su elección definitiva, que había puesto su corazón en juego yendo detrás de mí y que no pensaba perder?

Airada por sentirme tentada a creer en él, pateé varias veces la maldita caja. Pero cuando la cogí del suelo para tirarla por la ventana, decidí echar otra mirada al llamativo regalo de John.

Aunque esa ropa interior era un poco atrevida, también parecía más cómoda que la que yo solía llevar. El tejido era más liviano, el sujetador parecía alzar los pechos en vez de aplastarlos, y las transparencias eran simples adornos tras un forro de suave seda. Las braguitas no parecían llegar hasta la cintura, pero tapaban lo suficiente como para no enseñar demasiado. Además, tenían unos lazos rosa muy monos que me gustaron.

Observando el conjunto más detenidamente me di cuenta de que era de mi talla. Me pregunté cómo había conseguido John conocer las medidas exactas de mi cuerpo. Tal vez sus palabras eran ciertas y se había fijado en mí con bastante atención.

Ese escandaloso regalo, al igual que su dueño, me tentaba demasiado, así que decidí probármelo para ver qué tal me veía tan pecaminosamente como John me había imaginado, antes de lanzarlo por la ventana.

Tras tardar un millón de años en deshacerme de mi apretado vestido, la horrible faja que cada vez estaba más decidida a quemar y el apretado sujetador que me asfixiaba, me sentí ligera y aliviada con ese conjunto. Era como si no llevara nada puesto y eso me liberaba. No pude evitar encender la radio que había llevado a mi cuarto y bailar en ropa interior alrededor de mi habitación.

Mis pasos se detuvieron cuando un perverso, del que parecía que nunca podría deshacerme, asomó la cabeza por mi ventana, demostrándome que había caído otra vez en uno de sus trucos al dejarme tentar por su regalo. Pero definitivamente, nunca cometería el error de volver a dejarme engañar por él.

—¡Ya sabía yo que ese modelito estaba hecho para ti!

—¡Sal de mi casa, mirón perverso! —exclamé, tapándome con uno de los cojines que adornaban mi cama.

—Cariño, no me has enseñado nada que no haya visto ya —repuso John, recordándome nuestra noche de pasión y provocándome para que le arrojara el cojín a la cara. Pero si hacía eso quedaría nuevamente demasiado expuesta ante él, así que le señalé la ventana para que se alejara de mi vida arrojándose

por ella.

—¡Vete de aquí, pero ya! —ordené airada, mientras lo fulminaba con la mirada.

—Vale, vale... ya me voy —se rindió John, alzando las manos.

Para mi desgracia, cuando se disponía a marcharse oí el coche de mis padres, e importándome muy poco mi desnudez, tiré de John hacia el interior de mi habitación para que no descubrieran su presencia cuando él bajara despreocupadamente por el árbol que había junto a mi ventana.

—¡Ayúdame a ponerme esto! —le grité, mientras trataba de volver a vestir la estricta ropa que debía llevar, algo que no podría conseguir sin ayuda.

John y yo lo intentamos todo para introducirme en la espantosa faja, cogí aire hasta quedarme sin respiración, él tiró de ella hasta casi romperla, incluso di ridículos saltitos por toda la habitación... pero nada, la maldita prenda no pasaba de mi trasero, porque yo me negaba a desnudarme delante de John.

Las carcajadas que éste intentaba aguantar al verme en esa ridícula situación podían llegar a descubrirnos, por lo que decidí esconder con rapidez mi ropa en el armario y ocultarme bajo las sábanas de mi cama con el grueso edredón que mi madre se empeñaba en que usara, hiciera frío o no.

—¡Mierda! ¡Mi madre! —maldije desesperada cuando oí que los pasos de mi progenitora se acercaban—. ¿Qué demonios haces? —exclamé sorprendida, cuando vi a John metiéndose debajo de mi cama.

—¿Tú qué crees? Esconderme del peligro.

—¿Sabes?, en una ocasión tuve un sueño en el que tu primo y tú os escondíais debajo de mi cama —dije en ese momento, extrañada con que los actos de ese sujeto fueran igual de atrevidos en la vida real como en mis sueños.

—No fue un sueño —replicó John, confirmándome la verdad: que yo nunca tendría unos pensamientos tan atrevidos como sus acciones.

—Bueno, pues tu plan no funcionará; desde entonces, mi madre mira todos los días debajo de la cama.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué hacemos?

Y sin saber cómo salir de esa situación y con los pasos de mi madre cada

vez más cerca de mi cuarto, lo arrojé a la cama y, subiéndome atrevidamente encima de él, nos tapé a ambos con el caluroso edredón, simulando que lo que tenía abrazado debajo de mí no era el cálido y duro cuerpo de un hombre, sino la blanda almohada que solía abrazar para dormir.

Lo malo de mi precipitada decisión era que las almohadas no se movían, pero John sí, pensé mientras veía a mi madre entrar en mi habitación, a la vez que una parte de ese hombre comenzaba a reaccionar demasiado ante mi proximidad y la de ese conjunto que finalmente estaba consiguiendo ver muy de cerca.

—¿Qué te pasa, Sarah? ¿No te encuentras bien? —preguntó mi madre cuando me vio arropada con el edredón.

—No, mamá, me siento un poco enferma. Creo que tengo algo de fiebre ya que estoy acalorada —contesté, simulando una voz afectada, que no tardó en tornarse así de verdad cuando John, que escondía la cabeza entre mis pechos, comenzó a usar atrevidamente la lengua y apartó aquel llamativo sujetador con los dientes, mientras yo no podía hacer nada.

—Parece que es verdad que te encuentras mal. Tal vez sea un virus —apuntó mi madre con preocupación, mientras yo escondía mi rostro sonrojado de su mirada cuando ese hombre introdujo uno de mis excitados pezones en su boca y comenzó a torturarlo con sus pecaminosos dientes.

—¿Crees que debería llamar a un médico? —me preguntó mi madre a continuación, haciendo que mi cuerpo se tensara ante la posibilidad de que el médico viniera y se encontrara con lo que había debajo de mis sábanas.

—¡No! —grité hacia mi madre, pero también hacia John, que comenzaba a introducir atrevidamente sus dedos dentro de mis nuevas braguitas, provocando que, a pesar de la situación, me excitara ante sus expertas caricias.

—Bueno, no te preocupes. Sé que siempre has tenido miedo al médico, sobre todo a sus inyecciones —manifestó mi madre, haciendo que el perverso individuo que se ocultaba debajo de mí se lo tomara como una invitación para introducir uno de sus dedos en mi interior, mostrándome el tipo de inyecciones que quería darme.

—No... de verdad, mamá... Estoy segura de que sólo es un simple

resfriado del que me desharé muy pronto —dije entrecortadamente, mientras John introducía otro de sus dedos en mi interior y comenzaba a penetrarme con ellos, a la vez que acariciaba el lugar más sensible de mi cuerpo. Sin duda se molestó con mi comentario, ya que mi pecho recibió uno de sus aleccionadores mordiscos, mientras seguía torturándome con su lengua.

—Aaaah —gemí, sin poder evitarlo.

—No te preocupes, cariño. Ahora mismo voy a llamar al señor Shaw y no voy a parar de atosigarlo hasta que venga esta misma noche a casa para verte —declaró mi madre, decidida, saliendo de mi habitación.

En cuanto ella desapareció, ese desvergonzado estableció un ritmo más acelerado con sus atrevidos dedos entrando y saliendo de mi cuerpo, mientras no dejaba de acariciar mi clítoris. Ante el placer que comenzaba a subyugarme, quise apartarme de él, pero John me lo impidió agarrando con fuerza mi trasero, mientras guiaba mis movimientos a la vez que su boca no dejaba de devorar mis senos haciéndome temblar de deleite.

Me estremecí entre sus brazos en busca del goce y el éxtasis que sabía que John podía hacerme experimentar, y al fin me rendí a él una vez más. Mientras mordía la almohada para amortiguar mis gemidos, moví las caderas descontroladamente sobre su mano, abandonándome al orgasmo al que él me llevaba. Extasiada y saciada, caí sobre su cuerpo a la espera de un cariñoso abrazo o de más de sus fervorosas caricias, pero John se apartó de mí y, despojándonos de las calurosas sábanas que nos habían ocultado hasta entonces, se alejó de la cama.

Cuando se marchaba, noté en su rostro una de sus maliciosas sonrisas. Después de asomarse por la ventana para asegurarse de que mi padre ya había terminado de disfrutar de su cigarrillo en el jardín, se dispuso a separarse de mí para que nadie descubriera lo atrevida que podía ser cuando estaba a su lado.

—Descansa mucho, Sarah. Estás muy malita, aunque ambos sabemos que el tipo de inyección que requieres no te la puede dar ese médico —murmuró jocosamente, ante lo que le arrojé mi almohada.

Por suerte, mi impetuosa madre no consiguió que el médico cediera ante sus inoportunas peticiones y a mí me dio tiempo de esconder mi llamativa

lencería debajo de un viejo camisón. Mis padres pronto consideraron mi supuesto malestar como una falsa alarma al verme milagrosamente recuperada, pero para mí ese día quedó claro que en realidad sufría de una enfermedad de la que nunca podría deshacerme y que de nuevo alteraba mi corazón, haciéndolo palpitar por el hombre inadecuado.

* * *

«Definitivamente, John ha conseguido que Sarah se ponga esas bragas», pensaba Zoe, mientras ayudaba a su padre en el restaurante familiar, al observar cómo, desde las lejanas mesas que separaban a sus familias, el desvergonzado John Lowell mostraba en su rostro una radiante sonrisa y la avergonzada Sarah dedicaba más de una furiosa mirada hacia donde él se encontraba.

Perdida en sus pensamientos acerca de las ganancias que las apuestas sobre ese escandaloso muchacho le estaban haciendo ganar, apenas prestó atención a las quejas de su padre, que ese día estaba más gruñón que nunca.

—¡Zoe! ¡Date prisa con tu trabajo, que los clientes esperan!

—Sí, papá —contestó ella ante otro más de los reclamos de su padre, que no había dejado de atosigarla durante toda la mañana.

Sin tomarse ni un minuto de descanso, hizo su trabajo y no se permitió plantear ante su padre las quejas que tal vez solamente la llevarían a una discusión. Porque Marlon Norton, ese hombre de cincuenta años, con su metro noventa de estatura, su rudo aspecto, su barba pelirroja, de basto comportamiento y pensamiento cerrado, siempre tenía razón. O al menos eso era lo que Marlon aseguraba delante de su hija.

Impaciente por comenzar con el negocio que verdaderamente les dejaba el dinero que su familia necesitaba, Zoe terminó de recogerlo todo y se preparó para cerrar el local con la intención de volver a abrir por la noche. Para su desgracia, su padre en esta ocasión no parecía tener ganas de marcharse y, tras desplomarse tras la barra con la única compañía de una consoladora cerveza, comenzó a quejarse de todos los males que asolaban su vida.

—Si hubieras sido un hombre... —suspiró, mirando con desánimo a su hija.

—¡Estoy harta de que siempre me digas lo mismo, papá! ¡Habérselo comentado a tus espermatozoides antes de traerme a este mundo! —declaró Zoe, molesta por cada uno de sus lamentos, que siempre la infravaloraban simplemente por ser mujer.

—¡Zoe, ¿quién te ha enseñado semejante vocabulario?! —exclamó Marlon, mientras se levantaba, ofendido por la brusquedad de las palabras de su hija.

—Tú mismo —señaló despreocupadamente Zoe, haciendo que su padre volviera a sentarse al reconocer la veracidad de sus palabras.

Abriendo una fría cerveza, Zoe no tardó en tomar asiento a su lado y esperar con paciencia a que él le confiara el motivo de sus lamentos.

—No creo que podamos seguir con este negocio, no tenemos demasiadas ganancias y los bancos me cobran intereses cada vez más altos —comenzó Marlon con frustración, mesándose el pelo preocupado.

—¿Y crees que si yo tuviera un pene se solucionarían nuestros problemas de la noche a la mañana, padre? —preguntó Zoe, alzando inquisitivamente una ceja.

—Creo que pasas demasiado tiempo en el bar —indicó Marlon, intentando dejar de escandalizarse por las descaradas palabras de su hija—. Y no, Zoe, pero los bancos tienen más confianza en los hombres, y cuando les digo que la persona que me ayuda a dirigir este negocio es mi hija, siempre se echan para atrás.

—Entonces tal vez debas conseguir ese dinero de otra manera. Si quieres, puedes poner en práctica alguna de esas ideas mías que siempre descartas con tanta celeridad.

—Zoe, ¿acaso piensas que todo será tan fácil? ¿Que el dinero caerá de los árboles en cuanto llesves a cabo alguno de tus alocados planes? Sería mejor que dedicaras tu tiempo a cosas un poco más femeninas, como la jardinería, la repostería o...

—No me gustan las flores, papá, y eso de hacer dulces no es lo mío. Por eso he decidido utilizar mi tiempo libre en otras cosas —dijo Zoe, mientras

depositaba ante su atónito padre un enorme bote de cristal lleno del dinero que había estado ganando todas las noches que había abierto su bar.

—¿Cómo? ¿Qué? En serio, Zoe, ¿cómo has podido desobedecerme y...? —declaró Marlon, sin querer dar su brazo a torcer, mirando esperanzado el dinero que podía salvar su negocio—. Bueno, que pase por esta vez, hija. Pero... todo este dinero... ¿lo has conseguido de una forma legal? —preguntó un tanto escéptico Marlon, recordando la pizarra de apuestas que había desaparecido de su almacén y el nuevo personaje que había llegado a Whiterlande para escandalizar a sus vecinos.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —preguntó Zoe, alzando impertinente una ceja.

—No, definitivamente yo no sé nada de lo que estás haciendo aquí. Y creo que, en efecto, no quiero saberlo —dijo Marlon, arrojándole despreocupadamente las llaves a su hija, concediéndole permiso para llevar a cabo cada una de sus locuras, mientras él simulaba no saber nada de lo que estaba ocurriendo en su bar. O tal vez debería comenzar a decir en el bar de Zoe...

CAPÍTULO 12

Los días transcurrían rápidamente en el instituto. El momento en que los jóvenes dejarían de ser meros adolescentes para convertirse en adultos cada vez se acercaba más, pero mientras tanto, disfrutaban de una despreocupada vida en la que apenas tenían inquietudes. O al menos eso era lo que siempre pensaban los mayores que los observaban desde lejos.

A escondidas de sus padres, los rebeldes que acudían cada noche al bar de Zoe llenaban con las locuras de los Lowell las apuestas de aquella pizarra que se estaba haciendo famosa, especialmente las apuestas relacionadas con la extraña pareja que formaban Sarah Robinson y John Lowell.

John no dejaba de perseguir a Sarah, atribuyéndose ante cualquiera que quisiera escucharlo el papel de novio de la muchacha, mientras que Sarah, por su parte, intentaba ignorarlo, al tiempo que fijaba sus ojos en el tranquilo y pacífico Kenneth, aunque no podía dejar de alterarse cada vez que John se acercaba a ella.

A pesar de que casi todos apostaron que el agitador de John Lowell no tardaría en abandonar nuevamente los estudios, él seguía manteniendo la promesa que Sarah le había arrancado a cambio de un beso, y en lugar de huir de las dificultades que encontraba en su camino, John se enfrentaba a ellas, porque sabía que el premio final de su apuesta valdría la pena.

—¿Qué piensas hacer el día de mañana, John? —le preguntó con preocupación Isaac Jenkins a su más prometedor alumno, cuando vio el cuestionario de sus aspiraciones en blanco.

—No lo sé, tal vez me haga docente —respondió John maliciosamente,

sólo para torturarlo.

—¡No, por Dios! La última vez que te propuse que ayudaras a varios de tus compañeros siendo su tutor en clases complementarias, todos vinieron llorando para que los examinara lo antes posible, únicamente para librarse de ti.

—Pero aprobaron, ¿no? —preguntó John orgulloso, sin desvelar los cuestionables métodos que había utilizado para enseñar a sus compañeros.

—Dejemos de lado la posibilidad de ser maestro por el momento. ¿Qué más has pensado sobre tu futuro?

—No lo sé.

—¿Vas a ir a la universidad?

—No lo sé.

—¿Qué profesión te interesa?

—No lo sé.

—¿Tienes algo claro sobre lo que quieres hacer en la vida? —preguntó el abnegado profesor entre suspiros, mientras intentaba ayudar a ese rebelde muchacho que, aunque en ocasiones parecía muy seguro de sí mismo, en realidad estaba tan perdido como todos los demás.

—Sólo sé que no quiero trabajar en una fábrica —contestó John seriamente, dejando a un lado las bromas, mientras se mesaba los cabellos con frustración, al recordar los últimos gritos que le había dedicado su padre acerca de lo que debía hacer con su futuro.

—Bueno, por lo menos sabes lo que no quieres hacer —declaró Isaac, mostrándole una sonrisa de ánimo a su alumno—. Piensa en algo que te apasione... a excepción de las chicas y las apuestas —añadió el señor Jenkins cuando vio como John estaba a punto de interrumpirlo con alguno de sus mordaces comentarios que no llevaban a nada—. En el instante en que encuentres esa pasión que mueve tu mundo, búscame y seguiremos hablando —concluyó Jenkins poco antes de dejar que su alumno se marchara.

Cuando volvió a encontrarlo más tarde por los pasillos, mirando con decisión a Sarah, Jenkins pensó que el amor era lo único que podía convencer a ese chaval de moverse hacia el futuro para buscar su camino.

* * *

Sarah cada vez tenía más claro lo que quería hacer en la vida: definitivamente, no quería ser conocida por ser la mujer de un Lowell, un Smith, un Madison o cualquier otro apellido. Ella quería ir a la universidad, estudiar Literatura y convertirse en escritora. Los planes que sus padres habían preparado para ella a lo largo de su vida, y de los que nunca se había quejado hasta entonces, se le hacían cada vez más asfixiantes y últimamente le resultaban muy difíciles de seguir como siempre había hecho, con silenciosa obediencia.

Conocer al rebelde de John le había abierto los ojos y dado esa fuerza que necesitaba para hacerse oír ante sus padres y convencerlos de que el molde que le habían preparado no era de su agrado.

A escondidas de ellos, Sarah se estaba preparando para presentarse a un examen para una beca con la que poder ir a la universidad. Si sus calificaciones eran lo bastante altas, podría tener cubiertos prácticamente todos los gastos de su carrera y conseguir cumplir el sueño que tanto ansiaba.

«Pero todos los sueños tienen sus trabas», pensó Sarah, cuando su madre acudió una vez más a su habitación con una de sus charlas sobre su tema favorito: cómo atrapar a un buen marido.

—A Kenneth, como a cualquier hombre, tienes que conquistarlo con tu cocina y... Sarah, ¿me estás escuchando? —se interrumpió Belinda, ofendida porque su hija les prestara más atención a los libros que a sus sabias recomendaciones.

—Mamá, en estos momentos estoy estudiando, así que creo que será mejor que dejes tus consejos para más tarde.

—¡Ah, ya lo entiendo! Quieres impresionar a Kenneth con tu espléndido intelecto. ¡Estupendo! Pero no olvides que no debes mostrarte mucho más inteligente que él y...

—No, mamá, quiero saber hasta dónde soy capaz de llegar por mí misma —declaró Sarah, mostrándole los exámenes a los que pretendía presentarse y las posibilidades que se abrían ante ella de tener un futuro lejos del matrimonio.

—No entiendo lo que pretendes —comentó Belinda enfadada, mientras arrojaba despectivamente los papeles de su futuro hacia un lado—. ¿Quieres estudiar una carrera? ¿Ir a la universidad? ¿Para qué? ¿Para acabar trabajando como secretaria o como maestra, con un salario que no llegará ni a la mitad que el de un hombre, mientras eres explotada trabajando más horas que cualquiera de ellos?

—Mamá, los tiempos están cambiando, las mujeres cada vez tenemos más derechos laborales y muy pronto seremos tratadas como iguales. Yo quiero ser escritora, tal vez escribir en algún periódico o publicar un libro, pero quiero ser algo más que una simple ama de casa.

—¿Crees que ser ama de casa es un trabajo simple?! ¡Yo soy la administradora de la economía de nuestra casa, soy un chef particular para ti y tu padre, tengo que limpiar la casa, asegurarme de que se hacen todos los arreglos oportunos en ella, buscar la modista para tus vestidos, comprar la ropa de tu padre, asegurarme de que el coche está en perfecto estado, escuchar todas las preocupaciones tuyas y de él y cerciorarme de que no te equivoques en tu futuro, algo en lo que parezco haber errado, ya que desde que te juntas con ese tal John, decididamente, no eres la misma de siempre!

—Mamá, siempre he sido la misma. Lo que pasa es que ya estoy harta de que intentes forzarme a entrar en un molde en el que no encajo y de que trates de convertirme en una más de las muñequitas que coleccionas y manipulas a tu gusto. Mamá, yo no soy de plástico, y a pesar de lo que creas, tengo mis propias opiniones. Especialmente cuando se trata de mi futuro.

—Sarah, no sé lo que te ha hecho ese chico para que te comportes así, pero es una malísima influencia para ti, ¡por lo que te prohíbo que lo vuelvas a ver! —exclamó furiosa Belinda, cerrando airadamente la puerta de la habitación de su hija, mientras, una vez más, ignoraba sus palabras.

—Lo siento, mamá, pero en esta ocasión no pienso hacerte caso, porque sólo John me ha dado el aliento que necesitaba para encontrar mi voz, a pesar de que ésta sea ignorada —suspiró Sarah a la puerta que se había cerrado empecinadamente para ella.

Tras la irascible partida de su madre, Sarah pensó que tendría que pasar un poco más de tiempo hasta que la convenciera de que le permitiera

perseguir su sueño, pero en el instante en que su colérico padre entró en su habitación sólo para hacer trizas delante de ella su solicitud para el examen, Sarah se sintió traicionada por la confianza que había depositado en su madre en alguna ocasión. Mientras intentaba desesperadamente detener las furiosas manos de su padre antes de que hiciera añicos sus posibilidades de futuro, la contundente bofetada que recibió le dejó muy claro que junto a ellos ese futuro nunca podría existir.

Sarah se durmió escondiendo sus lágrimas de todos y envidiando la forma que tenía John de conseguir ser escuchado por otros, mientras que ella, cuando apenas comenzaba a alzar su voz tímidamente, era silenciada con dureza.

Y mientras se preguntaba cómo conseguía él ese milagro, también se preguntó cuántos golpes habría recibido por su insolencia a lo largo de su camino de rebelión ante lo que no le gustaba.

* * *

Ciertamente, las clases en el instituto cuando Sarah no asistía no eran para mí. Aunque fuéramos a aulas distintas, siempre podía verla en los descansos o fastidiarla un poquito cuando pasaba corriendo por mi lado durante su clase de educación física, momento en que me dedicaba a entonar una obscena cancioncilla con la que siempre conseguía que ella se ruborizara, y que el profesor de gimnasia me persiguiera para tirarme de la oreja.

Si Sarah no estaba, el día era tremendamente aburrido. Me sonó extraño que sus compañeras me dijeran que sus padres habían llamado al instituto para informar de que estaba enferma por un resfriado, cuando el día anterior la había visto contemplar alegremente unos papeles que le entregó el profesor.

Decidido a saltarme la siguiente clase para colarme en casa de Sarah y ver de primera mano qué le ocurría, intenté evitar al señor Jenkins. Para mi desgracia, él estaba totalmente decidido a hacer de mí un hombre de provecho y no me lo permitió. Pero para la suya, la siguiente clase era una charla sobre educación sexual, en la que nos hablaban de las relaciones

seguras y los métodos que debíamos seguir para evitar embarazos no deseados y posibles enfermedades.

Con mi experiencia, yo mismo podría dar la clase, pero bajo la atenta mirada del profesor, que no se separaba de mí, no podía hacer nada, por lo que simplemente me comí el plátano que nos habían dado para practicar la colocación de un preservativo, porque tenía hambre, y escuché pacientemente cada una de las palabras de la mujer que nos estaba aleccionando.

Después de media hora hablando sobre la castidad y la necesidad de llegar puros al matrimonio y tonterías similares, al fin pasó a lo interesante. Pero como mi paciencia ya se había acabado y yo quería ver a Sarah a toda costa, decidí escandalizarlos a todos para que me echaran de clase, de modo que cuando la mujer cogió un preservativo de muestra para mostrarnos cómo usarlo con el plátano, yo abrí el condón que me habían entregado, mientras comenzaba a desabrocharme los pantalones.

—¡Se puede saber que estás haciendo! —gritó histérica la mujer, y eso que aún no había mostrado mi ropa interior.

—Es que me he comido el plátano, así que he pensado usar el preservativo de un modo más realista... —me excusé, mientras señalaba cómo mis compañeras colocaban la protección a esa fruta dubitativamente y veía a mis compañeros pensándose si hacer lo mismo que yo. Y, como ya tenía previsto, antes de que terminara de desabrocharme los pantalones, el señor Jenkins me miró al tiempo que me gritaba:

—¡John, fuera de clase!

Contento, volví a abrocharme los pantalones y me despedí de mi profesor con una sonrisa, ya que, si él me había echado, nada podía hacer para retenerme y por fin era libre para correr hacia Sarah para ayudarla a curarse de su resfriado. Y lo mejor para eso, sin duda alguna, era sudar mucho debajo de las sábanas...

* * *

Mis padres me habían prohibido asistir a clase hasta que la marca que había dejado la contundente negativa de mi padre hacia mis planes

desapareciera de mi rostro. Se habían inventado un resfriado y luego me habían dejado sola para que pensara en por qué no debía desobedecerlos. Y yo, desde ese instante, no pude dejar de llorar.

Primero fue por tristeza, a causa del futuro que se me negaba; luego, por la impotencia de no poder hacer nada, y por último por ira hacia todos lo que se negaban a escucharme cuando por fin me había decidido a hablar por mí misma.

Oculto entre las sábanas de mi cama, contemplaba con tristeza el espléndido y maravilloso paisaje que se veía desde ella, como si nada hubiera pasado, cuando para mí el mundo se había derrumbado. De repente, una impertinente mano hizo asomar por la ventana de mi habitación una de las perfectas Barbies de mi madre, acompañada por uno de los muñecos Ken que siempre descansaban a su lado, e intentando imitar una chillona voz de mujer, el impresentable de John Lowell pasó a mostrarme lo que había aprendido esa mañana en la clase de educación sexual.

Intenté aparentar que seguía triste y compungida por lo que me había ocurrido, pero después de presenciar decenas de obscenas posturas sexuales con esos muñecos que mi madre tanto adoraba, fue difícil para mí aguantar la risa.

—Y ahora pasaremos a mostraros lo que son las relaciones seguras... — anunció John, ocultando al muñeco Ken de mi vista y dejando a la Barbie sola, para luego hacerlo reaparecer totalmente enfundado en un condón. No pude evitar olvidarlo todo para reírme a carcajadas de las payasadas de las que John era capaz sólo para hacerme reír.

—¡Por fin sonríes, rubita! ¡Y eso que mis enseñanzas acaban de comenzar! —indicó John, mientras entraba en mi habitación, abandonando despreocupadamente sobre el suelo al protegido Ken y a tres Barbies más.

Yo alce las cejas, sorprendida ante el número de muñecos que John había traído, a lo que él contestó alegremente:

—¿Qué? Pretendía mostrarte la diferencia entre trío y orgía... Pero creo que eso mejor lo vemos en una sesión práctica, ¿no te parece? —propuso desvergonzado, tras lo que le arrojé una de mis almohadas, que él cogió al vuelo para luego sentarse junto a mí en mi cama. Y descubriendo mi marcado

rostro lleno de lágrimas, me preguntó, mientras secaba cada una de ellas con sus besos:

—¿Qué te pasa, rubita? ¿Quién te ha hecho llorar?

Aparté la cara, negándome a revelarle a un hombre como él, que siempre se rebelaba ante las injusticias que se cometían en su contra, cómo me había derrumbado yo ante el primer impedimento que se interpuso en mi camino. Seguramente, si supiera el motivo de mis lágrimas se reiría de mí.

—¿Cómo lo haces? —pregunté, entre enfadada y confusa—. ¿Cómo logras hacerte oír y hacer lo que quieres una y otra vez sin que nada te importe?

—Rubita, yo no soy un buen ejemplo a seguir. Simplemente, soy alguien que se cansó de que sus reclamaciones fueran ignoradas y resolvió hacer lo que le dio la gana, porque le pese a quien le pese, se trata de mi vida y, ésta, definitivamente, tengo que vivirla yo como quiera, sin que otros decidan por mí.

—¿Tú qué harías? —pregunté, mostrándole, con la solicitud para el examen de acceso a la universidad hecha trizas, el motivo de mis lágrimas.

—Lo que yo haría sería conseguir un profesor particular, hacer ese examen, acceder a esa beca y bailar en pelotas por toda la casa para celebrarlo.

—¿Me puedes explicar por qué debería bailar desnuda por toda la casa?

—Para deleitar a tu profesor particular que, desde este instante, soy yo —declaró ese sinvergüenza, aprovechándose como siempre de cada oportunidad que se ponía en su camino para estar a mi lado.

—Hay un gran problema en tu ofrecimiento: mis padres no están de acuerdo con la idea de que haga ese examen y, además, me han prohibido que me acerque a ti.

—Y claro..., tú siempre haces caso a lo que dicen tus padres, ¿verdad? —replicó John en mi oído provocativamente.

—No, desde que te conocí, no. Así que... ¡hagámoslo John! —murmuré sensualmente también en su oído, mientras me acercaba tentadora a él—... ¡Demos esas clases clandestinas! —terminé jovialmente, fastidiando sus fantasías.

Él protestó cuando me alejé burlona, pero sólo hasta que recordó que, siendo mi profesor, podría enseñarme todo lo que quisiera. Así que, con una maliciosa sonrisa en su rostro, no tardó en dar su consentimiento, haciéndome dudar si con esas clases conseguiría aprender más de lo que yo estaba buscando.

* * *

Sarah albergaba cada vez más dudas sobre el profesor que había elegido para sus necesarias clases particulares, sobre todo cuando éstas tenían lugar en lugares tan cuestionables como un desagradable y burdo garito en donde todos los presentes se dirigían a John con el nombre de «Mary» entre sonoras carcajadas.

—¿Es algún tipo de broma? —preguntó Sarah confusa, sin separarse ni por un segundo de los brazos de John, mientras miraba con reticencia los toscos suelos, las sucias mesas, las bastas sillas y los rudos personajes que las ocupaban.

—Sí, tuya, rubita. ¿O es que ya no te acuerdas del nombre que tan laboriosamente bordaste en mi cazadora? Aquel día no acabé peleándome con la mayoría de los presentes por poco. Ahora ya me he resignado a ser «Mary», ya que creo que ni siquiera unos cuantos golpes en sus duras mulleras les harán cambiar de opinión sobre cómo llamarme.

—¡Por Dios! ¡Nunca creí que pudieras correr tantos riesgos a causa de mi broma! Menos mal que no pasó nada...

—Aún no te he oído pedirme perdón por esa jugarreta... —dijo John, reclamando una disculpa

—Ni lo oirás, sin duda te merecías eso y mucho más... así que vamos a lo nuestro, «Mary»; estoy impaciente por ver qué vas a enseñarme en esta ocasión —replicó Sarah despreocupadamente, mientras se dirigía a la deslucida barra en busca de un refresco.

John, como siempre, la siguió deseoso de mostrarle mucho más de lo que había pedido con su pecaminosa propuesta.

Decidido a enseñarle las difíciles ecuaciones a Sarah de una manera algo

más excitante, una forma en la que los números llegaran a apasionarla, aunque sólo fuera para ganar algo de dinero, y, cómo no, con la intención también de pervertir un poco más a esa niña buena para borrar por unos instantes su tristeza ante el recuerdo de su desobediencia, John le enseñó a Sarah su forma de jugar, explicándole paso a paso cada una de sus acciones. Incluso le hizo unas anotaciones en una pequeña servilleta para aclararle los conceptos, pero por lo visto, los números no eran su especialidad, así que cuando hubo perdido una considerable parte de sus ahorros, John se apiadó de ella y decidió dejar de lado ese modo de enseñanza, decantándose por comenzar un juego en el que solamente tuvieran cabida dos participantes.

—Bueno, Sarah, como eres nefasta para los números y no quiero perder más dinero por tu culpa, comenzaremos una partida de dos. Solos tú y yo —declaro John, mientras les mostraba a sus compañeros de mesa con un gesto que su intervención en esa partida, en la que gracias a Sarah lo habían desplumado, había terminado.

Tras quedarse a solas con ella en la mesa, John sonrió maliciosamente mientras le explicaba las nuevas reglas del juego del que sin duda disfrutaría. Después de todo, de alguna manera tenía que cobrarse con esa rubita el tiempo y el dinero que había desperdiciado.

—Bien. En esta ocasión no apostaremos dinero, sino ropa. Como es un lugar público, lleno de extraños, y no estoy dispuesto a que nadie que no sea yo vea tus encantos, si gano, elegiré la prenda que quiero que te quites. Pero te la pediré en un momento más íntimo. Y por supuesto, tú no podrás negarte a dármele.

—Ya sabía yo que me había equivocado al elegirte como profesor. Ya estabas tardando demasiado en hacerme alguna de tus pervertidas propuestas, pero finalmente aquí está. ¿Y se puede saber qué gano yo con este juego?

—Lo mismo: tú también podrás pedirme la prenda que quieras y elegir el momento adecuado en el que debo dártela si logras ganarme —contestó John, mientras intentaba simular que no le importaba demasiado si Sarah aceptaba o no su juego, cuando en realidad estaba impaciente por que ella accediera.

—Si gano, la próxima vez daremos las clases en mi habitación con una carabina, para que no puedas hacerme ninguna más de estas indecentes

proposiciones.

—Cariño, la compañía no hará que desista de intentar pervertirte, únicamente conseguirá que me dedique a susurrarte al oído mis atrevidas propuestas, en lugar de pronunciarlas en voz alta, pero será como tú quieras. Eso sí, sólo si me ganas todas y cada una de las prendas que llevo puestas — anunció John con gran seguridad, mientras barajaba con maestría las cartas, mostrándole su habilidad y lo lejos que estaba de llegar a ganarlo en ese juego.

O eso pensaba John, hasta que vio a Sarah lucir una de esas maliciosas sonrisas que lo advertían de que ella siempre sería una rival digna de admirar.

CAPÍTULO 13

—¿En serio quieres que me quite los pantalones aquí y ahora?! —se quejó John, tras perder una vez más ante mi habilidad con las cartas.

Pensé que tal vez no se merecía que lo despojara de esa prenda, cuando ya me había hecho con su cazadora y su camiseta a base de trampas, pero los taimados tipos que me habían ayudado desde el principio mirando las cartas de mi rival y mostrándome con gestos cuándo debía apostar o no, no tuvieron piedad con él y, con unas maliciosas sonrisas llenas de satisfacción, hicieron una señal con los pulgares hacia abajo, reclamando su premio, que no era otro que avergonzar a John.

En un primer momento quise retirarme de esa partida a la que solamente accedí a participar cuando esos sujetos me aseguraron la victoria, pero las insolentes palabras de John me hicieron desistir de mis buenas acciones una vez más.

—Nunca creí que fueras tan atrevida, Sarah, pero yo sé que sólo lo haces porque estás impaciente por volver a ver todos mis encantos —dijo John atrevidamente delante de todos, haciendo que me sonrojara al pensar en los osados actos que había llevado a cabo con anterioridad y en los que estaba realizando en ese momento.

Finalmente, decidí olvidarme de mostrar piedad con un hombre como él y exigí mi premio.

—Tus pantalones. Ahora —demandé bruscamente, mientras se los arrebatava de las manos.

Por desgracia, los jactanciosos gestos de mis compinches celebrando mi

victoria no tardaron en ser descubiertos por John, que, tras sentarse con tranquilidad en su silla frente a mí, me dedicó una sonrisa torcida mientras apuntaba:

—Ahora lo comprendo todo... Empecemos una nueva partida, rubita, y ahora jugaré en serio —me advirtió, recordándome que él era un chico con el que no se debía jugar si no se estaba dispuesto a arriesgarlo todo.

Unos minutos más tarde, de nada me sirvió tener ayuda para ganar a ese granuja, ya que después de recuperar cada una de sus prendas, John se había hecho con todas las mías. Y aunque no me las había exigido en ese momento, sí disponía de innumerables pagarés en sus manos, recordándome que lo haría en algún instante.

Cuando ya no me quedaba nada más por apostar, dimos por finalizada esa extraña clase en la que realmente no había aprendido nada sobre las matemáticas que se suponía que debía enseñarme, pero sí un poco más acerca de cómo era ese hombre que siempre me perseguía declarándome un amor en el que cada vez estaba más dispuesta a creer.

—Opino que tienes razón y que este ambiente no es el más adecuado para estudiar. Además, seguramente sólo aprenderías lo malo de aquí —manifestó John, fulminando con la mirada a los dos hombres que me habían ayudado a engañarlo—. Desde mañana iré a tu casa a darte clases —afirmó con decisión.

—Mis padres ni siquiera te dejarán pasar de la puerta —le recordé, preguntándome cómo conseguiría adentrarse en mi hogar.

—No te preocupes por nada, ya conseguiré yo a una fantástica carabina que, con su aburrida presencia, nos obligue a estudiar. Sobre todo porque en matemáticas eres auténticamente nefasta y necesitas mejorar. Pero no dudes ni por un instante que éstos me los cobraré en algún momento que estemos a solas... —replicó, mientras daba unos golpecitos sobre los pagarés que guardaba en su chaqueta, antes de repasar mi cuerpo de arriba abajo con una de sus intensas miradas.

—Sí, claro. Lo que tú digas. Pero si mis padres me prohíben salir contigo, las cotillas de este pueblo no dejan de vigilarnos y hasta en nuestras clases privadas tenemos que tener compañía, ¿cuándo sucederá eso, «Mary»? —lo

reté despreocupadamente, pasando por su lado.

Creí que ante mi provocación John se reiría de los obstáculos que se interponían en su camino y correría a mi lado. Pero al contrario de lo que pensaba, por unos instantes su rostro perdió la sonrisa y, mirándome con sus intensos ojos azules, me prometió:

—Yo encontraré ese momento en el que nada ni nadie pueda separarme de ti.

Luego, recuperando su sonrisa, me alejó de ese lugar y me dejó marchar a mi casa sin que yo pudiera dejar de pensar sobre esa promesa que sus labios habían pronunciado tan precipitadamente, dándome a conocer lo que en verdad sentía su corazón.

* * *

Intenté comportarme como un buen chico para llegar hasta Sarah. Me vestí como mi insulso primo, llegué con mis mejores intenciones hasta su puerta, con una estúpida carpeta repleta de apuntes, una falsa sonrisa y la compañía de Kenneth. Mi primo no dudó en aceptar acompañarme cuando se lo pedí, evidentemente con la idea de reírse de mí. Pero su molesta presencia formaba parte de mi plan, porque, conociendo al padre de Sarah, no tenía dudas de que me habría echado a patadas si se me hubiera ocurrido presentarme en solitario.

—¿Y bien, chicos? ¿Qué asunto os ha traído hasta mi hogar? —preguntó amablemente la señora Robinson, mostrándole una de sus mejores sonrisas a Kenneth, mientras le ofrecía unas apetitosas galletas en una elaborada bandeja. Bandeja que no dudó en retirar cuando mi mano se acercó para intentar coger una.

—Mi primo y yo hemos oído de los profesores que Sarah necesitaría clases particulares en algunas asignaturas, así que John ha venido a ofrecerse para ayudar. Después de todo, es el alumno con mejores calificaciones del instituto, e incluso se rumorea que este año presidirá el cuadro de honor.

Con estas palabras, Kenneth consiguió dos cosas: que los señores Robinson se atragantaran con las pastitas y el té que nos estaban ofreciendo,

y que yo sonriera con malicia hacia esas personas que me habían contemplado durante todo ese tiempo creyéndome un mero idiota.

—Bueno, no sé si es buena idea que sea tu primo quien instruya a Sarah... después de todo, él no la conoce tanto como tú —repuso la señora Robinson, esperanzada con la idea de que Kenneth tomara mi lugar en esas lecciones privadas para su hija, mientras yo me regocijaba secretamente, pensando en lo equivocada que estaba, pues de todos los reunidos, quien mejor conocía a Sarah era yo.

Finalmente, cansado de que me dejaran de lado en la conversación y hablaran de mí como si no estuviera delante, me decidí a intervenir.

—No se preocupe, señora Robinson, como su profesor, nos tomaremos el tiempo necesario para conocernos mejor —dije, poniendo cada vez más nerviosa a la mujer con esta posibilidad.

—¿Tienes referencias, chaval? —apuntó bruscamente el señor Robinson, queriendo apartarme de su camino y del de su hija.

—Por supuesto, señor Robinson, ya he dado clases a muchos de mis compañeros. Puede preguntarle sobre ello al profesor Jenkins —respondí, mientras rogaba en mi interior para que a mi tutor no le diera por relatar los lloriqueos con los que le habían ido mis compañeros después de pasar por mis manos.

—Y, dime, ¿han aprobado sus exámenes después de que les dieras clases?

—Por supuesto —contesté, muy orgulloso de que eso fuera cierto. Aunque omití añadir que sólo lo habían hecho bajo la amenaza de que, si suspendían, tendría que volver a ser su profesor.

Sin esperar a que el padre de Sarah pensara un nuevo argumento en su búsqueda de razones para evitar que le diera clases a su hija, comencé a rebuscar en la carpeta que había llevado conmigo, donde guardaba los resultados de mi último examen, para refregárselo por las narices al señor Robinson.

Cuando me disponía a mostrarle mis calificaciones, me quedé paralizado al oír las indignantes razones por las que me rechazaba para ser profesor de su hija, y apreté furiosamente los puños, mientras usaba toda mi fuerza de voluntad para retener mi lengua y no insultar con mi insolencia a ese hombre,

dándole con ello más excusas para apartarme de Sarah.

—No te molestes en mostrarme tus notas, John. Como mi hija no es demasiado lista, no será necesario que pierdas el tiempo con ella. Estoy seguro de que, por más que lo intente, no mejorará sus resultados. Hay mujeres que, simplemente, no han nacido para pensar.

Tras escuchar esas denigrantes palabras, tuve ganas de golpearlo con el libro de texto que llevaba entre mis manos, pero preferí contenerme y tratar de lograr que Sarah obtuviera la ayuda que necesitaba para perseguir sus sueños, aunque no fuera la mía.

—Entonces no soy el adecuado, ¿verdad? —le pregunté al señor Robinson, sin molestarme en explicarles a los demás el porqué de mis palabras. Después de todo, ése era un tema que el padre de Sarah y yo aún no habíamos zanjado.

—Veo que al fin lo entiendes, chaval.

—Bueno, entonces será mejor que me marche —dije, levantándome del sofá. Y, ofreciéndoles a mis anfitriones una sonrisa tan hipócrita como la que ellos me dirigían a mí, enfilé hacia la salida, no sin antes hacerle una discreta recomendación a Kenneth cuando pasaba por su lado—. Consigue este trabajo, aunque sólo sea para demostrarle a este hombre lo equivocado que está con Sarah —susurré, apretándole el hombro con fuerza.

Consciente de que si hacía lo que yo le pedía pasaría más tiempo con Sarah, mi primo no tardó en desplegar sus encantos, mientras el señor Robinson me acompañaba hacia la salida.

—¿Por qué no dejas de perseguir a mi hija? Estás perdiendo el tiempo intentando convertirte en alguien que no eres, y más aún si hay candidatos mucho más adecuados que tú para estar junto a Sarah —declaró orgullosamente el señor Robinson, mostrándome la puerta.

—Creo que ha habido un error entre nosotros, señor Robinson: yo no pienso convertirme en el hombre adecuado para usted, sino simplemente en el hombre que Sarah necesita a su lado. Y créame cuando le digo que, si ella me elige, nada podrá separarme de su lado —manifesté altivamente, decidido a enfrentarme a ese hombre que tan poco conocía a su hija.

—Cuánta arrogancia en un muchacho que hace apenas unos meses me

suplicaba que no pusiera más obstáculos en su camino. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? —se burló el padre de Sarah, recordándome mi desesperación por permanecer junto a ella.

—Ha ocurrido que he madurado y me he dado cuenta de que algunos de esos obstáculos siempre estarán en medio y que no es necesario eliminarlos, sino simplemente eludirlos —repliqué, pasando junto al señor Robinson mientras decidía el camino que tomaría mi vida, uno que irremediablemente siempre me llevaría junto a ella.

En el instante en que el señor Robinson cerró la puerta con un sonoro portazo que mostraba su disgusto por mis palabras, yo me dirigí a la parte trasera de la casa, donde estaba ese árbol que ya me había acostumbrado a escalar hacia la habitación de Sarah.

Mientras subía, no pude evitar escuchar por la entreabierta ventana de ella las indignadas palabras de mi primo hacia las instrucciones que yo le había dado antes de dirigirnos hacia ese lugar.

—En serio, Sarah, no sé por qué tenemos que esperar a John para comenzar las lecciones, cuando yo soy bastante competente. En esta materia, de hecho, saco las mejores notas de mi clase y...

Para acallar rápidamente el discurso de mi primo, no se me ocurrió otra cosa que pegar mis calificaciones contra la ventana, mientras declaraba en voz alta:

—La razón es porque yo no soy «bastante competente», Kenneth, yo soy el mejor.

Algo que mi primo no pudo rebatir cuando pasé por su lado y lo aparté de mi camino, ya que aún permanecía aturdido y con la boca abierta al contemplar el resultado de ese complicado examen que él no había sido capaz de resolver. A continuación, ocupé mi lugar junto a Sarah con despreocupación y comencé a instruirla sobre esa materia, contestando a cada una de sus preguntas.

Para mi desgracia, mis notas impresionaron a la persona inadecuada y, durante una hora, tuve que enseñar también a mi primo, para que, por lo menos, pudiera simular su papel de profesor en la farsa que nos rodeaba.

* * *

Una vez más, Millicent Taylor era testigo de cómo el alocado John Lowell trepaba por ese árbol para llegar a escondidas hasta el cuarto de Sarah. Sonrió cuando vio al siempre imperturbable Kenneth cerrar la ventana delante de las narices de su intrépido primo, hasta que éste colocó un papel contra el cristal, algo que parecía ser una contraseña que le permitió adentrarse en la estancia, ya que Kenneth, entre murmullos reprobadores, lo dejó pasar.

En realidad, esos jóvenes no hacían otra cosa que estudiar. Era una lástima que tuvieran que hacerlo a escondidas porque los padres de Sarah aún no se habían percatado de lo que valía ese muchacho, opinaba Millicent.

Desde su jardín, Millicent disfrutaba de una cerveza bien fría, mientras observaba al decidido John enseñándole a Sarah alguna asignatura. El muchacho parecía resuelto a que ella dominara esas materias y no mostraba piedad a la hora de señalarle cada uno de sus errores, aunque, sin que la chica se diera cuenta, en más de una ocasión John suspiraba resignado cuando los observaba a ella y a su molesta carabina, sin duda deseando hacer cualquier otra cosa en esa habitación que no fuera estudiar.

Esa pareja era tan entrañable... y sin duda Sarah y John estaban hechos el uno para el otro, ya que el rebelde John se volvía un poco más dócil al lado de Sarah, mientras que la siempre correcta Sarah se volvía algo más atrevida cuando estaba junto a él.

En verdad Millicent no comprendía el empeño de los Robinson de apartar a ese muchacho de su hija, o el empecinamiento en planear su futuro, un futuro que sólo atañía a Sarah. Ella, por su parte, creía que los hijos tenían que efectuar sus propias elecciones en la vida y que los padres solamente debían encontrarse allí para ayudarlos a levantarse cuando los errores los hicieran caer. «Aunque a veces desearía no ser tan permisiva», pensó Millicent cuando vio que comenzaba a anochecer sin que su hija hubiera llegado a casa todavía.

Cuando Penélope llegó al fin, otra vez deshecha en llanto debido a una nueva discusión con su novio, Millicent no pudo callarse por más tiempo lo

que pensaba sobre la relación que mantenía su hija con ese impresentable.

—Si un hombre te hace llorar así es que no te valora en absoluto, porque lo último que quiere ver la persona que te ama son tus lágrimas.

—Tú no lo comprendes, mamá... Todo ha sido por mi culpa. He hecho algo que no debía y él simplemente se ha enfadado.

—Ese hombre se enfada con demasiada facilidad, hija, y tú te disculpas demasiado —opinó Millicent, intentando limpiar las lágrimas de su hija, algo que ésta no le permitió.

—Tú no lo comprendes, mamá.

—Lo único que comprendo es que si solamente consigues lágrimas de esta relación, entonces es algo que tienes que abandonar.

—¡Es mi vida, mamá, y yo la viviré como quiera! —gritó Penélope, antes de dirigirse airadamente hacia el interior de la casa.

—De acuerdo, pero tan sólo recuerda una cosa, cariño.

—¿El qué? —preguntó Penélope, aún molesta con su madre.

—Que pase lo que pase, yo siempre estaré aquí para ti —le recordó cariñosa Millicent a su afligida hija, que no tardó demasiado en alejarse nuevamente de su lado.

—Yo que usted la encerraba —intervino entonces una impertinente voz procedente del jardín vecino, haciendo que Millicent sonriera ante las palabras de ese rebelde muchacho.

—No sé si sería una gran idea seguir los consejos de un joven atolondrado, que una y otra vez rompe todas las reglas —replicó Millicent, mientras lo invitaba a su jardín, a la vez que le arrojaba una de las frías cervezas que tenía en el porche.

—Yo tengo una buena razón para hacerlo —respondió John, señalando la ventana donde Sarah seguía estudiando.

—¿Y qué crees que haría mi hija si la encerrase, si le prohibiera encontrarse con ese novio suyo que no me gusta?

—No lo sé.

—¿Qué harías tú si te prohibieran ver a la chica que te gusta? —preguntó irónicamente Millicent, dándole con ello la respuesta que John buscaba.

—Quizá saltar todas las barreras que pusieran en mi camino y correr lo

más rápido posible para estar a su lado.

—Sí, y yo no quiero que mi hija corra para alejarse de mí. Sólo pretendo que se dé cuenta de sus errores.

—¿Y qué ocurrirá si se da cuenta de ello demasiado tarde?

—Que siempre estaré aquí para ayudarla.

—Sigo pensando que lo mejor sería encerrarla lejos de ese impresentable de Mayson, ya que lo poco que he visto de él no me gusta nada. Pero tal vez tenga usted razón. Sólo le diré una cosa más: tengo una escopeta de perdigones y le puedo enseñar a utilizarla —ofreció un sonriente John, antes de terminarse su cerveza.

—Me lo pensaré —contestó Millicent con una sonrisa, viendo que ese decidido joven no era tan irreflexivo y alocado como todos creían. Aunque sí era cierto que se le ocurrían algunas ideas un tanto descabelladas.

* * *

Kenneth no comprendía cómo había acabado ayudando a su primo a estar junto a Sarah, si desde un principio se había declarado su rival. Definitivamente, las dotes de persuasión de John eran dignas de admiración. Pero qué podía hacer sino rendirse ante la pareja que hasta él mismo veía que estaban sin duda hechos el uno para el otro.

John, ese molesto familiar que había llegado a su casa mostrándoles a todos su rebeldía, se volvía tan manso como un corderito en manos de Sarah. Y ella, la tímida y apocada chica a la que Kenneth creía conocer tan bien desde hacía años, se mostraba como una completa desconocida para él cuando John estaba delante.

Kenneth se preguntaba en más de una ocasión qué habría pasado si se hubiera dado cuenta antes de cómo era Sarah en realidad. Tal vez la situación entre ellos habría sido distinta, convirtiéndolos en una pareja adecuada, lo que podría haber durado más o menos tiempo, pero que indudablemente habría terminado en cuanto John se hubiera cruzado en su camino. Porque, aunque le molestara admitirlo, su primo era el único capaz de sacar a la luz a esa mujer que se había vuelto tan atractiva a sus ojos y que, por desgracia,

sólo brillaba con su rival.

La insultante Beverly, con las contundentes palabras que le había dedicado antes de alejarse airadamente de su lado, le había hecho darse cuenta de lo ciego que había estado hasta ese momento y que, definitivamente, había dejado pasar su oportunidad con Sarah. Por necio.

Y luego, las insolentes palabras con las que John le había declarado la guerra una y otra vez para conseguir a la mujer de la que se había enamorado le mostraron que, para su primo, ella no era un juego. Y como un día le aseguró, ya era demasiado tarde para que intentara algo con Sarah, ya que cuando John estaba presente, Kenneth se veía ignorado por completo por la chica que en otros tiempos corría detrás de él.

Si seguía entrometiéndose entre ellos y provocando a su primo con la posibilidad de acercarse a Sarah más de lo aconsejable, solamente era para fastidiarlo un poco, ya que, después de todo, John había puesto su mundo patas arriba desde que llegó a su hogar, y toda su planificada y ordenada vida se convertía en un auténtico caos cuando él estaba cerca.

Tras aparcar su coche, Kenneth salió de éste silbando una alegre cancioncilla, sin poder dejar de sonreír al recordar esa tarde, en la que John se había tenido que esconder unas cinco veces debajo de la cama, cuando la señora Robinson hacía sus apariciones para llevar a cabo su papel de celestina.

John, bastante molesto, había decidido suspender las clases, ya que cada uno de los insistentes intentos de esa madre para que su hija eligiera al hombre que ella juzgaba más adecuado, siempre lo descartaban a él, y Kenneth había disfrutado con una sonrisa de que por primera vez conseguía una victoria frente a su primo, aunque la persona que lo había elegido para ser la pareja de Sarah no fuera la que él deseaba.

Después de la marcha de John, Sarah se había limitado a permanecer distraída y melancólica, sin poder evitar desviar su mirada una y otra vez hacia la ventana donde él siempre efectuaba su aparición para removerlo todo y, por qué no admitirlo, para hacerlo todo un poco más interesante.

Cuando llegó a la entrada de su casa, Kenneth halló a su padre sentado en la escalera del porche, extrañamente decaído, mientras miraba cabizbajo lo

que quedaba de la cerveza que se estaba tomando. Asombrado por ese comportamiento tan inusual, Kenneth tomó asiento a su lado y, sin decir nada, esperó a que su padre hablara con él tan abiertamente como siempre hacía.

—Lo siento mucho, Kenneth. De verdad que lo siento... —comenzó Kevin, negando nerviosamente con la cabeza.

—¿Qué es lo que ocurre, papá? —preguntó él, preocupado por el extraño comportamiento de su padre.

—Me han despedido de la fábrica, hijo. Una puñetera máquina se encarga ahora de mi tarea y así, en un instante, recompensan diez años de trabajo, dándome una lamentable indemnización y una palmadita en la espalda mientras me enseñaban la salida.

—Bueno, todavía tenemos esta casa y...

—No, Kenneth, es el banco el que tiene esta casa, y nos está presionando para que la dejemos. Nosotros, en estos instantes, sólo tenemos unos pocos ahorros que estamos consumiendo.

—Bueno, seguro que encuentras muy pronto otro trabajo y...

—Llevo desde el principio del verano buscándolo y aún no he encontrado nada. Así que en estos momentos en los que ya no sé qué hacer, solamente puedo pedirte perdón.

—¿Por qué? —preguntó Kenneth, sin comprender todavía la gravedad de la situación.

—Por haber arruinado tu planificada vida —señaló Kevin, mostrándole la cruda realidad, mientras le tendía el resto de su cerveza.

—Ah, si no hay dinero para salvar esta casa, mucho menos para mi universidad, ¿verdad? —razonó Kenneth, acabándose el resto de la bebida de un trago.

—En efecto —suspiró Kevin, resignado a que su hijo lo odiara.

—¿Se puede saber por qué no me lo dijiste antes de que empezara a planificar mi futuro? ¿Por qué has dejado que me esperanzara con una vida que tal vez no logre alcanzar nunca? —se quejó amargamente Kenneth, mientras cerraba airado los puños.

—Yo confío plenamente en ti, hijo. Sé que lograrás todo aquello que te

propongas —declaró su padre, levantándose de su lugar, mientras recordaba con orgullo todo lo que su hijo había conseguido hasta entonces—. Sólo que en esta ocasión las cosas no serán tan fáciles como hasta ahora —finalizó Kevin, poniendo una de sus fuertes manos sobre el hombro de Kenneth y apretádoselo intentando mostrarle el apoyo que nunca dejaría de darle a pesar de las dificultades que se cruzaran en su camino.

—Si estamos tan arruinados, ¿por qué aceptaste recibir a John en nuestra casa? —quiso saber Kenneth, molesto, y, tras el silencio que su padre guardó ante su pregunta, llegó a la conclusión más obvia—. La acogida de John no fue una acción bondadosa y desinteresada por tu parte, ¿verdad, papá? —lo presionó, queriendo saber todo lo que su padre le ocultaba.

—Cierto —reconoció Kevin tras un suspiro—. Mi hermano me pasa todos los meses bastante dinero para que me encargue de su díscolo hijo. Dinero que no puedo rechazar. Aunque, con dinero o sin él, no me habría importado cuidar de ese chaval, porque es como otro hijo para mí.

—Y dime otra cosa, padre, las persistentes visitas que han pasado este verano por nuestra casa, en las que las hijas de tus amigos no dejaban de intentar mostrarme todas sus cualidades, ¿eran una simple coincidencia? Porque no quiero ni imaginarme que me estabas vendiendo al mejor postor como el marido perfecto. Además, los gastos extra que has tenido a causa de esas visitas no son fáciles de afrontar para un hombre arruinado, si no obtiene un beneficio.

—Nunca te haría eso, Kenneth. Casi todas las reuniones fueron para tantear un posible nuevo trabajo... pero ellos se empeñaron en traer a sus hijas y... —dijo Kevin, frustrado mientras se mesaba los cabellos.

Sin poder evitarlo, Kenneth rio irónicamente ante su nefasta situación. Y cuando su risa se apagó, se dirigió a su padre:

—Durante todo este tiempo siempre he creído que las chicas que traías a esta casa y que me agobiaban con todas sus habilidades y virtudes para llamar mi atención intentaban venderse a mí, y ahora me entero de lo equivocado que he estado siempre, ¿pues era yo quien iba a ser subastado al mejor postor!

—Yo nunca haría eso —declaró Kevin apenado.

—Entonces, ¿qué ha sido Sarah durante todos estos años? —insistió

Kenneth, anhelando conocer la verdad que rodeaba la presencia de Sarah en su casa todos los veranos.

—Los Robinson aún no saben de mi situación, y esa niña, aunque no lo creas, siempre ha sido para ti una buena amiga en la que un día tuve la esperanza de que te fijaras, porque una mujer como ésa es la que necesitas a tu lado para seguir adelante.

—Lo sé, papá, no sabes hasta qué punto lo sé... Ahora... —ironizó Kenneth, recordando que el corazón de Sarah ya pertenecía a un hombre que no era él—. Y ahora que no tengo nada, ni siquiera un camino que seguir en mi vida, ¿qué se supone que debo hacer?

—Es sencillo, Kenneth: crear uno nuevo con el que poder seguir adelante, sin abandonar del todo nuestros sueños. Porque tal vez éstos serán más difíciles de alcanzar, pero no debemos dejar de intentar cumplirlos, porque sin sueños no hay esperanza, hijo —declaró Kevin, mientras le arrebatava la cerveza vacía a su hijo.

—¿Tú aún intentas alcanzar tus sueños, papá?

—Sí, siempre habrá un nuevo anhelo que satisfacer, una nueva meta que perseguir a lo largo de la vida. Algunas podremos lograrlas con facilidad, y otras tal vez sigamos corriendo toda una vida tras ellas.

—¿Y cuál ha sido tu mayor logro hasta ahora, papá?

—Tú, por supuesto —respondió Kevin, señalándolo con la mano que todavía sostenía el botellín de cerveza.

—Un deseo muy simple, ¿no te parece? —repuso Kenneth, mientras una sonrisa asomaba a sus labios al recordar todos los momentos que había vivido a lo largo de los años bajo el cobijo de sus padres.

—Pero es que los deseos más sencillos son los que más felices nos hacen, Kenneth —comentó Kevin, pasando un brazo sobre los hombros de su hijo y dirigiéndolo hacia el interior de su casa para mostrarle cómo crearse un camino en esa traicionera vida que, en ocasiones, nos deshacía tan fácilmente, dejándonos tan perdidos como cuando comenzamos a recorrerlo.

CAPÍTULO 14

Como el hijo responsable que era, la respuesta de Kenneth ante los problemas de su padre fue buscar un trabajo para después de las clases con el que ayudarlo a cubrir sus gastos. Para un chico que nunca se había manchado las manos, fue algo complicado comenzar a hacerlo. Y más aún si el grano en el culo que lo acompañaba desde ese verano no dejaba de atosigarlo.

—Comprendo por qué estoy trabajando en este cochambroso lugar, ya que aún estoy castigado —comentaba John, moviendo despreocupadamente la llave inglesa, mientras señalaba con ella el viejo taller de Tony—, pero ¿me puedes explicar qué narices haces tú aquí? —terminó, extrañado, observando cómo desentonaba el estirado aspecto de su primo en ese lugar, a pesar de que fuera ataviado con un grasiento mono de mecánico.

—Eso, querido primo, no es de tu incumbencia —respondió Kenneth, mientras proseguía con la limpieza del vehículo de Tony, el dueño.

—¡Mi negocio no es cochambroso! ¡Y dame eso antes de que dañes a alguien! —gritó enfadado Tony, arrebatándole la herramienta al más lamentable de todos los aprendices que había tenido, a la vez que le señalaba nuevamente el trapo con el que debía sacar brillo a su vehículo. Si no fuera porque esas manos le salían gratis, ya haría tiempo que habría expulsado de una patada a ese chaval de su taller.

—En serio, no puedo concentrarme en el trabajo si tengo alguna incógnita rondando por mi cabeza. Y tu presencia aquí lo es —declaró John, ignorando a Tony y sus exigencias, sin dejar de presionar a su primo para que le dijera la verdad de lo que estaba ocurriendo—. Tus padres y tú estáis últimamente

muy raros. Sobre todo después de que decidieran que os mudarais a un lugar más céntrico. ¡Esa nueva casa es como una lata de sardinas, y esas literas tan estrechas me hacen desear dormir en el suelo! Pero en fin...

—Si no te gusta cómo hace las cosas mi familia, siempre puedes marcharte del pueblo —declaró furiosamente Kenneth entre dientes, mordiéndose la lengua para no delatar la lamentable situación de los suyos y para evitar desahogar su rabia con sus puños en la cara de su impertinente primo.

—Sabes que tarde o temprano averiguaré qué haces aquí, y entonces me regodearé en mi victoria. Así que, ¿por qué no te ahorras mis futuras burlas y me cuentas lo que está ocurriendo?

—Creo que correré el riesgo —dijo cínicamente Kenneth, mientras proseguía con su labor.

—¡Vamos, chicos! ¡No os pago para que perdáis el tiempo! —gritó Tony desde un grasiento rincón.

—De hecho, a mí no me pagas —recordó John, molesto con las horas perdidas que pasaba en ese lugar, debido al imaginativo castigo de su tío—. ¡Espera un momento! ¿A él le pagas? —preguntó con asombro, señalando la satisfecha sonrisa que asomaba al rostro de su primo.

—Él no me destroza todo lo que toca —señaló Tony, haciendo referencia a algún que otro coche que había tenido que reparar después de que pasara por las manos de John para un simple cambio de aceite.

—¡Sólo se me dan bien las motos, no tengo ni idea de coches! Además, estas manitas no están hechas para estas duras tareas —bromeó John, para luego añadir, mientras señalaba las de su primo—: Y creía que ésas tampoco.

—No, pero aprenden rápido —repuso Kenneth, mirando con determinación sus manos manchadas de grasa.

—Y dime, primo, ¿qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión y provocar que ahora estés tan dispuesto a manchar tu impoluta presencia? —inquirió sarcásticamente John, intentando burlarse de él.

—¿Tú qué crees...? Sarah —contestó Kenneth, a pesar de que esa afirmación quedaba muy lejos de ser cierta. Lo había dicho sólo para fastidiar a su primo, aprovechando el único punto débil que siempre tendría.

Las furiosas advertencias que John pretendía hacerle a Kenneth quedaron acalladas por las órdenes de Tony, que les exigía volver al trabajo, así que John simplemente gruñó su descontento, mientras volvía a su deber, aunque, eso sí, más decidido que nunca a saber lo que estaba ocurriendo, sobre todo si Sarah estaba implicada en ello de alguna manera.

* * *

Cuando finalicé mi trabajo, me fui directamente a la nueva casa a la que mis tíos se habían trasladado. Aunque ellos lo hicieron asegurando que su ubicación más céntrica y más próxima al instituto y a la fábrica donde trabajaba mi tío era beneficiosa, a mí me parecía que la zona no era demasiado recomendable, y los kilómetros que recorría con mi moto hasta llegar a cualquier lugar eran prácticamente los mismos que hacía antes desde la acogedora casa del lago.

La nueva vivienda era más pequeña, más triste y sin duda muy lamentable, ya que mientras antes tenía mi propio espacio en la habitación que compartía con mi primo, ahora ambos teníamos que apretujar nuestros traseros en una incómoda litera. Por suerte, yo no pasaba mucho tiempo en casa.

Las milagrosas manos de mi tía Miriam no tardaron en convertir ese descuidado lugar en un buen sitio donde vivir, pese a algunas incomodidades. El pequeño salón que en un principio me había parecido tan oscuro y sucio, con sus sombrías paredes y sus desolados rincones, ahora relucía con blancas paredes, coloridas cortinas y alegres marcos que mostraban fotografías de toda la familia, incluyéndome a mí.

La cocina, tan negra como el hollín, había sido limpiada a conciencia hasta permitarnos descubrir que la encimera era de un bonito mármol gris, y las habitaciones, aunque sólo fueran dos, habían recuperado su esplendor ante la laboriosidad de mi tía, convirtiendo lo que en un principio era una horrenda cueva en un acogedor hogar.

Pero como yo no era ningún necio, a pesar de lo que mis familiares pensaran, no tardé en darme cuenta de que nuestra rápida mudanza no se

debía a las vanas excusas que daban mis tíos cada vez que les preguntaba. Decidido a saber la verdad, no dejé de hostigar a mi primo para que me revelara lo que estaba ocurriendo, pero el muy condenado tenía una voluntad de hierro, por lo que me vi obligado a jugar sucio una vez más y, fingiéndome dormido, esperé en la litera de arriba a que Kenneth se escapara de nuevo de casa, como solía hacer últimamente, para luego regresar a altas horas de la noche, escondiéndose de todos.

En cuanto vi a Kenneth coger su bate de béisbol, simulé que continuaba dormido, sin asombrarme demasiado ante el hecho de que mi primo saliera armado, ya que nuestro nuevo barrio dejaba bastante que desear.

Continué fingiendo que dormía, a pesar del escándalo que hacía Kenneth tropezando con todo en la oscuridad, y sólo cuando lo oí salir por la ventana me decidí a seguirlo. Esperé unos minutos antes de perseguirlo silenciosamente y, tras observar el camino que tomaba su viejo coche, lo perseguí a distancia con mi moto, muy dispuesto a averiguar qué era lo que hacía todas las noches el siempre correcto Kenneth para tener que ocultarlo.

Vi que llegaba hasta la casa del lago, un lugar que en apenas unas semanas había perdido su esplendor. Por lo visto, los vándalos de por allí se habían dedicado a romper los cristales, las puertas e incluso habían arrancado algunas tejas. Sin duda, mi leal y honorable primo había ido allí para enfrentarse a los desalmados que se habían atrevido a tocar su antiguo hogar.

Decidido a ayudar a ese niño de papá que seguramente no sabría ni alzar los puños, aparqué a un lado del camino y me dirigí hacia la casa. Entre las sombras de la noche distinguí la silueta de un tipo que alzaba un bate contra uno de los cristales. Sin pararme a pensar, me lancé sobre él, arrojándolo al suelo, resuelto a darle una lección sobre lo que no debía tocar.

Únicamente cuando el individuo llevaba encajados varios puñetazos y rodamos por el suelo hasta encontrarnos cerca de las luces del coche de mi primo, pude distinguir que el estúpido vándalo con el que me estaba peleando no era otro que el propio Kenneth.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —grité furioso, mientras me apartaba de él y le requisaba el bate, dispuesto a averiguar el motivo de su locura.

—¿A ti qué te parece? Rompiendo una ventana... —declaró él, tan desvergonzadamente como podría haber hecho yo, limpiándose la sangre del labio con el dorso de la mano.

—¿Es que acaso estás borracho, primo? —pregunté, intentando encontrar una explicación a esa locura.

—Hoy no —replicó Kenneth tan tranquilo, mientras me señalaba un rincón donde se apilaban numerosas botellas de cerveza.

—¿Puedes explicarme por qué narices estás destrozando tu casa de esta manera? —le increpé, intentando obtener respuestas.

—Porque ésta ya no es mi casa. Hace un mes que el banco se quedó con mi hogar, con mis sueños, con todo... ¡y no estoy dispuesto a entregárselo de buena gana! Además, no quiero que vendan este lugar al mejor postor: quiero recuperarlo.

—¿Desde cuándo estáis tan mal de dinero? —pregunté, tendiéndole una mano para ayudarlo a levantarse.

—Por lo visto, desde antes de que tú llegaras. Pero espera, que aún no has escuchado lo mejor: mi familia no es tan caritativa como piensas, y si te acogió con los brazos abiertos fue tan sólo por el dinero que tu padre le entrega al mío para que se haga cargo de ti —reveló Kenneth, furioso, sin saber si su enfado iba dirigido hacia mí o hacia sus padres.

—¿Y qué? —repliqué tan tranquilo, sin enfadarme con nadie, pues no era la primera vez que mi padre intentaba encasquetarle sus problemas a otro a cambio de dinero. Y con problemas me refería a mí mismo, evidentemente.

—¿Cómo que «y qué»? ¿Es que no te importa nada que el aprecio de mi familia, la acogedora bienvenida que te han dispensado hasta ahora y todo el tiempo que has pasado con nosotros hayan sido sólo un engaño?

—Tu familia no me ha engañado, Kenneth, y tus padres, a pesar del dinero que mi padre les entregue cada mes, no creo que sean falsos en su cariño. Si fuera así, ya me habrían largado de esta casa después de alguna de mis trastadas, por más pasta que mi querido padre pusiera en sus manos. Por primera vez en años he sentido como si de verdad perteneciera a un lugar, como si ésta fuera mi familia. Y por más revelaciones que me hagas, nada cambiará los gratos recuerdos que guardo de vosotros, así que deja de estar

furioso con todos y explícame de qué manera entra en tus planes destrozar esta casa para recuperarla —lo apremié, mientras le devolvía su bate, seguro de que mi primo había entrado en razón.

Craso error, ya que lo primero que hizo cuando tuvo ese juguete nuevamente entre sus manos fue destrozar otra de las ventanas de esa casa que en algún momento había significado tanto para él.

—No tengo ningún plan —manifestó, rompiendo otro cristal para desahogar su enfado.

—Y después es a mí a quien tachan de salvaje... —murmuré, mientras me masajeaba una sien. Y con la intención de quitarle el bate de béisbol otra vez, me dirigí hacia él.

—Sólo... es que... no quiero que alguien se quede con esta casa que guarda tantos recuerdos para mí y que tan bruscamente me arrebataron —confesó Kenneth entre jadeos debidos al esfuerzo que hacían sus brazos para expresar el dolor que no quería mostrar con sus lágrimas.

Finalmente, cuando Kenneth terminó con esa ventana, permitió que el bate cayera al suelo. Y como a mí nunca se me había dado demasiado bien consolar a las personas llorosas que no fueran hermosas chicas, algo que mi primo estaba muy lejos de llegar a ser, le palmeé la espalda con firmeza para darle ánimos. Mientras tanto, miraba detenidamente la casa del lago pensando en alguna de esas alocadas ideas por las que tanto me habían reprendido a lo largo de ese verano, pero que sin duda en momentos como ése era necesario poner en práctica.

—No te preocupes, no la venderán —aseguré a mi afligido primo, luciendo en mi rostro una de esas maliciosas sonrisas que delataban que muy pronto nos veríamos metidos en problemas. Y, a pesar de saberlo, Kenneth no protestó en esa ocasión como siempre hacía, sino que me devolvió la sonrisa mientras negaba con la cabeza resignadamente.

—¿Y bien? Escuchemos tu brillante plan —declaró, tendiéndome el bate que había recogido del suelo, dispuesto a ensuciarse un poco, tal como había aprendido a hacer ese verano.

* * *

Kevin pensaba que su casa del lago muy pronto pertenecería a otra familia, que vería a otros vivir los momentos que él había disfrutado en esa idílica morada de dos plantas, de blancas paredes, tejas grises, amplios ventanales y un cómodo porche, y que sentiría envidia y nostalgia por todo lo que había perdido, todo lo que había dejado atrás, todo lo que ya no podría volver a vivir en ese hogar que ya no era el suyo.

Pero a pesar de los meses que habían transcurrido, su propiedad aún no había sido adquirida por nadie y eso, en ocasiones, le daba esperanzas y le permitía exhibir una discreta sonrisa llena de satisfacción, ya que esa casa todavía seguía como él y su familia la habían dejado, acumulando los recuerdos que crearon en el pasado.

Mientras disfrutaba de una cerveza en la barra del pequeño y acogedor restaurante familiar de Marlon Norton, no podía evitar recordar el extraño comportamiento que su sobrino y su hijo habían tenido últimamente: durante los pocos descansos de sus trabajos, de sus estudios o de esas extrañas clases particulares a Sarah Robinson, en las que Kevin aún no había podido averiguar cuál de esos dos era realmente el profesor de la chica, ambos desaparecían de su vista para volver horas después hasta las cejas de polvo, hollín, pintura y tierra, encerrándose rápidamente en su habitación para esquivar sus preguntas.

En más de una ocasión los había visto escaparse por la ventana, pero pensando que los jóvenes necesitaban un respiro, al igual que él, Kevin había decidido mirar para otro lado. Aunque la verdad era que su regreso a casa cada vez a horas más intempestivas comenzaba a preocuparlo y a hacerle reflexionar sobre qué estarían tramando esos dos.

Cavilando sobre cómo abordar a los irrespetuosos jóvenes que lo evitaban en la próxima ocasión que intentaran huir de su casa, Kevin tomó un largo trago de su cerveza para disfrutar de un momento de paz, hasta que éste se acabó abruptamente cuando Gael Bramson, el agente inmobiliario que gestionaba la venta de su casa, se sentó junto a él.

—¡Marlon, haz el favor de ponerme una cerveza! Mi día no puede ir a peor...

—¿Qué te ocurre, Gael? —se interesó Marlon.

—¿Que qué me ocurre? ¡Pues que no hay manera de vender esa maldita casa del lago, y mis superiores no hacen otra cosa que presionarme! — declaró Gael, ganándose toda la atención de Kevin, que permaneció atento a cada una de sus palabras.

—Pero Gael, ¿tú no eras el mejor vendedor, un hombre que podía incluso venderle arena a un beduino en el desierto? —preguntó burlonamente Marlon, mientras depositaba la fría cerveza frente a Gael para endulzar un poco su nefasto día.

—Y puedo... o por lo menos podía, hasta que me crucé con esa casa. ¡Es como si estuviera maldita! —suspiró Gael frustrado, haciendo que Kevin comenzara a preguntarse si esa supuesta maldición no tendría algo que ver con el par de rebeldes que vivían en su hogar.

—Primero, unos vándalos se dedicaron a destrozar la casa, por lo que se bajó el precio del inmueble. Cuando creí que con esto tendría la venta asegurada, pues tan sólo debían efectuarse unas pequeñas reformas, un grupo de motoristas se dedicó a rodear la casa con sus motocicletas y a dejar pintadas por el interior de la misma con amenazantes mensajes que asustaron a varios posibles clientes.

Mientras escuchaba al afligido agente inmobiliario, Kevin supuso que conocía a ese «grupo de motoristas», constituido en realidad por un único miembro.

—Lo más inquietante de todo fueron los mensajes que dejaron en las paredes, pintadas que me vi obligado a eliminar yo mismo con algunas manos de pintura. Y, por último, no me preguntes cómo, los muy desgraciados escribieron una cancioncilla obscena en el techo. Algo que espantó a una clienta cuando, tras ver las impolutas paredes que yo había adecentado, le señalé inocentemente las lámparas de cristal, sin percatarme de que se me había olvidado pintar el maldito techo.

Kevin se atragantó con su bebida al escuchar las muestras de originalidad de esos muchachos, pero también decidió tomar cartas en el asunto en cuanto escuchó las siguientes palabras de Gael:

—Tras llamar a la policía, hemos acordado mantener esa casa vigilada, a

ver si pillamos a los gamberros que me están tocando las pelotas y también, dicho sea de paso, el bolsillo.

—¿Quién crees que los atrapará antes, tú o la policía? —preguntó Marlon, igual de cotilla que siempre.

Kevin no esperó a escuchar la respuesta de Gael a tal pregunta y, tras depositar en la barra el importe de su cerveza, murmuró discretamente, al tiempo que se levantaba de su asiento:

—Seré yo.

Nadie oyó las desafiantes palabras de Kevin mientras se alejaba, decidido a acabar con la maldición que comenzaba a rondar su vieja casa del lago.

* * *

—Me alegro mucho de que accedieran a mantener este encuentro unas horas antes de lo acordado y que no les importe que sea yo quien les muestre la casa en lugar de mi querido mentor, Gael Bramson —declaró amablemente el joven vendedor, mientras enseñaba la casa a una anciana pareja que tal vez habrían sido los mejores para ocupar aquella bonita propiedad si no fuera por el pequeño detalle de que, por más que todos se empeñaran en ello, no estaba en venta.

—No te preocupes, jovencito, no nos ha importado madrugar un poco. Después de todo, tras nuestra jubilación tenemos poco que hacer, por eso hemos decidido que queremos pasar el resto de nuestros días en una casita junto a un bonito lago. Sin duda, ésta es la más apropiada —respondió con decisión el anciano, abrazando afectuosamente a su mujer.

—Les pido disculpas por lo deteriorada que se encuentra, pero es que hemos tenido algunos problemas y... —comenzó a relatar el joven vendedor, para luego callarse de golpe, sin mencionar qué problemas había.

—No te preocupes, muchacho —lo alentó amablemente la anciana mujer, cogiendo las manos del chico entre las suyas para darle ánimos —. Mi marido es un as con las reformas. Sin duda, con un poco de tiempo, devolverá esta casa a su antiguo esplendor. Y tiempo es precisamente lo que ahora en nuestra vejez tenemos de sobra.

—Como pueden observar, las paredes están recién pintadas —señaló el vendedor, guiando a sus clientes hacia el interior—. Y esto no se debe a que queramos ocultar algún mensaje amenazante, ni mucho menos... —aclaró el joven, justo antes de morderse la lengua.

—Nos estás escondiendo algo, ¿cierto? —inquirió la mujer, mirando suspicaz al joven que los atendía.

—No... sí... bueno, verán... —comenzó a balbucear nerviosamente el chico, cediendo finalmente ante esos exigentes y reprobadores ojos que le reclamaban la verdad de lo que estaba ocurriendo en esa casa. Así que, tras coger aire, comenzó a relatar todo lo que había ocurrido—. Primero hubo un problema con unos vándalos borrachos, que destrozaron las ventanas. Luego, una banda de moteros se apropió de este lugar, lo reclamó como sede para sus actividades ilícitas y realizaron pintadas bastante amenazantes u obscenas, según el caso, pero como pueden comprobar, hemos conseguido echarlos a todos y...

—¡Vaya por Dios! ¡Cuántas cosas nos ha ocultado el señor Bramson al ofrecernos este lugar! —declaró la alarmada anciana, mientras se acurrucaba en los brazos de su marido.

—¿Hay algo más que debemos saber, muchacho? Como, por ejemplo, ¿quién es ese hombre de ahí? —quiso saber el anciano, señalando a un desaliñado individuo que llevaba el rostro cubierto por una máscara de hockey y un hacha en la mano.

—¡Oh! ¡Es inofensivo, no se preocupen por él! —repuso el vendedor, quitándole importancia a aquella inquietante presencia, que, ante el asombro de los clientes, arremetió con su hacha contra una de las puertas—. Solamente es el perturbado que vivía aquí antes, que todavía no se ha hecho a la idea de que éste ya no es su hogar. Viene de vez en cuando y rompe una puerta o una ventana, pero vamos, es totalmente inofensivo. Siempre que no lo miren a los ojos ni lo hagan enfadar ni... ¡Mierda! ¡Lo he mirado a los ojos! ¡Corran! —gritó alarmado el joven comercial, mientras comenzaba a alejar a sus clientes del airado loco que los perseguía.

Cuando la anciana pareja se encontraba ya en su coche, muy lejos de la casa que tan prometedora les había parecido en un principio, el joven

vendedor se desarregló los estirados cabellos y se aflojó la corbata, se quitó la chaqueta y, echándosela por encima de un hombro, volvió silbando hacia el camino que lo llevaba a la deshabitada casa y al desquiciado que había en ella, que lo esperaba moviendo perturbadoramente su arma en el aire.

—Para ser un niño bueno, te gusta demasiado representar el papel de chico malo.

—Tú eres quien me ha dado este maldito disfraz. Ahora no te quejes —replicó Kenneth, quitándose la máscara.

—Anda, vuelve a ponerte la máscara, estás más guapo con ella —bromeó John, mientras le pasaba a su primo una de las cervezas que escondían debajo de las tablas sueltas del porche para celebrar victorias como aquella, con las que pretendían alejar a todos de ese lugar.

—¿Tenías que decirles a esos ancianos que era un perturbado? Pensé que les iba a dar un infarto cuando corrían para alejarse de aquí.

—Si te parece, la próxima vez te presento a los compradores y los asustas con tus encantos —ironizó John, alzando una ceja.

—Sé que tengo que alejarlos de aquí para conseguir lo que quiero —declaró Kenneth, masajeándose nerviosamente el cuello—, pero ¿por qué tengo que hacer yo el papel de loco y tú el de buen chico, si no te pareces en nada a uno?

—Porque lo sé disimular muy bien, ¿verdad, primo? —repuso jocosamente John, mientras le guiñaba un ojo.

—Sí, condenadamente bien —confirmó Kenneth, rindiéndose ante su primo al recordar cómo había representado a la perfección ese rol.

Harto de las quejas de Kenneth mientras intentaba deleitarse con su cerveza, John suspiró y comenzó a recitar punto por punto por qué razón él no podría nunca interpretar su papel, mientras contaba con los dedos:

—Kenneth, tú no puedes ser el vendedor en esta historia porque, primero, no mientes tan bien como yo; segundo, no tienes tanta soltura con las palabras; tercero, de ningún modo eres convincente... y, además de todo esto, está el pequeño problema de que todo el mundo te conoce en este pueblo. Así que, lo siento, primo, pero deberás seguir siendo el perturbado y yo el pésimo vendedor. Dicho esto, cuéntame: ¿quién es el siguiente comprador al que

debemos espantar? —lo apremió John, en tanto Kenneth revisaba la agenda del señor Bramson, algo que su primo habría conseguido indudablemente haciendo uso de métodos nada honrados, ya que, según los rumores, el agente inmobiliario nunca se separaba de su preciada pertenencia.

—El próximo es... —musitó Kenneth en voz alta, mientras su primo imitaba burlonamente los redobles de un tambor, hasta que fueron interrumpidos por unas firmes manos que le arrebataron la agenda a Kenneth, poniendo fin a sus peligrosos juegos.

—¡Nadie! —exclamó Kevin severamente, cerrando de golpe la agenda de la que se había apoderado y reprendiendo con una dura mirada a los jóvenes que tenía ante él—. ¿Sabéis que por poco no les da un infarto a esos ancianos en la carretera? Gracias a Dios que se han topado conmigo de camino al pueblo y he podido calmarlos asegurándoles que habían sido víctimas de una estúpida broma de unos aún más estúpidos adolescentes. Si no llego a aparecer en ese momento, estaban más que decididos a llamar a la policía. ¿Tenéis siquiera una idea de lo que estáis haciendo? —preguntó secamente Kevin, ante lo que los dos jóvenes, tras mirarse el uno al otro, por una vez contestaron con sinceridad a una pregunta.

—No.

Tras un gran suspiro de resignación, Kevin comenzó a intentar meter un poco de sensatez en esas locas cabezas, que, en ocasiones, en tantos problemas podían llegar a meterse.

—Ésta no es la forma de solucionar los problemas. Sé que tú sólo quieres ayudar, John, pero tus ideas únicamente consiguen empeorarlo todo. Por otra parte, Kenneth, comprendo que no quieras desprenderte de esta casa, pero por desgracia ya no nos pertenece. Y ahora, vayámonos de este lugar antes de que venga la policía y nos detenga a todos —sugirió Kevin, señalando el camino. Y, mientras se dirigía hacia su coche, no pudo evitar tirar aquella fastidiosa agenda que llevaba en las manos al fondo del lago, donde sus datos se perderían para siempre.

Las interrogantes miradas de los rebeldes jóvenes siguieron cada uno de sus movimientos, mostrando una irónica sonrisa ante sus acciones.

—¡Qué! No pienso actuar como vosotros, pero tampoco voy a contribuir

a la venta de esta casa... —manifestó Kevin, mientras guiaba a sus díscolos chicos de vuelta a su hogar, un hogar tal vez más pequeño, no tan hermoso como el anterior y carente del encanto que siempre tendría la casa del lago, pero un hogar al fin y al cabo, ya que éste no lo constituyen unas simples paredes y un techo, sino que es el lugar donde se reúnen todos los seres queridos que forman una familia.

CAPÍTULO 15

Cada día que pasaba veía menos al sinvergüenza que había robado mi corazón, y no podía evitar echarlo de menos, tanto a él como sus alocadas bromas que siempre me sacaban una sonrisa.

Sin saber la razón, las clases particulares que él me daba en compañía de su primo habían disminuido en número, seguramente porque ambos estaban demasiado ocupados con sus trabajos y sus estudios, aunque deduje que habría algo más cuando comencé a oír los rumores que rodeaban la casa del lago: historias de fantasmas, de perturbados, de gamberros y de peligrosos motoristas en aquel lugar pacífico y apacible, donde la única posibilidad de diversión hasta entonces había sido contemplar las cristalinas aguas. Solamente podían ser descabelladas invenciones de ese chico que siempre me volvía loca.

Harta de suspirar por un hombre que parecía hallarse demasiado ocupado para verme, no tardé en acceder a salir con mi amiga Penélope. Para mi desgracia, ella siempre iba acompañada de su novio Mayson, un joven que, aunque tuviera una apariencia aceptable para algunos adultos como mi padre, a mí me desagradaba. Sobre todo, cuando trataba a mi amiga como un accesorio en vez de como a su novia.

—¡Vamos, Penélope, no te quedes atrás! —le gritó airadamente Mayson, mientras aceleraba el paso.

Yo, pese a mi habitualmente tranquilo temperamento, deseé pegarle un puñetazo a ese idiota. Y más aún cuando oí cómo la despreciaba una y otra vez, sin preocuparse de dirigirle una sola mirada. Supongo que él pensaría

que para qué iba a hacerlo: Mayson ya sabía que Penélope siempre lo seguiría allá donde fuera, a causa de su estúpido enamoramiento.

—No me puedo creer que seas tan lenta, ¿es que nunca puedes hacer nada bien, ni siquiera seguir mi paso?

—Vas demasiado rápido para mí o para Penélope, Mayson. Y te aviso desde ya que no pienso correr, así que, si quieres llegar el primero, adelante, nosotras te seguiremos, pero a mi paso. Si es que decidimos seguirte... — intervine, sin importarme en absoluto meterme en su conversación.

Y, cogiendo el brazo de mi amiga, me propuse ir más lenta que un caracol solamente para molestar a ese desagradable individuo que me sacaba de quicio y al que cada vez tenía más ganas de patearle el culo.

Penélope me sonrió, acostumbrada ya a mi rebelde comportamiento, que cada vez estaba menos dispuesta a reprimir, y finalmente Mayson redujo su precipitado paso, poniéndose a nuestro lado. Aunque, como el energúmeno que era, no pudo evitar expresar en voz alta cada una de sus quejas, algo que yo ignoré para mantener una alegre conversación con mi amiga.

Los tres fuimos al cine y a patinar, un plan que habría sido tremendamente divertido para Penélope y para mí de no ser por un pequeño inconveniente, o mejor dicho, un gran inconveniente llamado Mayson. Cuando se acercaba la hora del toque de queda impuesto por mi padre, Mayson reclamó un poco más de nuestro tiempo. Yo, sin dudarlo, lo habría ignorado por completo, pero no quería dejar a mi amiga a solas con ese idiota, así que me dejé guiar por ellos.

Mayson nos condujo hacia un local que, según él, ninguna de nosotras debíamos conocer, mientras no podía evitar presumir de ello arrogantemente. Y en el momento en que sujetaba la puerta, mostrando el primer gesto caballeroso de la noche, le comenté con intención de bajarle los humos:

—Siento desilusionarte, pero yo ya he estado en el bar de Zoe en más de una ocasión.

Mis palabras llamaron su atención y, cuando pasé a su lado, Mayson susurró atrevidamente a mí oído sin que mi amiga se percatara de ello:

—Entonces no eres una chica tan buena como todos piensan, ¿verdad?

Me estremecí llena de repulsión ante el acercamiento de ese sujeto. Y más

todavía cuando recorrió mi cuerpo de arriba abajo con una mirada libidinosa, como si me deseara. En ese preciso instante deseé que el chico que tanto echaba de menos se encontrara a mi lado para alejar a Mayson de mí. Y, casualmente, cuando eché un vistazo hacia el fondo del local, vi que allí estaba mi salvador, el hombre al que tanto había deseado ver durante todo ese tiempo. Pero había un pequeño problema: que John no me esperaba de la manera que yo pensaba que haría, ya que, mientras yo me había pasado días lamentándome por no verlo, su primo y él se encontraban disfrutando alegremente de abundante compañía femenina.

Decidida a hacer notar mi presencia a esos dos, me dirigí hacia la barra donde ellos se encontraban e, ignorando a mis acompañantes, a los que había dejado atrás, pedí una cerveza bien fría. Zoe, alzando una ceja burlescamente, me ignoró y puso ante mí un refresco.

—¡Rubita! ¿Es que ya ni siquiera saludas a tu novio? —preguntó John, atrevido, intentando desprenderse de las mujeres que lo atosigaban.

—¿Qué novio? —repose, volviéndome hacia él, mientras daba un gran trago a mi refresco.

—¿Con quién has venido? —quiso saber John, preocupado, recibiendo cada una de mis pullas con una ladina sonrisa.

—Con quien a ti no te importa.

—¡Vaya! ¿Y qué has venido a hacer aquí?

—Vengo por la cerveza, por supuesto —dije, alzando mi bebida, mirando molesta a Zoe y retando a John con la mirada para que dijera algo sobre mi presencia en ese local.

—¿Y a qué más? —insistió él, acercándose peligrosamente a mí, mientras ignoraba a todas las chicas que lo rodeaban.

—A... —comencé a susurrar a su oído cuando se hallaba más cerca de lo aconsejable— ¿a ti qué te importa?

Riéndose de mi desafiante contestación, John comenzó a alejarse de mí. En ese momento no dudé en provocarlo y dije:

—Al igual que tú, he venido aquí a divertirme. Aunque ya veo que tú has encontrado más diversión de la que puedes abarcar... —manifesté, señalando a las chicas que él había dejado atrás y que sin duda lo seguían esperando—.

Veamos si yo puedo hacer lo mismo —finalicé, mientras le colocaba atrevidamente la helada botella de mi refresco en una parte que yo sabía que se alzaba con demasiada facilidad frente a los encantos femeninos.

—No, no puedes —dijo John seriamente, a la vez que me arrebató la botella y cogió una de mis manos para intentar retenerme a su lado.

—¿Qué te apuestas? —lo reté, zafándome de su agarre para dirigirme hacia la pista de baile. Por desgracia, mientras lo provocaba olvidé cuánto le gustaba a John apostar, así como su disposición a adentrarse en cualquier juego para conseguir la victoria.

* * *

Después de que mi tío nos pillara, Kenneth y yo nos deprimimos bastante con la certeza de que no podríamos hacer nada más para evitar la venta de la casa del lago, así que llevé a mi primo al local de Zoe para disfrutar de unas frías cervezas y tratar de animarlo. Para ello, no dudé en coquetear con algunas chicas bonitas que, a continuación, presenté a Kenneth, conduciéndolas sutilmente hacia sus brazos, ya que yo sólo tenía pensamientos para una rubita que siempre me sacaba de quicio y a la que no veía desde hacía ya varios días.

Necesitaba desesperadamente estar junto a ella, volver a besar aquellos labios tan dulces como el pecado y jugar con aquella impertinente lengua que siempre me retaba, lamer la dulzura de su piel y tocar cada centímetro de su cuerpo. Quería volver a escuchar sus gemidos y sus gritos de placer cuando pronunciaba mi nombre, y sentirme uno con ella mientras estaba en su interior.

Mi calenturienta imaginación provocó el despertar de cierta zona de mi anatomía que me reclamaba conseguir como fuera estar nuevamente a solas con esa mujer que me volvía loco, y, para mi desgracia, algunas de las chicas se me pegaron como lapas, creyendo que mi situación se debía a ellas y no a otra que estaba muy lejos en ese instante, o eso al menos era lo que yo creía, hasta que vi a mi adorada Sarah entrar por la puerta del bar de Zoe.

En cuanto pisó ese lugar, mis ojos sólo pudieron seguirla a ella y cada una

de sus acciones. Me disgustó mucho que el hombre que la acompañaba se le acercara demasiado, pero tras ver su gesto de desprecio hacia ese tipo supe que no tenía nada que hacer, ya que Sarah lo había sentenciado como a un indeseable más, que no era digno siquiera de limpiarle los zapatos.

Impaciente, esperé a que me viera, con una maliciosa sonrisa en el rostro, y albergué esperanzas de que, por primera vez, Sarah se mostrara celosa. Pero cuando finalmente nuestras miradas se encontraron, sólo demostró una gran sorpresa por mi presencia allí, seguida de un cabreo monumental que intentó disimular ignorándome, algo que, evidentemente, no le permití que hiciera.

Tras dejarme muy claro que no me quería cerca de ella cuando colocó su fría bebida en mis pelotas, estuve dispuesto a concederle un tiempo hasta que su enfado se calmara. Pero como siempre, ella me retó. Y yo nunca dejaba de aceptar los desafíos que recibía, especialmente si provenían de ella, la única mujer con la que me encantaba jugar, a pesar de que, en ocasiones, no llegara a declararme victorioso, ya que el mero hecho de estar a su lado me daba la sensación de ser un ganador en el loco juego del amor.

Así pues, seguí a Sarah a la pista de baile. Y mientras más de uno admiraba embobado cómo meneaba el trasero, yo me puse en medio para que sólo pudieran observar el mío. Detrás de mí pude oír más de una queja masculina, que acallé en cuanto me volví hacia ellos, mostrándoles una amenazadora mirada que en muy pocas ocasiones utilizaba. Interrumpiendo su alocado baile, hice que Sarah se volviera hacia mí y, aprisionando una de sus manos, la atraje hacia mi cuerpo.

—Dime por qué no te sirvo yo para divertirme —pedí, poniendo su mano sobre mi pecho, donde latía aceleradamente mi corazón, sólo por ella.

—Porque tú ya estás demasiado ocupado —replicó Sarah, señalando las chicas que me esperaban junto a la barra.

—¿Es que todavía no te ha quedado claro que solamente tengo ojos para ti? —le dije, intentando que recordara cómo había ido detrás de ella desde que nos conocimos.

—No es lo que parecía hace unos instantes... —respondió Sarah, despreciando nuevamente mis intentos de acercarme a ella, mientras retiraba su mano de mi cuerpo, ignorando mi corazón.

—Juega conmigo —dije provocador, a la vez que besaba su mano antes de que Sarah la alejara de mí.

—No juego con mentirosos, ya que suelen hacer trampas —sentenció ella, ocultando sus manos detrás de la espalda.

—¡Vamos, rubita! Ambos sabemos que estás deseando volver a jugar conmigo —la tenté, recordando los sensuales momentos que habíamos vivido en nuestra relación.

—Tal vez pruebe a jugar con otro. Después de todo, he aprendido del mejor... —contestó Sarah, calentando mi sangre con la posibilidad de que otro hombre pudiera acercarse a ella.

—Los otros hombres para ti, al igual que las demás mujeres para mí, son demasiado aburridos para seguir nuestro ritmo.

—No sé qué decirte, ellas parecían hacerlo bastante bien.

—Vamos, Sarah, ¿es que no puedes ver que solamente estaba intentando ayudar a mi primo entreteniéndolo un poco?

—Me parece perfecto, John. Tú rodéate de las mujeres que quieras, que ya haré yo lo mismo con tantos hombres como me apetezca. Y que conste que sólo estaré ayudando a mi amiga a encontrar un novio mejor.

—¡No me jodas, Sarah! ¿Es que quieres jugar así conmigo? —exclamé ante su cabezonería de hacernos sufrir por un simple malentendido.

—No, John, solamente quiero jugar con otros —declaró finalmente, despidiéndome con una maliciosa sonrisa que me anunciaba que, a partir de ese instante, iba a experimentar en una sola noche todo el dolor de los celos que nunca había sentido hasta ese momento.

* * *

La tiza de la pizarra quemaba en las manos de Zoe cada vez que veía cómo actuaba esa extraña pareja, que en medio de su enfado estaban haciendo a todos partícipes de su discordia. A pesar de que no se atrevía a sacar la pizarra para que no la descubrieran, Zoe había comenzado a aceptar discretas apuestas de sus clientes, que no dudaban en acercarse a la barra para susurrarle quién creían que resultaría vencedor en esa disputa.

Sarah y John, cada vez más furiosos el uno con el otro, hacían lo imposible por ignorarse. Algo que en realidad no funcionaba, cuando los ojos de John no dejaban de mandar amenazantes miradas a los hombres que rodeaban a Sarah, a pesar de encontrarse él mismo rodeado por varias chicas. Definitivamente, esa batalla la estaba ganando Sarah, que alentaba coqueta a los hombres de su alrededor, recibiendo las miradas de John con una sonrisa socarrona.

Tal vez Zoe pudiese poner fin a esas desavenencias si hablaba con Sarah y le aclaraba que, si bien era cierto que John acudía a su garito con bastante frecuencia, realmente sólo lo hacía para quejarse de no poder estar junto a ella y que ésa era la primera vez que lo había visto coquetear con otra mujer, algo que había hecho únicamente para alentar a su deprimido primo Kenneth.

Unas solas palabras tuyas bastarían para acabar con todo, pero la verdad era que su pizarra necesitaba acción, además del pequeño asunto de las cervezas que John aún le debía, así que Zoe decidió guardar silencio y hacer su propia apuesta sobre quién ganaría en esa ocasión.

Las apuestas comenzaron a caldearse cuando Penélope se quedó dormida en uno de los sillones próximos a las mesas que Marlon reservaba para las familias que iban a almorzar durante el día, momento en que Mayson comenzó a acercarse a Sarah más de lo aconsejable. Ahí fue cuando John dejó de intentar simular que no prestaba ninguna atención a Sarah y, tras levantarse abruptamente de su asiento, se dirigió hacia donde ella se encontraba, para ofrecerle su ayuda, la quisiera o no, porque, sin duda, si ese violento individuo se había fijado en Sarah, ésta se hallaba metida en más de un problema.

* * *

Sarah apenas se percató de la presencia de Mayson junto a ella, ya que se encontraba demasiado ocupada intentando fingir que se estaba divirtiendo rodeada de desconocidos, cuando en verdad el único hombre que le importaba se mantenía lejos, observando a distancia su patética actuación.

Estaba dispuesta a poner a John tan celoso como ella se había sentido

desde el momento en que entró por la puerta del bar de Zoe, y para ello no le importó soltar más de una falsa risita o algún que otro halagador cumplido hacia los chicos que la acompañaban.

Sonrió satisfecha cuando observó que John miraba con furia a cada uno de los hombres que la rodeaban, pero a pesar de ello, permaneció sentado, mientras seguía rodeado de chicas que lo acosaban con sus encantos, algo que la molestó, y mucho más cuando él le dirigió más de una ladina sonrisa, dispuesto a no dar su brazo a torcer en esa disputa.

Pero en el momento en que lo vio alzarse rígidamente de su silla y mirar furioso hacia ella, supo que había hecho algo que lo había alentado a perder su despreocupada posición en ese juego de celos. Preguntándose cuál habría sido la acción que al fin había sacado a John de sus casillas, Sarah sonrió alegremente a los hombres que tenía junto a ella, hasta que sus ojos toparon con un indeseable que no debería estar allí, sino junto a su novia.

—Da la sensación de que estás en tu ambiente en este lugar —dijo Mayson, señalando a los alegres chicos que la acompañaban.

—No lo sabes tú bien —respondió Sarah, mientras le daba la espalda para seguir ignorándolo.

Pero al parecer, ese violento sujeto se volvía aún más violento cuando bebía, así que con la idea de reclamar la atención de la mujer que lo había desafiado en más de una ocasión, Mayson agarró fuertemente el brazo de Sarah para tomarse la revancha ante cada uno de sus desplantes.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —lo increpó Sarah, intentando zafarse de su agarre.

—¿Por qué? Si tan a gusto estás con todos éstos, ¿por qué no conmigo?

—Ellos no tocan sin permiso —repuso Sarah altivamente, luciendo una de sus más falsas sonrisas, mientras intentaba librarse de Mayson.

—¿Y ese tal John? ¿Tampoco te toca?

—Eso no es de tu incumbencia, y vuelvo a repetirte que me sueltes —reclamó Sarah, cada vez menos paciente con las insinuaciones de ese sujeto.

—Yo creo que sí, y si él te toca, me pregunto por qué no deberían poder hacerlo otros... —insinuó Mayson, mientras posaba atrevidamente su mano en el trasero de Sarah.

Tal vez si Sarah hubiera seguido los consejos de su madre y se hubiera comportado como toda una dama, esperando que John se acercara y la defendiera, o que el apacible Kenneth interviniera para alejar sutilmente a ese imbécil de ella, o incluso que alguno de sus acompañantes saliera en su defensa, todo habría acabado con una simple reprimenda para ese desagradable hombre.

Pero lo cierto era que Sarah ya estaba harta de comportarse como todos querían, y después de aguantar las impertinencias de Mayson durante horas, su paciencia definitivamente se había esfumado, así que, ante el manoseo de ese impresentable, respondió como nadie esperaba de ella: cerrando el puño y dirigiéndolo hacia la cara de él con todas sus fuerzas, provocando que cayera precipitadamente al suelo.

—¡Cuando una chica dice no es no, a ver si te queda claro de una vez por todas, Mayson! —exclamó Sarah en voz alta.

—¡Tú, zorra...! —profirió airadamente el alterado individuo, intentando levantarse para buscar la revancha, sin importarle demasiado alzar su mano contra una mujer.

—¡Ésa no es forma de hablarle a una señorita! —le recriminó Kenneth, dirigiendo su puño hacia Mayson cuando éste intentaba incorporarse, haciendo que cayera al suelo de nuevo.

Sarah se asombró de que Kenneth hubiera dejado de lado su diversión para defenderla, pero se sorprendió aún más cuando éste le señaló a un furioso John que nunca había mostrado esa parte de su carácter ante nadie. Hasta ese momento.

—No te sorprendas, Sarah, siempre que esté cerca intentaré protegerte, a pesar de que tú lo sepas hacer muy bien solita —bromeó Kenneth, revelándose como el amigo que siempre sería para ella, porque ambos sabían a quién pertenecía finalmente su corazón—. Pero que conste que en esta ocasión lo que más me preocupa es el idiota ese —dijo, mientras señalaba al rabioso John, que, poniendo un pie sobre el cuello de Mayson hasta casi dejarlo sin respiración, le hacía una amenazante advertencia.

—Nunca vuelvas a tocar a Sarah...

—¿Acaso... ella... te pertenece? —jadeó Mayson, riéndose al recordar la

forma en que ella lo había ignorado desde que entraron en el bar.

—Sarah no le pertenece a nadie, pero yo sí le pertenezco a ella y soy muy reacio a que alguien se le acerque. Especialmente si se trata de un sujeto tan despreciable como tú —replicó John, ejerciendo más presión en su cuello.

—¡John! —gritó Sarah, asustada al ver que no cejaba en su empeño de aplastar a Mayson.

Finalmente, la dulce voz de Sarah y su tembloroso tono de voz fueron lo único que consiguió que el hombre al que todos creían siempre inofensivo volviera a serlo.

—No mereces que me manche las botas contigo —declaró despectivamente John, antes de dejar libre a Mayson para ir en busca de la mujer que lo esperaba.

—¡Eres un cobarde! ¡Enfréntate conmigo cara a cara! —chilló Mayson, lleno de ira tras su humillación.

—Será todo un placer... pero mejor fuera —propuso John, mientras se dirigía hacia la salida, momento que aprovechó el otro para abalanzarse sobre él y comenzar la pelea.

Desafortunadamente para Mayson, John ya tenía prevista esa sucia treta y sólo tuvo que apartarse para que su rival cayera sobre las mesas que había en su camino, tirándolo todo al suelo. Sintiéndose de nuevo burlado, el airado individuo se levantó rápidamente para arremeter de nuevo contra John, arrastrándolo esta vez al suelo con él.

A pesar de que Mayson fuera más corpulento y pareciera llevar las de ganar con sus contundentes y duros puños, John era más ágil y no tardó en cambiar la inconveniente posición en la que se encontraba hasta quedar de pie frente a Mayson, donde John tenía ventaja, ya que era rápido esquivándolo una y otra vez, al tiempo que hacía que sus puños impactaran en el lugar correcto para debilitar su resistencia.

La pelea causó estragos en el local de Zoe, que miraba alarmada cómo todo quedaba destrozado por culpa de esos dos sujetos. Corrió para intentar separarlos, pero mientras intentaba inútilmente poner fin a la riña, la situación empeoró cuando sus clientes habituales comenzaron a ponerse de parte de cada uno de los dos contendientes y decidieron mostrar sus argumentos con

sus propios puños, haciendo que todo se convirtiera en un caos en el que las mesas y las sillas volaron por doquier. Las chicas intentaban separar a sus parejas colgándose de sus espaldas o tirándoles del brazo, pero finalmente también entraron en disputa unas con otras cuando no conseguían nada.

Zoe, angustiada, no sabía qué hacer. Las advertencias que su padre le había hecho en alguna ocasión asaltaron su mente al encontrarse finalmente con un problema que no pudo resolver, porque su presencia femenina no imponía ni infundía respeto. Y cuando las sirenas de la policía sonaron cerca, supo que tanto ella como su bar estaban acabados.

Gracias a Dios que la sensatez se adueñó de los jóvenes que todavía se peleaban en su local, al oír el sonido de la autoridad que se acercaba. La multitud salió desperdigada por la puerta trasera con gran rapidez. Aunque era mucho pedir que todos se volvieran igual de sensatos, pensaba Zoe, al ver a John y Kenneth arrastrando a un inconsciente Mayson hacia la salida.

—¿Se puede saber qué hacéis?

—¿Qué te parece, Zoe? Estamos tirando la basura —contestó Kenneth con una sonrisa.

—¿O prefieres que lo dejemos aquí para que des tú las explicaciones a la policía? —preguntó burlonamente John, alzando una de sus impertinentes cejas.

—No, será mejor que os lo llevéis —reconoció Zoe, sujetando la puerta para su precipitada huida.

Por suerte, cuando el oficial de turno entró en el local, solamente vio los restos de un festejo, que Zoe limpiaba con afán, ya que todos los jóvenes habían abandonado el lugar a tiempo. Mientras el policía la reprendía, buscaba pruebas del escándalo que varios habitantes del pueblo habían denunciado, intentando encontrar algo con lo que poder echar el cierre a ese bar y también poner punto final a la sonrisa de suficiencia de esa mujer que, en su opinión, aún no sabía cuál era su lugar.

—Como puede ver, agente, sólo son los restos de una fiesta privada que se ha celebrado hace horas.

—Y, según usted, aquí no se ha producido ninguna pelea...

—Por supuesto que no, señor policía.

—¿Y las sillas y mesas volcadas?

—Es que estoy cambiando la ubicación de los muebles.

—Y por lo visto también cambiando la vajilla, ¿verdad? —ironizó el agente de la ley, al caminar sobre más de un vaso roto.

—Ni yo misma lo hubiera expresado mejor —contestó Zoe, luciendo en su rostro una falsa sonrisa.

—Entonces supongo que no tendrá inconveniente en que revise el local y la salida trasera.

—En absoluto. Es usted libre de hacer lo que guste. A propósito, ¿quiere una cerveza? Invita la casa —ofreció tentadoramente Zoe, intentando engatusar a ese policía y distraerlo de su deber.

—No, gracias. Estoy de servicio.

Tras revisar el almacén y no encontrar nada, Zoe suspiró aliviada, hasta que el policía la llamó desde el callejón trasero para que acudiera a su lado. Aligeró el paso, preguntándose qué podía haber visto ese hombre para requerir su presencia, si todos los jóvenes habían salido a tiempo de su local, y en cuanto llegó junto al agente de policía y vio lo que éste le señalaba, Zoe supo sin ningún género de dudas a quién tendría que culpar de su desgracia.

—La madre que los... —maldijo entre dientes.

—Tiene usted una forma muy peculiar de tirar la basura, señorita —comentó burlonamente el policía, mostrándole un hombre desvanecido en su contenedor de basura—. ¿Qué tiene que decir de esto?

—Que a partir de ahora pienso reciclar. No quiero que la basura se me acumule —respondió Zoe, alzando sus manos para que el policía la esposara, ya que el desvanecido Mayson comenzaría a cantar como un pajarito en cuanto se recuperase.

* * *

Cuando salimos precipitadamente del bar de Zoe, a la vez que tiraba de mi sorprendida y soñolienta amiga hacia un lugar más seguro, no pude evitar buscar a John entre la multitud que nos separaba. No tardé demasiado en verlo acompañado de Kenneth. Los dos caminaban despreocupadamente

hacia nosotras, mientras se frotaban las manos, como si acabaran de ensuciárselas con algo bastante desagradable. No tuve dudas de que ese objeto desagradable era Mayson cuando no lo vi junto a ellos, pero guardé silencio a causa de mi alarmada amiga, que sin saber aún lo despreciable que era su novio, lo buscaba por todas partes.

—Lo mejor será que volvamos a casa. Seguro que Mayson ya ha llegado a la suya —declaré, no muy segura de ello, intentando que Penélope desistiera de volver a entrar en el bar de Zoe para buscarlo.

—Pero ¡no lo he visto salir! ¿Estás segura de que habrá conseguido escapar? —preguntó Penélope, terriblemente preocupada, sin dejar de mirar una y otra vez la entrada trasera del bar de Zoe.

Sin saber qué contestar a esa pregunta, para no mentirle a mi ingenua amiga y, a la vez, intentando que abandonara su empeño de meterse en un nuevo lío por el hombre más inadecuado, guardé silencio.

—¿Lo has visto o no lo has visto salir, Sarah? —insistió ella.

—No... pero Mayson es alguien por el que no deberías correr, ese hombre no te conviene. Él... Él se me ha insinuado, algo que no debería hacer si tiene novia —confesé, tratando de abrirle los ojos a Penélope. Pero por lo visto, ella estaba más ciega de lo que yo creía. O tal vez, simplemente, mis palabras no fueron las adecuadas, ya que sólo obtuve un fuerte rechazo por su parte.

—¡Mientes! ¡Él nunca me haría eso! ¡Mayson está enamorado de mí y...!

—Penélope, ¿por qué te mentiría en algo así? —pregunté, interrumpiendo su indignado discurso.

—¡Porque tienes envidia de mi novio y de mí, de la relación que tenemos y de que tú no puedas tener ninguna porque simplemente te niegas a luchar por el hombre que quieres! —exclamó Penélope, mostrándome con sus palabras que tenía algo de razón, ya que hasta entonces había tratado de ocultarles a todos que prefería al rebelde John, aunque mi corazón lo gritara a los cuatro vientos.

Sin saber cómo evitar que mi amiga cometiera un nuevo error, me quedé paralizada viéndola alejarse de mí. Afortunadamente, sus pasos fueron interrumpidos por el perfecto Kenneth, que ya no era tan perfecto desde que

su primo lo acompañaba. Mintiendo vilmente, se dirigió hacia Penélope para alejarla del peligro:

—No te preocupes, Penélope, yo he visto a Mayson salir del bar y ponerse a salvo de esta locura. Será mejor que te acompañe hasta casa para que tú también lo estés —declaró Kenneth, mientras la conducía lejos de allí.

Me sentí aliviada, pero también un poco triste cuando vi a mi amiga dirigirme una mirada llena de resentimiento, sin llegar a creer en mis palabras. Yo no sabía qué más podía hacer, además de guardar silencio, ya que ella no escucharía nada de lo que le dijera, a causa de su necio enamoramiento que tanto la cegaba.

De repente, unos fuertes brazos me acogieron firmemente entre ellos, a mí y a mi tristeza, y susurrando sobre mi cabeza una de sus locas frases, John hizo asomar a mi rostro una sonrisa y logró que me olvidara de que tal vez todavía debería continuar enfadada con él.

—No te preocupes, rubita, algún día se dará cuenta de que Mayson es basura. Mientras tanto, Kenneth y yo lo hemos dejado en el contenedor adecuado, para que nadie tenga dudas de lo podrido que está ese sujeto.

Luego, como siempre hacía, me arrastró lejos de todos. Y, subiéndome en la parte trasera de su motocicleta, me dejé guiar por él hacia una nueva locura, en la que sus protectores brazos nunca dejarían de sostenerme y siempre, siempre, me elegirían a mí por encima de todo.

* * *

Reflexioné sobre adónde ir con mi preciada Sarah para alejarla de ese alboroto. Seguramente llevarla de nuevo a su casa habría sido lo más sensato, pero mientras se apretaba con fuerza contra mi espalda supe que no quería o no podía permitirme no tenerla una vez más entre mis brazos. Así que conduje rápidamente hacia el lugar donde había comenzado nuestra historia, hacia el sitio donde nuestras miradas se enfrentaron por primera vez, donde habían empezado nuestras provocaciones y donde habíamos jugado como necios el uno con el otro hasta descubrir que lo que sentíamos era más que un simple amor de verano.

Cuando paré junto a la casa del lago, de los siempre reticentes labios de Sarah no salió ni una protesta, y en el instante en que le tendí mi mano para llevarla al interior, ella se dejó guiar por mí. Sentí que Sarah había necesitado tanto esa cercanía como yo, en el momento en que apreté fuerte mi mano mientras entrábamos en la casa, deseando que no la soltara jamás, a pesar de los impedimentos que sin duda encontraríamos en nuestro camino.

Una vez que cruzamos la puerta, atrás quedaron nuestras disputas y nuestros celos, ya que ambos sabíamos que, pese a nuestras diferencias, estábamos hechos el uno para el otro.

Una simple manta en el frío suelo, rodeada por las sutiles luces de unas velas, fue nuestro lecho de amor, donde, sin una palabra, volvimos a amarnos. Lentamente la despojé de uno de esos ajustados vestidos que ella tanto odiaba y ambos nos reímos ante la vista de su horrenda ropa interior, recordando otra mucho más atrayente que Sarah había llevado sólo para mí. Desnuda, Sarah ocultó tímidamente su cuerpo con los brazos, encubriendo la belleza que tanto había ansiado.

Dedicándole una de mis pícaras sonrisas, le di tiempo para perder su timidez, algo que nunca tendría cabida en nuestras alocadas acciones y nuestros atrevidos juegos. Me desprendí de mi cazadora, arrojándola despreocupadamente a un lado, para luego hacer lo propio con mi camiseta. Acto seguido me deshice rápidamente de mis botas, hasta quedar sólo con un gastado pantalón vaquero, del que desabroché los primeros botones. A continuación, guiñándole un ojo, la miré tentador, al tiempo que le proponía algo escandaloso, como solía hacer.

—Los demás botones los dejo para ti.

Ella suspiró y puso los ojos en blanco ante mis bromas, pero cuando me acerqué, Sarah se mordisqueó nerviosamente el labio inferior, mientras su tímida mano se acercaba a mi cuerpo.

—Sólo late por ti. Siempre serás tú y te pertenecerá desde el principio hasta el fin —le confesé, colocando su mano sobre mi acelerado corazón.

—No me gusta jugar contigo, porque siempre existe la posibilidad de que pueda perder —dijo Sarah, sin querer admitir lo que sentía por mí.

—Cuando el premio merece la pena, no es de necios arriesgarse.

—¿Y tú eres el premio? —preguntó Sarah burlonamente, intentando ignorar la profundidad de lo que sentíamos.

—No, lo es nuestro amor —aclaré, dándole voz a lo que ella sentía, mientras la sujetaba para evitar que huyera nuevamente de mí.

Algo que no fue necesario, ya que Sarah, dejando a un lado su timidez, me rodeó con sus brazos y exigió de mis labios un beso con la pasión que siempre mostraba cuando estaba conmigo.

Yo la dejé tomar mis labios lentamente. Los besó con ternura y después con osadía, cuando se atrevió a morder levemente mi labio inferior, y con pasión luego, cuando su lengua comenzó a buscar la mía, hallando la respuesta que había buscado desde el principio. Mis manos no pudieron estarse quietas y la acercaron más a mi cuerpo para responder ávidamente a su beso. La tumbé en el suelo sobre la vieja manta y, apartando lentamente sus brazos de mi cuello, me permití observarla con detenimiento, para deleitarme en su desnudez.

—No soy perfecta —musitó apocada, recordando seguramente las muñecas con las que su madre la comparaba.

—Yo tampoco —repliqué, arrebatándole una sonrisa.

—No sé por qué me miras tanto, si mi cuerpo no es nada extraordinario y creo que siempre tendré unos kilos de más y... —comenzó a decir precipitadamente, como siempre hacía cuando se ponía nerviosa.

—Eres hermosísima, Sarah, y tanto tu bello rostro como tus hermosas curvas son algo en lo que nunca puedo dejar de pensar. Y si añadimos a ello tu atrevido carácter, eres la mujer ideal.

—Entonces, ¿por qué nadie se había fijado en mí hasta que tú llegaste? —preguntó, escéptica ante mis palabras.

—Porque algunos hombres son ciegos, y porque tú eres la mujer ideal para mí —declaré, guiñándole un ojo—. ¿Te lo demuestro? —dije, devorando su cuerpo con mi anhelante mirada llena de deseo.

Cuando la vi sonreír tímidamente mientras asentía con la cabeza, supe que ésa sería una larga noche para nosotros, ya que tenía mucho que demostrarle a su reticente corazón. Si no lo hacía con mis palabras, que todavía eran ignoradas, lo haría con mis caricias, que nunca podrían mentirle

a su corazón.

Acariciándola levemente con mis manos, grabé en mi mente cada parte de ella. Mis labios besaron sutilmente los suyos antes de seguir bajando por su cuello. Cuando llegué a sus pechos, acaricié sus senos despacio, hasta lograr que sus enhiestos pezones llamaran la atención de mi ávida boca, que no pudo evitar degustar el sabor de esa parte de su cuerpo.

Sarah no tardó en emitir gemidos de placer, revelándome cuánto deseaba cada una de mis caricias. Mis curiosas manos siguieron bajando por su cuerpo, acariciando su vientre, su ombligo. Y adentrándome en su húmeda feminidad, acaricié lentamente la parte más sensible de ella, haciéndola abrirse a mí con cada uno de mis roces.

Uno de mis dedos se introdujo impaciente en su interior para obtener un grito que llevara mi nombre, y otro no tardó en seguirlo, cuando comprobé la humedad que inundaba su apretado sexo, que exigía algo más que las sutiles caricias de mis manos. Pero esa noche yo quería jugar con ella y estaba dispuesto a que Sarah no olvidara ninguna de mis palabras.

Maliciosamente, dejé de acariciarla cuando sus caderas comenzaron a alzarse, y antes de que se diera cuenta de lo intensa que sería esa noche para nosotros, hice que se volviera. La nueva postura que la obligué a adoptar hizo que su culito respingón quedase alzado ante mí en una atrayente postura, mientras sus brazos se apoyaban en el suelo, dándole la estabilidad que necesitaba para que su cuerpo no cediera ante lo que tenía preparado para ella.

—¿Qué estás haci...?

Sin darle tiempo a pensar, me tumbé en el suelo y, poniendo mi cabeza entre sus piernas, tomé sus caderas y la dirigí hacia mí para deleitarme con ese dulce néctar que deseaba probar, comenzando a devorar su cuerpo con cada una de las lentas caricias que mi lengua dedicaba a su clítoris. Mientras sus gemidos me indicaban el placer que estaba recibiendo de mi lengua, mis manos acariciaron sus senos cuando ella se incorporó para intentar acallar sus gritos. Supe que se había abandonado totalmente al placer cuando me agarró los cabellos, exigiendo más. No tardé en complacerla haciendo que uno de mis dedos se introdujese en ella, mientras no dejaba de devorarla con mi

lengua y mi mano libre jugueteaba más atrevidamente con sus senos, pellizcando sin clemencia sus erguidos pezones.

En el instante en que comenzó a mecerse contra mí supe que no tardaría en llegar al éxtasis que la embargaba y, tras varias lentas pasadas de mi lengua, Sarah estalló de placer gritando mi nombre, mientras la sobrecogía un arrebatador orgasmo que la dejó un tanto lánguida y expuesta frente a las demás perversiones que quería llevar a cabo con ella esa noche.

Tras salir de mi sumisa posición, Sarah se desplomó sobre la manta, permaneciendo en la atrevida postura en la que yo la había colocado. Después de deshacerme rápidamente del resto de mis ropas y de colocar sobre mi duro miembro un preservativo, me arrodillé junto a ella y tras coger sus caderas entre mis manos, me introduje en su interior de una dura embestida, provocando que su sensible cuerpo no tardara en reaccionar.

—¡John! —gritó Sarah, asombrada, mientras mis manos acallaban una vez más sus protestas con mis caricias.

—No creerías que ya había terminado contigo, ¿verdad? —pregunté ladinamente y, sin esperar a escuchar una respuesta de sus labios, establecí un ritmo que la llevara a la locura.

Cuando Sarah arrugó entre sus manos la vieja manta y comenzó a mecer las caderas buscándome, supe que pronto se abandonaría nuevamente a mí, y que yo no tardaría en seguirla gritando su nombre.

Aumentando la fuerza de mis arremetidas, busqué su placer y el mío, y no tardamos en llegar al éxtasis cayendo derrumbados sobre la vieja manta con la que nos arropamos en ese frío y duro suelo.

Por unos momentos cedimos al sueño mientras nos abrazábamos fuertemente, deseando no separarnos jamás, sin saber que tal vez las trabas que se interpondrían al día siguiente entre nosotros serían mayores de lo que podíamos imaginar.

CAPÍTULO 16

Cuando Sarah llegó a su casa a la mañana siguiente, su furioso padre la esperaba vigilando la entrada. Bajo sus ojos se podían distinguir unas enormes ojeras, consecuencia de pasar toda una noche en vela, preguntándose dónde estaría su hija y qué le habría pasado. Sarah sintió pena por haber inquietado a sus padres con su ausencia, hasta que bajó de la motocicleta y su padre fue en su busca para propinarle una sonora bofetada y alejarla de John lo más rápidamente posible.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó Tom a su hija, mientras no dejaba de mirar, enfurecido, su desaliñado aspecto, suponiendo lo que había estado haciendo con ese indecente joven que la acompañaba.

—Que no me arrepiento de nada —respondió Sarah, enfrentándose a él por primera vez en la vida, con una satisfecha sonrisa que le aseguraba que nada de lo que le dijera o hiciera la haría cambiar de opinión.

—Sabes que para él sólo eres un juego, ¿verdad? Que en cuanto pase otra chica bonita por su lado te olvidará tan fácilmente como de seguro ya habrá hecho con otras y...

—¡Se equivoca! ¡Quiero pasar el resto de mi vida con ella! —lo interrumpió John, aclarando que, para él, Sarah no era ningún juego.

—¡Peor me lo pones! —exclamó airadamente Tom, mientras dirigía una furiosa mirada hacia John—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Casarte en cuanto termines el instituto? ¿Y qué harás? ¿Cómo la mantendrás? ¿De qué vivirás y dónde? ¿O es que pretendes que te mantengamos nosotros?

—No soy ningún vago, señor, y sé cómo ganar mi propio dinero.

—Sí, un dinero ilegal procedente de apuestas, de la suerte a la mejor carta... ¿y qué harás cuando tu suerte se acabe?

—¿Cómo sabe...?

—¿Lo de las apuestas? ¡Por favor, chico! ¡Whiterlande es un pueblo pequeño, y por más lejos que te vayas para realizar tus trapicheos, los rumores vuelan!

—Estoy dispuesto a hacer todo por ella, incluso a convertirme en ese hombre que usted busca para que esté a su lado.

—Eso habrá que verlo... —declaró Tom, antes de arrastrar a Sarah hacia el interior de la casa, alejándola del impertinente muchacho que jamás le convendría.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá, escúchame! —reclamó ella, zafándose del fuerte agarre de su padre cuando ambos estuvieron dentro—. Papá, estoy enamorada de John —confesó Sarah, intentando que su padre viera que lo que sentía, a pesar de su juventud, era muy real.

—Ya se te pasará —fue la única e intransigente respuesta que Tom concedió hacia los sentimientos de su hija, dándoles a continuación la espalda, tanto a ella como a las razones que tenía para amar a ese sujeto.

—¿Por qué no me escuchas nunca? —susurró Sarah al silencioso pasillo siendo ignorada de nuevo.

Y, una vez más, Sarah se sintió incomprendida e impotente, debido a que, por más que expresara su opinión, sus palabras y sus sentimientos, éstos eran desdeñados por sus padres, porque para ellos simplemente no eran los adecuados.

* * *

Sentada en la comisaría, Zoe observaba cómo se acercaba su padre.

Seguramente la reprendería por haber llevado a cabo sus locuras y le recordaría que, como no era un hombre, no era digna de dirigir su preciado local. Pero para su sorpresa, no la miró enfadado ni furioso cuando se sentó frente a ella, sino más bien como si se sintiera terriblemente cansado de todo.

—Bueno, supongo que ahora es cuando te toca reñirme por hacerlo todo

mal y recordarme que sin un pene no puedo lograr nada, ¿no? —declaró atrevidamente Zoe, esperando la habitual reprimenda de su padre por su soez vocabulario.

—Lo has hecho muy bien, Zoe, y sin mi ayuda has conseguido lo que tal vez yo no habría alcanzado en años. No puedo estar más orgulloso de ti, hija, ni aunque fueras un chico.

—¿Pero? —preguntó Zoe, tan sorprendida como alarmada ante la afirmación de su padre, porque si éste había pronunciado al fin las palabras que tanto trabajo le había costado arrancarle, sin duda significaba que estaban metidos en un gran problema.

—Nos quieren cerrar el bar, Zoe. A los padres del pueblo no les ha gustado nada que sus hijos tuvieran un lugar de esparcimiento y ocio. Y especialmente cuando algunos de ellos aún son menores. Están presionando a la policía y, aunque no tienen ninguna prueba de que lo que tú hiciste fuera ilegal, a partir de ahora estaremos bajo vigilancia. Y no hace falta que te diga que lo más probable es que nadie se atreva a entrar en nuestro local.

—Todo es por mi culpa... Lo siento, papá.

—No, Zoe, si tú no hubieras hecho nada, nuestro bar habría cerrado mucho antes. Tú te has arriesgado y te has atrevido a hacer lo que yo nunca hice... pero unas veces se gana y otras se pierde. Y en esta ocasión hemos perdido, hija.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Zoe, asustada ante su incierto futuro, viendo como su sueño de dirigir algún día ese negocio se desvanecía ante sus ojos.

—Si algo me has enseñado tú, hija mía, es a no rendirme con facilidad —declaró Marlon, mientras le tendía la mano para que se levantara de la desvencijada silla que ocupaba—. Así que, aunque no acuda nadie, seguiremos abriendo nuestras puertas hasta el momento en que ya no podamos más. Pero no quiero engañarte, Zoe, haría falta un milagro para que los obstinados vecinos de este pueblo cambiaran de opinión sobre nosotros y nuestro establecimiento.

* * *

«¡Quieren cerrar el bar de Zoe, corre la voz!», era la frase que se oía entre los alumnos que esa mañana ignoraban sus lecciones cuando el único lugar donde podían ser ellos mismos amenazaba con desaparecer.

Las notas en medio de las clases, los susurros en los pasillos y los prolongados silencios cuando algún profesor estaba cerca de ellos hacían pensar a todos que los jóvenes de Whiterlande se traían algo entre manos. Finalmente, cuando las clases terminaron, todos se reunieron en la vieja sala de estudios que casi nadie pisaba nunca y, fingiendo haberse convertido en entusiastas estudiantes ante sus docentes, esperaron hasta que éstos se marcharon para exponer sus preocupaciones sobre un tema que les atañía a todos y cada uno de ellos.

—¿Se puede saber por qué narices quieren cerrar el bar de Zoe? —inquirió uno de los alumnos, alarmado, exigiendo una explicación.

—Por lo visto, después de la pelea que hubo allí, nuestras madres y sus entrometidos comités se están dedicando a hacerles la vida imposible a Zoe y a su padre —informó con indignación una de las chicas, que quería ser abogada, viendo en ello una gran injusticia.

—A mí me ha contado Zoe que el seguro, presionado por los padres, se está haciendo el loco a la hora de pagar el dinero de la póliza, y que el banco comienza a exigirles ciertos pagos, a pesar de que no tienen retraso alguno.

—¡Es injusto! Y todo por nuestra culpa...

—Y ahora, ¿adónde iremos para olvidar nuestro estrés? —se quejó un impecable joven entre suspiros.

—¿Dónde bailaremos? —dijo apenada una chica que parecía bastante apocada.

—¿Dónde podremos ser nosotros mismos? —apuntó otro chico, poniéndole voz a los miedos que todos ellos guardaban.

—¡Todo es culpa de Mayson y de John! ¡Si no hubiera sido por esa estúpida pelea, nada de esto habría ocurrido! —exclamó airadamente uno de los jóvenes más estirados, dirigiéndole una amenazadora mirada a John que lo declaraba culpable.

Por un momento, todas las miradas se volvieron hacia él, tachándolo

como su enemigo, hasta que la mano de Sarah apretó fuertemente la suya para mostrarle su apoyo y murmuró unas palabras al percatarse de que la situación de cada uno de sus compañeros era muy similar a la suya.

—Como muñequitos...

John sonrió al escucharla, y apretó también su mano para devolverle el apoyo que le había dedicado, cuando uno de los chicos le reclamó:

—¿Se puede saber qué estás susurrando?

—¡Como muñequitos! —gritó Sarah, alzando la voz que sus padres ignoraban continuamente—. ¡Nuestros padres nos tratan como a muñequitos! ¡Nos dicen qué vestir, qué estudiar, qué hacer con nuestro futuro, incluso con quién salir! ¡Nos tratan como a meros espectadores de nuestras propias vidas, y cuando nos salimos de su molde, como ahora, nos obligan a volver a él, aunque sea a costa de destruir a otros!

—Sí, eso es lo que siempre hacen. Pero ¿cómo podemos enfrentarnos a ellos, Sarah, si nunca escuchan nuestras protestas y nuestra rebeldía es tratada como una simple fase de la adolescencia que ya se nos pasará?

—¿Cómo podemos enfrentarnos a ellos, me preguntas? Yo te lo diré: no nos enfrentaremos a ellos —replicó Sarah—. ¿Quieren que seamos como esos muñecos de plástico, sin voz ni voto y listos para ser manejados a su antojo? ¡Pues démosles lo que quieren!

—Estoy confuso... ¿quieres que nos rebelemos haciendo todo lo que ellos quieren?

—No —negó Sarah—, quiero que nos rebelemos no haciendo nada, ¡absolutamente nada! Seamos como muñecos: inertes y sin voz, hasta que al fin quieran escucharnos.

* * *

—¡Esto es inaceptable, señor Jenkins! Cuando mi hijo vuelve a casa desde el instituto, se va directamente a su habitación...

—No creo que eso sea algo malo —repuso el profesor, sin ver problema alguno en las protestas de esa mujer.

—¡Sí, si se queda sentado en la silla del escritorio como si fuera un

idiota! ¡No me hace caso cuando lo llamo, no realiza ninguno de mis mandados ni sus tareas! De hecho, adopta una estúpida postura, como la de un maniquí, ¡y no hace nada más en todo el día! —exclamó airadamente la mujer, avivando las protestas de todos los padres.

—Mi hija ahora no rehúye mis veladas de té, pero permanece sentada impasible, sin hacer ningún movimiento y sin hablar. ¡Y también adopta esa estúpida postura como si fuera un maniquí! Y aunque he intentado evitar que asista a mis reuniones de té, en las que lo único que logra es espantar a mis amigas con su comportamiento, no lo consigo, porque cuando viene del instituto se sienta en uno de los sillones del salón y no se mueve hasta que llega la noche.

—¡Mi Bobby ni siquiera se sienta a cenar con nosotros, se queda en su habitación, totalmente inerte! ¡Si no fuera porque le llevo los platos de comida a su cuarto y recojo las sobras, creería que tengo un muñeco por hijo!

—¡Yo obligo a Marcus a ir a los entrenamientos de fútbol, pero el muy estúpido se queda en mitad del campo, parado como una tabla, recibiendo todos los placajes!

—Yo llevo a mi Alison a clase de canto, pero ni siquiera abre la boca, a pesar de que la hayan amenazado con echarla del coro...

—Esto... ¿han intentado hablar con sus hijos? —preguntó el señor Jenkins, mostrándoles lo evidente a esos desorientados padres, un consejo que apenas se hizo oír entre los gritos de protesta de la masa que lo rodeaba.

—¿Cree que no hemos intentado acabar con su estúpido comportamiento? Yo le he gritado decenas de veces a Candy, incluso la he castigado, pero su respuesta siempre es la misma: ¡me ignora y no se mueve del sitio, manteniendo la misma maldita postura!

—Yo le he dado algún que otro tortazo a mi Jeremy, pero ni eso hace que cambie de opinión. ¡El muy cabezota ni siquiera se mueve!

—¡He dicho hablar con ellos, señoras y señores, hablar, no regañarlos o vapulearlos hasta que les obedezcan! ¿Por qué no escuchan lo que tengan que decirles e intentan averiguar el porqué de su comportamiento? Creo que sus hijos están llevando a cabo una protesta pasiva, con la que les están diciendo que lo único que quieren es ser escuchados.

—¡Cómo se nota que usted no tiene que aguantar sus insolentes comportamientos! —dijo despectivamente una de las ofendidas madres.

—¿Decía usted? —preguntó irónico el señor Jenkins, tras abrir la puerta de su clase a los airados padres para mostrarles por qué motivo los había llamado esa mañana—. Llevan así desde principios de la semana y créanme cuando les digo que no han avanzado mucho en sus lecciones —indicó el profesor, señalando a treinta figuras inmóviles que, aunque permanecían sentadas en sus respectivos pupitres, no hacían otra cosa que permanecer totalmente quietos, mirando la pizarra.

* * *

Mientras Marlon se entretenía intentando arreglar alguna de las mesas que habían quedado para el arrastre después de la escandalosa pelea de una semana atrás, Zoe se encontraba derrumbada sobre la barra del bar, bastante decaída, esperando la visita de algún cliente a su establecimiento.

—Hoy tampoco vendrá nadie, ¿verdad, papá? —preguntó, a la vez que abría de nuevo la vacía caja registradora, que, desde hacía días, solamente tenía calderilla y alguna que otra telaraña.

—No desesperes, Zoe. Nosotros seguiremos intentándolo.

—¿Crees que los habitantes de este pueblo cejarán en algún momento en su empeño por arruinarnos?

—No, pero veámoslo por el lado positivo: he descubierto un nuevo hobby, la carpintería —anunció Marlon, colocando orgullosamente la recién reparada mesa en su lugar. Y cuando ésta se derrumbó sobre el suelo tras permanecer unos segundos en pie, ambos rieron a carcajadas, ya que llorar les habría servido para lo mismo.

—Lo más seguro es que tengamos que cerrar, ¿verdad?

—Sí, hija. Pero lo haremos con dignidad: seguiremos en pie hasta el último día. Además, nunca me ha gustado que me obligaran a hacer algo que no quiero, y si esos estirados creen que por presionarme van a conseguir que cierre antes nuestro bar, están muy, pero que muy equivocados.

—Si tan sólo tuviéramos un cliente...

—Sí, pero ¿qué loco se atrevería a rebelarse contra todos entrando el primero por la puerta de un establecimiento que ha sido tachado como *non grato* por casi todo el pueblo?

En el instante en que Marlon terminó sus palabras, la puerta de su bar se abrió esperanzadoramente, mostrándole que no todos estaban contra él. Zoe alzó la cabeza, ilusionada, y Marlon recibió con alegría la expectativa de un nuevo cliente, algo de lo que su establecimiento no disfrutaba en una semana.

Tras ver que quien visitaba su local no era otro que John Lowell, Zoe volvió a desplomarse sobre la barra, bastante desilusionada.

—¡Zoe, ámate, al fin tenemos un cliente! —gritó Marlon, emocionado.

—Créeme, papá, a éste no te gustará tenerlo como un habitual de nuestro establecimiento. Sólo sabe dejar a deber alguna que otra cerveza y meternos a todos en líos.

Ante las palabras de su hija, Marlon comenzó a mirar a John con recelo. Pero a pesar de ello, éste no se amilanó y, sentándose delante de Zoe, pidió una cerveza.

—Espero que en esta ocasión me pagues... —le advirtió Zoe, depositando bruscamente la cerveza en la barra, todavía molesta con que John hubiera sido uno de los principales culpables de gran parte de sus problemas. Pero de inmediato reconoció que únicamente estaba engañándose a sí misma: tarde o temprano todos se habrían enterado de su establecimiento clandestino y las cosas se habrían resuelto de la misma manera. John sólo había acelerado un poco la situación.

—Chaval, ¿tú no deberías estar en el instituto? —preguntó Marlon, reacio a servir a ese muchacho.

—No se preocupe, soy mayor de edad y puedo tomarme una copa en su establecimiento. Además, créame cuando le digo que en estos instantes en mi clase no están haciendo nada que valga la pena. En fin, solamente estoy de paso. He venido a tomarme una cerveza y ya me voy —dijo John. Y después de darle un simple sorbo a su bebida, depositó ante los atónitos ojos de Zoe un fajo de billetes sobre la barra.

—Supongo que con esto bastará para pagar esta cerveza y todas las que te debo, Zoe.

—¡Esto es mucho más dinero de lo que podrías deberme nunca por unas simples cervezas, y tú lo sabes! —declaró ella, sorprendida, mientras contaba el dinero que John le había entregado.

—¿En serio? Bueno, no se me dan demasiado bien las cuentas, pero si es así, quédate con la vuelta.

—Sabes que estás loco, ¿verdad? —declaró Zoe, sonriéndole alegremente.

—Me lo dicen a menudo, aunque yo no estoy del todo de acuerdo con esa afirmación: simplemente soy un hombre al que no le gusta que le impongan lo que tiene que hacer, ya que en general me gusta pensar por mí mismo —respondió John, mientras dejaba su cerveza a un lado y se dirigía hacia la salida.

—Muchacho, gracias —dijo Marlon, viendo marchar a ese joven que era el único que se había atrevido a rebelarse contra todos entrando en su establecimiento.

—No hace falta que me dé las gracias, señor Norton. A propósito, mi primo Kenneth vendrá dentro de poco a ayudarlo con algunas reparaciones. Es un auténtico manitas, mientras que yo soy un desastre en esos asuntos.

—No creo que valga mucho la pena arreglar algo de este local —comentó Marlon tristemente, mientras sostenía las patas rotas de una de las mesas.

—Yo creo que sí, ¿y sabe una cosa? Yo que usted no tardaría mucho en terminar, porque muy pronto esto volverá a llenarse —anunció John, despidiéndose con una sonrisa, haciendo que Marlon y Zoe se preguntaran qué sabía ese muchacho que ellos desconocían.

—¿Crees que ese chico tendrá razón? —le preguntó Marlon a su hija cuando John ya se había ido, bastante intrigado con la respuesta que podía darle Zoe.

—Si John dice que este local volverá a llenarse, es que así será.

—¿Y cómo lo logrará?

—Eso, papá, es algo que prefiero no saber —dijo Zoe, mostrándole a su padre el dinero que les había entregado, una cantidad que equivalía a la que el seguro les había negado hasta entonces para arreglar los desperfectos de su restaurante.

—¡Dios mío! Pero ¿cuánto...? ¿Cómo...? ¿De dónde...?

—Créeme, papá, es mejor no preguntar.

* * *

Tom Robinson estaba harto de esa estúpida guerra contra un simple bar, motivada solamente porque algunos de los muchachos se habían descontrolado un poco. Tal vez si su hija hubiera estado implicada de alguna manera en todo ese asunto no sería tan indulgente con la lucha de esos muchachos, pero él ya tenía bastante con su trabajo, con los gritos de su mujer, con el nefasto individuo que osaba perseguir a su hija y con la rebelión de ésta, como para encima no poder disfrutar a gusto de una cerveza.

Así que, ignorando las fisgonas y entrometidas miradas de los cotillas del pueblo, Tom traspasó las puertas del bar, muy dispuesto a tomarse su merecido descanso de todos los problemas que lo acosarían en cuanto llegara a casa. No le extrañó demasiado encontrarse a su amigo Kevin sentado a la barra del bar, tomándose despreocupadamente una cerveza, aunque sí se asombró al ver al hijo de éste arreglando unas destartaladas mesas.

—Hola, Kevin, veo que tu hijo ha madurado... ¿A qué se debe semejante milagro? —preguntó Tom con una sonrisa, mientras se sentaba junto a su amigo para disfrutar de una bebida que no tardó en pedir con un simple gesto de la mano.

—A mi sobrino John. Creo que él es quien lo ha animado a ensuciarse las manos.

—Ya me has amargado la cerveza... —declaró Tom, sin llegar a disfrutar de su bebida cuando salió a la conversación ese chico que tan locamente perseguía a su hija.

—No es tan malo como crees, Tom. Es un poco alocado, pero creo que sin él y sus retos Kenneth se habría derrumbado cuando recibió la noticia de que su brillante futuro ya no era posible.

—¿Cómo? ¿Y por qué no es posible? Con un poco de ayuda por tu parte, seguro que llegará a convertirse en lo que quiera y...

—Tom, a partir de ahora va a ser Kenneth quien tendrá que ayudarme a

mí: perdí mi trabajo y desde este verano no he parado de buscar algo para...

—¿Qué? —exclamó Tom sorprendido—. Pero ¿por qué demonios no me lo dijiste? ¿Para qué estamos los amigos sino para ayudarnos?

—Me sentía demasiado avergonzado...

—Algo bastante estúpido por tu parte, Kevin. Nos conocemos desde el instituto y no hemos dejado de estar en contacto todos estos años. ¡Si hasta teníamos la esperanza de que algún día nuestros hijos se casaran y fuésemos incluso familia!

—Cosa que ya sabrás que no ocurrirá, ¿verdad? —preguntó Kevin, alzando burlonamente su cerveza.

—¡No me lo recuerdes! ¿Por qué no pudo mi hija enamorarse de alguien como Kenneth? Y sin embargo tuvo que ir a fijarse en ese tarambana de John... Ese chico no es el más adecuado para mi hija y...

—En serio, Tom, John no es un mal chico. ¿Sabes que es incluso más inteligente que algunos de sus profesores?

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no ha terminado el instituto todavía?

—Según su padre, porque no le da la gana. Según John, porque no quiere darle esa satisfacción a su padre. En cualquier caso, por más que te empeñes en no verlo, y a pesar de sus locuras, John es una buena persona.

—¿Estáis hablando de John Lowell? —preguntó Marlon, uniéndose a la conversación—. ¡A ese muchacho hay que hacerle un monumento! Le dio a Zoe el dinero que el seguro se negaba a pagarnos, y fue el primero que se atrevió a entrar en nuestro bar después de que todos nos censuraran.

—¡Vaya! Y yo que creía que éramos los más valientes por atrevernos a estar aquí y ahora, resulta que mi sobrino tiene más agallas que nosotros.

—Seguro que para él no resultó ningún problema, ya que está acostumbrado a estar en medio de las situaciones más escandalosas —gruñó Tom, sin querer dar su brazo a torcer en lo que se refería a su opinión sobre John—. Además, ¿de dónde demonios pudo sacar tanto dinero?

—Creo que de las apuestas. Para él tan sólo son un juego, ya que nunca pierde. O eso al menos es lo que he oído —le contestó despreocupadamente Kevin a su amigo.

—¡Ahí lo tienes! Algo ilegal en lo que ningún hombre decente debería

incurrir y...

Sus palabras fueron acalladas cuando Marlon sacó una vieja pizarra que ahora volvía a ser utilizada, recordándole a Tom alguna de sus locuras de juventud.

—¿Decías? —preguntaron burlonamente tanto Marlon como Kevin, acabando de lleno con sus protestas.

—Pero ¡lo nuestro eran inocentes juegos que...! Oye, ahí hay apuntadas nuevas apuestas... ¡y está el nombre de mi hija! ¡Y el de ese sujeto y... y el de Kenneth! ¡No me jodas! ¿Quién es el que se ha atrevido a poner a mi niña en esta pizarra? —preguntó Tom con tono amenazante, fulminando a cada uno de sus amigos con su fría mirada.

—Ahora es la pizarra de Zoe —confesó Marlon, haciendo que todas las miradas se volvieran hacia ella.

—¡Eh! Que el primero que hizo una apuesta en esa pizarra fue John —declaró Zoe, alzando las manos en gesto de rendición.

—¿En serio queréis que le dé una oportunidad a ese tipejo? —preguntó cínicamente Tom.

—Bueno, las apuestas son un poco imaginativas, pero... —comenzó Marlon, defendiendo de nuevo a ese muchacho.

—No son tan malas como parecen —finalizó Kevin por él, intentando suavizar el enfado de su amigo.

Tras un suspiro de frustración, Tom volvió a darle un trago a su cerveza para calmarse antes de decir:

—De acuerdo, lo habéis conseguido, le concederé una oportunidad. Pero ¡eso sí, tendrá que demostrarme de lo que está hecho, antes de que me decida a aprobar su relación con mi hija! —concluyó Tom, luciendo una maliciosa sonrisa en su rostro que contradecía sus palabras, o por lo menos garantizaba que para John no sería algo tan fácil de demostrar como aseguraba.

CAPÍTULO 17

A pesar de la silenciosa protesta de los jóvenes, sus padres continuaron sin escucharlos y pensaron que, si cerraban definitivamente el establecimiento de Zoe y Marlon, eso haría que sus hijos terminaran con su desafiante actuación.

El pueblo comenzó a dividirse en dos bandos: por un lado, la mayoría de los padres, unos que apoyaban el bar de Marlon abiertamente yendo a su establecimiento y otros que iban clandestinamente en busca de unos instantes de descanso y alguna que otra cerveza; y por el otro lado, las madres más estiradas, que se organizaron en un comité, momento en el que muchos se echaron a temblar ante la presión que podían llegar a ejercer una multitud de amas de casa cabreadas.

Las sutiles consecuencias de sus demandas no se hicieron de rogar cuando los maridos comenzaron a verse privados de sus comidas favoritas, de su ropa limpia e incluso de sus agradables noches de sueño al ser desterrados al sofá. Y de este modo, todos y cada uno de los hombres del pueblo dejaron de ir al bar.

El banco siguió ejerciendo presión por su parte hasta el último instante y, finalmente, el día en que la policía iba a clausurar ese establecimiento para siempre por orden judicial a instancias del banco, todos se vieron sorprendidos ante la protesta silenciosa que los jóvenes realizaban con la intención de ser escuchados.

Todos se mantenían disciplinadamente inmóviles delante del local de Zoe y, como venían haciendo desde hacía semanas, silenciosos y sin moverse, defendieron su postura ante lo que ellos creían injusto, aunque en esta

ocasión había una peculiaridad: cada uno de los jóvenes estaba metido dentro de una gran caja de cartón y plástico adornada al estilo de las que guardaban aquellas lindas y perfectas muñequitas con las que jugaban las niñas. En este caso, los propios jóvenes de Whiterlande eran los muñecos que esperaban en su interior, manteniendo rígidas posturas con las que pretendían mostrar su descontento.

Ante tan extravagante protesta, los policías del pueblo, poco acostumbrados a lidiar con escenas como ésta, no supieron qué hacer. Finalmente, tras soltar alguna que otra risita, se hicieron a un lado cumpliendo las órdenes del jefe de policía, para dejarlo todo en manos de las impacientes madres que los seguían, incordiándolos constantemente para que ejercieran su deber.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —gritó Belinda Robinson, madre de Sarah y una de las cabecillas de esa asociación que veía con indignación cómo se burlaba su hija de ella con esa protesta—. ¿Qué es lo que pretendéis lograr con esta necia e infantil actitud?

—¿Qué pretendemos? ¡Que nos respetéis y tengáis en cuenta nuestra opinión, madre! ¡No somos muñequitos, aunque vosotros creáis que sí y que podéis manejarnos siempre a vuestro antojo! ¡Cerrar este bar es una forma más de manipularnos para llevarnos hasta donde vosotros queréis, sin dejarnos ser nosotros mismos! —replicó Sarah a gritos, saliendo finalmente de su envoltura de plástico para enfrentarse con su madre.

—Estoy segura de que todo esto ha sido instigado por ti. Desde que conociste a ese chico no eres tú misma y te rebelas contra mi autoridad a la menor oportunidad, tú...

—Mamá —la interrumpió Sarah—, yo nunca seré una chica de medidas perfectas, como esas lindas y odiosas muñecas con las que no dejas de compararme. Nunca dejarán de gustarme los dulces o la música a un volumen alto; no dejaré de bailar vestida con mis ajustadas mallas por toda la casa en tu ausencia, ni dejaré de odiar las estúpidas veladas de té que organizas con tus altivas amigas que solamente saben criticarme. Tampoco dejaré de aborrecer esos apretados vestidos ni esas malditas fajas que me obligas a llevar, y jamás renunciaré a querer ser algo más que una simple ama de casa

y, sobre todo, y tenlo claro de una vez, madre, ¡nunca, pero nunca, dejaré de amar a John Lowell! ¡Así soy yo, mamá! ¡Mírame de una maldita vez y acéptalo! —gritó Sarah a voz en grito, revelando su verdadero ser a su madre.

Belinda, atónita ante las atrevidas confesiones de su hija, se quedó en silencio. A continuación, todos y cada uno de los jóvenes que acompañaban a Sarah en su protesta comenzaron a salir de las cajas que los contenían para revelarse tal como eran, pese a que sus padres se negaran a reconocerlo.

—¡No creáis que con vuestra ridícula protesta vais a impedir que cerremos este endemoniado local! ¡Es un lugar indecente, que nunca deberíais haber pisado! —chilló airadamente otra de las empecinadas madres cuando recuperó su voz, tras escuchar la escandalosa revelación de su hija.

—Pues hasta hace bien poco era un sitio de lo más adecuado, mamá, y veníamos muy a menudo a comer —le señaló una chica a su indignada madre.

—¡Eso era hasta que nos enteramos de lo que hacíais por las noches ahí dentro!

—¿Y qué creéis que hacíamos por las noches en el bar de Zoe, sino alejarnos de vuestras agobiantes y opresivas exigencias y de ese papel que siempre nos adjudicáis para evitar que seamos nosotros mismos? —exclamó otro de los jóvenes, muy indignado.

—¡Yo leía poesía en el bar de Zoe! —confesó el capitán del equipo de fútbol americano, para quien ese deporte era poco menos que una obligación impuesta por su padre.

—¡Yo bailaba! —apuntó una apocada chiquilla, cuyo rostro estaba prácticamente oculto por unas enormes gafas.

—Yo cantaba jazz —dijo una de las integrantes del coro de la iglesia.

—Yo sólo me bebía una cerveza —intervino otro muchacho—, pero ya tengo edad para hacerlo.

—¡Ahí lo tenéis! ¡Esa tal Zoe repartía alcohol indiscriminadamente y...!

—A los menores nunca les servía alcohol, y si los pillaba intentando beber, los echaba de su local —interrumpió airado un joven con aspecto intelectual, antes de proseguir—. Admitidlo: no tenéis ninguna puñetera excusa para fastidiar a esta familia como lo estáis haciendo, salvo el hecho de

que queréis que nosotros continuemos obedeciéndoos como niños pequeños y no queréis percataros de que ya hemos crecido y de que somos perfectamente capaces de tomar nuestras propias decisiones.

—Sólo lo hacemos por vuestro bien —declaró empecinada la madre de ese chico.

—¡Y una mierda! ¡Lo hacéis por el vuestro! —chilló una de las chicas que tenía un aspecto más modosito, sacando a relucir su verdadero genio.

—Siento interrumpir esta disputa, pero la hora estipulada para el pago de la deuda que posee este establecimiento con el banco está a punto de expirar, y si nadie tiene ese dinero, tendremos que proceder a clausurar y embargar el local, siguiendo nuestras órdenes —declaró finalmente el responsable de la policía, tomando cartas en el asunto tras recibir una llamada del director del banco.

Las madres sonrieron satisfechas por la noticia recibida, mientras los jóvenes formaban una cadena humana delante del local.

La policía ya se dirigía hacia ellos para disolver la protesta, cuando una estruendosa motocicleta llegó al lugar y John Lowell, desaliñado, sucio y con unas enormes ojeras, bajó precipitadamente de su vehículo para dirigirse hasta el representante del banco, que se encontraba junto al jefe del destacamento policial. Y, ante el asombro de todos, depositó en sus manos el dinero que salvaría el local de Zoe un mes más.

—Espero que con esto sea suficiente para detener este absurdo espectáculo —manifestó John, señalando el escándalo que los rodeaba.

—Sí, al menos de momento —repuso con cansancio el trabajador de ese frío banco, que en realidad tampoco quería cerrar el local en el que solía disfrutar de una fría cerveza con bastante frecuencia.

—Creo, señores, que con esto nuestro trabajo aquí ya ha finalizado —anunció el policía mientras se retiraba, lavándose así las manos ante ese problema que nada tenía que ver con ellos.

—¡Esto es indignante! —empezó a chillar Belinda, muy enfadada—. ¡Este bar debería estar cerrado, ya que sólo acuden a él personas indecentes, de baja catadura moral y...!

—Belinda, querida, cállate de una vez. Tus gritos no me dejan disfrutar

de mi cerveza —declaró Tom Robinson, saliendo despreocupadamente del local que su esposa y aliadas pretendían cerrar.

Y sin esperar respuesta alguna de su parte, y harto de los constantes gritos de su esposa, Tom cogió una de las cajas de muñecas que había en el suelo junto a su mujer y se la pasó por la cabeza, metiéndola en ella.

—En cuanto a ti, hija mía, sólo tengo una cosa que decirte... —se volvió Tom con seriedad hacia su rebelde hija—. ¡No sabes cuánto detesto esas muñecas de tu madre! —bromeó y, ante el asombro de Sarah y de todos los presentes, la condujo hacia el interior del bar.

Este gesto dio pie a que más de un padre se decidiera a imitarlo y se adentrara con su hijo o hija en el local de Zoe y Marlon. Los que no estaban convencidos del todo acabaron de hacerlo cuando el escandaloso de John, antes de entrar por la puerta, comentó a pleno pulmón:

—¡No se preocupen! Si cierran este local, yo conozco otros bastante menos respetables a los que llevar a sus hijos...

Estas palabras fueron determinantes para poner fin a la guerra que los adultos habían emprendido contra el bar, haciéndoles ver que sus hijos no eran tan malos. Después de todo, podían ser mucho peores, pensaban algunos de los adultos, mientras pasaban delante del desaliñado John Lowell.

* * *

Tras pasarme toda la noche jugando en uno de los tugurios más peligrosos que conocía, en el que estaban permitidas apuestas muy elevadas, conseguí el dinero que se necesitaba para salvar el bar de Zoe y de su padre. Me faltó poco y casi no llegué a tiempo a causa de una precipitada pelea con algunos hombres que no sabían perder, pero finalmente me presenté dispuesto a detenerlo todo, sin saber que la rebelde chica que había conocido tenía más agallas que yo y había conseguido lo que yo aún no había logrado con mi rebeldía: que sus padres la escucharan al fin.

Me asombré mucho al ver que el hombre que había tratado tan rígidamente a Sarah en más de una ocasión, esta vez la acogía entre sus brazos dándole su apoyo. Tal vez desde su privilegiada posición dentro del

bar, el padre de Sarah había oído alguna de las palabras que me contaron que había gritado ella, desvelando su carácter y personalidad, con lo que el señor Robinson por fin había comenzado a comprender a su hija.

Aunque eso no significaba que estuvieran de acuerdo en todo, ya que mientras que para Sarah solamente tenía bonitas palabras, tiernas sonrisas y gestos llenos de cariño, a mí me dirigía alguna que otra severa mirada y amenazadores gestos, ante los que, sin duda, cualquier otro chico se habría amilanado.

Contesté al señor Robinson como sólo yo sabía hacerlo: dedicándole una de mis sonrisas mientras brindaba por su noble acción alzando mi cerveza. Él negó resignadamente con la cabeza hacia mi respuesta a sus silenciosas amenazas y yo continué disfrutando de mi cerveza, esperando el momento oportuno para poder hablar con él.

La celebración por la reapertura del bar se prolongó hasta tarde y hubo aplausos y vítores cuando el padre de Zoe mostró un cartel con el nuevo nombre de su establecimiento: EL BAR DE ZOE, como ya era popularmente conocido entre sus parroquianos nocturnos habituales. Elegantes letras blancas sobre un fondo negro, con el detalle de que por las noches esas letras se iluminarían con un escandaloso tono rojo, haciendo ese cartel igual de llamativo que su dueña.

—Creí que lo único que nos quedaría después de hoy sería este cartel —confesó Marlon, mientras le entregaba el presente a su hija, riendo aliviado ante el hilo tan fino del que había pendido su negocio—. Ahora veo que a este bar le quedan muchos días por abrir, pero esos días ya no serán para mí —anunció, cediéndole las llaves de su negocio a Zoe, que comenzó a llorar desconsolada.

—Papá, cuánto me alegro de que al fin me hayas reconocido como tu digna sucesora, a pesar de no tener pene —bromeó ella.

—Bueno, si tuvieras uno ya no serías mi adorada hija —repuso Marlon, riendo ante sus palabras, mientras la abrazaba con cariño para calmar sus lágrimas.

Después de este tierno gesto, los clientes no dudaron en despilfarrar en ese bar lo que no habían gastado en semanas, con lo que el cierre se postergó

hasta las tantas.

Cada pocos minutos, el señor Robinson y yo nos mirábamos por encima de la multitud, buscándonos el uno al otro para asegurarnos de que ninguno de los dos se había marchado. Tenía muchas cosas que decirle, y todas ellas se referían al mismo tema: qué debía hacer para que me permitiera acercarme a Sarah y formar parte de su vida.

Finalmente, a las dos de la madrugada nos quedamos a solas en el bar. Sarah ya se había marchado, acompañada, cómo no, por el noble Kenneth. Tal vez en otro momento yo habría corrido para llevarla a su casa, pero en esos instantes sabía que mi futuro con ella dependía de esa charla, por lo que seguí esperando. Cuando ya solamente quedábamos en el bar de Zoe el señor Robinson y yo, el padre de Sarah se dirigió hacia mí con paso firme y, sentándose a mi lado, dio inicio a la conversación que yo había esperado ansioso durante toda la noche.

—Algunas personas me han hecho ver que no eres un mal muchacho. Eres un joven demasiado listo para tu bien, un buen trabajador, aunque algo torpe con la mecánica, tienes mucho coraje y no te importa ayudar a quien lo necesite...

Cuando el señor Robinson comenzó a ensalzar mis virtudes, no pude evitar abrir la boca gratamente sorprendido, para darle toda la razón, aunque no llegué a emitir sonido alguno, ya que ese hombre me conocía demasiado bien.

—... Aunque tal vez esa ayuda tuya venga motivada porque quizá fueras tú mismo quien metió en problemas a estas personas con tu atolondrado comportamiento. Te encanta escandalizar a la gente, adoras jugar, porque sabes que vas a ganar casi siempre, no tienes ni idea de qué narices quieres hacer en la vida y nunca piensas en el mañana. Además del pequeño detalle de que no te importa romper las reglas, con tal de conseguir lo que quieres, y ahí está el problema entre nosotros: que lo que quieres en estos instantes es a mi hija, y ella no es ningún juego.

—Yo no juego con Sarah —dije seriamente, haciendo que el señor Robinson alzara escéptico una ceja—. Bueno, al menos no como usted piensa —añadí, intentando rectificar mi mentira, con lo que sólo conseguí un

amenazante gruñido del padre de Sarah, cuando comenzó a especular sobre cómo jugábamos ella y yo.

—Muchacho, no te juegues la oportunidad que te estoy dando, a saber por qué... —me advirtió Tom Robinson, logrando que guardara silencio, mientras prestaba atención a cada una de sus palabras—. Tus defectos y tus escasas cualidades se compensan por el momento, así que, como te encanta jugar, he decidido que tú y yo acordemos una última apuesta en la que yo pondré las reglas.

A pesar de lo mucho que me gustaba el juego, temblé al pensar en las normas que podía inventarse ese hombre. Y más cuando gritó con una maliciosa sonrisa en los labios:

—¡Marlon, saca la pizarra de Zoe!

Para mi asombro, sobre esa pizarra aparecían escritas decenas de imaginativas apuestas referentes a Sarah y a mí. No pude evitar fulminar a Zoe con la mirada cuando leí algunas, ante lo que ella simplemente se encogió de hombros con una sonrisa.

El señor Robinson le dio la vuelta a la pizarra y en su lado limpio, donde no había ninguna anotación, comenzó a escribir su tortuosa apuesta.

—Un trabajo, una casa propia y que mi hija te elija por encima de todo... Ésos son mis pequeños requisitos para aceptar esa relación.

«Bueno —pensé despreocupadamente, mientras revisaba las condiciones del señor Robinson—, el trabajo ya lo tengo, aunque sólo sea de media jornada y temporal. Y la casa, con algunas noches de intensas apuestas, tal vez podría...», pero todas mis especulaciones se derrumbaron en un instante en cuanto el señor Robinson continuó explicando sus reglas para nuestro acuerdo.

—Desde este momento, no quiero que te acerques más a una mesa de juego. Si quieres a mi hija en tu vida, nada de partidas. Y ni que decir tiene que no puedes utilizar las apuestas para ganar el dinero para conseguir esa casa.

—Mierda... —mascullé, al ver como se iban por el desagüe todas mis ideas.

—Bueno, ¿qué opinas? ¿Lo conseguirás, no lo conseguirás? —me

preguntó él burlonamente, mientras jugueteaba con la tiza que tenía entre sus manos, tras escribir a un lado de su pregunta un pequeño «sí» y en el opuesto un gran «no». Para tocarme más las narices, escribió su nombre debajo del «no», a la vez que dejaba un billete de cien dólares sobre la barra—. Yo digo que no. Pero el resultado todavía está por ver, ¿verdad? —concluyó, dedicándome una socarrona sonrisa, mientras se disponía a salir del bar.

En ese momento me derrumbé sobre la barra del bar de Zoe, preguntándome cómo podría salir del lío en el que me había metido ese hombre. Justo entonces, el señor Robinson dejó caer una última advertencia, con la que fui más consciente que nunca de que tal vez esa apuesta sería la más arriesgada de mi vida, porque era incapaz de saber si podría llegar a ganarla.

—¡Ah, se me olvidaba un último detalle! Nuestra apuesta tienes una duración limitada: hasta que termines el instituto, ya que tu tío ha encontrado un nuevo trabajo en Londres y mi familia y yo nos volveremos a la ciudad cuando termine el curso.

—¡Tres meses! ¡Joder! ¡Sólo tengo tres meses para conseguir todo esto!

—Nunca dije que jugar contra mí fuera fácil, chaval, unas veces se gana y otras se pierde. Y tú te has acostumbrado a ganar con demasiada facilidad. Veamos cómo te sienta una derrota —declaró sarcástico el padre de Sarah, haciendo que me sintiera estafado ante nuestro acuerdo.

No obstante, no perdí más el tiempo en la barra de ese bar y salí decidido a ganar la que sería la última apuesta para mí a partir de ese momento, ya que Sarah era un premio demasiado importante que no querría perder nunca, y que, si lo hacía, me arrepentiría para siempre, pues ella me había ganado desde el primer momento en que se cruzaron nuestras miradas. Así, puse mi corazón en juego. Sólo por ella.

* * *

Tras mis rebeldes palabras, que les revelaron a todos cómo era yo en realidad, las cosas comenzaron a cambiar en mi hogar: mis vestidos dejaron de ser tan estrechos, mi ropa interior dio un giro de ciento ochenta grados

cuando le mostré a mi madre las nuevas tendencias, aunque, claro, a través de una revista, ya que por nada del mundo osaría enseñarle el indecente modelito que «alguien» me había regalado, y ya no me reñían por tomarme alguna golosina de vez en cuando.

Para mi asombro, mi padre comenzó a interesarse por mis estudios y por lo que quería hacer con mi vida. Y, aunque todavía reprobaba alguna de mis ideas con sus gruñidos, por lo menos me escuchaba. El único punto en el que aún diferíamos mi familia y yo era en lo referente a John. Ellos seguían pensando que era el hombre más inadecuado para mí, mientras que yo sabía que era el único para mi corazón.

Empecinado con que mis sentimientos hacia el chico del que me había enamorado cambiarían, como ya lo hicieron en una ocasión, mi padre comenzó a traer todos los fines de semana una nueva visita. Qué casualidad que sus compañeros de trabajo siempre vinieran acompañados de alguno de sus hijos, muy próximos a mi edad, y que siempre acababan sentándose a mi lado.

En una de esas aburridas veladas especulé sobre lo que habría ocurrido si hubiera tenido antes el valor de gritar mi opinión lo suficientemente alto como para ser escuchada. Las cosas tal vez habrían cambiado mucho antes para mí, pero es que hasta que conocí a John no tuve el valor para hacerme oír.

Él lo había cambiado todo, y a cada paso me había mostrado la confianza que necesitaba para atreverme a tomar las riendas de mi vida. Junto a él había logrado ser yo misma y cometer alguna de esas locuras de las que nunca me había creído capaz. Hasta que llegó él.

En un solo verano me había emborrachado, había bailado en un bar, había participado en locas apuestas escritas en una pizarra, me había montado en una motocicleta, había coqueteado con más de un chico, había hecho el amor junto a un lago y había conseguido lo imposible: que el hombre que nunca se había fijado en mí comenzara a tenerme en cuenta. Aunque cuando eso empezó a pasar, pese a que disfruté de ello, ya no me bastaba. Porque John, con su impertinente forma de ser, sus absurdas bromas y sus provocaciones había conseguido hacerse un hueco en mi corazón a base de empujones y de

pura insistencia, pero en el proceso había logrado reducir ese amor que siempre creí sentir por Kenneth a un simple encaprichamiento.

Deseando que terminara pronto la reunión, para poder huir de la aburrida conversación de mi acompañante en esa cena, que en esta ocasión versaba sobre el emocionante mundo de la filatelia, me salté el postre y simulé un gran dolor de cabeza antes de encerrarme en mi habitación.

Cuando la visita acabó, mi madre, como siempre hacía, acudió a mi cuarto para recordarme una y otra vez las cualidades de mi acompañante de esa velada y para hacer un nuevo repaso de los chicos que habían pasado por nuestra casa en las últimas semanas, con la esperanza de que olvidara a John.

—¡No me dirás que éste no era tremendamente apuesto! Y parece haberse fijado en ti cuando has empezado a hablar sobre literatura.

—Mamá, no me interesa —dije entre suspiros, fingiendo que estudiaba, ya que mi madre evidentemente no se había tragado lo del dolor de cabeza.

—¿Y el hijo del señor Meadows, ese tan guapo? ¿O el de los Collins, que parecía sumamente inteligente?

—No.

—¿Y el de...?

—Que no, mamá.

—¿Me puedes decir qué cualidades tiene ese dichoso John Lowell para que sólo puedas pensar en él? —preguntó mi madre, exasperada por mi comportamiento, mientras cruzaba los brazos a la espera de mi respuesta.

Seguramente esperaba que dijera algo razonable acerca de mis sentimientos por ese chico, pero mis respuestas sobre John nunca serían demasiado coherentes, así que me limité a contestar del mismo modo desvergonzado que él haría para que lo dejaran en paz.

—Ninguna, mamá —dije tan tranquila mientras pasaba las páginas de mi libro.

—¡Mira tú por dónde, Sarah, que en eso estamos totalmente de acuerdo! —expuso mi madre, enfadada, antes de marcharse dando un gran portazo que mostraba su descontento.

Después de asegurarme de que no volvería a entrar en mi habitación, puse algunos almohadones entre las sábanas de mi cama para disimular mi huida y

me dispuse a ir al bar de Zoe en busca del chico al que hacía semanas que no veía.

Aun después de hacer de nuevo el amor con él, las cosas seguían confusas entre nosotros. Mis padres se habían estado entrometiendo continuamente en nuestra relación, intentando separarnos sin darnos la oportunidad de aclarar lo que sentíamos. Las palabras que John susurraba en mi oído cuando volvíamos a estar juntos me hacían confiar en él, pensar que no estaba jugando conmigo y que yo era tan importante para él como John siempre me decía.

Pero cuando nos alejábamos, las dudas volvían a invadirme y me sentía de nuevo como esa chica en la que nadie se fijaba. Por eso, en esas semanas en las que apenas había sabido nada de él, me preguntaba si no habría cambiado de opinión y ya no me necesitaba.

Dispuesta a averiguarlo, bajé por el árbol que había junto a mi ventana, ese por el que John tantas veces había trepado con increíble habilidad. Desgraciadamente, yo no era tan ágil como él y resbalé, quedando atrapada entre sus ramas. Para aumentar mi vergüenza, mi padre había decidido esconderse a fumar junto a ese árbol y me pilló con las manos en la masa.

Mientras se dirigía hacia mí para ayudarme, negaba con la cabeza ante las atolondradas acciones de las que él nunca me había creído capaz.

—¿Sabes, Sarah? La puerta trasera suele ser más fácil de utilizar —dijo, riéndose de mí, mientras me ayudaba a desencajar mi trasero del árbol—. Te pediría que volvieras a subir, pero temo que vuelvas a quedarte atrapada, así que lo mejor será que uses la puerta de atrás para subir a tu habitación, ya que estás castigada.

—Pero ¡si no he hecho nada! —me quejé, más molesta con mi torpeza que con sus palabras.

—No, pero estabas a punto de hacerlo, ¿verdad? —afirmó mi padre, alzando una de sus inquisitivas cejas, mientras acababa de llenar con cada una de mis protestas—. Seguramente ibas en busca de ese tarambana para averiguar por qué no ha venido a verte en estas últimas semanas. Resolveré tus dudas aclarándote que en estos instantes está demasiado ocupado como para poder hacer nuevamente el tonto contigo —reveló mi padre en aire

misterioso, esbozando una maliciosa sonrisa que me dejó claro que él era el culpable de que John no tuviera tiempo para estar a mi lado.

Más decidida que nunca a averiguar lo que mi padre le había hecho para conseguir alejarlo de mí, me dirigí obedientemente hacia la entrada trasera de la casa, que él me señalaba... para luego salir por la puerta principal cuando no vi a nadie, totalmente resuelta a hallar una respuesta a las intrigas de mi padre.

Tardé un poco en llegar al bar de Zoe y, tras dejar mi bicicleta en la acera de delante del local, que se hallaba abarrotado por todos los jóvenes que celebraban que había abierto de nuevo sus puertas, mis ojos recorrieron toda la estancia buscando a John. Pero no lo hallé junto a la barra, disfrutando de una cerveza, ni tampoco en alguna de las mesas, haciendo alguna escandalosa apuesta. Ni siquiera junto a la pista de baile, observando cómo meneaban el trasero algunas de las chicas.

Extrañada por no encontrarlo, y preocupada por su ausencia, me dirigí hacia la barra. Y antes de que pudiera abrir la boca para interrogar a Zoe, ella comenzó a aclarar mis dudas.

—No está aquí y, la verdad, no creo que pise este lugar en un tiempo.

—¡Vaya! ¿Y se puede saber qué o quién lo mantiene tan ocupado? — repuse, un tanto molesta porque ella supiera más que yo sobre la ausencia de John.

—Tú —contestó Zoe, enseñándome a continuación la gran pizarra que había detrás de la barra.

Cuando comencé a leer el desafío propuesto por mi padre, que ese loco se había atrevido a aceptar, no pude evitar negar con la cabeza, ya que John llevaba todas las de perder. De hecho, nadie había apostado en su favor en la pizarra, y tal vez nadie lo haría.

Y mientras observaba ese ridículo reto, que ponía nuevas trabas en nuestro camino, recordé lo que él me había susurrado atrevidamente al oído en más de una ocasión. John siempre había apostado por mí desde el principio, sabiendo cómo era yo incluso antes de que yo misma llegara a averiguarlo. Por eso, aquél era el momento de que yo apostara por él, a pesar de que el juego no lo favoreciera en absoluto.

Así pues, en un atrevido arrebato, dejé delante de Zoe todo el dinero que llevaba encima y declaré a plena voz, para que todos me oyeran:

—¡Apuesto por John Lowell!

CAPÍTULO 18

Desde que el padre de Sarah me planteó su desafío, no tenía tiempo para nada: los estudios eran mi prioridad para conseguir un buen trabajo. Pero quién narices iba a contratar a un joven recién salido del instituto, y más aún cuando mis únicas referencias posibles eran tan lamentables como las que podían facilitarme unos profesores enfadados por mi impertinente comportamiento, que sólo señalaba su ineptitud.

En fin, el único profesor que no me ponía de vuelta y media era el señor Jenkins, algo que aproveché para atosigar a quien me había dado trabajo, aunque sólo fuera como parte de un castigo: Tony.

—Como ves, Tony, tengo las mejores referencias de mis profesores. En esta carta dice que soy responsable, muy capaz e inteligente, y que cuando emprendo una tarea no desisto hasta terminarla.

—¿En serio, chaval? ¿A quién has sobornado para conseguir esa carta de recomendación? —curioseó Tony, a la vez que alzaba con escepticismo una ceja, sin creerme ni a mí ni a mi recomendación, mientras lo perseguía por todo el taller.

—No he sobornado ni presionado a nadie. Esta referencia vino de la buena voluntad de mi profesor. Yo sólo tuve que pedírselo y él estuvo muy dispuesto a escribirla.

—Lo persiguió día y noche. Incluso tuvo el atrevimiento de ir a casa del señor Jenkins para conseguir esa dichosa carta de recomendación —declaró Kenneth despreocupadamente, mientras salía de debajo de una furgoneta que estaba arreglando, dando al traste con mi maravilloso plan con su inoportuna

intervención, así que no dudé en propinar una patada a la camilla de mecánico donde se encontraba, para que volviera a desaparecer de mi vista.

—Lo importante aquí no es cómo he conseguido esta carta, sino que ella me hace apto para conseguir un trabajo donde me paguen —especifiqué, recordando que a cambio de las horas perdidas en ese taller no había recibido ni un céntimo.

—Por mí como si esa carta la hubiera escrito el Presidente. Tú no te acercas a mis coches ni en broma, John, sólo sabes destrozarlos. Y no pienses ni por asomo que te voy a contratar en mi taller cuando todo lo que tocas tengo que volver a repararlo —declaró Tony, mientras se limpiaba las grasientas manos en el sucio trapo que siempre colgaba de uno de los bolsillos de su mono de trabajo—. Mira, chaval, ¿por qué no buscas un trabajo que se adecue más a ti, a tus aptitudes y capacidades, y te olvidas de intentar convencerme para que te contrate? Porque eso es algo que nunca ocurrirá. Después de todo, cuando termines el instituto tendrás todo el tiempo del mundo para hallarlo —dijo Tony, golpeándome amigablemente la espalda, intentando darme ánimos para seguir adelante.

—No, no lo tengo —susurré, cuando Tony hubo desaparecido de mi vista y creía que nadie oiría mi lamento.

—¿Por qué dices que no tienes tiempo? —preguntó impertinentemente mi primo, volviendo a salir de debajo de la furgoneta.

—Por el puñetero señor Robinson y sus absurdas exigencias para que pueda acercarme a Sarah.

—Pero si el señor Robinson es un hombre muy comprensivo y amable. No sé lo que te habrá pedido, pero seguro que sus exigencias entran dentro de lo razonable —opinó Kenneth, volviendo a ser el chico de perfectos modales, que no cuestionaba a sus mayores, por lo que levanté la pierna para darle otra patada a la camilla con la idea de que desapareciera de mi vista otra vez. Pero Kenneth fue más rápido, se levantó de su precaria posición y, mientras se limpiaba las manos, se interesó por mi problema—: Veamos, ¿qué te ha pedido el señor Robinson?

—Un trabajo estable, una casa propia y que Sarah me elija por encima de su familia —mascullé furiosamente entre dientes, al recordar las exigencias

de ese hombre—. Como ves, casi nada —finalicé con ironía, renegando de mi lamentable situación.

—¡Joder! Y yo creía que lo tenía difícil en esta vida... —manifestó Kenneth, después de escuchar la desproporcionada propuesta de ese hombre —. ¿Qué hiciste para cabrearlo tanto?

—Acostarme con su hija.

—Bueno, creo que ése es un motivo bastante razonable para que quiera fastidiarte. ¿Por qué no utilizas tus apuestas para conseguir el dinero que necesitas?

—Tuve que prometer que no jugaría más, para que me deje aunque sólo sea respirar cerca de Sarah.

—Creo que has cavado tu propia tumba al acceder a esa alocada propuesta, querido primo, y la pregunta que me viene ahora a la cabeza es: ¿por qué lo has hecho?

—¿No es obvio? Por Sarah. Me metería en mil líos solamente para poder estar a su lado.

—¿Y cómo demonios piensas lograr todo eso en...? ¿Cuánto tiempo tienes para conseguirlo? ¿Uno? ¿Dos? ¿Tres años...? —preguntó Kenneth, sugiriendo unos períodos razonables para cumplir con las exigencias de Tom Robinson.

—Tres meses —respondí, revelándole la difícil situación en la que me encontraba.

—¡No me jodas! Y cuando termine ese plazo, ¿qué pasará?

—Sarah y su familia se trasladarán a la ciudad, a una dirección que, por supuesto, el señor Robinson no está dispuesto a facilitarme. Por cierto, enhorabuena: tu padre se irá a Londres con un nuevo empleo que creo que el señor Robinson le ha encontrado tan lejos sólo para fastidiarme.

—Así que tus opciones, si no has conseguido lo prometido para cuando acaben estos tres meses, son...

—Volver con mi padre para trabajar en su fábrica o, déjame pensar... ah, sí, volver con mi padre para trabajar en su fábrica —repliqué irónicamente, recordando el camino que siempre había querido evitar.

—También podrías quedarte en este pueblo. Después de todo, se ha

acabado convirtiéndose en un segundo hogar para ti. Tienes muchos amigos — me recordó Kenneth, haciéndome sonreír ante el recuerdo de alguno de los personajes más inadecuados que había conocido allí. No obstante, a pesar de ello, no pude evitar contestarle a mi primo con sinceridad.

—Sin Sarah no.

—Bueno, querido primo, en ese caso, ¿podrías decirme cómo piensas conseguir lo imposible?

—No tengo ni puñetera idea —respondí con desánimo, mientras me mesaba los cabellos y calculaba cuánto tiempo me quedaba para cumplir con una apuesta imposible, en la que había puesto en juego lo más importante para mí: a Sarah.

* * *

Gael Bramson estaba desesperado por encontrar al gamberro que seguía torturándolo al hacerle imposible vender la casa del lago. Había intentado averiguar quién era el insolente que no cejaba en su empeño de que esa propiedad no se vendiera, pero cada vez que preguntaba por él, los amigables habitantes del pueblo cambiaban rápidamente de tema, haciéndole saber con ello que, aunque sabían quién era ese individuo, nunca revelarían su identidad.

De nada le sirvió asegurar que no pretendía hacerle nada malo a ese joven que se había atrevido a hacerse pasar por colaborador suyo, o que quería encontrarlo solamente por su bien, pues nadie le creía.

Tal vez al principio sí era cierto que había querido que ese sinvergüenza diera con sus huesos en prisión, especialmente cuando alguien sustrajo información de sus archivos, además de su irremplazable agenda. Pero con el paso del tiempo, la idea de deshacerse de ese sinvergüenza quedó desterrada de su mente, ya que la nueva estrategia de ese individuo había consistido en vender todas y cada una de las casas del pueblo que la inmobiliaria tenía en cartera, excepto precisamente la del lago.

De este modo, y en un tiempo récord, Gael había conseguido triplicar sus ventas y comisiones, ya que todo potencial comprador que se acercaba a

husmear por la casa del lago quedaba encandilado por un joven bastante convincente, que les hacía cambiar de opinión y fijar su interés en otras propiedades más adecuadas, más interesantes... y mucho más caras.

Cuando los compradores comenzaron a acudir a su oficina, felicitándolo por el joven ayudante que tenía a su cuidado, y firmaban sin dilación los contratos de compraventa, Gael supo que tenía que fichar a ese chico como fuera, ya que llevaba un tiempo pensando en montar su propia agencia inmobiliaria, lejos de las restricciones de su actual empresa, así como de las estrictas exigencias de su jefe. Y ese joven, sin duda, era la clave para que todo le saliera bien.

Para su desgracia, no conseguía que nadie le revelase su identidad, y él se las veía y se las deseaba para obtener algún tipo de información, ya que en todas las ocasiones utilizaba un nombre falso para realizar las transacciones y siempre cambiaba su apariencia.

«Pero esta vez no se me escapará», pensaba Gael, mientras repasaba los detalles de su plan para atraparlo: había dejado caer información falsa relativa a que tenía un nuevo comprador para la casa del lago en el bar de Zoe, lugar que Gael sabía que era el centro de cotilleos principal del pueblo. Luego se presentó en esa casa dos horas antes del momento en que debería llegar el supuesto comprador, para intentar pillar *in fraganti* a su falso vendedor.

Sonriendo con satisfacción al ver que alguien se movía en el interior de la casa, Gael se dirigió hacia ella lo más silenciosamente posible y, cuando la abrió, se quedó mudo de asombro al hallar ante sí a un rebelde muchacho de aspecto bastante desaliñado, estropeando las blancas paredes. En esta ocasión estaba dejando las rojas marcas de sus manos sobre las mismas, como si en esa casa se hubiera llevado a cabo algún espeluznante asesinato.

Por unos instantes, Gael pensó que se había equivocado de persona y estuvo punto de dejarlo escapar en su precipitada huida hacia la puerta trasera, hasta que se percató de que, en un lado de la estancia, pulcramente colgado, esperaba un impecable traje junto a unos impolutos zapatos. Sin duda, ese joven era su falso vendedor. Y, aunque su apariencia lo engañara por unos instantes, podía ser justo el embaucador que él necesitaba para su negocio. Así que, sin pararse a pensar que ya no era tan joven como antes,

Gael corrió tras ese muchacho hasta alcanzarlo y hacerle un placaje que los llevó a los dos a rodar por el suelo. Antes de que el otro lograra zafarse de su agarre, Gael le hizo la proposición más loca que jamás le había hecho a nadie:

—¡Espera, muchacho! ¡Trabaja para mí! —exclamó, negándose a soltar la pierna del chico, que había logrado incorporarse y que, en su apresurada escapada, lo arrastraba hacia la salida.

—¿Se puede saber qué clase de trabajo me está proponiendo? Si se trata de algo indecente, le advierto que me estoy reformando, y que por lo menos debería haberme invitado a una copa antes de plantear nada... —repuso burlescamente el joven, que había detenido su huida.

Al ver que el chico no se fugaba, y percatándose de que parecía bastante interesado en su propuesta, Gael abandonó su vergonzosa postura y se incorporó para hablar de negocios.

—Quiero que vendas casas para mí.

—No estoy dispuesto a vender esta casa, por más que me chantajee o extorsione.

—¡Perfecto! ¡Pues no la vendas! Pero vende todas las demás como has estado haciendo hasta ahora. Chaval, tienes un don para convencer a las personas y llevarlas a donde tú quieres, que pocos poseen, y yo quiero aprovecharme de ello.

—¿Así sin más, en frío, sin invitarme siquiera a una cerveza? —se burló de nuevo John, arrojándole una cerveza a Gael, dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirle.

—Chico, ¿realmente eres quien ha conseguido vender todas esas casas o te estás quedando conmigo? —preguntó Gael, mientras se mesaba nerviosamente los cabellos al escuchar las molestas bromas de ese sujeto, que sólo lo exasperaban.

—Sí, fui yo... Espero que a los Houston les gustara la casa de dos plantas, con amplio jardín, orientación sur/sudeste y con un seto de más de dos metros de altura, que busqué para ellos y sus perros; así como que la señora Morrison disfrute de las vistas de ese pequeño estanque interior lleno de la paz y tranquilidad que ella requería para reponerse de sus ataques de

ansiedad. En cuanto al señor Mills, que aún no se ha decidido por ninguna propiedad, creo que para él sería ideal la casa que está cerca del camino que da a la laguna, para que pueda disfrutar de esos días de pesca que tanto adora y, a la vez, pueda caminar por el sendero que la rodea, para poner en práctica su otra pasión: hacer fotografías de las aves del lugar.

—¿Cómo narices te has aprendido todos esos datos de memoria?

—Para mí es muy fácil: con leer algo una sola vez lo memorizo sin más. Es un don, o tal vez un defecto para alguien como yo, como dicen algunos de mis profesores del instituto.

—¿Aún estás en el instituto? —preguntó Gael, asombrado con la prodigiosa mente de ese muchacho.

—Sí, repetí un año.

—¿Y eso por qué? Porque con esa memoria que tienes no debería resultarte nada complicado aprobar las asignaturas.

—Unas pequeñas desavenencias con mis anteriores profesores. Ellos creían que me enseñaban algo de provecho y yo que perdía el tiempo recibiendo clases de personas que sabían menos que yo de alguna de esas materias.

—¿Crees que terminarás este año?

—Sí, sin ningún problema y con la máxima calificación posible.

—¿Y qué piensas hacer después? ¿Irás a la universidad? ¿Tienes en mente alguna carrera, algún sueño prometedor?

—Sólo uno —contestó el joven, mientras le sonreía tristemente a su cerveza—. Y para cumplirlo necesito un milagro...

—No sé qué clase de metas te has propuesto, muchacho, pero te puedo asegurar que, si alguna vez necesitas trabajo, te recibiré con los brazos abiertos. Por cierto, no me he presentado: soy Gael Bramson —dijo amigablemente Gael, mientras le tendía una mano al joven cuyo nombre aún desconocía.

—Yo soy John Lowell —se presentó John, revelándole a Gael que era el individuo causante de casi todos los escándalos acontecidos en el pueblo durante el verano—. Tal vez ahora quiera retirar su propuesta —continuó, sin llegar a estrechar la mano de Gael, más que acostumbrado a que nadie

confiara en él.

—No, no, para nada. No quiero retirarla. ¡La mantengo! —declaró firmemente Gael, confiando en su instinto, que le decía que ese chico llegaría a ser un gran hombre algún día.

—Gracias, lo pensaré —contestó John, estrechando con firmeza la mano del agente inmobiliario, mientras aceptaba su tarjeta, pensando que si accedía a esa propuesta ya le faltaría menos para llegar a cumplir su sueño.

—¡Oh! Una última cosa... —apuntó Gael antes de marcharse. Y, tras depositar unos papeles en sus manos, le comunicó a John una inesperada y sorprendente noticia—: La casa del lago es tuya ahora, así que será mejor que no causes ningún destrozo más en ella. Es lo mínimo que puedo hacer para compensarte por todas las ventas que has hecho y de las que me he beneficiado yo con las comisiones, sin que tú recibas ninguna ganancia. Además, así mato dos pájaros de un tiro: me deshago de esta propiedad y tal vez logre convencerte para que aceptes trabajar para mí —declaró Gael, señalando las escrituras de la propiedad que ahora estaban en su poder.

John miró todo lo que lo rodeaba, absolutamente atónito y en *shock*, sin creerse que, una vez más, la suerte le sonriera de la manera más inesperada y de que su sueño estuviera al fin a su alcance. Luego recordó que la casa del lago nunca le había pertenecido a él y que había alguien que la merecía mucho más.

—Cómo odio ser un chico decente... —murmuró, mientras guardaba los valiosísimos documentos en uno de los bolsillos de su cazadora, para cedérselos al verdadero dueño de aquella casa que tal vez jamás habría conocido si nunca hubiera llegado a ese pueblo.

* * *

Decidido a mostrarle a Sarah alguno de mis avances y a confesarle el motivo por el que no había ido a verla en todo ese tiempo, así como también para refregarle por las narices a Tom Robinson algunos de mis logros, me dirigí hacia su casa. Antes de llegar, aparqué mi ruidosa motocicleta en las proximidades, para que no me delatara su estruendo, que provocaría que me

impidieran ver a la única chica por la que siempre lo arriesgaría todo.

Suponiendo que a esas horas Sarah se encontraría en su cuarto, me dirigí hacia el árbol próximo a su ventana, pero antes de llegar hasta él, observé a una pareja paseando por el jardín. Me escondí entre las sombras y permanecí alejado de ellos hasta que presencié algo que me enfureció. Ante mí se desarrollaba la escena que había estado viendo durante todo el verano: Sarah vestía unas perfectas ropas de niña buena y paseaba junto a un hombre de aspecto decente, muy parecido a Kenneth.

Preguntándome una vez más por qué no podía ser yo ese hombre al que ella elegía para acompañarla por su jardín en un cordial paseo, apreté los puños con fuerza, mientras me cuestionaba si esa mujer se decidiría a elegirme alguna vez o si solamente me veía como un juego, cuando ya hacía mucho tiempo que ella había dejado de ser eso para mí.

Mirando los documentos que tenía entre mis manos, pensé que, aunque pudiera parecer que estaba más cerca de ganar la apuesta, en verdad cada vez me alejaba más de ello, porque, para mí, el requisito más importante de los apuntados en la pizarra de Zoe siempre sería que Sarah me eligiera, y eso era algo que al parecer se me resistía.

Quise interrumpir a la bonita pareja y escandalizarlos un poco, pero detuve mis pasos cuando observé que Sarah sólo le mostraba una de sus falsas sonrisas a su acompañante, lo que me revelaba sin ninguna duda que estaba mortalmente aburrida con ese sujeto.

Al ver que utilizaba una excusa absurda para abandonarlo cuando él se acercó demasiado, aplaudí su inventiva. Pero después no sonreí tanto al ser testigo del amable beso en la mejilla con el que Sarah se despidió del joven, lo que permitió a ese apocado sujeto albergar alguna esperanza.

Deseando que ese individuo se marchara cuanto antes para subir a la habitación de Sarah, permanecí escondido contemplando cómo él suspiraba tristemente por la mujer que no se atrevía a perseguir. Pero entre esos patéticos suspiros vi que ese tipo, del que yo pensaba que carecía de valor para ir detrás de la mujer que le interesaba, sacaba de su bolsillo un anillo de compromiso que admiró tan sólo para darse ánimos en su intento de conseguir a la mujer que amaba.

Molesto por el nuevo obstáculo que el señor Robinson había puesto en mi camino para dificultarme aún más ganar nuestra apuesta, me dirigí hacia ese hombre, dispuesto a espantarlo. Pero cuando apenas había comenzado a dar un paso hacia el desprevenido individuo, una fuerte mano agarró mi hombro y me impidió avanzar.

—Sin trampas. Que sea Sarah quien decida —indicó el señor Robinson, mientras lucía una complacida sonrisa en su rostro, sabiendo que con su jugada me estaba haciendo sudar como nunca lo había hecho antes.

—Ella nunca aceptará ese anillo —dije, totalmente convencido, apostando de nuevo por la única mujer en la que había depositado toda mi confianza.

—Entonces no tienes de qué preocuparte, ¿verdad? —preguntó el señor Robinson, mostrándome una maliciosa sonrisa con la que se burlaba de mí.

A continuación, el muy maldito permitió que su penoso invitado se alejase por el jardín, soñando con un prometedor futuro junto a Sarah, que no le pertenecía, y se colocó junto al árbol que daba a la ventana de su hija sin añadir una palabra, desafiándome con la mirada a que intentara volver a acercarme a ella sin haber cumplido antes con todos sus requerimientos.

La pequeña victoria que podía haber conseguido ese día quedó sepultada por la imposibilidad de ver a Sarah, así que decidí marcharme de ese lugar en el que no era bienvenido. Y, mientras lo hacía, no podía dejar de pensar qué ocurriría conmigo si Sarah apostaba por otro hombre, a pesar de que yo lo hubiera dado todo por ella.

* * *

Quedaba sólo un mes para que terminara el instituto y, gracias a las clases que había recibido de John y de Kenneth, habían mejorado tanto mis notas que hacer el examen que me llevaría hasta la universidad ya no era un problema. Las respuestas a mis expectativas de futuro comenzarían a llegar muy pronto y yo conseguiría todo aquello que en alguna ocasión creí ver desde lejos como una quimera inalcanzable.

Lo único que aún me molestaba de seguir adelante con mis sueños era

que John parecía alejarse cada vez más de ellos. Las visitas que mi padre traía a casa cada vez eran más inoportunas y agobiantes, como mi madre y sus cada vez más insistentes charlas, apremiándome a que mis ojos se fijaran en otro que no fuera John.

—Cariño, ¡pruébate esto! —pidió mi madre, emocionada.

Y yo, creyendo inocentemente que sería un nuevo modelito adaptado a mis nuevas curvas, respondí despreocupadamente, mientras le hacía un gesto de espera con la mano y seguía prestando toda mi atención a mi lectura:

—Sí, mamá. Ahora voy.

Ella, aprovechando mi vana excusa, me cogió una mano y, sin darme tiempo a reaccionar, me colocó un anillo en el dedo anular.

—¿Qué coñ...! ¿Qué es esto, mamá? —pregunté confusa, deteniéndome justo a tiempo, antes de pronunciar una palabrota típica de John, mientras intentaba desesperadamente quitarme aquel anillo del dedo.

—¿No es bonito? ¡El chico de los Carter te lo ha comprado! ¿A que es un amor?

—¡Quítame esto pero ya, mamá! —exclamé ofuscada, intentando deshacerme del anillo.

—Pero creía que habías aceptado su propuesta... después de todo, me he pasado horas hablándote de él y de todas sus cualidades, ¿o es que no me estabas escuchando? —preguntó maliciosamente mi madre, dándome a entender que el hecho de que ese anillo estuviera en mi dedo no era ningún error para ella.

—¡No he aceptado ninguna propuesta de nadie, mamá, y mucho menos de un hombre que ni siquiera se atreve a acercarse a mí para entregarme esto! —grité histérica, mordiendo el anillo a ver si salía.

—¡Oh, querida! Arthur es muy tímido y creímos que sería mejor así. Pero cariño, si el anillo no sale, ¿qué le diremos a ese muchacho cuando ya se creía prometido contigo? Antes de rechazarlo, deberías poder devolvérselo, y sin daño alguno —indicó mi madre, cuando me vio morder una vez más aquella maldita alhaja con la que ella me había atrapado en otro más de sus maliciosos planes de matrimonio.

—¡Tú déjale claro a ese tal Arthur que por nada del mundo pienso

casarme con él, que ya me encargaré yo de que este anillo salga de una manera u otra! —afirmé con determinación, mirando a mi madre fijamente, para hacerle entender que no me dejaría manejar como ella querría.

—Bueno, hija, haré lo que pueda para desalentar a ese muchacho. Y tú procura sacarte ese anillo cuanto antes, porque sería una desgracia que alguien te lo viera en el dedo y pensara que estás verdaderamente prometida. Eso, sin duda, espantaría a cualquier otro hombre —comentó con sorna, antes de salir de mi habitación, haciéndome reflexionar sobre lo que podría pensar John acerca de que, mientras él hacía lo imposible para intentar acercarse a mí, con todos sus esfuerzos y sacrificios, otro consiguiera con facilidad una promesa que a él nunca le había hecho.

Para mi desgracia, no pude sacarme ese maldito anillo y, a pesar de que intenté ocultarlo, cuando alguna de las cotillas del pueblo me lo vio, no tardó en comenzar con los chismes sobre un compromiso que en realidad yo no había aceptado y que nunca aceptaría.

Mis temores empezaron a hacerse realidad cuando, en las pocas ocasiones en que me cruzaba con John en el instituto, él me ignoraba. Y a pesar de que gritara su nombre más de una vez por los pasillos, nunca me esperaba para escuchar mis palabras.

De modo que, harta de su esquivo comportamiento, y más cuando faltaban un par de semanas para que el curso se acabara y tuviera que volverme a la ciudad con mi familia, una noche decidí recorrer todo el pueblo buscándolo, para enfrentarme a él, para obligarlo a oír cada una de mis palabras y para convencerlo de que, como ya hizo una vez, valía la pena que volviera a apostar por mí, ignorando todo lo demás que se cruzara en su camino.

Más cansada que nunca, después de buscarlo por innumerables lugares, llegué a la casa del lago, el lugar donde pasamos nuestra última noche juntos y donde nos conocimos por primera vez. El lugar en el que se rio de mí a causa de mi ridículo vestido, y donde yo lo insulté, sacando a relucir mi carácter. El lugar donde nos retamos continuamente, dando comienzo a nuestro juego; donde empezamos a amarnos y nos dimos cuenta de que lo que nosotros sólo creíamos un simple amor de verano, se había convertido en

algo más profundo, que nunca podríamos olvidar.

Tras divisar las tenues luces de unas velas, me decidí a entrar para explicárselo todo, pero frente a mí, sentado en el suelo, no hallé al risueño hombre que siempre bromeaba, sino a un chico totalmente abatido, que me miraba con resentimiento, como si yo hubiera sido la responsable de que su mundo se hubiera derrumbado.

Demasiado borracho para su bien, ni siquiera se levantó de donde estaba sentado. Pero mientras alzaba descuidadamente la botella de cerveza hacia su boca, recorrió mi cuerpo con una mirada llena de un ávido deseo que por primera vez llegó a asustarme.

—Quiero cada una de las prendas que llevas en este instante, incluido ese anillo —exigió duramente, lanzándome los pagarés que yo había olvidado que llevaban mi nombre.

—No puedo, no sale ni usando agua con jabón... —declaré tímidamente, mientras intentaba sacarme el anillo para explicárselo todo y evitar así desnudarme delante de aquel frío hombre que en esos momentos era como un desconocido para mí.

—No te preocupes, ése es un problema que pienso solucionar ahora mismo —dijo John, levantándose repentinamente del suelo y dirigiéndose hacia mí, tras coger un trocito de hielo del cubo que tenía junto a él, donde mantenía frescas varias cervezas, y se lo introducía en la boca.

Podría haber corrido hacia la salida y haber huido, podría haber dejado de lado el pago de esa apuesta que él realmente nunca me reclamaría en otro momento, pero la verdad era que no deseaba alejarme de John. Quería conocerlo todo de él, tanto ese lado bromista que mostraba continuamente a todos, ocultando siempre sus verdaderas intenciones, como ese otro lado, el peligroso, con el que reclamaba un castigo para mí sólo porque creía que lo había olvidado y sustituido con otro.

Así que, aceptando el reto que suponían sus palabras, esperé temerosa a que llegara junto a mí. Bajo la tenue iluminación de las pequeñas velas, apenas podía ver su rostro mientras se acercaba. Tan sólo sentí cómo cogía mi mano entre las suyas para luego introducir atrevidamente mi dedo en su boca. Luego utilizó su lengua para deslizar el frío cubito de hielo sobre mi

dedo durante unos segundos y, de algún modo, logró despojarme finalmente del detestable anillo.

Mientras apartaba la mano de él, no pude evitar acariciar su rostro, en el que descubrí lágrimas que sin duda intentó ocultarme al alejarse. Cuando quise explicarme, él no me lo permitió y, arrojando con furia el anillo que ahora tenía entre sus manos al suelo, me preguntó:

—¿Por qué nunca me eliges?

Después de esto, John se apoderó de mis labios y, con la pasión de sus besos, hizo que me olvidara de cualquier cosa que no fuera él y lo que yo sentía cuando estaba entre sus brazos.

* * *

Después de tirar ese maldito anillo, no pude evitar besarla y tomarla entre mis brazos, sin desear escuchar sus razones sobre por qué siempre elegía a otro, cuando yo aún estaba allí.

Pensando que finalmente el padre de Sarah había ganado en ese maldito juego en el que nos habíamos embarcado, se me escaparon algunas lágrimas de pena y de rabia por lo que había perdido. Tal vez si hubiera tenido más tiempo, si me hubiera comportado mejor, si... pero ya no había remedio, y yo no era un buen perdedor, en absoluto, pensaba, mientras la sostenía más fuerte contra mi cuerpo, exigiéndole que fuera mía una vez más.

Primero besé sus labios con brusquedad, apenas dejándola respirar, castigándola con mi pasión por haberme rechazado, a pesar de que yo nunca había dejado de luchar por ella. Mi lengua exigió una respuesta que Sarah no tardó en darme, cuando sus besos igualaron los míos.

Pero mi furia se desvaneció en el instante en el que sus dulces manos me acariciaron con ternura y yo lo olvidé todo con la única intención de guardar esa noche en mi recuerdo para siempre, para no olvidarla jamás.

Tras depositar un tierno beso en sus labios, comencé a dejar un reguero de besos por su cálido cuerpo. Besé lentamente su cuello, deleitándome con el sabor de su piel. Luego llegué a sus hombros, donde le bajé lentamente los tirantes del vestido y abrí cada uno de los botones que tenía en la espalda,

dejando que su ropa cayera al suelo, mostrándome su maravillosa desnudez.

Sarah ocultó su cuerpo de mi mirada con sus manos, tímidamente, y yo no pude evitar sonreír en el instante en que percibí su rubor, al encontrarme con la tentadora ropa interior que yo le había regalado.

Dejando de lado el dolor por no poder volver a tenerla jamás entre mis brazos, sonreí tan pícaramente como había hecho en otras ocasiones y la animé para que cediera a uno más de mis pecaminosos deseos, mientras me preguntaba si esa noche ella se quedaría a mi lado o huiría hacia el futuro que sus padres le habían planificado.

—Esas prendas también las quiero —reclamé, recordándole los pagarés que había en el suelo y que había utilizado únicamente a causa de mi desesperación por disponer de una sola noche de amor más con la única mujer que mi corazón nunca podría olvidar.

Sarah, como siempre, no me decepcionó. Y, sonriendo tan atrevidamente como sólo ella sabía hacer, se desabrochó el sujetador para luego sostenerlo entre sus manos. Y mientras sus tirantes caían seductoramente, se negó a liberar sus desnudos pechos ante mí hasta que yo cumpliera con sus exigencias. Y, una vez más, Sarah jugó conmigo como le dio la gana.

—Ahora te toca a ti —me indicó, señalando mi ropa, de la que no tardé ni un minuto en deshacerme, para encontrarme a su par.

—Rubita, ¿todavía no sabes lo rápido que puedes hacer que se desnude un hombre con palabras como éstas? Pero esta noche lo haremos lentamente —declaré jugueteando, después de arrojar mi cazadora a un lado.

A continuación, empecé a quitarme la camiseta despacio, sin dejar de observar complacido que sus ojos no perdían de vista cada uno de mis movimientos y que su cuerpo temblaba de anticipación ante la noche que nos esperaba. Sin apresurarme, me quité las viejas zapatillas deportivas con un simple movimiento de los pies y, cuando comencé a desabrocharme los pantalones con igual parsimonia, ella se mordió nerviosamente el labio inferior, tentándome demasiado como para seguir con ese juego, así que, llevando una de sus manos hasta mi entrepierna, la coloqué sobre mi dura erección, susurrándole con atrevimiento al oído:

—De ésta te encargas tú...

Sarah comenzó a acariciarme por encima de la ropa con sus dedos, mientras su otra mano, aún reacia a concederme una victoria, se resistía a mostrarme la desnudez de sus senos, aunque de vez en cuando me dejaba entrever alguna que otra de sus embaucadoras curvas.

—Cariño, me refería a la ropa —bromeé, cuando sus caricias me hicieron gemir de deseo, convirtiéndose para mí en una pequeña tortura.

—Y me estoy encargando de ella. Pero lo hago a mi manera —declaró Sarah, desabrochando el resto de los botones de mis vaqueros, para después pasar a acariciar lentamente mi duro miembro por encima de la ropa interior, sin dudar en liberarlo para, ante mi asombro, introducirlo en su boca.

En su nueva postura de rodillas ante mí, dándome placer, cuando su lengua acariciaba mi miembro y sus labios me succionaban, no pude evitar desearla más. Y mi pasión casi estalló cuando por fin dejó caer al suelo su sujetador. Mi provocativa rubita casi logró vencer en ese juego de seducción, pero yo aún no había dicho mi última palabra.

Apartándola por un momento, me deshice rápidamente del resto de mis ropas y, tumbándome sobre el frío suelo, la atraje junto a mí haciendo que se alzara sobre mi cuerpo como la diosa que era para mi corazón. En esa postura le fue muy difícil esconder su desnudez de mi ávida mirada y, mientras se ruborizaba ante la intensidad de mi pasión, yo grabé cada una de sus curvas en mi mente y memoricé con el tacto de mis manos cada centímetro de su piel.

Ella recorrió mi torso tímidamente con las manos y yo le acaricié la espalda, acercándola más a mí hasta que sus irresistibles senos estuvieron al alcance de mi golosa boca, para, una vez más, probar el delicioso sabor de su cuerpo.

En el instante en que ella gimió entre mis brazos, comenzó a rozarse contra mi miembro buscando el placer que nos contentaría a ambos. Mis traviesas manos buscaron que gritara mi nombre cuando dirigí una de ellas hacia el interior de sus braguitas e introduje un dedo en su húmeda feminidad para hallar la parte más sensible de su cuerpo, mientras con la otra no cesaba de acariciarle uno de sus senos. Pellizqué con atrevimiento un erguido pezón a la vez que mordisqueaba juguetonamente el otro, haciéndola gritar, a medio

camino entre la sorpresa y el placer.

Sarah comenzó a moverse sobre mí, exigiendo el tacto de mi mano cada vez con más impaciencia, mientras su cuerpo reclamaba, al igual que el mío, que necesitaba algo más.

Ante su asombro, desgarré con impaciencia su ropa interior y, sin poder evitarlo, la dirigí hacia mí e hice que me acogiera en su interior. Ambos gemimos ante el placer que nuestros cuerpos recibieron tras esa cálida y húmeda bienvenida. No dejé de acariciar su clítoris con mi diestra mano, ni de devorar sus senos con mi sedienta boca que necesitaba desesperadamente el sabor de su piel, mientras Sarah cabalgaba sobre mi cuerpo, exigiendo de mí el goce que tanto ansiaba.

Mis caderas se alzaron en más de una ocasión, con impaciencia por llevarla a la cumbre del placer, y cuando ella se convulsionó sobre mí, llegando al éxtasis en mis brazos, cambié nuestras posiciones sin salir de su interior. La tumbé debajo de mi cuerpo y, dirigiendo una de sus manos hacia donde latía mi corazón, dejé que sintiera lo descontroladamente que lo hacía, sólo por ella, ya que ella siempre sería la única para mí.

Después, tras colocar sus piernas en torno a mi cintura, embestí con impaciencia en busca del placer que sólo Sarah podía darme. Marcando un ritmo rudo con el que le mostraba cuánto la deseaba y cuánto la odiaba por igual, al dejarme de lado, le hice gritar mi nombre sin piedad, y solamente cuando vi que su mano se negaba a abandonar el lugar donde mi alocado corazón latía por ella, aceleré las arremetidas, abandonándome al éxtasis junto a Sarah, para acabar llegando juntos a la cima del placer, mientras cada uno gritaba el nombre del otro.

—John, tengo mucho que explicarte... —dijo ella, adormilada, acurrucándose entre mis brazos.

—Mañana —mentí, sabiendo que no quería escuchar las palabras con las que se alejaría de mí.

A la mañana siguiente no me quedé junto a ella para oír lo que quería decirme y, como un cobarde, hui de Sarah, dejándolo todo atrás para intentar olvidarla, algo que tal vez no conseguiría jamás.

Mientras la arrojaba sobre el frío suelo, le di un último beso de despedida

en sus dulces labios, tras lo que susurré a mi dormida Sarah el apenado lamento de mi herido corazón.

—¿Por qué nunca apuestas por mí?

—Pero sí lo he hecho... —se quejó ella en mitad de su sueño, dándome la espalda y dejándome confuso con su respuesta.

Una vez más, no supe qué hacer con mi vida antes de alejarme de ella, así que, simplemente, me marché de la casa del lago, dejándola dormida, pero no tuve valor de abandonar todavía ese pueblo. Y así, posponiendo mi partida por un tiempo indeterminado, permanecí en Whiterlande para comprobar si sus palabras eran ciertas, esperando hasta que nuestro tiempo juntos finalmente expirara.

CAPÍTULO 19

El tiempo para John se acababa, y superar el reto que le habían impuesto se le hacía cada vez más complicado. A cada minuto que pasaba, Sarah y él parecían alejarse más en vez de acercarse y, mientras anteriormente algunos habían observado desde lejos a esa pareja, realizando algunas apuestas sobre sus aventuras y queriendo interponerse entre ellos sólo para ganar unos cuantos dólares más, ahora todos ellos sentían lástima por su separación.

Cada vez que se encontraba con John, Sarah dudaba si acercarse a él o no, como si no tuviera claro cuáles eran los verdaderos sentimientos de John, a pesar de que éste los hubiera gritado en múltiples ocasiones. Y John, por su parte, eludía a Sarah, ya que, aunque el anillo que había adornado la mano de ella durante unos días había desaparecido, a él todavía le quedaba un amargo recuerdo del momento en que lo vio por primera vez, y muchas dudas sobre cuál sería la elección definitiva de Sarah cuando todo acabase.

El corazón de John se había roto ante la vista de esa joya que él no había puesto en el dedo de la mujer que amaba, y los cotilleos que circulaban solamente sirvieron para agriar más su carácter y hacer que la risa del rebelde Lowell desapareciera por completo de su alegre rostro.

Cuando todos se preguntaban por qué seguía allí, a pesar de haber sido rechazado, el famoso anillo desapareció por completo, pero la distancia que éste había establecido entre la pareja seguía presente entre ellos.

Nadie en aquel pueblo de cotillas sabía lo que había ocurrido en realidad con ese compromiso, si se trató simplemente de una farsa o si en algún momento fue algo verdadero. Sólo tuvieron por segura una cosa: que

mientras el joven Lowell permaneciera en Whiterlande, Sarah no se fijaría en otro hombre; así como que mientras Sarah estuviera en el pueblo, John también seguiría allí, esperando...

* * *

—Sabes que mañana Sarah se irá, ¿verdad? —le preguntó un enfadado Kenneth a su primo, que disfrutaba de una cerveza en el porche de la casa del lago.

—Sí, lo sé —respondió John, sin levantar la cabeza, mirando fijamente su botella. Y como si no tuviera nada más importante que hacer, continuó bebiendo pasivamente, sin responder nada más a las airadas preguntas de su primo.

—¿Y no piensas hacer nada? ¿Es que ni siquiera vas a intentar detenerla? ¡Joder, John! Con todo lo que has hecho para estar a su lado, ¿y ahora vas a dejarla marchar?

—Creo que si hubiera tenido algo más de tiempo tal vez habría podido cumplir con todo y acercarme libremente a ella. Pero ahora... ahora no sé qué otra cosa hacer, salvo dejarla marchar.

—John, sé que conseguir un trabajo nada más salir del instituto, a pesar de que te hayas graduado con las mejores notas, es casi imposible, pero...

—Tengo el trabajo.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que tu padre nos prohibió espantar a más personas de los alrededores de esta casa? Pues no se me ocurrió otra manera para seguir desalentando a los posibles compradores que encontrarles casas más adecuadas que ésta. Así que, tras hacerme con los archivos del señor Bramson en su oficina, me dediqué a vender, y con notable éxito, cada uno de los inmuebles que él tenía en stock. De modo que, para resumírtelo, ahora el señor Bramson quiere contratarme como vendedor, e incluso creo que pretende emprender un nuevo negocio, tal vez conmigo como socio...

—Bueno, pues está muy bien. Ahora sólo te falta la casa...

—A propósito de eso, Kenneth, te he pedido que te reunieras conmigo

porque quería darte algo. Verás, resulta que tu padre no lo acepta, y sé que tú... bueno... ¡toma! ¡Esto es tuyo! —dijo un titubeante John, mientras se levantaba para entregarle a su primo unos documentos que guardaba en su chaqueta.

—¿Se puede saber qué es esto? —preguntó Kenneth, totalmente confundido, sentándose en los escalones del porche. Y mientras tomaba un sorbo de su fría cerveza, por poco no se atragantó ante lo que su primo había conseguido—. ¡Estos papeles son las escrituras de esta casa! ¡Has conseguido una puñetera casa, además de un trabajo! ¿Qué cojones haces aquí que no vas a por Sarah?

—Esta casa no es mía, Kenneth. Y, por otro lado, para mi desgracia, no he conseguido el requisito más importante de los que me impuso el señor Robinson en nuestro reto. No sé si Sarah me elegiría a mí por encima de todo... y tal vez me da miedo averiguarlo.

—¡Nunca creí que fueras tan cobarde, primo! Pero si es así, entonces no te mereces a Sarah. En cuanto a esta casa... he aprendido mucho a tu lado. En un principio pensé que mi vida debía ser tan idílica y perfecta como la sociedad exige, que mi futuro sería el mejor de los posibles si no me desviaba de mi recto camino ni un milímetro. Pero gracias a ti descubrí que la vida no es tan simple, que tiene muchos altibajos que tal vez no habría superado si no me hubieras enseñado cómo seguir adelante a pesar de que todo se hubiera derrumbado para mí. Tú, sin un camino en concreto, sin una meta o prioridad, y rompiendo siempre las reglas que se interponen ante lo que quieres, me mostraste que, si deseas algo, siempre hay una manera u otra de conseguirlo. Definitivamente, esta casa no me la merezco. Pero tú sí, John. Te la has ganado —dijo Kenneth, devolviéndole las escrituras de propiedad a su primo—. Aunque no tengas duda de que algún día lograré cumplir mi sueño de ser abogado y conseguiré una casa mucho mejor que ésta —apuntó orgullosamente Kenneth, despidiéndose con una sonrisa del que había sido su hogar, porque sabía que en manos de John esa casa solamente podía acabar llenándose de bonitos recuerdos como los que él guardaba—. Bueno, y ahora que lo tienes todo, ¿qué harás? —concluyó Kenneth, obligando a su primo a enfrentarse a sus miedos.

—No lo tengo todo, ya te he dicho que me falta lo más importante.

—Si tú lo dices... —ironizó Kenneth, alzando burlonamente una ceja—. Quiero que me hagas un favor antes de coger nuevamente tu petate y desaparecer. Quiero que vayas al bar de Zoe y apuntes una apuesta en mi nombre en su pizarra. Después de todo, me lo debes, ya que te has quedado con mi casa... —dijo Kenneth, mientras depositaba la botella vacía en manos de su primo, después de acabarse su cerveza.

—De acuerdo. ¿Cuánto y qué debo apostar? —preguntó John, extrañado ante la propuesta de Kenneth, un hombre que nunca se había permitido jugar.

—Respecto a cuánto, decide tú mismo la cantidad por mí. Y sobre qué apostar... lo sabrás en el instante en que lo veas —replicó su primo misteriosamente, despidiéndose de John con una maliciosa sonrisa.

* * *

La intrigante respuesta y la ladina sonrisa de Kenneth no dejaron descansar a John en toda la noche, y si no se había precipitado hacia el bar de Zoe para satisfacer su curiosidad fue simplemente porque ése era el día en que cerraban por descanso del personal. A la mañana siguiente, estaba demasiado ocupado preparando su pequeño equipaje como para volver a casa de sus tíos, y demasiado lastimado ante la marcha de Sarah como para preocuparse por una estúpida apuesta.

Tal vez, si se presentaba ante el señor Robinson con lo que había conseguido, él le daría la nueva dirección de su familia, donde podría encontrar a Sarah. Pero de las tres exigencias que Tom Robinson le había impuesto, John sabía que la más importante, que Sarah lo eligiera por encima de todo, no la había logrado.

Hacer que una joven de dieciocho años eligiera entre él y su familia era cruel. Y más aún en ese momento en que Sarah estaba tan cerca de cumplir sus sueños y, si se quedaba junto a él, tal vez éstos tardarían un poco más en llegar a hacerse realidad.

La cobardía lo llevó a no enfrentarse a ella en busca de una respuesta que le hiciera saber si había cumplido o no con todas las exigencias de su apuesta

con el señor Robinson, pero al final la curiosidad por la extraña actitud de Kenneth se impuso y decidió pasarse una última vez por el bar de Zoe para llevar a cabo su encargo.

Nada más traspasar las puertas del bar, los cuchicheos comenzaron a seguirlo. Y cuando llegó a la barra para pedir una cerveza, no disminuyeron su intensidad.

—¿Se puede saber qué haces aquí, en vez de ir corriendo detrás de Sarah para rogarle que se quede contigo? —le recriminó Zoe, sorprendentemente enfadada, mientras depositaba airada una fría cerveza delante de él.

—He venido para hacer una última apuesta —respondió John con una falsa sonrisa que no engañó a nadie en absoluto.

—Creía que, según las reglas de tu acuerdo con el señor Robinson, ya no podías apostar —repuso Zoe, mientras sacaba de la cocina la pesada pizarra.

—Creo que ambos sabemos que he perdido esa apuesta, Zoe, pero bueno... esta de ahora no la hago para mí, sino para mi primo. Kenneth me pidió que me pasara por aquí para apostar en su nombre antes de dejar el pueblo.

—Yo también creo que deberías echarle un vistazo a mi pizarra antes de decidirte a huir de este lugar —opinó Zoe. Y sacando la pizarra de detrás de la barra, la puso frente a John, mostrándole la verdad que hasta el momento se había negado a ver.

—Kenneth estuvo muy misterioso. La verdad es que no sé qué apuesta quiere que haga ni... —se interrumpió John cuando vio las anotaciones de la pizarra, en la que, al contrario de lo que él imaginaba, la única apuesta que había era la que Tom Robinson escribió en una ocasión para burlarse de él.

Todos los habitantes del pueblo habían elegido la apuesta segura y seleccionado el rotundo «No» que Tom Robinson había marcado en uno de los lados de la pizarra, mientras que la única temeraria, la única alocada, la única que en verdad se había arriesgado en ese juego era Sarah, cuyo nombre aparecía en solitario debajo del «Sí», dándole a John la confianza necesaria para correr detrás de ella.

Su Sarah, como él tantas veces le había pedido, había arriesgado su corazón apostando por él. Y ahora le tocaba a John mover ficha para ganar

ese juego en el que, gracias a ella, tenía todas las cartas vencedoras.

—¿Y qué tienes que decir a esto, John Lowell? —preguntó orgullosamente Zoe, mostrándole con su pizarra lo estúpido que había sido hasta ese momento.

—¡Que me llevo la pizarra!

Y, ante el asombro de todos, John sacó apresuradamente la pizarra del bar de Zoe, para atarla como pudo a la parte trasera de su motocicleta con la misma cuerda que había usado para sujetar su equipaje y, a continuación, salió disparado en busca del premio que se le escapaba.

—Pero ¡qué demonios! —exclamó uno de los jóvenes, mientras pegaba su rostro al cristal de una ventana, sin poder apartar la vista del cada vez más lejano John.

—¡No me jodas que ha conseguido todas las exigencias que había anotadas en la pizarra! — se asombró uno de los parroquianos, interesado por el resultado de esa apuesta que seguía todo el pueblo con gran expectación.

—¡Creo haber oído por ahí que tiene la casa! —gritó uno de los presentes que se agolpaban junto a la salida.

—La tiene —confirmó Gael Bramson, alzando su cerveza en un brindis por ese chaval.

—¿Y el trabajo? —preguntó Tony, sabiendo que en su taller John no tenía ningún futuro.

—También —volvió a confirmar Gael.

—¡Y ahora tiene la pizarra de Zoe! —dijo otro individuo, decidiéndose finalmente a correr hacia donde se dirigía el joven, para no perderse el espectáculo.

—Y la pregunta ahora, señores, es: ¿qué narices estamos haciendo aquí? —exclamó Zoe, mientras daba la vuelta al cartel de la puerta de su bar, anunciándolo como «cerrado», para que todos pudieran correr a gusto detrás de aquel impetuoso muchacho, con la idea de conocer el final de la locura de la que sólo un Lowell era capaz cuando iba tras el amor.

* * *

—No va a venir, Sarah, así que deja de intentar retrasar nuestra marcha inventándote enfermedades para alarmar a tu madre. ¡Y suelta de una maldita vez el marco de la puerta! —exclamó mi padre con enfado, tirando de mí mientras intentaba una vez más que me soltara. Pero si yo había apostado por John, lo haría hasta el final, así que seguí agarrada firmemente.

—¿Acaso no te ha demostrado con su ausencia durante todas estas semanas que se ha rendido? —insistió mi padre, recordándome la distancia que John había puesto entre nosotros a pesar de nuestra última noche de amor.

—Vendrá —repliqué empecinadamente, aunque mis manos comenzaron a aflojarse, ya que, con cada palabra que mi padre pronunciaba, me hacía dudar—. ¡Todo ha sido por culpa de ese maldito anillo que mamá me colocó en el dedo y que lo ha confundido! —repuse con enojo.

—Si los simples rumores de unas cotillas lo han alejado de ti y no se atreve siquiera a preguntarte por ello, definitivamente, hija mía, es que no es el hombre adecuado para ti —dijo mi padre, dejando de tirar de mí.

Y fue entonces cuando yo cedí y solté mi agarre, porque tal vez mi padre estaba en lo cierto. Después de aquella última noche en la casa del lago, sentí que John se alejaba de mí, que aquél parecía ser nuestro último encuentro. Pero había continuado albergando esperanzas, porque él había permanecido en Whiterlande y no se había marchado. Creí que vendría a por mí, aunque fuese en el último instante. Pero por lo visto había tardado demasiado en apostar por él y de esta manera había perdido el amor que John me había ofrecido libremente en innumerables ocasiones y que yo, en otras tantas, había rechazado.

—Nunca le confesé lo mucho que lo amo... —me sinceré con mi padre, dejando caer mis lágrimas con el dolor de no poder volver atrás.

—Cariño, si no se ha dado cuenta de ello, es que está ciego —bromeó él, mientras me limpiaba tiernamente las lágrimas con sus dedos y me acompañaba a mi sitio en el coche que me alejaría del lugar donde dejaba mi corazón.

O eso creía yo hasta que mi padre se vio obligado a dar un fuerte frenazo al poco de iniciar la marcha, cuando una enorme pizarra se cruzó en su

camino. Una pizarra en la que se apreciaba mi nombre, que había sido rodeado una decena de veces por un círculo de tiza, mostrando a quién había elegido yo en esa apuesta que mi padre le había impuesto a John.

—¡La madre que lo...! —masculló mi padre mientras bajaba del coche, para enfrentarse al loco que había bloqueado nuestro camino con su motocicleta y la gran pizarra. Y yo, sin poder evitarlo, salí tras él para recuperar el tiempo que creía perdido y confesarle mi amor a John.

Cuando llegué junto a ellos, vi que una multitud de curiosos se acercaba a la carrera en todo tipo de vehículos. Sin duda, habrían seguido a John y a la sustraída pizarra de Zoe, para ser testigos del final de nuestra historia. Y, para mi asombro y el de todos los presentes, John le entregó a mi padre pruebas de que había logrado cumplir cada una de las exigencias que le había impuesto.

—Señor Robinson, tengo una casa. Está un poco destrozada, pero es mía —anunció John, mostrándole la escritura de la casa del lago a mi padre—. Sobre el trabajo, aquí tiene esto —continuó, enseñándole un contrato de trabajo como agente inmobiliario bajo la tutela de Gael Bramson—. Y sobre lo de que Sarah me eligiera a mí por encima de todo... —dijo con confianza, poniendo ante mi padre la enorme pizarra donde yo había apostado por él... por encima de todo.

—Eso no significa nada —gruñó mi padre, señalando la enorme pizarra que lo molestaba.

—Yo quiero a Sarah y por ella estoy dispuesto a enfrentarme a cualquier obstáculo —confesó John con seriedad, recordándole a mi padre todo lo que había logrado. Sólo por mí—. Y ella me ama, aunque tenga una forma un tanto peculiar de decírmelo —declaró, mirándome con una sonrisa en los labios, mientras señalaba la pizarra que siempre recordaríamos como nuestro juego privado, donde habían comenzado las apuestas que hicieron nuestros corazones.

—¿Sarah? —preguntó mi padre con tono autoritario, volviéndose hacia mí.

Pero mientras antes su actitud me habría intimidado, ahora yo sabía que intentaba protegerme a su manera, y que en ocasiones me protegía demasiado.

—¡Lo elijo a él, papá! —exclamé, arrojándome a los brazos de John para poder decirle lo que ya les había revelado a otros, pero que nunca me había atrevido a decir en su presencia—: ¡Te amo, John, y mi corazón siempre apostará por ti!

—Una jugada arriesgada que estoy dispuesto a aceptar, porque sólo yo puedo igualarla apostando el mío —respondió, antes de besarme y conseguir, como siempre hacía, que me perdiera entre sus brazos y que nada más me importara.

EPÍLOGO

Sarah y John se casaron nada más terminar el instituto. Contra todo pronóstico, el señor Robinson permitió a su hija seguir su propio camino junto a ese hombre al que, a pesar de los años transcurridos, aún no aprobaba del todo. Aun así, Tom Robinson no dudó en ayudar a su pequeña en ese nuevo capítulo de su vida que se desarrollaba en compañía de John Lowell, y regaló a la joven pareja una casa apropiada, cediéndoles la residencia en la que un día la familia Robinson vivió en Whiterlande.

Nadie podría decir que esa pareja no pasó por dificultades o tuvo alguna que otra pelea, pero siempre seguían adelante, apoyándose el uno en el otro, intentando que el sueño de ambos se cumpliera.

John se convirtió en un fantástico vendedor, y lo que en un principio comenzó poco menos que como un juego, con el tiempo se convirtió en un fructífero empleo que lo llevó a crear su propio negocio inmobiliario.

Sarah había tenido que posponer la universidad, ya que muy pronto se quedó embarazada de su primer hijo, pero ante la insistencia de su marido tomó clases a distancia y años después podía contemplar complacida el título que colgaba del pequeño desván, donde habían creado un estudio sólo para ella, su máquina de escribir y sus historias de amor.

—¡Por fin lo has conseguido! —se alegró John, mientras abrazaba a su esposa por la espalda, admirando junto a ella el título de Filología inglesa que adornaba esa pared.

—Sí, he tardado un poco más de tiempo, pero lo he logrado, al fin he cumplido mi sueño. ¿Y tú, querido? ¿Has cumplido los tuyos? —preguntó

Sarah, queriendo averiguar si John había dejado atrás alguno de sus deseos por estar junto a ella.

—Sí, mi único sueño siempre ha sido estar a tu lado.

Sin poder resistirlo, Sarah besó los labios del embaucador que siempre la conquistaría con sus palabras. Un beso que se volvió cada vez más intenso y que tal vez pudiera haberles permitido abandonarse a la pasión del momento si no fuera por los gritos de sus hijos, que interrumpieron su tierno momento.

—Creo que lo que más deseo en este momento es que Josh y Dan dejen de pelearse, y que mi querida Elisabeth deje de llorar por las noches reclamando a su madre, ya que yo también la necesito —murmuró John con una sonrisa en los labios—. Por cierto, para empeorar la situación, tus padres han venido a visitarnos.

—Ahora mismo bajo, dame unos instantes —pidió Sarah, mientras sus manos recorrían el teclado de aquella vieja máquina de escribir, sin saber qué historia podría comenzar a crear—. ¿Sobre qué podría escribir? —susurró indecisa, deseando ponerse a ello.

—Escribe nuestra historia de amor, la de nuestros hijos, que en un futuro tal vez sean tan locos como somos todos los Lowell cuando nos enamoramos y, por qué no, incluso hasta la de alguno de nuestros nietos que haya heredado mis impetuosos genes. Como ves, querida, tienes mucho que contar —propuso John, atrayéndola hacia él. Y cuando sus labios estaban a punto de unirse en un nuevo beso, la chillona voz de Belinda Robinson anunciando su llegada los interrumpió—. Aún podemos huir... —le susurró John a su esposa.

—Creo que ya es demasiado tarde —se rio Sarah y, dando un rápido beso a los tentadores labios de su marido, bajó precipitadamente para atender a sus padres y mostrarles, una vez más, que nunca se arrepentiría de haber elegido ese camino en su vida, donde se hallaba el amor por el que su corazón había apostado.

* * *

—Bueno, Sarah, ¿habéis decidido ya qué vais a hacer con la casa del

lago? —preguntó mi madre, mientras sostenía amorosamente a mi pequeña Elisabeth en brazos, intentando planificar mi vida una vez más.

—John no va a venderla, y tampoco quiere arreglarla. Piensa que es la casa idónea para regalarle a nuestra hija cuando encuentre al hombre adecuado para ella.

—¿A Elisabeth? —preguntó mi madre con asombro, mirando al bebé de apenas unos meses que sujetaba entre sus brazos.

—Sí.

—Hija, creo que es una locura dejar esa hermosa casa abandonada tanto tiempo, cuando se le podría sacar tanto provecho, pero en fin, como todos los consejos que te doy, éste también será desoído.

—Sí, mamá —contesté con el tono de niña buena que solía utilizar en otra vida, intentando bromear. Aunque, como siempre, mi madre carecía de sentido del humor y simplemente me fulminó con la mirada.

—Y dime, Sarah, ¿has conseguido ya cumplir todos esos absurdos sueños que perseguías de pequeña? —preguntó mi madre, señalando a mi serio hijo Josh, que, con tan sólo tres años de edad, vigilaba a su hermano, mi revoltoso Dan, que intentaba escapar de él, y a mi hermosa Elisabeth, que descansaba en sus brazos, mostrándome cuánto habían cambiado mis sueños a lo largo de esos años.

—Sí —respondí, sonriendo satisfecha con todo lo que había logrado.

—Vives en una idílica casita blanca, tienes tres hijos, eres una ama de casa y estás casada con un Lowell. ¿Me puedes decir, Sarah, en qué difiere esta vida de la que yo había elegido para ti?

—Mi casa, mis hijos, mi Lowell... —bromeé, mirando con cariño a mi esposo, que en esos momentos discutía de algo con mi padre por enésima vez —. Todas ellas son elecciones que he hecho yo y, acierte o me equivoque, seré la única responsable de ello, porque yo he elegido mi propio camino.

Tras escuchar mi respuesta, mi madre se alejó, molesta por no haber conseguido que le diera la razón. Pero la vida era muy corta para arrepentirse de algo y, si algún día volviera atrás, siempre realizaría la misma arriesgada apuesta por el hombre que robó mi corazón en el verano en que comenzó el juego de nuestro amor.

BIOGRAFÍA



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Apuesta por mí
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19154-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Libro, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

